

L.S. HILTON

DÓMINA



Dómina

L. S. Hilton

Traducción de Santiago del Rey



Rocaeditorial

DÓMINA

L. S. Hilton

UN ASESINATO BRUTAL EN LAS CALLES DE VENECIA.
UN ROBO DE UNA OBRA DE ARTE DE VALOR INCALCULABLE.
UN OSCURO SECRETO DEL QUE NO PUEDE ESCAPAR.
UN ENEMIGO IMPLACABLE QUE LA PERSIGUE.

Judith Rashleigh lo ha conseguido. Ahora vive en Venecia, rodeada de lujo y esplendor, disfrutando finalmente de la vida por la que ha matado. Pero alguien sabe lo que Judith ha hecho.

Judith solo podrá salvarse cuando encuentre una obra de arte de gran valor. Sin embargo, no es la única que busca esta pieza. Y será entonces cuando deberá enfrentarse a su enemigo más cruel; un enemigo más poderoso de lo que ella nunca imaginó, y con el que iniciará una siniestra campaña de terror sutil que la perseguirá hasta que gane o muera.

ACERCA DE LA AUTORA

L. S. Hilton creció en Inglaterra y ha vivido en Key West, Nueva York, París y Milán. Tras licenciarse en Oxford, estudió Historia del Arte en París y Florencia. Ha trabajado como periodista, crítica de arte y locutora, y vive en Londres. *Dómina* es el segundo título de la trilogía que se inició con *Maestra* y que se ha convertido en todo un fenómeno editorial, publicado en más de treinta países. Actualmente, L. S. Hilton está colaborando con Erin Cressida Wilson en el guion de la película de *Maestra*.

ACERCA DE MAESTRA

«El best seller de calidad ha vuelto.»
VANITY FAIR

«Rápida, intensa y eficaz.»
LA VANGUARDIA

«Levanta pasiones.»
VOGUE

«Engancha desde el minuto cero.»
EL PAÍS

«El nuevo fenómeno internacional.»
LA VANGUARDIA

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Prólogo

PRIMERA PARTE

Reflexión

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

SEGUNDA PARTE

Refracción

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

TERCERA PARTE

Dispersión

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Agradecimientos

Nota de la autora

Créditos

A la condesa, con gratitud

Prólogo

Yo quería acabar cuanto antes, pero me obligué a hacer las cosas despacio. Cerré los postigos de las tres ventanas, abrí una botella de Gavi, llené dos copas y encendí las velas. Rituales familiares, reconocibles, reconfortantes. Él dejó su bolsa en el suelo, se quitó la chaqueta lentamente y la colgó en el respaldo de la silla sin dejar de mirarme. Sus ojos recorrieron los cuadros de las paredes. Dejé que el silencio se prolongara hasta que reparó en uno de ellos.

—¿Eso no es un...?

—Un Agnes Martin, sí —dije, terminando la frase.

—Muy bonito.

—Gracias.

Mantuve en mis labios una leve sonrisa divertida. Otra pausa. El denso silencio de la noche de Venecia fue quebrado por un ruido de pasos abajo, cruzando el *campo*. Ambos volvimos la cabeza hacia la ventana.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? —preguntó.

—Una temporada.

La actitud engreída que había mostrado antes, en el bar, se había desvanecido por completo. Ahora parecía incómodo, penosa y tremendamente joven. Yo iba a tener que dar el primer paso, obviamente. Me hallaba de pie, con la copa en la mano y el brazo cruzado sobre mi cuerpo. Solo había entre nosotros dos pasos. Di el primero, mirándolo a los ojos. ¿Acaso no captaba el mensaje en los míos?

«Corre —decían—; corre sin mirar atrás.»

Di el segundo paso y alargué la mano para acariciar su mentón cubierto por la barba incipiente. Lentamente, sosteniéndole la mirada, me incliné hacia su boca y le rocé los labios con los míos antes de que nuestras lenguas se enlazaran. No sabía tan mal como me esperaba. Interrumpí el beso,

separándome un momento, y, con un solo movimiento, me quité el vestido por encima de la cabeza y lo dejé caer al suelo junto con el sujetador. Me recogí el pelo detrás de los hombros y, pasándome las palmas lentamente por los pezones, bajé los brazos.

—Elisabeth —murmuró.

La bañera estaba al pie de la cama. Mientras se la hacía rodear y lo atraía de la mano hacia mis sábanas Frette, noté que se abatía sobre mí una agobiante sensación de cansancio, la ausencia de algo que me había sido extremadamente familiar en el pasado. Ya no quedaba rabia dentro de mí, ni el menor atisbo de deseo. Dejé que continuara y, cuando hubo terminado, me incorporé enseguida con voz risueña y ojos brillantes. No podía permitir que se quedara dormido. Me levanté de las sábanas humedecidas, tiré al suelo el flácido condón, cargado con su triste e ínfima porción de vida, y abrí el grifo del agua caliente.

—Me apetece un baño. Un baño y un porro. ¿Quieres?

—Vale. Tú verás. —Ahora que habíamos follado, había perdido los modales—. ¿Quieres que saquemos esas fotos?

Mientras estábamos de copas, había conseguido disuadirle de que sacara unos *selfies*. Ahora ya estaba rebuscando el jodido teléfono móvil en sus vaqueros. Era un milagro que no hubiese intentado reproducir su propio orgasmo en Instagram. Durante los breves momentos en los que me había estado bombeando, se me había olvidado lo rematadamente gilipollas que era. De repente, todo me pareció mucho más fácil.

—Dispara, querido. Solo dame un segundo.

Troté desnuda hasta el vestidor y saqué de un cajón un paquete de Rizla, haciendo un alto para desconectar el router wi-fi como medida de precaución. Ya se habían acabado para él las actualizaciones en tiempo real. Añadí un poco de agua fría y un chorro de aceite de almendra a la bañera, abrí el pesado armario de anticuario para la ropa blanca y saqué un par de toallas. La dulce fragancia del aceite se elevó a nuestro alrededor junto con el vaho del agua caliente.

—Venga, adentro —le dije por encima del hombro, mientras desmenuzaba el tabaco de un cigarrillo. Mi pañuelo Hermès, el del estampado circasiano turquesa y azul marino, estaba atado a la correa del bolso. Mientras él se sumergía en el agua, pasé por su lado y me situé a su espalda.

—Voy a coger el mechero. Ah, aquí está.

Le puse el porro entre los labios. No contenía nada, pero eso nunca llegaría a saberlo, porque al tiempo que daba la primera calada, le deslicé el pañuelo por el cuello y, pasándoselo por debajo de las orejas, lo tensé firmemente hacia arriba. Él se atragantó en el acto con el humo, sumergiendo las manos con un chapoteo en la honda bañera. Yo planté los pies en el borde y me eché para atrás, hacia la cama, tirando con más fuerza. Sus pies se agitaron en el agua, pero no encontraban asidero en la porcelana resbaladiza de aceite. Cerré los ojos y empecé a contar. Su mano derecha, todavía sujetando absurdamente el jodido porro, trataba de agarrarme la muñeca, pero el ángulo era excesivo y sus dedos no hacían más que rozar los míos. «Veinticinco... veintiséis...» Solo sentía el hormigueo anaeróbico en mis músculos mientras forcejeábamos; solo oía los resoplidos de mi propia respiración por la nariz mientras su cuerpo se agitaba. «Veintinueve, tranquila, no es nada, treinta, no es nada.» Noté que se iba debilitando, pero de pronto logró introducir un dedo y luego el puño entre el pañuelo y su nuez de Adán y me catapultó violentamente hacia delante. Al liberarse de mi tracción, sin embargo, se vio impulsado hacia el fondo, y entonces yo pivoté sobre el borde de la bañera, poniéndole la rodilla izquierda en el pecho y empujando con todo mi peso. Me sangraba un ojo, y también había sangre en el agua humeante, pero ahora vi que emergían burbujas a la superficie mientras él se agitaba brutalmente. Solté el pañuelo y tanteé con la mano, buscando su cara y su garganta bajo el agua. Él se retorció, lanzaba mordiscos con sus dientes amarillentos. Las burbujas se interrumpieron de golpe.

Poco a poco recuperé el aliento y mi cara se relajó, abandonando su rictus crispado. No veía su rostro bajo el agua de color rosado lechoso. Ya estaba aflojando con cautela la pelvis cuando el agua se infló en una brusca oleada y su cuerpo se elevó violentamente hacia mí. Caí a horcajadas sobre él cuando intentaba desesperadamente sacar la cabeza a la superficie. Conseguí hundirlo otra vez, ayudándome con el codo, y luego le puse una pierna sobre cada hombro. Permanecimos de este modo mucho tiempo, hasta que una lágrima sangrienta cayó de mi rostro al agua con un leve chapoteo.

Quizá fue la claridad de ese sonido casi inaudible. Quizá fue la fragancia de aceite de almendra en las nubes de vaho, o los residuos que iban enfriándose en la superficie del agua. *Esa tarde fría, ese silencio interminable, esa primera cosa muerta bajo mis manos.* La falla geológica que había en mi interior se abrió en una grieta abismal y me engulló con una fuerza que me

dejó sin aliento. El tiempo se comprimió de golpe, el pasado se condensó y volvió a mí. Creía haberla dejado atrás hacía mucho. *Ella nunca había formado parte de la vida que yo me había contado a mí misma, pero ahora la veía como si fuera por primera vez.* Aturdida, hundí la mano en el agua, pero solo encontré la carne de un extraño. Sí, había sido necesario, aunque ahora no recordaba por qué. Su mano ascendió flotando; le moví los dedos con los míos en un leve chapoteo musical. Quizá pasé solo unos minutos contemplando las ondas que se formaban; o quizá fue una hora. Al volver en mí, en todo caso, el agua estaba helada.

Cuando lo icé del fondo, tenía los ojos de par en par. Así que lo último que había visto en este mundo había sido mi coño abierto.

Tenía la piel rosada, inflada como un pan recién horneado, aunque los labios ya se le empezaban a teñir de gris. La cabeza se le cayó hacia atrás; a la luz de las velas, su garganta no presentaba ninguna marca. Sujetándome del borde, salí de la bañera con las piernas temblorosas. En cuanto solté su cuerpo, volvió a hundirse otra vez y tuve que tantear por debajo de su cabello flotante para quitar el tapón. Me acurruqué bajo una de las toallas mientras el agua se iba por el sumidero. Cuando su pecho quedó al descubierto, le puse una mano sobre el corazón. Nada. Me incorporé y me estiré. El suelo estaba empapado; el cerco de la bañera, manchado de sangre y de hebras de tabaco. Le eché más agua caliente para limpiarlo bien.

Tuve que abrazarlo por un lado para izarlo hasta el borde. El cadáver estaba flácido, como un muñeco de trapo. Cuando lo tuve tendido en el suelo, lo cubrí con la otra toalla y me senté en cuclillas a su lado hasta que se enfrió del todo.

Aparté un poco la toalla para descubrirle otra vez la cara, me agaché y le susurré al oído:

—No es Elisabeth. Es Judith.

PRIMERA PARTE

Reflexión

Capítulo 1

Ocho semanas antes...

Mientras me vestía, puse música de Cole Porter. «Miss Otis Regrets», en la versión de Ella Fitzgerald. Me hizo sonreír. Yo había convertido el dormitorio de mi piso del Campo Santa Margherita en un vestidor cubierto de armarios Molteni con puertas de cristal, de manera que mis zapatos, bolsos, pañuelos, vestidos y chaquetas quedaban siempre a la vista, haciéndome compañía. Esto también me hacía sonreír. El piso estaba en el *piano nobile* y miraba directamente a la plaza, con su antiguo mercado de pescado de piedra blanca. Había tirado un tabique del salón para formar un amplio espacio, con la bañera situada al pie de la cama sobre un grueso plinto de mármol verde, justo enfrente de una de las tres ventanas arqueadas. El baño, revestido de antiguos azulejos verdes, lo había hecho instalar detrás del vestidor, en lo que había sido en su día el hueco de una escalera. Constituía uno de los muchos atractivos del hogar de Elisabeth Teerlinc. El arquitecto había rezongado sobre vigas de refuerzo y permisos de obras, pero en los nueve meses transcurridos desde mi llegada a Venecia yo ya había descubierto que la paga del pecado hacía posibles muchas cosas. Colgué las pinturas que había adquirido en París —el Fontana, *Susana y los viejos* y el dibujo de Cocteau— y añadí otra pieza moderna, un pequeño Agnes Martin sin título de líneas blancas y grises que había comprado a través de Paddle8, la casa de subastas *online* de Nueva York. También me habían llegado mis otras piezas francesas, con la excepción del cuerpo decapitado de Renaud Cleret, que permanecía embalado en un depósito de arte cerca del Château de Vincennes. Pese a lo que dijera el arquitecto, la posibilidad de que hubiera goteras me inquietaba de vez en cuando.

La invitación escrita a mano de mi primera exposición estaba sujeta en la esquina del espejo. «Elisabeth Teerlinc desea que tenga a bien honrarla con

su presencia en la Galería Gentileschi...» Repasé el texto una vez más mientras me recogía el pelo. Lo había conseguido. Ahora era Elisabeth. Judith Rashleigh ya ni siquiera era un fantasma para mí, solo un nombre en un pasaporte guardado en el cajón de mi escritorio. Pasé la mano por la hilera pulcramente ordenada de vestidos, saboreando el tacto delicioso del tejido de punto, la consistencia flexible de la seda de calidad. Para la inauguración había escogido un ceñido vestido negro Figue, de seda shantung, cerrado por detrás como un *cheongsam*, con botoncitos dorados y azul turquesa. El intenso color de la tela relucía con irisaciones bajo mis dedos. Era la formalidad clásica de una galerista lo que había buscado, aunque en el fondo de mí misma había un bebé unicornio agitando sus crines. Le dediqué una lenta sonrisa a mi reflejo; Liverpool quedaba muy atrás.

Uno de los efímeros empleos de mi madre había sido un puesto de asistenta cerca de Sefton Park, ese tranquilo remanso victoriano de árboles e invernaderos, cerca del centro de la ciudad, al que se llegaba desde nuestro polígono tomando tres autobuses. Un día, cuando tenía unos diez años, me di cuenta al terminar el colegio de que había olvidado la llave y fui allí a buscar a mi madre.

Las casas eran enormes, grandes moles de ladrillo rojo con ventanas saledizas. Llamé al timbre varias veces, pero no acudió nadie, así que tanteé nerviosamente el picaporte y descubrí que no estaba echado el pestillo. El vestíbulo olía a cera abrillantadora, con una vaga fragancia a flores; las tablas del suelo relucían en torno a un vistoso rectángulo de alfombra, y el espacio entre las puertas y la amplia curva de la escalera estaba lleno de estanterías con gruesos y pesados volúmenes. Reinaba un profundo silencio. Al cerrar la puerta a mi espalda, no oí ni un murmullo de televisores, ni un griterío de parejas peleándose o de niños jugando, ni un rugido de motores o un jaleo de animales domésticos. Nada. Solo silencio. Yo deseaba extender el brazo y tocar los lomos de los libros, pero no me atrevía. Volví a llamar a mi madre, y entonces apareció con el chándal que usaba para la limpieza.

—¡Judith! ¿Qué haces aquí? ¿Va todo bien?

—Sí. Es que se me ha olvidado la llave.

—¡Me has dado un susto de muerte! Creía que era un ladrón.

Se pasó la mano por la cara con aire cansado.

—Tendrás que esperar. Aún no he terminado.

Junto a la escalera, había un gran sillón con una lámpara de pie al lado. Encendí la lámpara y el lugar pareció condensarse a mi alrededor, reluciente, tranquilo, íntimo. Me quité la mochila del colegio, la coloqué bajo el sillón y volví a acercarme a las estanterías. Creo que escogí el libro porque me gustó el color del lomo, un rosa llamativo y vistoso, con el título destacado en letras doradas. Decía: Vogue, Paris, 50 ans. Era un libro de moda: retratos de mujeres ataviadas con vestidos y joyas maravillosos. Sus caras eran máscaras perfectas de maquillaje. Lentamente volví la página, embelesada por aquellos colores lujosos y delicados. En una fotografía aparecía una mujer con un vestido de gala azul de amplias faldas, corriendo entre el tráfico como quien corre para pillar el autobús. Yo estaba cautivada. Pasaba una página tras otra y las contemplaba cada vez con la misma delectación. No fui consciente del tiempo transcurrido hasta que sentí que me moría de hambre. Me puse de pie con un crujido; ya estaba dejando el libro con cuidado sobre el sillón cuando la puerta se abrió bruscamente, haciendo que me sobresaltara y adoptara una actitud encogida y culpable.

—¿Qué haces aquí? —Una severa voz femenina, con un deje de temor.

—Lo siento, perdone. Soy Judith. Se me ha olvidado la llave. Estoy esperando a mi madre. —Señalé vagamente hacia la puerta por donde mi madre había desaparecido hacía horas, o eso me parecía a mí al menos.

—Ah. Ya veo. ¿Aún no ha terminado?

Me indicó que la siguiera hacia la parte trasera por un pasillo que desembocaba en una cocina grande y acogedora.

—¿Hola?

Por detrás de la mesa había un sofá cuyos vistosos cojines habían acabado en el suelo para dejar sitio a mi madre.

—¿Hola?

Creí que solo yo había reparado en la botella de vino del suelo, pero el tono resignado de la señora me hizo ver que no era la primera vez que sucedía aquello. Mi madre debía de haberla birlado de la nevera.

—Solo estaba descansando un poquito.

Yo me quedé paralizada de la vergüenza. La señora se acercó al sofá y ayudó a mi madre a incorporarse, con firmeza pero no con brutalidad.

—Ya hemos hablado otras veces de esto, ¿a que sí? Lo lamento, pero creo que lo mejor será que no vuelva, ¿sabe? Está aquí su hija. —Por su modo de

subrayar la palabra, deduje que se compadecía de mí.

—Lo siento, yo solo... —Mamá se estiraba el chándal y trataba de mantenerse derecha.

—Está bien. —Ahora más cortante—. Pero será mejor que se marche. Vaya a recoger su bolso y yo le traeré el dinero.

La señora no se estaba portando como una bruja, esa era la cuestión. Le resultaba embarazoso hacer aquello, y ese tono medido y profesional era su forma de ocultarlo, de echarnos a la calle y librarse de nuestra desagradable presencia.

Volví a cruzar el pasillo y esperé junto a la puerta con mi mochila. No quería escuchar nada más. Mientras le daba a mi madre dos billetes de veinte libras, la señora debió de ver que yo volvía los ojos hacia el libro.

—¿Por qué no te lo llevas? Como un regalo. —Se apresuró a envolvermelo, ya sin prestarme atención, como si el libro no tuviera ningún valor.

—Menuda esnob de mierda —masculló mi madre mientras me arrastraba hacia la parada del autobús.

Cuando ya llegábamos a casa, me dio su llave y se bajó antes del autobús, en la parada del pub. Pensé con angustia en las cuarenta libras. No volveríamos a verlas. Me preparé yo misma una tostada con alubias y saqué el libro. El precio que figuraba en la solapa interior era de sesenta libras. Sesenta libras por un libro. Y la señora me lo había dado así como así. Lo guardé con mucho cuidado debajo de mi cama, y lo miraba tan a menudo que acabé sabiéndome de memoria los nombres de los fotógrafos y de los diseñadores de moda. No era exactamente que deseara aquellas ropas. Pensaba más bien que si eras el tipo de persona que las llevaba, te sentirías distinta. Si poseías esas cosas, podrías decidir quién querías ser todos los días. Podrías controlar tu interior con tu apariencia exterior.

Antes de ponerme los zapatos de tacón, les di un repaso rápido con la propia bolsa de tela. Quizá lo único que Elisabeth Teerlinc tenía en común con Judith Rashleigh era que tampoco ella disponía de criada. Convertirse en Elisabeth había implicado al final mucho más que adquirir un lujoso guardarropa. Una armadura solo protege de verdad si es invisible, y en eso había consistido la auténtica lucha. No solo para enfrentarme al estudio y a

los exámenes, sino sobre todo para mantener la convicción de que podía lograrlo. Para salir del miserable polígono en el que me había criado. Para no dejarme caer en la sórdida vida de mi madre. Para soportar las burlas, los cuchicheos insidiosos que sonaban a mi espalda en los pasillos del colegio, tildándome de «puta» y de «zorra» simplemente porque quería llegar más lejos. Me adiestré a mí misma para odiar a las chicas del colegio, y después para no hacerles ningún caso, porque, ¿qué iban a ser ellas en pocos años, sino unas tipas fofas, con pinta de madre soltera, en la cola del autobús? Y esto todavía fue fácil. Lo difícil fue eliminar todo lo que había en mí de pazguata proletaria cuando conseguí una plaza en la universidad. Porque eso la gente lo percibe de inmediato. Y no solo ven a la chica que sueña contemplando su precioso libro de moda y su colección de postales de arte; también ven el corazoncito apenado y esforzado que hay dentro. No: una vez que me hubiera subido al tren en Lime Street, nadie volvería a ver a esa chica. Con paso lento pero seguro, tal como un escultor trabaja el mármol, había borrado mi acento, cambiado de modales, aprendido idiomas, pulido mis defensas.

E incluso todo eso no fue más que el principio de las exigencias de Elisabeth. Durante un tiempo, cuando encontré un empleo en una prestigiosa casa de subastas de Londres, creí que lo había conseguido. Pero la verdad era que no tenía dinero ni contactos, lo cual implicaba que nunca iba a pasar de la categoría de burro de carga. Así que cogí un trabajo de noche en un bar de camareras, el Gstaad Club. Seguro que un traje de calidad y un corte de pelo estiloso habrían de mejorar mi situación, ¿no? Me desengañé de esta patética ilusión cuando descubrí que mi jefe, Rupert, estaba implicado en la trama de una falsificación. Él tardó menos de cinco minutos en ponerme de patitas en la calle. Un cliente del club, James, se ofreció a llevarme a la Riviera, y a partir de ahí las cosas se volvieron un poquito... turbias durante una temporada. Aunque tremendamente rentables en último término, porque logré localizar y vender la falsificación que había provocado mi despido, y empleé el dinero para establecerme en París como marchante de arte. He de reconocer que se produjeron por el camino algunas bajas. James no regresó a Londres, aunque eso no fue del todo culpa mía. Tampoco volvieron a casa ni el marchante al que le robé la falsificación, Cameron Fitzpatrick; ni mi antigua compañera de colegio, Leanne; ni Renaud Cleret, un agente de policía encubierto; ni Julien, el intrigante dueño de un club de sexo de París.

Trasladarme a Venecia como Elisabeth Teerlinc fue una necesidad práctica. Entre otras cosas, porque quería evitar las atenciones de un inspector de policía, compañero de Renaud, llamado Romero da Silva. Había hecho falta mucho brillo para tapar todo eso. Pero la fachada de Elisabeth había quedado impecable, y solo reflejaba lo que la gente quería ver. Es verdad lo que dicen: al final, lo que importa es lo que hay dentro.

Capítulo 2

—¿Señorita Teerlinc? ¿Elisabeth Teerlinc?

—Sí, soy yo.

—Me llamo Tage Stahl. Espero que no le importe que haya entrado sin invitación, pero me he quedado fascinado con las piezas expuestas.

—Muchas gracias.

—¿Hace mucho que tiene la galería?

—No, la verdad. Solo desde la primavera.

—Bueno, es un espacio magnífico.

—Gracias. Disfrute de la exposición.

El cliente se disolvió en lo que parecía una multitud, aunque Gentileschi tenía cabida únicamente para treinta personas. Medía solo quince pasos de largo, pero cada uno de ellos era mío y solo mío. La galería estaba en la planta baja de unos edificios navales situados en la base misma de la isla, cerca de la parada San Basilio del *vaporetto*: una arquitectura sencilla y funcional del siglo XIX que contrastaba con la gloriosa vista del este de la Giudecca. La belleza de Venecia es un tópico aburrido —ya no puede decirse nada que no se haya dicho mejor—, pero a mí me gustaba aún más mi galería por esa alusión implícita a los orígenes de esta ciudad, cuyos encantos se construyeron con barcos, sudor y especias.

Mi primera exposición italiana era una muestra colectiva de un grupo de pintores serbios, el Xaoc Collective, que trabajaban en un edificio okupa de Belgrado. Las piezas, *collages* bordados y lienzos con caprichosos objetos encontrados, eran rústicas y deliberadamente apolíticas, nada exigentes para el ojo del espectador ni tampoco para su bolsillo. Y se estaban vendiendo. Se estaban vendiendo muy bien. Había decidido empezar por una modesta inauguración en agosto. Mientras la caravana de la Bienal atravesaba Venecia durante la primavera, Elisabeth Teerlinc había conocido a muchas de las

personas a las que necesitaba conocer, pero todavía estaba muy lejos de poder considerarse establecida como galerista. Los meses relativamente tranquilos que preceden al festival de cine, durante los cuales la ciudad queda básicamente a merced de los turistas y del menguante número de venecianos que los atienden, habían resultado un período perfecto para cultivar mis contactos y mi nueva identidad.

Me había pasado semanas escribiendo a mano las invitaciones para la exposición, elaborando un breve comunicado de prensa, escogiendo el papel de lino gris adecuado para el catálogo y negociando con una empresa de pintores para volver a blanquear las paredes de la galería. (Los compradores de arte moderno quieren paredes blancas y cuadros agresivos, ambiguos o subversivos.) No es que todo eso fuera muy diferente de las insignificantes tareas que llevaba a cabo en Londres, en mi empleo diurno en la Casa, pero esa diferencia lo era todo. Para empezar, ahora tenía un escritorio de verdad, un Poltrona T13, basado en el modelo Albini 1953, que impresionaba al menos a los visitantes italianos, y ante el cual podía sentarme sin que me abroncaran por gandulear. No tenía aún un ayudante, solo había reclutado a varios estudiantes de la universidad para coger las chaquetas y ofrecer copas de *prosecco*; pero ellos me llamaban «Signora Teerlinc», y no: «Hmm».

Por un instante me habría gustado retroceder, apartar la espesa red de todo lo ocurrido y poder enseñarle a mi yo anterior cómo era mi futuro. Estos invitados y estas copas eran reales, como lo eran las etiquetas manuscritas que los estudiantes estaban fijando en una pieza tras otra para indicar que habían sido vendidas. Ahí en medio, serena, elegante, aplomada, incluso yo misma me sentía real. Mi éxito podía ser relativamente modesto, pero no hacía que me sintiera humillada. Hacía que me sintiera encantada de la vida.

Al otro lado de la sala, el tipo de aspecto escandinavo, Stahl, estaba hojeando con aire distraído mi catálogo cuidadosamente redactado. Vi que hacía una seña a uno de los estudiantes y que se llevaba la mano a la cartera. Estaba comprando. Ya me disponía a acercarme, cuando alguien me puso una mano en el brazo. Me volví: un hombre mayor vestido con una chaqueta formal de *tweed* pese al calor reinante. Supuse que debía de ser un turista extraviado, o tal vez un profesor de la cercana universidad Ca' Foscari, pero el acento de sus primeras palabras en inglés delataba que era ruso, así que traté aturulladamente de decirle «buenas tardes» en su idioma.

—¿Habla ruso?

—No mucho, por desgracia. —Pasé al inglés—. Dígame, ¿puedo ayudarle?

—¿Es usted Elisabeth Teerlinc?

—En efecto.

Me dio una tarjeta con mucha formalidad, incluida una leve inclinación, en la que figuraba su nombre, Dr. Ivan Kazbich, y la dirección de una galería de Belgrado. Debía de conocer al Colectivo Xaoc, deduje.

—Bien. He venido a hablar con usted en nombre de mi jefe. ¿Tiene unos momentos, por favor?

—Ah. Sí, claro —respondí, intrigada.

—Preferiría que hablásemos a solas.

Miré el reloj. Las siete y veinticinco.

—Claro. Si no le importa esperar un poco. La exposición está a punto de concluir.

Él recorrió las paredes con la vista. Obviamente, Stahl debía de haber comprado las tres últimas piezas, porque ahora todas tenían la etiqueta de «vendido» escrita con tinta granate.

—Debe de estar muy satisfecha.

—Sí. Gracias. Si me disculpa un momento.

Fui a hablar con Stahl, que se demoraba aún en la sala mientras los últimos invitados se congregaban en la puerta, despidiéndose o haciendo planes para la cena. Me preguntó si me apetecía quedar en el Harry's Bar, lo cual debería haberme revelado en ese mismo momento todo lo que necesitaba saber sobre él. Si Venecia es la mayor obra maestra que ha producido jamás nuestra especie, ¿por qué iba a apetecerme cenar en el único lugar sin ninguna vista, donde solo se puede contemplar el espectáculo grotesco de la clientela? Me mordí la lengua, le dije que tenía una cita y lo acompañé educada pero firmemente afuera, donde el cielo empezaba a pasar del azul zafiro al verde pálido. Les di las gracias a los estudiantes, que habían apilado los catálogos y ordenado las botellas y las copas, les pagué en metálico y cerré la puerta de la galería antes de volver a reunirme con el doctor Kazbich.

—Discúlpeme por hacerle esperar.

—En absoluto.

Kazbich me explicó que trabajaba para un coleccionista interesado en la tasación de sus obras, que se hallaban en Francia. ¿Yo hacía ese tipo de trabajo? No lo había hecho, al menos últimamente, pero sí había tasado piezas cuando trabajaba en la Casa, y en algún caso con resultados

sorprendentes. Se trataba de una colección... considerable, prosiguió. Comprendí lo que quería decir. Le pregunté si su cliente no había pensado en recurrir a un experto de la IFAR, la International Foundation of Art Research. La procedencia de las obras no importaba en este caso, dijo él, devolviéndome la pelota con una media sonrisa que indicaba que ambos sabíamos de qué estábamos hablando. Se trataba de una simple tasación privada. Sospechosa, pues, aunque eso también lo sabíamos los dos. Era la clase de propuesta que ninguna chica respetable debía aceptar, al menos hasta conocer la cuantía de la compensación. Justo en ese momento, me explicó que su misterioso jefe ofrecía el importe de todos los gastos, claro, y una tarifa inicial de 20.000 euros, más otros 100.000 a la entrega del informe. Yo haría una primera visita para evaluar las obras y dispondría después de dos semanas para realizar la tasación.

—Me interesaría mucho hacerlo —respondí de inmediato.

No creí que alguien que te ofrecía una suma semejante fuera a quedar impresionado con vacilaciones y demoras. Lo que el cliente quisiera hacer con la tasación no era asunto mío. El doctor Kazbich me tendió un abultado sobre de color mantequilla y aguardó expectante a que lo abriera. Dentro había una letra de cambio a nombre de Elisabeth Teerlinc, girada contra un banco de Chipre por valor de la primera suma, y otro papel donde figuraba solo un nombre: Pavel Yermolov.

Miré embobada un momento ese nombre. No suelo quedarme pasmada muy a menudo, pero... ¡Pavel Yermolov! ¡Iba a ver los cuadros de Pavel Yermolov! O más bien, Pavel Yermolov me consideraba lo bastante buena como para dejarme ver sus cuadros. Creo que Kazbich sabía que yo habría estado dispuesta a devolverle la letra de cambio con los nombres invertidos, solo por la oportunidad que me estaba dando.

La colección de Yermolov era un misterio que daba pábulo a leyendas y rumores codiciosos. Oligarca de segunda generación, tenía fama de ser un coleccionista muy serio, pero nunca se presentaba personalmente en las galerías de arte; prefería comprar a través de una serie de intermediarios anónimos e intercambiables. En los últimos cinco años, se le había relacionado con las ofertas ganadoras de un Matisse, de un Picasso y —algo menos previsible— de un Jacopo Pontormo; y era seguro que un Pollock había sido adquirido por uno de sus grupos empresariales. Y además... estaban los Botticelli Jameson.

El paradero de esos Botticelli, bautizados con el nombre del desaprensivo magnate norteamericano que los había sacado de Italia en el siglo XIX con métodos dudosos, era objeto de todo tipo de rumores y especulaciones. Se trataba de dos medallones gemelos, una *Anunciación* y una *Madonna con el niño*, y no se habían visto en público desde hacía ciento cincuenta años. Algunos expertos de Internet dudaban de su existencia y afirmaban que habían sido destruidos en un incendio en la hacienda de Jameson, situada al norte de Nueva York, y reasegurados de forma fraudulenta para engrosar la menguante fortuna de la familia; otros sostenían que habían sido vistos en Qatar o en Corea. El nombre de Yermolov había aparecido vinculado con los cuadros a raíz de una turbia operación de venta realizada en Zúrich una década atrás, pero nadie sabía con certeza si realmente los tenía en su poder.

—La respuesta es sí. Dígale, por favor, al señor...

Él me cortó, llevándose teatralmente un dedo a los labios.

—Mi jefe espera una discreción absoluta.

—Claro, disculpe.

—En absoluto, señorita Teerlinc. Ya tiene mi tarjeta. Cuando esté lista para viajar, póngase en contacto conmigo, por favor, y me ocuparé de las gestiones oportunas.

Kazbich no llevaba sombrero, pero cuando se cerró tras él la puerta de la galería, estoy segura de haber visto cómo hacía ademán de sacárselo respetuosamente.

Al poco rato, en mi piso del Campo Santa Margherita, me puse a disfrutar en la bañera de una copa de Soave, sujetando la tarjeta de Kazbich como si fuese un talismán. Me encantaba tumbarme allí dentro al atardecer, escuchando a los niños que jugaban abajo, en la plaza: las niñas saltando a la comba con una cuerda de tender, los niños con sus balones y sus monopatines. También oía el trasteo de los vendedores del mercado recogiendo sus cajas de calamares y *moleche*, y el murmullo de los cafés llenos de turistas y estudiantes. En fin, un agradable ambiente vecinal.

Estaba intentando visualizar las piezas de la colección Yermolov. Lo único que aún echaba de menos de mi trabajo en la Casa eran los cuadros mismos. Hasta ahora, me las había arreglado para no tener que manejar ninguna obra por la que sintiera auténtico desprecio, pero no podía fingir ante mí misma

que las piezas que Gentileschi acababa de vender fuesen algo más que una sofisticada y engañosa chorrada. Lo que echaba de menos no era solo ese primer golpe inesperado de la belleza, sino también el privilegio de poder disfrutar con tiempo de los cuadros, la expectación casi erótica provocada por sus lentas revelaciones, la posibilidad de sentirte casi desfallecer ante las imágenes, de mirarlas y volver a mirarlas y seguir sintiéndote conmovida, o turbada, o atónita. No había olvidado aquella primera visita a la National Gallery que me había cambiado la vida, siendo aún una colegiala, y, desde entonces, los cuadros habían sido las únicas cosas que nunca me habían decepcionado. Bueno, y los cigarrillos, supongo.

Repasando mis planes para el otoño, caí en la cuenta de que la oferta de Yermolov no solo era extraordinariamente halagadora, sino también tremendamente oportuna. Los beneficios de la exposición balcánica cubrirían los gastos de la galería por un tiempo, pero mi piso y las reformas que había hecho se habían comido más de la mitad de los fondos que tenía disponibles. Ser rico es muy caro... Habría podido alquilar un apartamento cuando llegué a Venecia, nueve meses atrás, pero el deseo de poseer un lugar —incluso un hogar— que fuera irrefutablemente mío había resultado demasiado poderoso para actuar con prudencia. El piso era propiedad de Gentileschi y se pagaba a través de la cuenta de la galería en Panamá. Yo albergaba la esperanza de entrar con el tiempo en el mercado secundario, vendiendo buenos cuadros de segunda mano; pero por el momento no disponía del suficiente flujo de capital para manejar otra cosa que «jóvenes artistas», por debajo del límite de los cien mil. Aun así, la obra nueva, que no tenía valor más allá de su estatus, podía ser extremadamente lucrativa cuando la moda estaba de su lado. Necesitaba algo llamativo para la nueva temporada: un descubrimiento que poder comprar barato y vender caro en la siguiente primavera. Había una chica danesa que me interesaba. Había visto en London Online su exposición de graduación en la escuela Saint Martins, y tenía una serie de lienzos de estilo gráfico, con unas esferas doradas extrañamente fascinantes sobre fondo oscuro, que yo creía que quedarían de maravilla bajo la luz almibarada de la laguna. Tal vez una exposición privada al anochecer, si los conseguía... Luego estaba mi estudio del ruso, en el que debía seguir trabajando. Me había parecido un idioma práctico para mi profesión, ahora que había tantos rusos comprando arte en occidente, y parecía que iba a necesitarlo antes de lo que había creído. No me engañaba pensando que Yermolov y yo conversáramos

fluidamente en ruso (suponiendo que se dignara presentarse), pero los sonidos de la lengua empezaban a fijarse en mi mente, y pensé que debía hacer un esfuerzo para manejar las fórmulas de cortesía más básicas.

Había encontrado a una cantante de ópera retirada, Masha, que vivía y daba clases de ruso en una buhardilla detrás de La Fenice. Era veneciana de nacimiento, hija, según contaba, de una pareja de cantantes de ópera rusos que habían huido de la Unión Soviética durante una gira por Italia, justo después de la Segunda Guerra Mundial. Pero aun así hablaba el italiano con fuerte acento, y su sombrío estudio, al que se accedía subiendo seis pisos por una escalerita cada vez más angosta, parecía un decorado para una producción amateur de Chéjov. Había iconos prácticamente en todas las superficies, salvo en las que estaban cubiertas con pesados chales decorativos de largos flecos. Había un samovar auténtico, estantes llenos de poesía rusa y un ligero hedor a grasa de cerdo hervida. Masha debía de rondar los ochenta y nunca había puesto los pies en Rusia, pero se presentaba como una rusa blanca pura, describía escenas de la vida de sus padres en San Petersburgo que solo podían haber salido de una novela y corregía puntillosamente las inflexiones de los locutores de las emisoras rusas que sintonizaba para ayudarme a practicar.

—*Off*—exclamaba con verdadera indignación, poniendo los ojos en blanco bajo su pelo cardado y teñido de negro—, no *ovv*. Ah, qué tragedia, qué tragedia. —Como si los males del estalinismo se hubieran condensado en la pronunciación errónea de un patronímico. En conjunto, era una vieja y fabulosa farsante. Tal vez por eso me caía tan bien.

Capítulo 3

Al final, tuve tiempo sobrado de tomar unas clases extra, pues organizar la tasación de Yermolov llevó más de un mes. El tiempo para los ricos es elástico, como había aprendido de mi amigo Steve, el inversor de fondos de alto riesgo cuyo yate, el *Mandarin*, había constituido para mí un refugio temporal y un trampolín para montar la galería. Los ricos son inmunes a las indicaciones de sus implícitos inferiores; el calendario se modifica o se extiende según sus propias necesidades. El doctor Kazbich me había dado el número de una tal *madame* Poulhazan, ayudante de Yermolov, quien programó y reprogramó el encuentro durante las semanas siguientes con un estilo enérgico y expeditivo. Me sentí aliviada cuando me dijo que él pondría a mi disposición su avión privado, pero por dos veces me desplazé al aeropuerto con taxi acuático solo para enterarme de que Yermolov lo había cancelado todo en el último momento. Se encontraba en São Paulo, en Nueva York, en una reunión de emergencia en Londres, y ya no estaba disponible.

Empleé esas demoras para evaluar el potencial de la colección, estudiando los últimos precios de venta registrados de las piezas que supuestamente poseía Yermolov, contrastándolos con otras ventas comparables en el Artprice Index y analizando los movimientos de cuadros importantes que habían circulado en el mercado durante la última década. Cuando llegó finalmente el día, sentí que no podía estar mejor preparada. Mi investigación me había revelado que Yermolov poseía cuatro aviones, e incluso para los baremos del aeropuerto Marco Polo, su Dassault llamaba la atención. No tanto por su color, un discreto azul oscuro, sino por los cuatro tripulantes uniformados que me esperaban pacientemente en la pista (las dos azafatas ajustándose sus pulcros gorritos bajo el viento) para recibirme como si fuera una visita de Estado.

Rechacé todo lo que me ofrecían mientras despegábamos (el vodka, el

champagne, el caviar con blinis, el zumo de berza prensado en frío) y me limité a aceptar con una mueca una botella de agua embotellada por Armani. Hasta que cruzamos las nubes, contemplé cómo se hundía a mis pies la gloriosa roca rosada de las Dolomitas, con las cumbres decoradas por las primeras nieves. Luego me arrellané para repasar mis notas sobre el dinámico jefe de las azafatas. Todo el mundo había oído hablar de Yermolov, pero lo que yo sabía de él era lo que todo el mundo, lo cual, en el fondo, no era nada. Yermolov encajaba en el molde del oligarca de la nueva escuela: temprana formación en la antigua KGB, amplios intereses en minerales y agricultura industrial, estrechos vínculos con el gobierno, oficialmente afincado en Rusia, pero con casa en Francia, Londres, Anguila y Suiza. En un número de *Architectural Digest* sobre la escultora Taïs Bean aparecía la lámpara de araña que había creado para la casa de esquí de Yermolov. Al principio me había sorprendido descubrir que, además, era político —gobernador regional en su Cáucaso natal—, pero un rápido cotejo con la biografía de sus coetáneos indicaba que no era una forma infrecuente de demostrar lealtad a la Madre Rusia. En *Forbes*, *Spears* y el *Financial Times* no había descubierto nada polémico; también había examinado números atrasados de *Rossiyskaya Gazeta* y de la revista financiera rusa *Vedomosti*, pero a pesar de mis esfuerzos con Masha, mi ruso era aún rudimentario y me había resultado difícil buscar algo fuera de lo previsible. Yermolov asistía a los bailes de beneficencia habituales y a alguna de las recepciones de los *think-tank* de élite, hacía acto de presencia en Davos y Yerba Buena y había sido fotografiado con los inevitables Elton John y Bono; pero, comparado con sus predecesores de la última generación de *cowboys* postsoviéticos, parecía alejado de cualquier extravagancia. Oficialmente, su riqueza era respetable y estaba a salvo de toda sospecha. La colección de arte podía constituir un misterio, pero como Yermolov no parecía asistir a ninguna de las grandes bienales y no había sido fotografiado alternando con la jet en el museo The Garage de Moscú, me vi obligada a concluir que quizá le gustaba de verdad la pintura.

Cuando aterrizamos en Niza, las azafatas me acompañaron solícitamente a un Maybach, azul marino como el avión, que ya me estaba esperando. La puerta la mantenía abierta el típico gorila trajeado, tipo Shrek, con cuello de

culturista y cartuchera abultada. Agradecí tantas atenciones, cualquiera habría dicho que Yermolov y yo éramos viejos amigos, pero me pregunté si un guardaespaldas y un chófer no era ya un poco excesivo. El gorila se sentó delante y el coche se dirigió hacia Toulon por la autopista, tomando la salida justo después de Saint-Tropez. Paramos frente a unas puertas para que el chófer introdujera un código de seguridad y luego recorrimos una larga avenida flanqueada de plátanos cuyo follaje ya estaba moteado de matices dorados bajo el denso ambiente de principios de otoño. La avenida descendía y volvía a subir; al fondo, divisé el leve destello del Mediterráneo. Llegamos a otras puertas imponentes, pero ahora el chófer abandonó la avenida y bajó por una rampa de hormigón, donde la puerta de un garaje ya estaba alzándose para nosotros. Seguimos bajando, en una repentina penumbra azulada, hasta que se alzó otra puerta y el coche se detuvo en un achaparrado recinto de hormigón. El chófer me abrió la puerta y me guio hacia una cabina cilíndrica de cristal enclavada en un hueco de la pared.

—Ahí dentro, por favor, *madame*. Solo un momento.

Se cerró la puerta curvada de la cabina y zumbó una luz en el techo (¿una especie de escáner de rayos X?). Cuando salí por el otro lado, el chófer sometió mis maletas al mismo proceso y las llevó a un ascensor situado en la pared opuesta. Subimos en silencio hasta que las puertas se abrieron ante una vista que me arrancó una sonrisa de placer.

Estábamos en lo alto de una ligera elevación, con un sendero de grava que descendía hasta la villa de Yermolov, rodeada de pinos y álamos, y con la panorámica del mar al fondo. La casa, una construcción del siglo XIX de color rosado, era tan pomposa y frívola como un pastel de boda; parecía apropiada para una cortesana de Colette, para citas perfumadas de jazmín; en fin, era ese tipo de casa cuyo destino se habría dirimido alguna vez a las cartas en el casino de Montecarlo. Tras las medidas de seguridad algo siniestras del sótano, su aspecto absurdamente encantador desprendía un delicado y exquisito aroma a un mundo de ensueño *fin de siècle*. Mientras caminábamos hacia las dobles puertas de color lima, rematadas con una gran cabeza de león, unas espigas ocultas bajo la grava empezaron a rociar el césped de ambos lados, de tal manera que íbamos pasando a través de una serie de arcoíris. Yo casi esperaba que sonara un vals. A veces la vulgaridad puede resultar una verdadera delicia.

Un grueso mayordomo acompañó a la señorita Teerlinc a su habitación, en

el primer piso. Cruzamos otras dobles puertas y accedimos a una antecámara octogonal revestida de paneles de palisandro, con un balcón en un lado y el dormitorio en el otro. Pero yo apenas registré la decoración, porque me llegó inesperadamente una oleada de aire perfumado a lirios y ya solo pude musitar las gracias y desplomarme sobre una cama que bien podría haber estado en otra habitación, hacía mucho: una habitación en la que yo había aguardado junto a un cuerpo inflado y repentinamente vulnerable a la muerte. Ahora volví a aguardar a que la sangre dejara de silbar en mis oídos.

Quizá sea un poco superficial en este sentido, pero la verdad es que no dedico mucho tiempo a pensar en el pasado. Lo mío es la reacción inmediata ante la contingencia. Y sin embargo, aquel intenso olor era idéntico al que impregnaba la habitación del Hôtel du Cap donde había encontrado el cadáver de James. Hacía mucho que no pensaba en ello, pero el enorme ramo de lirios de agua me hizo creer, por un momento, que no había salido de aquella habitación. ¿Realmente aún estaba varada allí, atrapada eternamente con mis manos temblorosas en la cartera de un hombre muerto?

Me fijé en un recio sobre de color crema apoyado junto al jarrón de la mesilla. Lo abrí con los dientes y una mano, mientras con la otra empezaba a arrancar metódicamente los cálices de los lirios de sus tallos, rompiendo aquella antigua conexión con cada chasquido. Los estambres desprendían una nube anaranjada y me manchaba las mangas mientras leía la nota:

Señorita Teerlinc,

Espero que el viaje haya sido agradable y que se encuentre cómoda. Si necesita cualquier cosa, no dude por favor en pedirla. En cuanto esté lista, le mostrarán la colección. Después, espero poder cenar en su compañía.

Muchas gracias por su visita.

Atentamente,

P. Yermolov

Mis ojos recorrieron varias veces la hoja, antes de que cayera el último lirio al suelo. Eso me despertó. Mi preciosa blusa Chloé de seda había quedado arruinada. «Joder, Judith —me dije en voz alta—. Venga, arregla este estropicio.» Pero enseguida me detuve. La alfombra estaba hecha un asco, sí, pero este era mi nuevo mundo. Alguien se encargaría de limpiarla. Yo ya no era la chica que había hecho un esfuerzo para dominarse en aquella habitación asfixiante. Ahora era rica, independiente, libre. Y estaba aquí.

Como profesional; con mis propias condiciones. ¿Acaso no era yo una prueba viviente de que si crees en ti misma y persigues tu sueño puedes llegar a ser lo que deseas? (Quizá era mejor no pensar en las pruebas muertas.) Ahora todo se reducía al presente, al yo actual. La historia no contaba; y Proust y la infusión de tila de su tía podían irse al cuerno. Entré en el baño, me pasé agua fría por las muñecas y luego me dediqué un buen rato a ducharme y cambiarme, a lavarme la cara y a hacerme un recogido sobrio. Si había llegado hasta aquí, iba a hacer falta mucho más que el recuerdo de un perfume para arredrarme. Ya era hora de ponerse a trabajar.

Cuando el gorila me acompañó por los jardines de la villa hacia el moderno y austero cubo donde Yermolov albergaba su colección, ya volvía a ser la misma de siempre. Había escogido un vestido Max Mara negro sin mangas, con unos recios zuecos Marni horrorosos, pero adecuadamente bohemios, pensé, frente a la simplicidad de la seda. Llevaba una cinta métrica y un registro de dimensiones en mi maletín, además de una linterna y una lupa: resulta sorprendente la cantidad de falsificaciones que se les han pasado por alto a los expertos por descuidar los métodos más elementales. También tenía una Polaroid antigua, porque me imaginaba que no me permitirían usar el móvil para sacar fotografías. Me dejaron en manos de una altanera mujer francesa vestida con un traje chaqueta semejante al que llevaban las azafatas del avión privado de Yermolov. Era *madame* Poulhazan, la ayudante con la que había tratado. Su tono era eficiente y educado, pero la larga mirada que dedicó a mis piernas y mi maletín dejaba claro que le reventaba permitirme entrar allí. ¿Era demasiado joven, a su modo de ver, o no estaba lo bastante impresionada? Efectuó un complejo proceso de reconocimiento de iris y de códigos de seguridad, se abrieron unas puertas deslizantes de vidrio ahumado y accedimos a un sombrío vestíbulo que olía a ozono y a barniz.

—*Alors, mademoiselle*. Esto es un acuerdo de confidencialidad. Tiene que firmar aquí, aquí y aquí, por favor.

El documento, redactado en inglés, constaba de tres páginas y era tan taxativo que no solo implicaba la renuncia por mi parte a comentar o difundir de cualquier forma el contenido de la colección, sino casi la promesa de borrarlo de mi memoria. Aun así, estampé la firma de Elisabeth. A continuación, Madame me escaneó de arriba abajo con un artilugio iluminado

que parecía un vibrador de lujo, hurgó con suspicacia en mi maletín y sacó triunfalmente la Polaroid.

—Esto no está permitido.

—La necesitare para la tasación.

—¿No confía en sus propios ojos? —dijo con desdén.

Podría haber replicado que era de los ojos de Yermolov de lo que desconfiaba, pero eso no habría ayudado mucho, así que le sugerí educadamente que llamara a la casa para pedir permiso y disfruté de su expresión de contrariedad cuando me lo concedieron. Hubo aún otra pausa, mientras introducía un largo código en la última puerta, y entramos por fin.

El suelo era de malaquita, pero el sonido de mis tacones en su superficie vítrea no me habría procurado más placer aunque hubiera sido de esmeralda. Si antes la angustia evocada por la fragancia a lilas de mi habitación me había dejado desarmada, ahora me asaltó el recuerdo de los kilómetros que había recorrido por los interminables pasillos de la Casa, de los meses y meses haciendo tediosos recados y pateándome las calles de Londres: un largo camino que se remontaba a la primera ocasión en la que había *visto* de verdad un cuadro, en la National Gallery, y que me había traído con el tiempo hasta aquí, ya convertida en una persona independiente, profesional, incluso respetada. No es frecuente sentir en un momento dado que has conseguido lo que querías, y, durante unos segundos, me sentí ingrávida, flotando en una burbuja, consciente de mi propio logro. «No está mal, Judith. No está nada mal.» Abrí los ojos y vi que *madame* me observaba inquisitivamente. No iba a darle la satisfacción de que me viera impresionada, pero la verdad sea dicha: aunque yo ya había accedido a algunos espacios extraordinarios, nunca había visto nada parecido.

La sala, larga, de techo alto, estaba iluminada con una suavidad que recordaba la luz de las velas. Dos sofás Breuer de ante blanquísimo, situados respaldo contra respaldo, destacaban en el centro junto con algunos otros asientos —unas sillas Regencia de haya reluciente, con espaldar en arpa, y una poltrona Luis XIV de seda gris— agrupados en derredor como en una escena de salón a la que solo le faltaban los personajes. A simple vista, sin dar otro paso, reconocí el Pollock y el Matisse —el *Maison à Tahiti*, que había causado sensación en Nueva York, cinco años atrás, cuando un comprador anónimo entró de improviso en la sala de subastas y ofreció por él casi cuarenta millones de dólares—, tres Picasso, un Rembrandt, dos

Breughel, un Cézanne, un Tiziano (¡un Tiziano, joder!; ¿quién posee hoy en día un Tiziano?) y el *Retrato de joven con gorro rojo* de Pontormo. Era algo mareante. Tuve que reprimir el impulso de correr entre las pinturas, de extender las manos ante sus luminosas superficies para absorber toda su magia. La pared izquierda estaba ocupada por pintores rusos, un dragón de Vrubel, enroscado como un torbellino, un Grigoriev, un Repin con ecos de Poussin y luego una serie de paisajes de Klimt.

—Y aquí están los dibujos —dijo *madame*, apuntando con un mando a un panel situado por debajo de los Klimt. Se abrió una portilla con un leve zumbido y apareció un contenedor de acero que parecía un viejo soporte para CD de tamaño gigante. Ella manipuló los controles y las láminas fueron desfilando, una tras otra, como en una noria de aguafuertes y dibujos al carbón, cada uno una pieza maestra por derecho propio.

Mi entusiasmo se volvió tan amargo como un caviar martini. Ya me esperaba que la responsabilidad fuese abrumadora, incluso me sentía excitada ante el desafío, pero esto era sencillamente imposible. Era demasiado, y demasiado bueno. Necesitaba un equipo de asistentes, escaleras, guantes, a saber qué instrumentos. Apenas me atrevía a tocar estas obras, no digamos ya a tratar de tasarlas. ¿A qué estaba jugando Yermolov? ¿Por qué un hombre que poseía semejante colección había considerado siquiera la idea de emplear a una galerista desconocida para tasar unos cuadros cuya belleza parecía de repente una especie de burla?

Madame se había sentado remilgadamente en uno de los sofás, y su boquita pintada se torció en una tensa sonrisa expectante. «No demuestres temor.»

—Tengo entendido que hay varias obras renacentistas, ¿no? —Esa fue la frase más desafiante que se me ocurrió.

—Naturalmente. Por aquí.

La seguí a lo largo de la galería, con la cabeza gacha ahora que ella no podía verme. La pared del fondo estaba vacía, lo cual no hacía más que realzar los tesoros que conducían hacia allí. *Madame* aplicó la palma de la mano sobre otro panel oculto y se abrió una puertita deslizante, como si estuviéramos entrando en la celda de un monje medieval. Ahí dentro, ya no me molesté en disimular mi asombro. La diminuta habitación era una copia del célebre *studiolo* del duque de Urbino, cubierto por entero de paneles de madera con intrincados taraceados y con imágenes en *trompe l'oeil* entreveradas con retratos de los filósofos clásicos que el Renacimiento

veneraba. Mis ojos saltaban de aquí para allá en aquel torbellino reluciente. Y luego, tan cerca que habría podido tocarlos con solo extender el brazo, dos medallones enmarcados, dos caras luminosas esmaltadas, dos moldeadas barbillas casi palpables bajo unos inquisitivos ojos grises, dos cabezas rubias veladas bajo una gasa tan delicada que parecía flotar hacia mi rostro atónito. La *Anunciación* y la *Madonna con el niño*. Aquí estaban. Los cuadros que había estudiado, pero nunca había visto, que casi ninguna persona viva había llegado a ver. Los Botticelli Jameson. Ahora comprendí el sentido de los documentos que me habían hecho firmar.

—¿Estos son los Botticelli Jameson? ¿Los auténticos? —dije, sin poder reprimir un tono sobrecogido.

—En efecto —respondió *madame*, animándose un poco. Tal vez no debería haberme molestado al principio en adoptar una actitud indiferente. Solo un idiota no se habría quedado pasmado. Ya bastante hacía manteniéndome de pie. El tercer cuadro, que teníamos delante, estaba tapado con una pesada cortina de terciopelo verde. La aparté con cuidado.

—Oh.

Yo le había puesto a mi galería el nombre de Artemisia Gentileschi, la pintora de la que me había enamorado cuando era una adolescente. Artemisia había superado pintando los prejuicios y la pobreza, incluso la violación; había escogido la audacia, se había negado a someterse a un mundo que la había rechazado y ultrajado. En 1598, cuando aún era una niña, su padre y maestro, Orazio, pasó muchas noches locas en compañía de un buen amigo, un pintor del norte de Italia llamado Michelangelo Caravaggio. Aquellos eran buenos tiempos en Roma para los chicos malos. Caravaggio y sus amigos se pavoneaban como ruidosas estrellas de rock, buscando pelea, frecuentando prostitutas, paseándose con la espada al cinto por las tabernas de los bajos fondos, tan ciegos de vino como del albayalde o blanco de plomo de sus pinturas. Caravaggio, llamado Michelangelo por el arcángel armado, pintó aquel año un cuadro de implacable virtuosismo, de una aplastante luminosidad pagana. Era un regalo de su mecenas, el cardenal Del Monte, a Fernando de Medici de Florencia: un autorretrato como la Gorgona Medusa. El cuadro es un escudo convexo de madera de álamo que pretende reproducir el escudo de bronce que Perseo usó para reflejar la mirada petrificante de la Gorgona y acabar con ella. Si hubiera mirado directamente a los ojos a la hechicera, el héroe de Ovidio habría quedado convertido en una estatua de

piedra. Caravaggio le otorgó su propia cara al monstruo, a la Medusa que despierta agónicamente de su sueño justo en el momento en que la espada de Perseo le secciona la cabeza del cuerpo. Pero Caravaggio intuyó de algún modo que el espacio se curva tan sinuosamente como los pelos de un pincel, que no puede mantenerse inmóvil, y que el tiempo se acelera o se ralentiza según su posición en la gravedad. En el escudo de Medusa, las sombras cóncavas de la cabeza coronada de tortuosas serpientes contradicen la convexidad de la superficie. Ahí es donde los dos planos se entrecruzan, donde, por un momento, el tiempo vacila. En el encuentro de nuestros ojos con los de la Medusa, Caravaggio congela el universo para capturar el momento de la muerte, desafiando con audacia las leyes del arte. Nosotros estamos a salvo; podemos desviar la mirada y volver a mirar esta obra que trasciende el retrato de un pintor para convertirse —en un despliegue superlativamente arrogante de bravura— en el objeto pintado. Ahí está ese don nadie lombardo de andrajosas vestiduras, demostrando que puede jugar a ser Dios en un pedazo de madera. Sujeta esto, le dice el pintor a su mecenas, y detendrás el tiempo.

—Oh.

Incluso la copia resultaba imponente. Si no hubiera visto el cuadro auténtico en los Uffizi, habría creído que estaba mirando el cuadro de Caravaggio. «¿Sería posible que Yermolov...? No, no podía ser...»

—Es una copia, desde luego —añadió, solícita, *madame*, antes de que yo siguiera cayendo por la madriguera del conejo—. El señor Yermolov quería una tercera pieza para esta habitación.

—Sigue siendo maravilloso.

—Por el momento.

Cubrí la pintura, volví a abrir la cortina y la cara de Medusa me arrebató de nuevo el corazón. Me giré lentamente hacia la galería. Aquella pequeña habitación era como el núcleo de una llama. Más allá, los colores de los cuadros relucían y bailaban.

—Gracias —dije con sinceridad—. Gracias por enseñarme esto.

Me costó separarme de aquellos cuadros; sin embargo, ahora sentía más curiosidad que nunca por conocer a Yermolov. ¿Qué clase de voluntad hacía falta para adquirir una colección semejante?, ¿para poseer los Botticelli

Jameson y mantenerlos ocultos? Y además, ¿por qué me había pedido que viniera, en realidad? Durante la conversación que había mantenido con el doctor Kazbich, ambos éramos conscientes de que una tasación privada no era legal. Es algo que se hace constantemente en el mundo del arte—incluso instituciones como la Casa llevan a cabo tasaciones dudosas, a menudo con vistas al seguro o a la declaración de impuestos—, pero Yermolov debía de saber que yo carecía de ese tipo de experiencia. Supuse que Kazbich había llegado a mí por la conexión Belgrado: su galería, al igual que el Colectivo Xaoc, estaba allí. Quizá Yermolov había pedido que le mandaran a alguien precipitadamente y yo había tenido un golpe de suerte. La posibilidad de ver los Botticelli—sin hablar de la compensación económica— había bastado para convencerme, aun suponiendo que no hubiera sido escogida por los motivos más respetables del mundo. Después de ver su colección, sin embargo, esta hipótesis me parecía mucho menos plausible. Ahora creía más bien que una persona que amaba tanto el arte como Yermolov habría recurrido a los mejores expertos, tal como merecían sus cuadros.

El mayordomo me dijo que el señor Yermolov me esperaba a las ocho en la terraza para tomar una copa, pero yo me apresuré a cambiarme y bajé un cuarto de hora antes. Esperaba sorprenderlo vendiendo un submarino nuclear o algo así, pero la verdad es que mi anfitrión estaba haciendo algo tan poco emocionante como leer *The Economist*. Yermolov era un hombre alto, de hombros estrechos pero aspecto vigoroso, con el pelo claro y esos ojos carentes de color de la gente del norte. Iba vestido de ese modo anodino que solo los hombres muy ricos pueden permitirse: una camisa sencilla, unos pantalones de algodón azul marino, un reloj digital barato. Yermolov se levantó para saludarme con una expresión extraña: inquisitiva, algo divertida, como si ya nos conociésemos. Mientras me apartaba la silla y me ofrecía una copa de *champagne*, observé que había algo sereno y controlado en sus movimientos, una calma elegante que quizá habría resultado encantadora de no haber sido por sus manos. Largas y delicadas, no paraban quietas: se enroscaban en torno al pie de la copa, palpaban las costuras de la servilleta de lino o recolocaban los platitos de aceitunas y pepinillos en una impecable espiral. Combinadas con los ecos militares de su pelo rubio cortado al rape, esas manos me inquietaron: evocaban salas de interrogatorio mal ventiladas,

carpetas amarillentas sacadas de armarios desvencijados, lápices preparados para destruir una vida en Siberia entre sorbo y sorbo de café tibio. La energía de aquellas manos, la avidez de su agitación constante, desmentía el elegante aplomo de Yermolov.

—Bienvenida, señorita Teerlinc. Me alegra mucho que haya podido encontrar un poco de tiempo entre todo ese excitante ajeteo del mundo del arte —dijo, sonriendo de su propia gracia. Yo le correspondí con mi mejor versión de una risa argentina.

—Es un placer estar aquí.

Yermolov parecía evaluarme mientras tomábamos el aperitivo y hacíamos comentarios sobre mi viaje y sobre las vistas. Luego pasamos al cenador, desde donde se dominaba la panorámica del mar. Los criados iban y venían —primero con un ceviche de róbalo, luego con una langosta en hojaldre— y las olas, cien metros más abajo, batían educadamente la orilla. Había velas parpadeantes a lo largo del sendero que bajaba a la terraza, y más allá, por encima del hombro derecho de mi anfitrión, podía seguir con la vista su resplandor hasta la orilla, descendiendo por unos peldaños tallados en la roca viva. Yermolov fumaba, lo cual resultaba divertido; su conversación era laboriosamente educada y el Chassagne-Montrachet estaba delicioso, pero yo me sentía un tanto incómoda. Y no lograba aplacar esa sensación diciéndome que este era el hombre que había adquirido aquella cámara de las maravillas de la belleza, cuya vibración me llegaba todavía desde el cubo de color claro situado en la parte baja de la ladera.

Me atuve mientras cenábamos a las normas de la cortesía: solo se habla de negocios una vez retirados los platos. Así pues, charlamos de las mejores estaciones para visitar Venecia y el Caribe, de la renovación de su casa francesa, que poseía desde hacía cinco años, de la nueva arquitectura de Moscú, sobre la que yo había leído un artículo antes del viaje. Ahora había grupos de vigilancia integrados por ciudadanos que patrullaban de noche por el centro para intentar atrapar a los pirómanos que estaban destruyendo los edificios antiguos para que pudieran construirse bloques nuevos. Y después hablamos de Lermontov, claro, pues, siendo del Cáucaso, él amaba a Lermontov. Incluso me recitó un largo pasaje de *El demonio* de esa forma fascinante que tienen los rusos de recitar, y yo empecé a mirarlo con un poco más de simpatía. Sus manos giraban y jugueteaban mientras nos servían un plato de crema quemada con violetas, que ninguno de los dos tocó. Entonces

me quedé callada, aguardando sus preguntas.

—Bueno... Creo que usted pasó un tiempo en Nueva York antes de trasladarse a Venecia. ¿O fue en París?

Me quedé paralizada. Elisabeth Teerlinc nunca había puesto los pies en París.

—Yo soy de Suiza, en realidad.

—Ah, disculpe. Me he equivocado.

De repente, tomé conciencia de lo aislados que estábamos, lejos de la casa, lejos de todo. Yo no le había explicado a nadie a dónde iba porque... bueno, porque no había nadie a quien contárselo. «No hay motivo para ponerse nerviosa, es un hombre ocupado. Tú no dejas de ser una empleada, en el fondo. ¿Por qué no habría de poder equivocarse?» Alcé mi copa.

—¿Ha tenido el tiempo suficiente para empezar a evaluar mi colección?

—Ha sido un privilegio verla, sí.

—¿Y cree que puede tasarla?

Dejé la copa sobre la mesa.

—Señor Yermolov, debo ser sincera. Me halaga enormemente que me haya pedido que venga aquí, y le estoy muy agradecida por su hospitalidad, pero con una colección como la suya... yo no confiaría del todo en mi propia capacidad para valorarla. Creo que sería mejor que encargara una tasación en alguna de las principales casas de subastas de Londres o Nueva York.

Si se sentía contrariado no lo demostró, salvo quizás en su modo de entrelazar las manos y mantenerlas quietas por un instante.

—¿No se considera... cualificada? ¿Por qué? Su galería parece tener mucho éxito.

Cuando ya empezaba a responder, me distrajo de repente un movimiento abajo, en el sendero del acantilado. El destello de una cabellera rubia a la luz de las velas, el brillo de un hombro femenino desnudo. Yermolov no volvió la cabeza, pero masculló algo en ruso secamente y no pude evitar un respingo al ver que un guardaespaldas surgía como un fantasma de detrás de una columna del cenador y empezaba a bajar por los escalones. No me había dado cuenta de que estuviera ahí apostado, y no sabía si sentirme asustada o aliviada por ello.

—Disculpe. A veces tenemos problemas con los intrusos.

—Es un lugar irresistible.

No le creí. La casa contaba con un sistema de seguridad más sofisticado

que el número 10 de Downing Street. ¿Qué intruso podía haber llegado tan cerca?

—¿Me estaba diciendo...?

—Sí. Es muy amable, pero yo no me atrevería a afirmar que la galería tiene éxito... todavía. —Hice una pausa y jugueteé con la cucharilla, eludiendo la pregunta—. Para decirlo en pocas palabras... solo hace un año que estoy... al frente de Gentileschi. Y nos dedicamos sobre todo al arte contemporáneo.

—Yo creía que también era una entendida en los Antiguos Maestros. —Me miró a los ojos con aire inquisitivo.

«¿Qué ha querido decir? Nada. Déjate de paranoias.»

—Tengo formación, pero no soy en modo alguno una autoridad. La amplitud y el valor de su colección son excepcionales, como bien sabe. No me sentiría lo bastante segura para atribuirle un valor de mercado preciso.

—Pero aun así, ¿estaría dispuesta a pensarlo?

Lo pensé. Ahora que sabía lo que había allí, podría revisar los informes de ventas de los últimos años, consultar el Artprice y cotejar proyecciones para obras similares; en fin, el tipo de trabajo que había realizado continuamente en la Casa. Abrumador, pero no imposible.

—Si lo que la preocupa es la autenticidad, las procedencias son todas impecables. Es solo una valoración lo que necesito.

—Yo...

Se oyeron voces cerca hablando en ruso: una mujer y el guardaespaldas. Oí que ella susurraba: «Quiero hablar con él» y luego la voz grave del tipo, diciendo con tono tranquilizador algo que no entendí y la palabra «imposible».

—Disculpe, señorita Teerlinc.

Yermolov se levantó sin prisas y desapareció en la oscuridad morada. No alzó la voz, pero lo oír hablar claramente.

—Deshazte de ella. Ya me ocuparé de ello por la mañana.

Él ignoraba que yo sabía algo de ruso, aunque, por otra parte, tampoco me lo había preguntado. Me habría gustado saber si esa paseante nocturna era consciente siquiera de lo peligroso que podía resultar su paseo, y no solo por la pendiente del acantilado. Que yo no hubiera visto aún ningún kalashnikov no quería decir que no los hubiera en alguna parte, y, después de ver la colección, entendería perfectamente que los necesitaran. Había algo en la gélida calma de la voz de Yermolov que indicaba que no vacilaría en usar

uno personalmente.

—Disculpe de nuevo. —Sus manos tomaron la servilleta unos instantes y volvieron a dejarla.

Advertí que lo que daba más miedo de Yermolov era que no había nada intimidante en él. No necesitaba intimidar. Su calma no era una máscara de la crueldad; era más bien una confirmación de la misma. Me irritó comprobar lo sexy que lo volvía de repente esa particularidad.

—¿Dónde estábamos? —preguntó.

Yo estaba segura de que, con tiempo, podía hacer un trabajo aceptable. Y sin embargo, la extraordinaria calidad de los cuadros hacía que me resistiera a aceptarlo. Esas obras merecían lo mejor, y por más que me doliera reconocerlo ante mí misma, lo mejor no era yo; todavía no.

—Señor Yermolov, ¿puedo preguntarle por qué me ha escogido a mí para hacer la tasación?

—El doctor Kazbich la propuso a usted. Él suele comprar para mí. —Se había impacientado al vislumbrar la mera posibilidad de que estuviera haciéndole perder el tiempo.

—Señor Yermolov, puede estar seguro de mi discreción. Y ha sido para mí un honor poder contemplar sus obras. Pero sencillamente no me considero la persona adecuada para el trabajo. Haría falta un equipo de expertos, ayudantes... —Me interrumpí. Con solo unas palabras, había conseguido aburrirlo. Tal como esperaba, hizo desganadamente algunos comentarios más y luego se excusó diciendo que tenía que hacer unas llamadas. Yo no le servía y, por tanto, ya no le interesaba más.

A la mañana siguiente, ni siquiera se molestó en despedirse. No creía que fuera a volver a verlo; ni tenía la menor idea de lo mucho que habría de desear en el futuro que hubiera sido así.

Capítulo 4

Como la mayoría de las grandes estupideces que he cometido, Ibiza fue una decisión mía. Yo no le había prestado mucha atención a Tage Stahl en la exposición de agosto, pero él siguió llamándome y enviándome mensajes. Resultó que era danés y que trabajaba en algo relacionado con barcos. Entonces montó una fiesta en su isla privada frente a la costa norte de Ibiza; le dije, solo por decir, que si me enviaba su avión para recogerme y él me respondió que desde luego, y entonces tuve que aceptar por pura educación.

Después de mi visita a Yermolov, La Serenísima no acababa de resultar demasiado serena. No es que lamentara mi decisión: es más, mi negativa a tasar la colección me parecía una forma de mantenerme fiel a mí misma, a mi verdadero yo (fuese quien fuese). Mantuve mi lealtad a la pintura negándome a involucrarme en lo que estuviera maquinando Yermolov. Pero mi manera de manejar el asunto me había dejado un profundo descontento. No me había sentido tan torpe desde mi época en la Casa. Una fiestecita era lo que necesitaba Elisabeth Teerlinc para recuperar todo el brillo de su plumaje. Además, me irritaba mi piso. Normalmente, el simple hecho de estar allí rodeada de objetos bellos me calmaba; ahora era como si no pudiera poner las cosas en su sitio: las tazas y las copas se agolpaban en mi cocina habitualmente inmaculada. Para colmo, al parecer sin darme cuenta, había comprado una tableta de chocolate. La encontré en el armario, junto a las especias: 98 por ciento de cacao, con láminas de almendra. Qué extraño. Yo detestaba las almendras incluso más que el chocolate negro.

Llegué a Ibiza a media tarde. Una rápida camioneta negra me trasladó desde la pista hasta el vestíbulo del aeropuerto. Por el aspecto de la gente, no parecía el mejor momento del día. Un montón de vagabundos borrachos dormía la mona junto a sus maletas envueltas en plástico; un grupo de chicas

con flores pintadas en la cara (ahora emborronadas y convertidas más bien en morados) discutía sin convicción en el mostrador de easyJet; dos implacables empleadas de la limpieza con redecilla y bata azul turquesa pasaban sus fregonas por un charco de vómito de color albaricoque, esparciéndolo todavía más. David Guetta, con aire de malévolo dictador con Ray-Ban, miraba desde lo alto en todas las vallas publicitarias. Localicé al chófer de Stahl y subimos a un Jeep negro abierto, que avanzó entre humos de escape y cantos de cigarras, tomó la salida hacia la ciudadela blanca encaramada por encima del puerto y fue pasando de largo pizzerías, estudios de yoga e infinidad de vallas prometiendo un nirvana DJ, hasta que la carretera se estrechó y empezó a subir entre suaves colinas verdes con casitas blancas asomadas a las laderas. Era la primera vez que estaba en la famosa isla, y me daba cuenta de que debía de haber sido, en su día, una maravilla.

Empecé a entender el rollo de Ibiza cuando nos detuvimos por fin ante el rótulo de una playa llamada Agua Blanca y estacionamos en un aparcamiento polvoriento lleno de Jeeps y ciclomotores. El chófer llevó mi maleta por un empinado sendero que se abría a una ensenada blanca, donde los niños jugaban desnudos en las aguas poco profundas entre altas paredes de roca rojiza. Me quité mis zapatos planos y sentí esa pequeña oleada de gozosa libertad que te viene cuando notas la arena entre los dedos de los pies. Un grupo de malabaristas con rastas, también desnudos, hacían ejercicios con bastones junto a la orilla, mientras los bañistas, rebozados de arena blanca, se tostaban bajo el sol. Fui avanzando entre ellos hasta un embarcadero, donde el chófer ya estaba soltando las amarras de una lancha gris. Arrancamos y, dando saltos contra corriente, nos dirigimos a la pequeña isla, cuyos acantilados verdes y blancos se abrían como las alas de una mariposa en el horizonte.

La nueva y flamante casa de Stahl podía estar decorada como un bar hawaiano, pero la vista del estrecho hasta la playa de Agua Blanca era sin duda impagable, y seguramente por eso se había decidido Stahl a adquirir la isla. La casa estaba escalonada sobre la ladera en cubos de acero y vidrio, de forma que cada habitación parecía abierta al mar. No había otros invitados a la vista cuando desembarqué, aparte de una mujer demacrada, con un caftán Norma Kamali, que picoteaba desganadamente una tortilla de clara de huevo en un extremo de la enorme terraza curvada. Una doncella me acompañó a mi habitación y empezó a deshacerme la maleta mientras yo hurgaba torpemente

junto a sus manos atareadas para encontrar un bikini y unos *shorts* vaqueros. En la terraza, la mujer del caftán había dejado abandonados sus huevos. Cogí un albaricoque de entre los restos de su bandeja y le di un mordisco mientras contemplaba la playa blanca a un kilómetro de distancia. Una escalera de madera tallada con cabezas polinesias contorsionadas descendía hasta la piscina desierta, un inmenso óvalo de mármol gris claro. El agua tenía un aspecto delicioso, pero antes de que pudiera probarla, llegó Stahl desde la pista de tenis. Había algo en su físico alto y bronceado, en la recia musculatura de su torso y en sus ojos lapislázuli que me recordó una alegre tarde escandinava de dos veranos atrás. Yo había llevado en Venecia una vida muy tranquila, al fin y al cabo, así que nos lo montamos en su enorme cama balinesa con entusiasmo, aunque sin demasiada destreza por su parte, antes de que el resto de los invitados terminaran su desayuno de primera hora de la tarde. El mundo, después, pareció recobrar la calma. Ya me sentía del todo preparada para pasar un fin de semana divertido.

Cuando reaparecimos, la gente estaba reanimándose en torno a la piscina con porros y vino rosado. Mi anfitrión me presentó a la típica pandilla de hombres canosos y mujeres hambrientas, una combinación que me resultaba conocida desde mi primer viaje por el Mediterráneo. Rechacé la hierba y el vino, pero me sumé gustosamente a la charla consabida: dónde había estado cada uno y a dónde se dirigía después. En mitad de una discusión sobre los méritos de Pantelleria en comparación con Patmos, alguien me interrumpió poniéndome una mano en el hombro.

—Hola, querida. Yo soy Alvin.

Lo que me inquietó no fue tanto ese «querida» de uso generalizado, sino más bien el hecho de que Alvin, a diferencia de los otros hombres, fuese de mi edad, incluso más joven. Además, había algo pícaro e insinuante en la simpatía de su acento americano que me provocó un escalofrío.

—Elisabeth Teerlinc. Hola. No nos conocemos, ¿no?

—Personalmente, no.

—Qué intrigante.

—Somos amigos en Facebook.

—Ah, vaya.

Judith Rashleigh no existía *online*, pero Elisabeth Teerlinc, la exitosa galerista, se mantenía conectada como es debido a las redes sociales. Negarse a hacerlo habría resultado demasiado llamativo, así que cada dos o tres días

dedicaba de mala gana media hora a aceptar amigos y colgar mensajes: cosas anodinas en su mayor parte, relacionadas siempre con Gentileschi y sin fotografías personales. No era demasiado cuidadosa a la hora de aceptar amistades: los rechazos habrían llamado más la atención. Alvin era un chico pelirrojo y larguirucho, con una boca desagradablemente húmeda. No le reconocí, pero comprendí el motivo por el que tal vez no usaba una foto personal en su perfil. Tenía ese aspecto ligeramente roñoso de los adictos a los porros con dinero.

—Tienes una galería en Venecia, ¿verdad?

—Sí, así es. —Sonreí con cautela.

—Yo acabo de terminar un año en el Courtauld. Mi padre trabaja con Tage.

—Qué suerte la tuya. Quiero decir, el Courtauld Institute. Aunque seguro que tu padre es encantador.

Cuando me devolvió la sonrisa, observé que su dentadura no era nada americana: tenía los dientes torcidos y cubiertos de sarro en torno a las encías.

—Sí, es un sitio estupendo, pero a mí no me va mucho el rollo museístico, ¿sabes?

Temí que fuera a empezar a hablarme de la app en la que estaba trabajando, así que me excusé para servirme otro té helado. La sombra de su sonrisita lobuna, sin embargo, me persiguió durante toda esa tarde calurosa.

El *party boat* de Tage, un Razan 47 con casco de bronce, nos llevó aquella noche a la isla principal, donde íbamos a cenar en casa de otros amigos. Tras el espeso y aplastante calor de Venecia, el aire de Ibiza resultaba fresco y limpio, y aunque el zumbido de las cigarras, mientras los Jeeps trepaban por las colinas, quedaba ahogado por el retumbo machacón de un tema de Garrix, la música no podía borrar el aroma a resina de los arbustos ni el intenso olor de la madreselva colgada de los muros blancos de la casa. Las mujeres con gruesos zuecos se apoyaban en los brazos de los hombres mientras cruzábamos un patio de grava donde había aparcados más Jeeps, un Bentley descapotable y un Ferrari rojo.

Me irritó notar que una parte de mí aún se sentía sorprendida y excitada por el hecho de formar parte de semejante compañía o, al menos, por hacerlo sin una bandeja en las manos. Pero cuesta desprenderse de las viejas costumbres; y si no estás por propio derecho, más vale que te prepares para dar el pego. Igual que en la universidad, me había preocupado de buscar lo que había que

saber sobre Ibiza, de modo que reconocí en la granja remodelada el estilo de Blakstad, un arquitecto muy imitado en las construcciones más caras de la isla y, cuando Tage me presentó al anfitrión, pude elogiarle su buen gusto.

—Esta es Elisabeth. Fue ella la que me vendió las piezas de Xaoc que tengo en Copenhague.

—¿Eres marchante?

—Modestamente. —Sonreí—. Una principiante aún.

—¡Tiene un ojo fantástico! —dijo Tage con entusiasmo, estrechándome la mano.

Nuestro anfitrión era danés también, un hombre corpulento y medio calvo, con un anillo de sello y una esposa americana al menos veinte años más joven.

—¡Hacéis una pareja adorable! —le dijo la americana a Tage con voz estridente. A él no pareció disgustarle el malentendido—. ¿Cómo os conocisteis?

—Ah. Hace poco. En Venecia —acerté a decir.

—Me encanta Venecia. Ay, Dios mío, qué romántico. Nosotros siempre nos alojamos en Danieli... ¿lo conoces? Me gusta muchísimo Italia. El año pasado estuvimos en Cerdeña... ¿dónde nos alojamos en Cerdeña, Sveyn?

—En el barco de Tage.

—Ah, claro. No, yo estaba pensando en la Toscana... ¿dónde nos alojamos en la Toscana?

Parecía que íbamos a quedarnos atrapados en ese bucle hasta llegar a la frontera austríaca, así que me aparté con delicadeza y admiré el arreglo floral: ramos de capullos anaranjados entrelazados con ristras de higos negros que se extendían a lo largo del centro de una mesa larga.

—¡Qué ingenioso! —gorjeé—. Debes de estar exhausta.

Por regla general, según había descubierto, cuanto más rico el marido, más exhausta la esposa. Era una jugada segura.

—Ay, Dios, no lo sabes bien. Llevo preparando esta cena como una semana. Ya se lo he dicho a Sveyn: no vuelvo a organizar nada después de esto, ¿sabes? Nada. Ha sido de locos.

Recorrí con la mirada la larga mesa, montada perpendicularmente a la piscina, que se hallaba colgada sobre el precipicio entre dos enormes esculturas de madera de deriva pintada de blanco. Cuatro camareros con chaquetilla oscura estaban preparando barcos de hielo de sushi; otro se

encargaba de encender cuencos de bronce en el borde de la terraza. Dos más servían *champagne* y vino rosado; otro paseaba una bandeja de rollitos de jamón ibérico y jengibre encurtido. Volví a mirar a la anfitriona. Con razón estaba agotada.

—A mí me gustan las cosas sencillas, ¿sabes? —Ahora soltó una risita—. O sea, esto es Ibiza y todo el mundo está relajado, pero aun así...

—Es un montón de trabajo dejarlo todo bonito para los demás —dije, terminando la frase, con toda sinceridad.

—Dios mío, tú lo entiendes, ¿no, Elsie? ¡Ah, me ha conquistado del todo! —le dijo a Tage, que había venido a rescatarme.

No había puestos asignados en la cena, ya que todo era tan relajado. Me senté junto a Tage, enfrente de una mujer con un vestido de verano Vita Kin con pompones. Ella, sin presentarse ni mirarme siquiera, se puso a hablar un rato con Tage, haciéndole detalladas preguntas sobre el Ibiza Polo Club, dejando caer el nombre de un montón de socios destacados y de la gente que había visto en el club de polo de Cowdray. Éramos almas gemelas, no cabía duda. Solo cuando Tage me puso en la boca un trozo de atún con trufa blanca al tiempo que me rozaba el cuello con la nariz captó la situación; y no se cortó ni un pelo: plantó su mano tatuada con henna en la mía, dio un trago de vino rosado y me explicó que acababa de equipar todas las cisternas de su casa con agua dorada.

—¿Disculpa?

—¿Sabes la curva de la concha de un caracol? Representa la proporción áurea, que se encuentra por todas partes en la naturaleza. Así es como debería estar el agua, no inmóvil y estática como la del grifo. Bueno, pues hay una máquina que reordena científicamente las moléculas del agua que consumes de acuerdo con la proporción áurea.

—¿Como el, hmm, colisionador de hadrones?

—Exacto. Así el agua se vuelve mucho más hidratante. Se nota en las frutas y verduras regadas con esa agua, ¿sabes? Notas en el sabor su felicidad. Es algo realmente matemático, pero al mismo tiempo espiritual.

—Holístico —acerté a decir, mordiéndome por dentro la mejilla.

—Sí. Puedes comprarte la máquina para el baño en cualquier lado. Todavía está pendiente de la aprobación de la Agencia de Alimentos y Medicamentos,

pero bueno, ya sabes, siempre hay demasiada burocracia. Espera, tengo la tarjeta. —Empezó a hurgar en su bolsito Gucci de piel de serpiente—. O sea, te lo digo, a mí me ha cambiado la vida.

—Muchas gracias. Hmm, me lo miraré seguro.

—Un placer, cielo.

Mientras los invitados se levantaban de la mesa, los camareros encendieron en los árboles diminutos farolillos marroquíes de colores. Habían echado flores de lavanda secas en el fuego de los cuencos y las nubes impregnadas de su aroma ascendían en el aire suave y salado.

—Te estás arriesgando con el viejo guarda, ¿eh, Sveyn? —le dijo al anfitrión un tipo inglés con una camisa azul Vilebrequin con un solo botón abrochado.

El danés se rio secamente.

—Sí, te ponen una multa de diez mil euros si alguien detecta una llama desnuda. La mitad de la ladera de San Juan ardió el año pasado. Yo he encontrado más sencillo —añadió en tono confidencial— pagarles los diez mil por adelantado.

Los dos se echaron a reír con complicidad.

Tage me llevó a un sofá de teca cubierto con delicados chales ikat, pasándome posesivamente el brazo por la cintura, y me presentó a un arquitecto sueco al que le habían encargado el pabellón de la Serpentine Gallery del año siguiente, y también a su esposa, que tenía en Estocolmo un puesto de título imponente en investigación médica. Yo dudaba que sintiera mucho interés por el agua dorada. Eran gente inteligente y encantadora, y parecían interesados no por simple cumplimiento en mis planes para Gentileschi. Mientras permanecía allí sentada con Tage, tomándome una copa de vino rosado (los cubitos de hielo liberaban flores minúsculas al derretirse), contemplé los muros relucientes de la casa y la oscura promesa del jardín, alegrándome una vez más de haber desterrado a Judith Rashleigh. Dejando de lado el rollo espiritual, era aquí donde yo siempre había querido estar, ¿no? Y lo mejor era que no tenía que rendir cuentas a nadie. Capté la mirada de Alvin, tendido en una hamaca con dos chicas, y alcé la copa hacia él. Pese a la desilusión que me había llevado con la tasación de Yermolov, me sentía optimista; incluso —tal vez— feliz.

Más adelante me di cuenta de que esa fue la última vez que pude fingir que las cosas acabarían bien.

Capítulo 5

*L*as cosas empezaron a torcerse a la tarde siguiente. Por la mañana me había despertado sola en mi habitación. No había trasladado mis enseres a la alcoba balinesa de Tage, porque no me gusta compartir mi cama si no es estrictamente necesario. Había salido a correr por la isla y terminé dándome un baño en la espuma de color blanco cobalto, donde había gruesos peces grises bailando alrededor de mis pies; luego me pasé el día con el resto del grupo, tumbada junto a la piscina. Tage organizó una excursión en barco a la cercana isla de Formentera, pero el calor de septiembre arreciaba y centelleaba sobre el mar y preferí tumbarme en la cama y disfrutar del fresco de mi habitación leyendo y dormitando hasta que llegara la hora de cambiarse para la cena.

Las chicas se retiraron para vestirse hacia las nueve, y por el sonido de sus risitas y de sus correrías de una a otra habitación deduje que estaban disfrutando de un pequeño reconstituyente. Me di una buena ducha y me puse un sencillo vestido largo Isabel Marant de *georgette* negro con unas sandalias de cuero, añadiendo un par de pendientes antiguos que había comprado en Murano: unos losanges llameantes de vidrio jaspeado montados en una filigrana de oro. Todo adecuadamente relajado y bohemio. Cuando nos volvimos a reunir para tomar una copa, me sorprendió ver que Tage aparecía con una prenda que solo podía describirse como un caftán de fiesta psicodélica, aunque yo, desde luego, no tenía por qué participar si no quería. Las doncellas estaban trayendo cuencos de pan plano y unas albóndigas que olían deliciosamente. Le ofrecí un plato a la mujer que tenía al lado, a la que reconocí de golpe —era Clara de Huevo—, pero ella me dio un pellizco juguetón en el muslo con una familiaridad digna de asesinato.

—¡Comer es trampa, Elisabeth! Tómate una *pasti*.

Sacó un diminuto cuenco esmaltado de MDMA y me metió la yema del

dedo meñique en la boca para animarme. Yo me tragué mi irritación, en lugar de su dedo, y musité algo así como que necesitaba carbohidratos para arrancar, pero al bajar la mirada a la mesa de teca, cubierta con un estrecho tapete turco rematado con monedas de plata, me entraron ganas de llorar de aburrimiento anticipado. ¿Cómo es posible que la gente que puede permitirse toda la diversión del mundo haya descubierto formas tan limitadas de conseguirlo? No es que yo esté exactamente contra las drogas; simplemente prefiero mantenerme en las puertas de mi propia percepción. Las doncellas iban desplegando con aire imperturbable un barroco bodegón de comida, que los invitados ignoraban igualmente impasibles mientras se metían polvo blanco sin contemplaciones. Aquello iba a desmadrarse a toda velocidad. Me pregunté cuánto tardarían en estar todos bien colocados para poder retirarme discretamente a la cama. Cogí una copa y un cigarrillo y deambulé hacia el borde de la terraza, donde uno de los amigos de Stahl estaba contemplando el mar con la misma pensativa tristeza con la que Sylvia Plath contemplaba Lyonesse.

—Ya están a punto de llegar las fiestas de fin de temporada, ¿sabes? —susurró apenado.

Lo dejé con su tristeza y volví a la mesa con la intención de agenciarme una albóndiga, pero Clara de Huevo me interceptó y me atrajo hacia sí con un brazo flacucho y bronceado. Entonces el sistema de sonido de Tage, que era como de discoteca, empezó a atronar con tanta fuerza que Clara de Huevo a punto estuvo de arrancarme el lóbulo de la oreja con los dientes mientras me hablaba al oído echándome el aliento. Ahora se puso a explicarme que yo tenía que *entender* el rollo de Ibiza, o sea, porque era un sitio tan especial y creativo, y realmente tenía que entenderlo, o sea, porque para la gente libre y creativa como nosotros no había nada parecido en el mundo... Mientras sus ojos centelleaban más y más cerca de los míos, me pregunté qué pasaría si le trituraba un puñado de felicidad en polvo en las pupilas con mis propios pulgares. Pero nuestro pequeño idilio fue interrumpido por Stahl, que se había puesto a cien en poquísimo tiempo y, saltando sobre la balastrada, trepó desde ahí a una canoa blanca invertida, artísticamente decorada con buganvilia morada. Osciló un momento, recobrando el aliento, y luego cogió una de las antorchas de bambú encendidas que iluminaban las paredes de la casa. Con la cara roja, los poros dilatados y los dientes rechinando, apenas lo reconocí. El hombre educado y más bien atractivo que había conocido el día

antes se había convertido en la Bestia de Ibiza. Recogiéndose con cuidado la tela cubierta de lentejuelas de su caftán, apuntó con la antorcha hacia la orilla, donde dos Jeeps blancos, pilotados por dos tipos con Ray-Ban y camisa blanca, subían rugiendo desde el muelle.

—Damas y caballeros —dijo, con la lengua entorpecida—, ¡ya llega el cargamento de la jodienda!

Los invitados, al acercarse los vehículos tocando la bocina, enloquecieron de un modo bastante convincente, agitando los puños al mismo compás. En cada Jeep había seis o siete chicas en bikini, de pie sobre los asientos, removiendo el culo con cierto cuidado para no empujarse y acabar en el asfalto. Stahl se volvió hacia su audiencia. Mientras la música se desvanecía, fingió que empujaba una cabeza hacia su entrepierna, impulsando la pelvis hacia esa boca imaginaria.

—¡Chicos y chicas, ahora empieza la diversión! ¡A la carga!

Bajó de un salto y se dirigió a la piscina, por cuya escalera subía el primer cargamento de chicas con un redoble de tacones. La contrición no va demasiado conmigo, pero mientras lo seguía hacía allí no pude dejar de sentirme asqueada por mi propia falta de gusto. ¿En qué estaría yo pensando cuando me había liado con él? Menos mal que habíamos usado condón.

—¿Lista para la diversión?

Era Alvin otra vez, sujetando la tela de mi vestido. Di un tirón brusco, pero él la sujetaba con fuerza, y, al apartarme, se tensó de tal modo que ya no podía seguir tirando sin desgarrarla.

—No sé si estoy preparada para Ibiza.

Él abrió los dedos de golpe y el vestido volvió hacia mi cuerpo, ondeando.

—No es eso lo que yo he oído, Elisabeth.

—Quizás has oído mal.

Le di la espalda y me dirigí a mi habitación, pasando junto a la mesa abandonada y cogiendo al vuelo un puñado de quinoa y granada en un pan plano. La habitación estaba en el primer piso y daba a las colinas de la parte trasera, donde por suerte quedaba algo amortiguada la música machacona de la fiesta. Encendí un cigarrillo y abrí mi móvil de trabajo. Sí, en efecto, había un Alvin con un perfil encabezado por una ingeniosa foto del *David* de Miguel Ángel. Éramos «amigos» desde hacía un mes. Yo nunca me había molestado en mirar ninguno de sus posts, pero ahora eché un vistazo y observé las fotografías. Alvin en el White Cube de Londres, Alvin

zampándose un kebab de resacón en Dalston; Alvin con su aire desgarrado y unas bermudas junto a una versión femenina —más arreglada— de sí mismo en una playa de los Hamptons y el rótulo: «¡¡¡Felicidades, Hermanita Mayor!!!». La Hermanita Mayor mostraba un anillo de compromiso junto a su —cabía suponer— prometido, el cual, a juzgar por su palidez y su camisa rosa arrugada y abierta hasta el ombligo, debía de ser inglés. Y junto al prometido, contoneando la cadera ante la cámara, con la melena rubia ondeando sobre los cordones del bikini, estaba Angelica Belvoir. Yo había intuido de inmediato que Alvin era una mala noticia, pero ¿por qué había desoído entonces mi presentimiento de que todo este viaje era clarísimamente, horriblemente, una mala noticia? ¿Cuándo iba a aprender de una vez que Sumarse a la Fiesta no era realmente para mí? Tiré por la ventana la colilla y encendí otro cigarrillo.

Angelica Belvoir. Mierda. La insignificante niña bien a quien le habían dado mi puesto cuando fui despedida de la Casa. Es decir, cuando descubrí que mi antiguo jefe estaba implicado en la trama de una falsificación y cometí la estupidez de meter la nariz. Antes..., bueno, antes de todo.

Antes de descubrir que todo lo que me habían enseñado sobre el mérito y el talento y el trabajo duro eran puras chorradas. Antes de convertirme en cómplice de un sistema que despreciaba. Antes de largarme de Londres a la Riviera, antes de la sangre y los cadáveres, antes de volverme inflexible con una dieta de rabia y rencor. Antes de James y de Cameron, antes de Leanne y Julien, antes de Renaud. Había llegado muy lejos. Había creído que Elisabeth Teerlinc ya había dejado atrás todo aquello, pero aún me perseguía —como aquel aroma a lirios en una habitación silenciosa—, y sus largos tentáculos se retorcían para atraparme y sumergirme en la corriente hasta que las olas del pasado me hubieran engullido irremisiblemente.

Me zarandeeé a mí misma. No era momento para la melancolía. ¿Había sido Angelica el motivo de que Alvin hubiera solicitado mi amistad? Revisé los contactos de Alvin, pero no había forma de saberlo; entre nuestros amigos comunes había cinco personas del mundo del arte a las que nunca había visto, dejando aparte a Tage Stahl. En todo caso, debía abandonar inmediatamente esta isla de mierda y poner uno o dos países entre Alvin y yo. No quería que apareciese mi cara en ninguna de esas fabulosas instantáneas de Ibiza si cabía

la posibilidad de que Angelica llegara a verlas. Me di cuenta de que me había vuelto demasiado lenta y complaciente, y el resultado eran cagadas como esta. Es lo que pasa cuando te sientes feliz.

Deambulé inútilmente por la habitación. Las vibraciones de la fiesta se transmitían a través del suelo, y me sentía repentinamente enjaulada, sin aliento. «Cálmate, Judith. No es nada.» ¿Alvin constituía de verdad un peligro? Tenía una pinta repulsiva, desde luego, pero por lo demás solo parecía un tipo lujurioso y no muy avisado. Casi con seguridad era inofensivo, y sin embargo me provocaba una sensación que no sentía desde hacía mucho y que esperaba no volver a sentir más: esa claustrofóbica tenaza del miedo y la adrenalina en estado puro. Era algo irracional. Resultaría contraproducente mostrarme asustada. Elisabeth Teerlinc no tenía nada que ocultar, aunque Judith Rashleigh sí tuviera mucho. Así pues, pensé, haría acto de presencia en la fiesta, manteniendo las distancias, y me iría a primera hora de la mañana. Nada que no pudiera controlar.

Cuando volví a la terraza, la fiesta había pasado aceleradamente de lo hortera a lo grotesco. Las camas redondas blancas colocadas en torno a la piscina estaban cubiertas de cuerpos que se retorcían sincopadamente, cada hombre rodeado por dos o tres mujeres jadeantes. Las fulanas dirigían las operaciones con la convicción y el entusiasmo de unas instructoras de danza motivacional en una fiesta digna de El Bosco, incorporándose para mover las manos al compás de la música antes de zambullirse de nuevo e insertar una lengua o un dedo en un cuerpo anhelante. Las mujeres invitadas ejecutaban una maniobra psicológica más compleja: tenían la cara rígida por las sustancias ingeridas, pero aun así intentaban lanzarse, en plan A-Por-Todas y Mejor-Que-las-Putas.

Stahl emergió del tumulto, se me acercó y me rodeó la cintura con el brazo.

—¿Te lo pasas bien, cariño?

—No mucho.

—Espera y verás.

Las camareras aún se movían entre los grupos, cambiando ceniceros y llenando las copas de *champagne*. «Qué pena debemos de darles —pensé—, qué pena.» Stahl dio unas palmadas y la música volvió a desvanecerse.

—Chicos y chicas, venid. ¡Dejad de follaros como bestias por unos minutos!

Las mujeres abandonaron sus actividades con sospechosa presteza y se

recostaron sobre las camas como un puñado de sardinas bronceadas. Stahl hurgó en el bolsillo del caftán.

—Antes que nada, ¡un aplauso para estas encantadoras damiselas que han venido a divertirnos esta noche! Y ahora, la prueba que todos estabais esperando...

Por Dios, ¿de qué iba el tío? Había sacado un fajo de billetes de color rosa enrollados y lo esgrimía ante todo el mundo.

—Diez mil euros, sí, diez mil en metálico, a la chica que nos haga la mejor imitación. A ver, ¿de qué podría ser?

Algunos hicieron propuestas: famosos, personajes históricos. ¿De qué se trataba exactamente?, ¿de payasadas porno? Un hombre gritó algo en noruego o en sueco. Stahl se llevó la mano al oído para escucharlo.

—¿Qué decías? Vale, animales de granja. Suena bien. Venid aquí, chicas.

Las fulanas se congregaron a su alrededor, arreglándose el pelo y lo que quedaba de sus bikinis. Vistas más de cerca, tuve que reconocer que Stahl no hacía las cosas a medias. Cada una tenía el físico de una modelo de lencería, y, bajo las capas de maquillaje, una cara de excepcional belleza. Me pregunté distraídamente dónde las habría contratado. Stahl estaba explicando las reglas de la prueba.

—Vale, vale. ¿Ya estamos todos sentados? Servíos una copa, métete una raya, Jens. Deja de hablar y guárdate otra vez la polla en los pantalones. A ver, la primera. ¿Cómo te llamas, cariño? Vale. Stefania va a imitarnos... ¡a un cerdo!

Diez mil, el precio de un incendio forestal. Mientras se hacía el silencio, observé incrédula cómo la chica se ponía a cuatro patas, contraía la cara en un hocico y empezaba a gruñir.

—Vamos, querida, ¡tú puedes hacerlo mejor!

Stefania seguramente estaba pensando en el dinero, y me atrevo a suponer que había hecho cosas peores para ganarlo, pero cuando avanzó a gatas soltando bufidos y enterró la cara en el regazo de uno de los tipos, como hurgando en busca de una trufa, me entraron náuseas de verdad. Los invitados soltaban gritos y aullidos. Una tras otra, las chicas se fueron poniendo de rodillas para convertirse en vacas, ovejas, cabras o gallinas, que balaban y graznaban, que se revolcaban en las rodillas de los invitados bajo la luz de las antorchas. Yo no podía ni mirarlas. Pero si necesitaba una excusa para largarme ahora mismo, ya la tenía. Pasé por encima de una chica que

rebuznaba como un asno mientras un hombre se restregaba con ella por detrás, y me llevé a Stahl aparte.

—Me voy. ¿Puedes hacer que preparen el barco en el muelle, por favor? Yo misma me bajaré la maleta.

—¡Elisabeth! ¿Qué te pasa? ¿No te va este número? No hace falta que te alteres, nena... Tú déjate llevar.

—No estoy alterada, sino horrorizada. Por eso me voy. Que lo pases bien.

Me alcanzó en el umbral de mi habitación. Yo apenas había sacado las cosas de la maleta. Me bastaría un minuto para recogerlo todo.

—Cariño, yo creía que había algo entre nosotros. Ayer... No te puedes marchar sin más ni más.

—¿No? Ahora verás.

Intentó adoptar una expresión desagradable, pero el MDMA le provocaba una sonrisa idiota, lo que volvía realmente repulsiva su mueca. Su convicción de que el espectáculo que había montado ahí fuera era divertidísimo resultaba tan inamovible como espantosa.

—No me gustan las chicas desagradecidas.

—Me importa una mierda lo que a ti te guste. Haz que tu patrón tenga preparado el barco antes de que llame a la policía y les cuente que tienes suficiente coca en tu pequeño y triste paraíso como para pagarles a todos un plan de pensiones.

Él me miró desconcertado.

—Vamos, cariño. Alvin me ha dicho...

«¿Qué podría haberle dicho Alvin? ¿Con quién más había estado cotilleando aquel idiota?» Tenía unas ganas enormes de arrearle con el canto de la mano un golpe tan brutal en la nariz que no pudiera hablar con Alvin ni con nadie en una semana. Pero lo que debía hacer era largarme. Ya. Le respondí secamente, conteniendo la tensión para que no me temblase la voz.

—No conozco a Alvin. Prepárame el barco. Y gracias por tu hospitalidad.

Mi maleta estaba sobre la cama y pasé por su lado para cerrarla. Tague me sujetó de los hombros y me empujó hasta tumbarme, de manera que mi cara quedó atrapada entre la maleta y mi bolso de cuero Bottega Veneta. Él soltó una risita y empezó a lamerme la oreja.

—Relájate, nena, tú relájate. Déjate llevar.

Cerré los ojos, dejando que mis músculos se aflojaran. Él, al notarlos, se apretó aún más contra mí y me metió una mano entre las piernas.

—Eso es, cielo. Sí. Eso es.

No podía culparle del todo, la verdad. A fin de cuentas, antes había estado más que dispuesta. Por encima de la percusión de «Knights of the Jaguar», sin embargo, aún oía los relinchos y los bufidos frenéticos e infantiles que venían de abajo. Stahl ahora estaba levantándonos las faldas a ambos. Dejé que se abrieran mis muslos mientras revolvía en el bolso buscando el cepillo del pelo. Él, alentado por mi gesto, metió las rodillas detrás de las mías y empezó a hurgar entre las lentejuelas. Inspiré hondo, tensé los músculos y, con mi cepillo Mason Pearson, le asesté un golpe en el perineo con todas mis fuerzas. Nada como las cerdas naturales. Él emitió un grito de sorpresa, se retorció de lado y cayó de la cama al suelo, donde se quedó acurrucado soltando gemidos y risitas. No me molesté en darle un beso de despedida.

Dos horas después estaba en un bar del puerto de Ibiza, con la maleta y el bolso a mis pies y el cono blanco de la antigua ciudadela a mi espalda, encadenando mi segunda copa con la tercera. Eran solo las dos de la madrugada: temprano para Ibiza. Un grupo de chicas con disfraces de hormiga de PVC pasaron repartiendo volantes de un club, seguidas por un equipo de esclavos de sado-maso entrelazados en un complicado amasijo humano de correas y ligueros de látex. Uno de ellos, un negro alto y bello, con la tez ligeramente azulada del Sáhara y con el pelo teñido de blanco, me lanzó un beso. Yo me había cambiado el vestido por unos vaqueros, una blusa y unas botas en el barco de Stahl. El capitán se había quedado un poco desconcertado al principio, pero un superbillete rosa lo había convencido de mi urgente necesidad de llegar a la ciudad. Confiaba en que Stefania ganara el premio.

Estaba sopesando pedir la cuarta copa y luego buscarme un hotel para pasar la noche cuando un grupo de chavales ocupó la mesa contigua con alboroto. Chavales, sin duda. Tupés, tatuajes, músculos de gimnasio, tez bronceada. Me erguí en la silla, lo cual me costó más de lo esperado. Me estaban mirando y yo de repente me sentí cómoda devolviéndoles la mirada. Se les acercó una camarera con rastas, y, a pesar de que sus *shorts* vaqueros apenas le cubrían la mitad del culo, los chavales le pidieron con educación las bebidas. Eso me gustó.

—Pregúntale a la señora si le apetece una copa.

—Gracias. Tomaré un bourbon. Solo. —Eso también me gustó.

Ellos se abrieron en círculo para incluirme en el grupo y chocamos los vasos.

—¿Cómo te llamas?

—Liz.

—Vale, Liz. Salud.

—¿Primera vez en la isla? —dije. Solo llevaba allí treinta y seis horas, pero fingí ser una veterana.

—Sí. El año pasado estuvimos en Grecia, pero fue una mierda. Demasiados críos.

Eran de Newcastle, lo cual me impulsó a desvelar que yo era del norte también, cosa que no divulgaba en público desde hacía años. Charlamos un poco, pagué la siguiente ronda y ellos se fumaron un porro, y luego me sorprendí caminando por el muelle con uno de ellos, cogidos de la mano, mientras sus compinches nos miraban sonriendo, y a continuación estábamos en un taxi, besándonos, y su boca era suave, dulce y limpia. El apartamento que tenían alquilado en uno de los bloques de Platja d'en Bossa olía a cigarrillos y sudor fresco. Mi acompañante encontró una botella mediada de vino blanco dulce y ambos bebimos unos tragos a morro mientras nos quitábamos la ropa —primero la mía, luego la suya— y nos besábamos con las lenguas entrelazadas. Una serpiente carmesí se retorció desde su muñeca y mostraba los colmillos sobre su hombro aterciopelado. Nos derrumbamos en su cama desecha y yo extendí los brazos con placer por encima de mi cabeza. Él giró sobre mi cuerpo, colocándose transversalmente, y me sujetó las muñecas con una mano mientras me buscaba el coño con la lengua. Le dije que la moviera despacio, suavemente, y él lamió y hurgó, llevándome hasta el límite, pero yo entonces me lo quité de encima y me senté en la cama.

—Quiero mirarte.

Él se levantó, retrocedió y se pasó una mano por el pelo, con la mirada baja y tímida. Por debajo de la cabeza de la serpiente, unos dados negros y azules se derramaban por su pecho. Su cintura era una maravilla: prieta, estrecha, con los planos de los músculos de la cadera visibles como en una escultura.

—Pareces un kuros.

—¿Qué?

—No importa. ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—Date la vuelta. Levanta los brazos, con las manos en la nuca. Así, eso es.

Me deslicé sobre la sábana mugrienta y, extendiendo los brazos, le pasé las manos por las alas de los omoplatos, tan tiernas y frágiles. Los huecos gemelos de la parte inferior de la espalda estaban cubiertos de vello rubio. Bajé la cabeza, le lamí las nalgas y hurgué con la punta de la lengua en las profundidades de su terrosa fragancia hasta que él dejó escapar un gemido. Me agaché todavía más, abrí delicadamente la raja para poder llegar al ojo del culo. Tenía una constelación de puntos rojos inflamados en la parte interior de las nalgas, un detalle conmovedor que casi hizo que lo amara. Lo lamí hasta que tuvo los pelotas rezumantes de saliva. Volví a la cama, me tumbé y me abrí el sexo con dos dedos para que lo viese bien.

—Ven.

—¿Quieres?

—Sí. Sí quiero.

Se deslizó dentro de mí. Quizá fuera la hierba, o la encantadora simplicidad de la situación, pero ambos nos reíamos. Lo inmovilicé un momento dentro de mí, escuchando el rugido de su sangre, y luego envolví su espalda con los muslos, asimilando todo su peso sobre mí, y empecé lentamente a remover las caderas contra su cuerpo, una, dos, tres veces, hasta que soltó un gemido y temí que fuera a perderlo. Pero él se incorporó y, sujetándome de los tobillos, me levantó hasta que prácticamente solo quedé apoyada sobre los omóplatos, y entonces me la clavó toda entera con un rápido y escalofriante envión y siguió dándole y dándole hasta que me tuvo otra vez al borde mismo, y ahí le dije que fuera más rápido, y sentí que me venía el orgasmo desde muy adentro, por detrás del cérvix, y él me sujetaba con tanta firmeza que solo se movía su polla, y me corrí por fin explosivamente, tal como había fingido que lo hacía con Stahl, echando la cabeza atrás y dando gritos.

—¿Dónde quieres que me corra?

—En mis tetas. Vamos.

El primer chorro me dio entre las costillas; luego sentí que el calor de su semen me resbalaba por los pezones. Me embadurné bien los dedos, lo lamí y me lo restregué sobre el clítoris.

—Hmm.

—Parece como si tu coño estuviera hecho para mi polla.

—Eso dímelo cuando vuelvas a follarme.

Y eso hizo.

Capítulo 6

Aunque Venecia es una ciudad de placeres sofisticados, los amantes adolescentes no habían tenido un papel especialmente destacado durante el tiempo que llevaba allí. Para cuando volví al Campo Santa Margherita, el recuerdo de mi anónimo chico-juguete casi había borrado el desprecio que sentía por Stahl y por mí misma. Casi. Había habido algo incontrolado y absurdo en toda aquella historia, lo cual se había visto exacerbado por el largo e irritante viaje de vuelta, pues había tenido que tomar un ferry a Barcelona y otro hasta Génova, y luego un tren para cruzar Italia. Aún me daba cierta aprensión la seguridad de los aeropuertos, ese era el problema. La última vez que había volado con un vuelo comercial había sido a Roma; y ya no había vuelto a tomar ninguno más, porque había dejado muerto en el Tíber a un marchante, Cameron Fitzpatrick, y me había escabullido de la ciudad con un cuadro falsificado.

Este último viaje a Ibiza me había dejado en un estado irritable, y pese a mis intentos de centrarme en la nueva muestra, mi fracaso con Yermolov todavía me tenía contrariada. La chica danesa, Liv Olssen, había accedido a venderme las diez piezas de su serie *Unlikely Bundles*, y yo andaba buscando otras que contrastaran —o «dialogaran»— con ellas. Era necesario dominar la jerga del gremio, por muchas arcadas que me produjera en mi actual estado de ánimo. Ninguna de mis rutinas habituales me relajaba. Estaba nerviosa e inquieta, a pesar de que acababa de regresar. Miraba Facebook más a menudo, en parte temiendo recibir un mensaje de Angelica Belvoir y luego sintiendo una desilusión irracional al comprobar que no había nada más que las entradas anodinas de costumbre. Sentía la tentación de ponerme en contacto con ella, como Elisabeth Teerlinc, pero debía moderar mi avidez de información por el peligro de llamar la atención hacia mí misma. Por frustrante que resultara, debía dejarlo pasar y no hacer nada.

Normalmente yo experimentaba el tiempo en lapsos significativos; ahora, aunque salía a correr con más intensidad, aunque trabajaba con más ahínco, me sentía... impaciente. Pero no sabía de qué. Lo único que me levantaba un poco el ánimo era la compañía de Masha. No me importaba que sus recuerdos fueran falsos. Ella se había inventado a sí misma, igual que yo, y ¿quién podía culparla por querer que el mundo fuera más glamouroso y excitante que su precaria realidad? Yo desde luego conocía esa sensación. Adoraba sus historias, adoraba su cuerpo menudo vestido de negro en el sillón demasiado grande, adoraba las volutas de humo que se alzaban en torno a su pelo cardado. Yo no había conocido a mis abuelos, pero quizá me habría gustado tener una abuela como Masha.

Tras mi combate semanal con la mecánica de los cambiantes nombres rusos, nos pusimos a fumar y a charlar como de costumbre. A Masha le gustaban los Sobranie de filtro dorado y yo solía comprarle un paquete de camino a su buhardilla. Cuando se hubo desplomado en el sillón con su taza de té sin leche, le pregunté si había oído hablar de Pavel Yermolov.

—Es un hombre repulsivo.

Habríamos podido hablar en italiano, pero a Masha le gustaba practicar el inglés: un inglés claro aunque algo estafalario. Ella decía haberlo aprendido en los años cincuenta de un amante famoso. Unas veces era un compositor inglés; otras, un escritor americano. En una ocasión dijo que era Stanley Kubrick, pero supongo que debió de ser porque recordaba que Kubrick hablaba ruso.

—¿Por qué?

—Le ha hecho a mi país cosas horribles. Él y sus bandidos.

—¿Qué ha hecho?

—Sé con certeza que está matando gente.

—*Pravda, chto li?* —¿Es eso cierto?

—En Moscú, hace años, Yermolov estaba queriendo construir un nuevo bloque de apartamentos. A todos los inquilinos del antiguo bloque él empieza a matarlos. Uno a uno. Cada día, uno. Hasta que la gente estaba tan asustada que cedieron sus casas por nada.

—Pues a mí me ofreció un trabajo —dije, pensativa—. Y rechacé su propuesta.

—Me gratifica mucho saberlo. Son todos unos violadores.

No presté mucha atención a las acusaciones de Masha, sobre todo porque

ella nunca había estado en Moscú. Esa historia no pasaba de ser el típico cotilleo siniestro que rodeaba a cualquier ruso rico. Intenté sonsacarla un poco más, pero ella ya estaba lejos, evocando todos los agravios que había sufrido su amado pueblo. Yo disfrutaba escuchando su peculiar versión de la historia europea, interrumpida de vez en cuando con algún pasaje estelar de su antiguo repertorio. Tenía la voz castigada por el tiempo y los cigarrillos (se había puesto a fumar alegremente al abandonar los escenarios), y aunque incluso en el apogeo de su carrera no había pasado del coro de la Fenice, a mí me parecía que sonaba aún maravillosamente.

Esa noche, mientras volvía a mi piso entre los últimos calores del atardecer, me vinieron de nuevo a la cabeza las palabras de Masha. «Violadores», había dicho; «bandidos». Palabras muy fuertes. La calma casi inquietante con la que Yermolov se había ocupado de la intrusa, el recuerdo de sus manos de arácnido... Sí, lo creía capaz de borrar del mapa a cualquiera que se interpusiera en su camino. Quizá por eso lo había encontrado fascinante, quizá por eso me sentía todavía irritada por mi incapacidad para impresionarle. Mis especulaciones se vieron interrumpidas por el zumbido de mi móvil en el bolso. Un mensaje de Steve. Steve era quien me había ayudado a empezar en los negocios. Tras el desgraciado asunto con James en el Hôtel du Cap, yo me había colado aquel verano en su barco y había viajado con él de gorra por el Mediterráneo. A cambio de un pequeño favor —robarle información del estudio de un tal Mikhail Balensky—, Steve me había ayudado a abrir una cuenta en Suiza con el dinero que había sacado de la cartera del pobre James. Solo eran diez mil euros, pero entonces me parecía una fortuna. Esa cuenta había resultado extremadamente útil: ahí fue donde deposité el dinero de la venta del falso Stubbs, el cuadro que me había hecho perder mi puesto en la Casa y que me había convertido después en marchante. Yo aún compraba para Steve de vez en cuando, así que pensé que quizá quería preguntarme sobre alguna pieza contemporánea. Pero su mensaje de WhatsApp decía:

«¡Acabo de comprar entradas para Burning Man! ¡Alucinante! Carlotta me ha pedido que te invite a su boda.»

Por lo que deducía de sus mensajes intermitentes, Steve, el multimillonario de los fondos de alto riesgo, había comprendido que ya era hora de empezar a

devolver los dones recibidos. O al menos, había descubierto las ventajas fiscales de la filantropía. Lo de la boda de Carlotta sí que era una noticia. Cuando nos habíamos conocido en el barco de Steve, ella y sus espectaculares tetas operadas estaban comprometidas con un lúgubre alemán llamado Hermann. ¿Era él el afortunado novio? Yo le respondí: «¡Fantástico! ¿Cuándo y dónde?». Su respuesta llegó de inmediato, cosa insólita, pues una sola conversación con él a base de mensajes de texto podía llevarte semanas: «Mónaco. El sábado. Cena viernes noche». Mañana por la noche, pues. Típico de Steve dar por supuesto que la gente podía saltar de un país a otro igual que él.

Casi como sincronizado, mi móvil de trabajo zumbó. Maldito Facebook. Maldito Alvin.

«¡Elisabeth! ¿Adónde te fuiste? ¡¡¡Te perdiste una fiesta de locura!!! Me pasaré por tu galería en algún momento. Ciao.»

¿Por qué no llevábamos tobilleras de localización como los presos americanos, y asunto concluido? Aquello era lo que me faltaba. Tendida boca abajo sobre el kilim que me había traído de París, me golpeé la cabeza pensativamente un par de veces sobre el tejido de lana. La boda resultaba extremadamente oportuna, bien mirado. Sería una lata tomar otro tren hasta Niza pasando por Milán, pero aprovecharía el tiempo para leer; y si Alvin iba a presentarse, yo no tenía intención de estar en casa. Le mandé otro mensaje a Steve para que me diera todos los detalles de la boda, llamé a Trenitalia y reservé un billete para volver de nuevo a la Riviera.

La «cena de ensayo» de Carlotta iba a celebrarse en el restaurante Joël Robuchon del Hotel Metropole. Puesto que había rechazado los cien mil de Yermolov, tenía que ahorrar un poco, así que reservé habitación en un sitio sencillo, en Cap d'Ail, que quedaba justo al otro lado de la frontera francesa. El taxista que me llevó desde la estación de Niza me advirtió, sin embargo, que para ir de Cap d'Ail a Mónaco me saldría más a cuenta tomar el autobús, pues los taxistas tenían prohibido, en virtud de una extraña norma fiscal, entrar en el principado entre las seis y las ocho de la tarde. El código de vestimenta que Carlotta había indicado era «Riviera Chic» (a saber lo que entendía ella por «chic»), y resultaba un poco raro estar esperando en una mugrienta estación de autobús con un delicado vestido largo Erdem con

flores estampadas. No obstante, el viaje en sí fue una revelación. Cuando el autobús blanco arrancó por fin, ninguna de las pasajeras echó siquiera un vistazo a los largos pliegues de mi vestido, seguramente porque sus propios atuendos les daban el aspecto de dirigirse a una desmadrada despedida de soltera en Selfridges. Los bolsos con monograma de Saint Laurent rivalizaban con los bolsitos Chanel acolchados, la corsetería Alaïa con ribetes de colores competía con ajustadísimos vestiditos Balmain, y ninguna llevaba unos tacones de menos de diez centímetros. Solo cuando empecé a escuchar a las dos que iban detrás de mí, una señora concentrada en su iPhone y una chica realmente despampanante que sin duda debía de ser su hija, comprendí que todas aquellas mujeres eran prostitutas. De segunda fila, desde luego, puesto que no tenían apartamento en el paraíso fiscal más deprimente de Europa. Todas de camino al turno de noche. La señora del iPhone era a todas luces la alcahueta de su hija y se dedicaba a organizarle el programa de la velada en un inglés nítido y desenvuelto, mientras la chica, con una melenita lisa rubio platino, miraba plácidamente por la ventanilla. El autobús avanzaba serpenteando por las carreteras sinuosas de los acantilados. Cerré los ojos y escuché las conversaciones de aquella exótica pajarera. Era como si estuviera de nuevo en Londres, en mi antiguo trabajo del Gstaad Club, oyendo las mismas negociaciones entre la belleza y el dinero que entonces constituían la banda sonora de mis noches. La diferencia era que estas chicas eran profesionales de verdad. Al otro lado del pasillo, dos rubias comentaban los méritos de varias píldoras anticonceptivas para mantener a raya la menstruación —«Con los saudíes, si sangras, se acabó la historia»— mientras que una morena curvilínea ronroneaba dulcemente a su cliente por teléfono poniendo los ojos en blanco y haciendo gestos vomitivos a su compañera, que se mondaba por lo bajini.

«Yo podría haber sido como ellas —pensé—. Podría haberlo sido fácilmente.» Durante años, me había formado para convertirme en una profesional de la belleza, de la belleza estética, convencida de que el talento, la energía y la inteligencia me proporcionarían una carrera de verdad en el mundo del arte. Y luego había descubierto que con eso no bastaba, que lo único que le interesaba a mi jefe, Rupert, era mi cuerpo. Así pues, lo había utilizado: había decidido jugar según las reglas del mundo en el que me encontraba. Pero las cosas habrían podido salirme fácilmente de otro modo; no podía desechar esa idea.

Pasillos alfombrados, caras desconocidas esperando en suites anónimas, el polvo, los billetes doblados, el baño en el jacuzzi, la deprimente vuelta a casa al amanecer. A través del suave cuero del bolso, palpé el bulto de mi cartera, que contenía un pulcro fajo de billetes de cincuenta, las tarjetas de crédito, las llaves de mi precioso piso veneciano. Pero por primera vez esos talismanes no me proporcionaron la tranquilidad de siempre. No me sentía agradecida por no formar parte de ese mundo; me sentía desplazada, excluida, como si la pálida gasa de mi vestido fuese una mortaja. La jovialidad y la resignación de esas chicas me producían un sentimiento de soledad.

Todo cambia y todo sigue igual, joder. «Calma, Judith», me dije enseguida. Tenía amigos, ¿no? Muchos, de hecho. Iba a ver a Carlotta y Steve, y nunca había estado en Mónaco. Cuando el autobús descargó su ejército de profesionales tambaleantes, me sacudí ese sentimiento y subí por la cuesta hasta el Metropole, donde sorteé un Ferrari, un Bentley anaranjado descapotable y un tipo avejentado que podría haber sido Johnny Hallyday, para acceder al portal hundido del vestíbulo. Carlotta estaba recibiendo a los invitados en la puerta del reservado del restaurante. Llevaba un vestido lencero Pucci, abierto en ambos lados, por si fuera poco. El enorme pedrusco que yo recordaba haber visto en su mano izquierda había sido reemplazado por un anillo aún más enorme a base de diamantes amarillos. Observando de cerca al personaje calvo y con gafas que le cogía la mano con aire desconcertado, descubrí que también Hermann había sido reemplazado, acaso por su abuelo. Carlotta me miró, parpadeó dudosa unos segundos y se me abalanzó acto seguido como si yo fuera su hermana desaparecida. Entre grititos y besos al aire, aproveché para susurrarle al oído:

—¿Quién es el afortunado?

—Franz —susurró—. Es suizo.

—¿Qué pasó con H?

—Ah, está en la cárcel —gorjeó despreocupadamente, mientras le hacía un mohín a otro recién llegado.

Le di mi regalo: un delicado juego veneciano de servilletas de encaje, que aterrizó en una mesa entre un montón de bolsas de marca. Más allá de lo que el matrimonio le reservara, estaba claro que nunca iban a faltarle ceniceros Hermès.

Steve, medio tapado por los pétalos céreos de una siniestra orquídea morada, manipulaba su móvil como de costumbre. Su transformación de

financiero del capitalismo salvaje a cruzado del rollo New Age quedaba reflejada en un cambio de atuendo: ahora llevaba pantalones de camuflaje y una cinta de cuero rojo en torno a la muñeca. Por lo demás, tenía el aspecto de siempre, o sea, tan desgarrado como reluciente. Rodeé una columna cubierta de enredadera para que me viera.

—Eh, preciosa —fue su saludo. A bordo del *Mandarin*, Steve me había conocido por mi segundo nombre, Lauren, que yo había empezado a usar como pseudónimo en el Gstaad Club y luego para algunas otras cosas. Más tarde, me había visto obligada a explicarle que había cambiado a Elisabeth por motivos profesionales, para darme un poco de caché, pero aunque habíamos pasado un verano durmiendo el uno junto al otro, dudaba mucho que recordase la versión original.

—¿Cómo van las cosas?

—Una locura, oye. Acabo de volver de un retiro de ayahuasca en Perú. Alucinante. —Siempre lo descubría todo con retraso, el bueno de Steve—. ¿Quieres ver el vídeo?

—No, gracias. Vamos a sentarnos a cenar...

No se me ocurría ningún comentario gracioso sobre los vómitos alucinatorios, así que le pregunté por su organización benéfica. La última vez que nos habíamos visto, que había sido en la feria Estambul Contemporáneo, antes del verano, Steve me había hablado de la fundación que había creado con el objetivo de sacar de la pobreza extrema a tres millones de personas en tres años. Yo me preguntaba si se habría inventado un algoritmo para llevar la cuenta.

—¡Fantástico! ¡Hemos proporcionado tablets a cien mil niños en Somalia!
—respondió, orgulloso.

Yo creía que esos niños habrían preferido una comida, pero me lo callé. Solo habría servido para desconcertarle. Fui a coger un cóctel exuberante de la bandeja de un camarero justo cuando lo hacía otra mujer.

—Disculpe. Usted primera.

—No, por favor. Usted primera.

Ambas hundimos la nariz con incomodidad entre espirales de sandía esculpida. Luego me presenté.

—Me llamo Elisabeth. Soy, hmm, una vieja amiga de Carlotta.

—Creo que nos conocemos.

—Perdone, pero no creo.

—Ah, disculpe. Me he equivocado. —Me miró con curiosidad—. Yo me llamo Elena.

—¿De la parte del novio o de la novia?

—Conozco a Franz de Saint Moritz. Mi marido y yo tenemos una casa allí.

—Qué maravilla.

Elena era un par de décadas más joven que Franz, y debía de haber sido una mujer guapa, pero ahora su cara era como un collage de bótox y base de maquillaje que podría haberse titulado «Los temores de la Esposa Trofeo». Los labios se los habían inflado tan lejos de sus límites naturales que amenazaban con caérsele de la mandíbula como los cojines de un sofá, mientras que sus pómulos originales se hallaban tapados bajo dos rollizas bolas de plástico que tensaban sus ojos verdes hasta convertirlos en dos ranuras felinas. De lejos podría haber pasado por una mujer de treinta; de cerca, era atemporal como una gárgola. El suyo era un tipo de cara que ya me había acostumbrado a ver en Venecia, asomando por encima de un cuello de marta cibelina o de un fular Fortuny; y tal vez lo más espeluznante de esa deformidad laboriosamente buscada era lo común que se había vuelto.

La última vez que nos habíamos visto, Carlotta era una de las tantas chicas de la Riviera —apenas a un paso de las furcias del autobús—, que intentaban abrirse paso hacia una vida segura con uñas y dientes (las uñas pintadas con esmalte permanente). Sus perspectivas habían mejorado de forma considerable con este ascenso a la respetabilidad marital, pero yo dudaba que ella fuera la primera o siquiera la tercera señora Franz, y aunque las demás esposas estaban obligadas a acogerla ahora como a una de las suyas, la pregunta que brillaba en los ojos de todas era: «¿Quién será la próxima?».

Volví a centrar mi atención en Elena y le pregunté si asistiría mañana por la tarde a la recepción.

—Sí, nos veremos en la fiesta —respondió, alejándose. Tenía acento ruso, pero no me sentía lo bastante segura como para intentar conversar en su idioma. Volví junto a mi anfitriona, cuyo prometido se le había escapado momentáneamente.

—¡Enhorabuena! —exclamé—. Me alegro mucho por ti.

—Bueno, Franz tiene setenta. Pero está, o sea, totalmente colado por mí, ¿sabes?

—Cómo no iba a estarlo, querida.

—Y no molesta, si entiendes lo que quiero decir. Deberías buscarte uno. —

Se inclinó hacia mí con aire confidencial—. Menos problemas. Tenemos una casa en Suiza... estamos allí de noviembre a febrero. ¡Deberías venir a vernos! Y además, un piso en Zúrich y la casa de aquí, en la playa. Y él no está tan mal —añadió, con tono práctico—. Ah, y el barco, por supuesto.

—Por supuesto.

Me cogió la mano y me la apretó.

—Gracias por venir. Tú eres, o sea, una de mis mejores amigas. Para mí significa mucho.

Recorriendo con la vista las cuarenta y tantas personas que se abrían paso con cautela entre la profusión de orquídeas, pensé en lo necesitada de amigas que debía de estar Carlotta si a mí me consideraba de las más íntimas. Supuse que me habían invitado para dar la impresión de que tenía amigas: las depredadoras de su especie suelen cazar a solas. Aun así, yo le tenía cierto cariño. Admiraba la sinceridad de su naturaleza implacable, pero no su gusto en cuestión de restaurantes.

No obstante, cuando nos reunimos a la tarde siguiente en la casa de Franz, le dediqué mentalmente un aplauso a Carlotta. Situada en la playa bajo la famosa «roca» en la que se encontraba el palacio de los príncipes de Mónaco, la casa era un exquisito pabellón crema *art déco*, con un estrecho vestíbulo que desembocaba en un salón hexagonal, el cual se abría a su vez a un jardín sobre la playa. Atisbé un par de cómodas Luis XV de marquetería y un Max Ernst del período surrealista antes de que una coordinadora de boda de aspecto agobiado me hiciera subir al primer piso. Desnuda con toda naturalidad, Carlotta estaba de pie entre unas diez mujeres de la noche anterior que intentaban, con grados diversos de gracia, embutirse en una malla de lencería Eres de color carne.

—¡Es el regalo de boda de Franz! —me anunció Carlotta, como si eso lo explicara todo. Me mostró su mano izquierda, ahora adornada con una alianza de oro.

Yo no lo veía demasiado claro, pero me quité mi holgado conjunto playero, me desprendí con tristeza de mi propia ropa interior y empecé a calzarme la malla.

—Voy a montar un cuadro vivo. Como... ¿Botticelli? A Franz le encanta el arte.

No estoy desacostumbrada a actuar con naturalidad en una habitación llena de desconocidas desnudas, pero aquello me dejó algo desconcertada.

—Pero ¿ya se ha celebrado la ceremonia? —dije, estupefacta.

—Ah, claro. La hemos despachado en un momento esta mañana en la *mairie*. Franz y los chicos están en el casino ahora mismo. Me pareció que una despedida de solteros después de la boda era una idea más sensata.

—¡Todas las precauciones son pocas en Mónaco! —dijo una de las mujeres con la malla de lencería.

—¿Y entonces esto...? —balbucí.

—Cuando ellos lleguen, nosotras estaremos distribuidas por el jardín. Vosotras seréis las olas. Y yo seré, o sea, Venus.

—¿Venus?

—La diosa —explicó Carlotta compasivamente—. La del cuadro, ¿sabes? El de la concha enorme.

—Ya lo pillo. Venus. Fabuloso, Carlotta. Qué gran idea.

Ella se envolvió en un lienzo de crepé blanco y nos guio hacia el jardín. Las esposas, mudas y anonadadas, la siguieron sumisamente. Solo una de ellas, una mujer cuadrada con un traje chaqueta beige, sentada bajo el cuadro de Ernst, parecía haberse resistido. Carlotta chasqueó los dedos al pasar junto a ella. La mujer no le hizo caso.

—¿Quién es?

—Mi hijastra. La adoro.

Afuera, la coordinadora nos dio un abanico enorme a cada una, todos en una gama de azules que iba del turquesa al azul marino. La novia se encaramó en una fuente, ofreciéndonos una vista generosa de sus encantos. A nosotras nos indicaron que nos tumbáramos de lado, apoyadas sobre un brazo extendido. La coordinadora incluso nos hizo una desganada demostración de cómo debíamos usar los abanicos para representar las olas. La hierba rascaba y, además, estaba llena de hormigas, pero el efecto del conjunto parecía asegurado: desde la casa pareceríamos un mar de carne femenina desnuda sobre el cual flotaría una Carlotta convertida en diosa. Resultaba impresionante; e inesperadamente conmovedor viniendo de ella.

La coordinadora y sus ayudantes estaban montando una inmensa concha de poliestireno detrás de la fuente para enmarcar todavía mejor los atributos de Carlotta.

—Sacó la idea de un número de *Harper's* —masculló la mujer de al lado

—. Absurdo.

Al fijarme, vi que era Elena. Tuve un buen rato para observarlo todo, porque nos pidieron que permaneciéramos allí tumbadas, mientras el sudor se nos acumulaba seductoramente en los pliegues de nuestras fibras sintéticas. Un cuarteto de cuerda pasó por encima de nosotras para ocultarse detrás de la concha. Una recibió un pinchazo de la pica del cello; Carlotta tuvo un ataque de nervios de intensidad media porque las rosas blancas y los claveles suspendidos con hilos invisibles se enredaban con sus rizos; dos ninfas acuáticas desertaron alegando que acababan de hacerse un *peeling* y no podían exponerse al sol. De modo que cuando los músicos atacaron cansinamente los compases de la «Primavera» de Vivaldi ante la mirada algo horrorizada de Franz y sus invitados, no parecíamos tanto la *Venus* de Botticelli como la de Cranach. La que está rodeada de abejas enfurecidas.

—La gente es, o sea, tan poco creativa —rezongó Carlotta más tarde, cuando Franz la hubo llevado por un camino de pétalos de rosa a la tienda beduina blanca montada expresamente para el baile.

Y añadió, a modo de consuelo:

—Claro que Poppy Bismarck encargó el pastel de boda a Heston Blumenthal —tecleó en su móvil, para ilustrarlo— y solo consiguió, no sé, dos mil «me gusta» en el post de Facebook.

Capítulo 7

Llevaba solo unos días de vuelta en Venecia cuando las cosas empezaron a moverse. Quiero decir que los objetos de mi piso empezaron a cambiar de sitio. Primero fue una sudadera de deporte, que desapareció de su cesta para aparecer en el cabezal de la cama. Luego mi taza de desayuno, un diseño Lalique de porcelana crema con pan de oro, que encontré en el asiento de la ventana, cuando yo estaba segura de que la había lavado y puesto otra vez en el estante antes de irme a la galería. Y alguien parecía haber estado bebiéndose mi vino, aunque debo reconocer que en ese caso cabía sospechar de mí misma. La misteriosa tableta de chocolate que creía haber comprado por equivocación antes del viaje a Ibiza seguía en el armario. Le eché un buen vistazo, recordando que había sido entonces cuando había percibido algo raro en el piso. En Venecia los fantasmas son un tópico tan trillado como las máscaras. Quizá por eso me gustaba tanto la ciudad; pero mis propios fantasmas personales solían quedarse en su guarida. Tiré la tableta al cubo de basura y cerré la tapa de golpe, diciéndome que estaba portándome como una idiota.

Pero entonces la cosa empezó también con los libros. Acababa de recoger un pedido en la librería Toletta —unos catálogos de pintores de Pekín y una nueva biografía de Tiziano— y había dejado la bolsa sobre el escritorio antes de dirigirme a la diminuta buhardilla de Masha. Por el camino me detuve en una tienda de regalos, de esas que venden iconos bizantinos dudosos a los turistas. En la parte trasera tenían un surtido de productos rusos, como caviar rojo y té negro aromatizado. Escogí un tarro de mermelada de pétalos de rosa, que Masha habría de poner cuidadosamente en un platito de cristal y servir junto a unos bizcochos después de la clase. Creo que yo disfrutaba más que ella de esos pequeños lujos.

Para mi sorpresa, me encontré a Masha sentada en una silla de plástico en

la placita de delante de su edificio. Ella apenas salía, dejando aparte una trabajosa excursión semanal al mercado del Rialto. Yo la había acompañado un par de veces para ayudarla a cargar las bolsas. Ahora estaba dándose aire con un gran abanico negro y sujetando el brazo de un hombre al que reconocí: era el camarero del café de la esquina. Había otra mujer con una bata azul de nailon, quizá una vecina, que estaba ofreciéndole un vaso de agua.

—¡Masha! *S toboi vse vporyadke?* —¿Se encuentra bien?

—Ha habido un robo —dijo la otra mujer en italiano.

Me agaché, acercando la cara a la de Masha. El espeso maquillaje de sus ojos estaba muy emborronado. Obviamente, había estado llorando.

—La *signora* había ido a la iglesia —explicó el camarero— y, al volver, se ha encontrado a un hombre en su apartamento.

—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido, Masha? ¿Han llamado a la policía?

—Han venido y se han marchado. El ladrón no se ha llevado nada —dijo la mujer, casi decepcionada por las reducidas dimensiones del drama—. Pero la *signora* ha sufrido un shock.

Masha tenía cubiertas las manos con unos guantes blancos, abotonados en la muñeca. Se las sujeté con delicadeza, advirtiéndole que parecían patéticamente frágiles y diminutas.

—Masha, ya sé que debe de estar muy trastornada, pero ¿ha visto al ladrón?

—*Nyet, nyet.*

—Disculpe —dijo el camarero—, pero tengo que volver al trabajo. He dejado desatendido el bar.

—No importa. Yo soy una de sus alumnas. Nosotras nos ocuparemos de ella, ¿verdad? —dije, mirando a la mujer—. Venga, vamos a llevarla adentro.

La vecina me explicó que vivía al otro lado del *campo* y que había oído gritar a Masha pidiendo ayuda. El ladrón la había apartado del umbral de un empujón y había escapado corriendo por la escalera. Nadie había visto nada.

—Los *carabinieri* van a enviar a un asistente social —dijo, sorbiéndose la nariz.

Ayudamos a Masha a subir las escaleras y yo llamé a un cerrajero mientras la vecina preparaba té. Masha repasaba la escena una y otra vez: cómo había tomado el *vaporetto* para encender una vela en San Zan Degolà, cómo había intuido al volver que pasaba algo raro, cómo la había empujado el hombre

contra la pared cuando lo había sorprendido in fraganti.

—¿Está segura de que no se ha llevado nada? ¿La policía lo ha comprobado?

Por lo general, las únicas víctimas de robo en Venecia eran los turistas. Cuando llegó el cerrajero, dejé que las dos siguieran hablando y, mientras él examinaba la cerradura, le pagué discretamente en metálico. No había ningún desperfecto. El cerrajero coincidía con el veredicto de los *carabinieri*: Masha debía haber olvidado cerrar bien la puerta y el ladrón había aprovechado la ocasión.

—Seguramente uno de esos gitanos —dijo la vecina, volviendo a sorberse la nariz—. Nadie está seguro. Ya se lo he dicho a los *carabinieri*: ¿qué hace la Questura con todos esos gitanos?

Yo no le hice caso.

—¿Quiere descansar, Masha? Este señor va a encargarse de que todo quede seguro. ¿La ayudo a acostarse?

—*Spasibo*, Elisabeth. Qué buena chica.

—Llamaré a alguien para que venga un rato a hacerle compañía. —Masha tenía toda una red de viejas amigas rusas, muchos de cuyos parientes habían encontrado trabajo en los innumerables hoteles de Venecia. Sus vidas proporcionaban a las *babushki* un culebrón ininterrumpido: Masha siempre estaba cotilleando sobre ellos. Se inclinó, sacó una serie de objetos de su holgado bolso y al fin encontró una raída agenda. En un tiempo asombrosamente breve la sofocante habitación se llenó de ancianas que habían cruzado la ciudad a la velocidad de un rayo, cargadas de vodka y de galletas caseras. Enseguida estuvo encendido el samovar, y Masha, reclinada en su diván entre una nube de humo y de cháchara rusa, se encontró presidiendo una fiesta improvisada.

—¿Seguro que estará bien? —No quería dejarla, pues la había visto muy vulnerable, pero tampoco deseaba entrometerme. Masha me dio unas palmaditas en la mejilla y yo me dispuse a marcharme al mismo tiempo que el cerrajero. Mientras me entretenía despidiéndome, sin embargo, el hombre salió y cerró la puerta, y solo entonces reparé en una cosa. En la pared de detrás de la puerta, estaba colgado uno de los muchos iconos de Masha: una gran lámina encerada de una lúgubre Madonna de ojos negros. La imagen había quedado oculta mientras el cerrajero trabajaba, pero ahora advertí que el grueso papel, que tenía un marco rojo barato, estaba desgarrado, mejor

dicho, rajado: el óvalo de la cara amarillenta presentaba un fino corte. Lo observé un momento, pensando que quizá el ladrón había buscado billetes ocultos detrás del marco. No quería angustiar aún más a Masha diciéndoselo. Quizá, dado el lugar que ocupaba la imagen, no se daría cuenta durante un tiempo. Salí, cerré la puerta y seguí al cerrajero por la escalera.

Cuando finalmente llegué a casa, los libros estaban encima de mi cama. ¿Los había dejado allí? Con toda la preocupación por Masha, no lo recordaba. Uno de los libros, un gran compendio de los cuadros de Caravaggio, estaba abierto por la página de la ilustración de la *Medusa*, cuya maravillosa copia había visto en el pabellón de Yermolov. Y sin embargo, yo no había encargado ese libro... ¿Quizás el dependiente de la librería lo había metido en la bolsa por error? Examiné la factura. Ningún Caravaggio. Por un momento consideré la posibilidad de un acceso inconsciente de cleptomanía, pero la falta de control no había constituido uno de mis rasgos más destacados últimamente. A la mañana siguiente, fui a la librería y lo devolví. Unos días más tarde, cuando me tocaba mi siguiente lección de ruso, no conseguí encontrar mi gramática, una destartalada edición de Penguin con el alfabeto cirílico en la portada. Lo busqué por todas partes mascullando maldiciones, pero había desaparecido de ese mismo modo desquiciante que tienen los calcetines de desaparecer. Tuve que irme a clase sin el libro. Al volver, sin embargo, nada más abrir la puerta, lo vi colocado en equilibrio sobre la barra de la cortina, por encima de la *chaise* Récamier de la ventana salediza.

Esa noche fue muy larga. La pasé en el asiento de la ventana, mirando el *campo* con una botella de Barolo. Al día siguiente no me apetecía ir a la galería, pero me obligué a hacerlo, y cuando volví a casa todo estaba en su sitio. Me sentí avergonzada por haber seguido un trayecto de vuelta distinto, por haberme quitado los zapatos para subir la escalera y metido la llave sin ruido y abierto la puerta de golpe. Pasaron unos días, y entonces, cuando volvía del mercado y entré en el piso cargada con varias bolsas de tomates y melocotones y un kilo de almejas, vi el libro de Caravaggio en el suelo.

Dejé las bolsas en silencio sin cerrar la puerta. Crucé la estancia y abrí las ventanas de par en par. Permanecí largo rato escuchando. Había tres puertas al fondo del espacio principal: la cocina, el baño y el vestidor, más un

cuartito detrás, con la lavadora y estantes para productos de limpieza. Mientras miraba en derredor, la secadora terminó su ciclo con un clic, provocándome un sobresalto. No había nada más fuera de sitio, sin embargo. El gran armario de nogal de la ropa blanca, que estaba en la pared opuesta a la bañera, seguía cerrado: deslicé los dedos por las juntas, pero la llave la tenía en el llavero de mi bolso y no se veía ninguna marca en las bisagras. Deambulé alrededor del libro, intentando detectar algún otro cambio y averiguar por qué el ambiente parecía cargado aún de interferencias. Todos los cuadros estaban ladeados. Muy levemente, como si hubieran pasado un plumero por los marcos, pero no había duda: estaban un poco ladeados hacia la izquierda, con el ángulo superior derecho algo más alto. Con cautela, me acerqué al libro y me agaché para abrirlo. Había un marcador en una página. No me hacía falta mirar para saber que sería la de la *Medusa*. El marcador era una postal. Y la postal era de un cuadro de George Stubbs. Un frondoso paisaje romántico del siglo XVIII, con un caballo y tres figuras: *El coronel Pocklington con sus hermanas*. Lo recordaba bien, por el trabajo que había hecho en la Casa para el catálogo Stubbs.

Cogí una silla y puse los cuadros derechos. Me senté en ella y encendí un cigarrillo. Tuve que levantarme al cabo de un poco para coger un cenicero. Y todavía seguía allí sentada cuando se llenó de colillas.

Alguien lo sabía.

Sabía lo del falso Stubbs que Rupert, mi antiguo jefe, había intentado vender. Así que también debía de saber que Rupert se había asociado con Cameron Fitzpatrick, a quien yo le había quitado el cuadro. Y sabía lo que le había hecho a Cameron. Había seis personas que conocían en alguna medida esa historia. Una era yo. Otras tres estaban muertas: Cameron, Leanne, Renaud Cleret. Con lo cual solo quedaban dos personas que podían delatarme. Rupert y Romero da Silva, de la división antimafia de la policía romana. Pero no era lógico. Rupert no tenía ninguna prueba contra mí; e incluso si quería acabar conmigo, no podía hacerlo sin provocar su propia ruina. Eso era lo que siempre me había mantenido a salvo en relación con él. Da Silva era policía; si quería interrogarme e incluso detenerme, existían procedimientos legales para hacerlo. No le hacía falta recurrir a estos

jueguecitos. Tenía que haber alguien más que yo no había considerado en mis cálculos. Saqué la postal de la página y pasé los dedos por el grito congelado de la Medusa. Caravaggio. ¿Yermolov?

A lo mejor las cosas habrían ido de otra forma si Alvin no me hubiera llamado justo en ese momento.

—¿Hola? —respondí cautelosamente, cogiendo mi teléfono de trabajo. No reconocí el número.

—Hola, Elisabeth. ¿Eres tú?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Alvin. Estoy en Venecia. Se me ha ocurrido hacer una parada aquí, para ver si estabas.

—Pues sí, aquí estoy.

—Solo estoy de paso. He llegado en tren. Y voy para Rovinj.

Eso quedaba en Croacia.

—Qué bien.

Él hizo una pausa. Yo estaba revisando el tenso recuerdo de nuestra breve conversación en Ibiza. Calculando. «No es eso lo que he oído, Elisabeth.»

—¿Dónde te alojas?

—Acabo de llegar. Y me voy en barco supertemprano.

«Mejor.»

—¿Me llamas para tomar una copa, entonces? —dije con animación.

—Eh, sí. Claro. Eso es, en realidad.

—Muy bien. Me apetece una copa. ¿Qué te parece si quedamos en el puente de la Accademia? Es fácil de encontrar.

Antes de ponerme en marcha, miré las horas de salida de los ferries a Croacia. Luego examiné mis cuentas bancarias. Contemplé las cifras durante unos instantes. Por lo que he oído del amor, se parece mucho al dinero. En ambos casos, la presencia y la ausencia funcionan igual: si está ahí, podría no estar; y si no está, no te deja en paz ni un momento. Y ambos llegan con advertencias a las que nadie hace caso. Mis recelos sobre la posibilidad de que Alvin conociera a Angelica Belvoir se habían ido disipando. Ahora, sin embargo, con el libro de Caravaggio y la postal de Stubbs a mi lado, comprendí que mi instinto no había reaccionado exageradamente. ¿Por qué

había hecho Yermolov que Kazbich viniera a buscarme a mí, entre todos los galeristas del mundo? Porque debía de querer que yo me encargara de la tasación: yo precisamente, y no cualquier otro. Y a mí se me había ocurrido rechazar su propuesta. Entonces, todo esto... ¿era una advertencia? Cabía suponer que un hombre como Yermolov no estaba acostumbrado a ser rechazado. Y no debía de gustarle nada. Sentí la tentación de llamar inmediatamente a Kazbich para preguntarle qué demonios sucedía, pero me contuve.

Elisabeth Teerlinc era real, ¿no? Su galería era real, su piso era real, las cifras bancarias que aparecían en la pantalla eran reales. Judith Rashleigh se había convertido en un recuerdo insignificante, e iba a seguir siéndolo. Supiera lo que supiese Yermolov, primero debía ocuparme de Alvin. Arreglé a toda prisa la estancia, eché un poco de ambientador, me cepillé el pelo, até un pañuelo al asa del bolso y salí a reunirme con él.

En Accademia tomamos un aperitivo en el pequeño bar que hay bajo el puente. Yo estaba encantada de ver a Alvin; o al menos estaba decidida a que él lo creyera. Era una tarde muy calurosa: razón de más para atenerme a la norma de evitar el Harry's Bar, pues era el local donde Alvin tenía más posibilidades de tropezar con algún conocido por casualidad. Después del aperitivo, cruzamos al otro lado para buscar un taxi acuático que nos llevara al Paradiso Perduto, un local que me gustaba junto al Ghetto. No hay nada como parar un taxi acuático en Venecia (bueno, aparte de hacerte lamer de los pezones un coñac Delamain de cien años en la suite Coco Chanel del Ritz de París), para sentirte rica de verdad. Que era como Elisabeth Teerlinc quería seguir sintiéndose.

Durante el trayecto, le relaté a Alvin la biografía oficial de Elisabeth, una biografía que incluía una escuela internacional en Londres, un padre jubilado que vivía cerca de Ginebra y un período indefinido dedicado a las finanzas antes de sentir la llamada de mi verdadera vocación de galerista. Era un historial bastante aceptable. Me había pasado unos días elaborándolo cuando había llegado por primera vez a Venecia. La escuela la había sacado de Internet: un edificio Nash, cerca de Regent's Park, en el que los ricos internacionales dejaban aparcados a sus vástagos entre las temporadas de esquí. De esta forma, evitaba el riesgo de ser localizada en la red del sistema escolar inglés, donde todo el mundo se conoce. Me había encariñado bastante con la idea de mi viejo padre, un antiguo abogado de una compañía de

seguros que se había dedicado a coleccionar libros raros tras la trágica y prematura muerte de mi madre a causa de un cáncer. La madre muerta solía poner fin a las preguntas. En el móvil del trabajo, tenía una foto de la «casa familiar» de Suiza, una imponente villa del siglo XIX que había confeccionado con fotos de un par de catálogos inmobiliarios. El estudio de papá estaba a la derecha y sus ventanas saledizas miraban al lago. Mi carrera en el mundo de las finanzas había consistido en un par de puestos de becaria en firmas de consultoría: los becarios resultan difíciles de localizar y dejan un rastro bastante impreciso a menos que se investigue a fondo. Si alguien preguntaba más obtenía como respuesta la palabra «Lehmans», que solía despertar una reacción más compasiva incluso que el fallecimiento de mi pobre madre. Tras pasar un par de años buscándose a sí misma en la India, lo que incluía una estancia de seis meses en un ashram (ahora desaparecido) en Rajastán, Elisabeth había descubierto que el mundo de los negocios no era para ella. Si el cáncer no ponía fin a la curiosidad, el yoga era un recurso infalible.

Por su parte, Alvin me explicó que estaba sopesando la idea de trabajar como curador de arte, pasando quizá un tiempo en Berlín, o tal vez en Los Ángeles, donde la escena artística contemporánea era, hmm, mucho más fresca, ¿no? Me enseñó fotos de la exposición de un amigo en Silver Lake: unas figuras de acero tratado con ácido, descaradamente derivadas de las de Giacometti, con unos enormes rábanos orientales barnizados puestos encima con toda solemnidad. Yo solté algunas exclamaciones mientras tomaba nota de la clave de su móvil. Luego volvimos a hablar de la Bienal, cuyos pabellones habían sido «increíbles» (la mayoría, en su opinión) y discutimos si era Bakú o Tiflis el próximo mercado interesante (ninguno de los dos, en la mía). El restaurante estaba lleno, como siempre, con gente desparramada por el muelle, frente a la entrada; había un trío de jazz tocando y en el ambiente flotaban muchas voces americanas comentando sus aventuras europeas. Solo cuando Alvin iba por su tercer vino blanco me decidí a preguntarle por qué me había solicitado amistad en Facebook.

—Bueno, hay una chica, Angelica... —Inspiré, escuchando con atención —. Su hermano es el prometido de mi hermana. Él trabaja en Nueva York. Se conocieron en la Universidad de Brown. Yo estaba buscando algún trabajo en Italia, para adquirir experiencia, y Angelica reconoció tu galería. Yo ya había enviado antes emails a otras dos de Ibiza. Angelica me ayudó. Ella está, bueno, muy metida en el mundo del arte. Trabaja en...

Yo sabía perfectamente dónde trabajaba Angelica.

—En fin, que ella creyó reconocerte en una fotografía de una fiesta de la Bienal. Pero no podías ser tú. ¡Una *doppelgänger*! ¡Una doble! —Pronunció la palabra con cierto orgullo.

—¿Y por eso creías que nos conocíamos?

—Sí. Perdona.

Hice un mohín.

—Pero no me pusiste un mail para pedirme trabajo...

—No. Ahora estoy más interesado en Los Ángeles... Una fiesta guay la de Ibiza ¿no? Lástima que tuvieras que largarte con tanta prisa. Tage sabe montar este tipo de cosas. Bueno, pues, esa chica, la que se te parece, trabajaba con Angelica. Pero la despidieron. Parece que tuvo una aventura con el jefe.

—¿De veras? Suena un poco injusto. Que la despidieran por eso, quiero decir.

—Sí, bueno, qué sé yo. Al parecer, estaba metida en un tejemaneje muy turbio.

Fantástico. Me pregunté de dónde habría partido ese rumor en particular. «Angelica reconoce que se equivocó. Te confundió con otra, simplemente.» Ahora no tenía tiempo de analizar la cuestión más a fondo.

—He de irme ya. Voy a pedir la cuenta —dije.

—¿Te puedo acompañar? Me sobra, eh, un poco de tiempo.

—¿Vas a ver a algunos amigos en Rovinj?

—Quizá. Ya sabes cómo son estas cosas. A lo mejor voy a Dubrovnik. También tengo un contacto de mi padre en Zagreb. Quizá suba hasta allí.

—Es duro meterse en el mundo del arte, ¿eh?

—¡Ya lo creo! —respondió sin ninguna ironía. Su sonrisa me permitió ver de nuevo aquellos dientes ansiosos. Sentí un espasmo de mi repugnancia original.

Caminó junto a mí mientras cruzábamos el Ghetto y girábamos hacia el Casino, donde yo pensaba coger el *vaporetto* para volver a casa. Le señalé las rejas tras las cuales encerraban a los judíos cada noche, y la pequeña y oculta sinagoga que asomaba por encima de los tejados de las casas de vecindad, en su día atestadas de gente.

—Alucinante.

Caminamos en silencio junto al Gran Canal hasta llegar a mi parada.

—¿Seguro que no quieres tomarte otra? —dijo.

«Quizá ya está bien. Que se vaya a tomar por culo a Dubrovnik y asunto concluido.» Pero entonces sacó su móvil. Durante toda la velada, apenas había sido capaz de quitarle las manos de encima; no paraba de acariciarlo ansiosamente, como una madre aplacando a un niño revoltoso.

—Tal vez un café —dije.

Asintió, distraído con el móvil, y me siguió por la calleja que discurre junto al museo Ca'Rezzonico hacia el café más cercano. Caminaba con la mochila de lona al hombro, revisando sus mensajes.

—Estaba intentando encontrar esa foto, la de la chica que se parece a ti. Angelica decía que era tu viva imagen.

Había varias fotos de Judith Rashleigh —de los viejos tiempos de la universidad— que circulaban aún por Internet, pero nada más después de mi traslado a Londres. Cosa bien sencilla, puesto que no había hecho amigos allí. Aparte de mi viejo pase de seguridad de la Casa, la única fotografía reciente de Judith, que yo supiera, me la había sacado Leanne, mi antigua compañera de colegio. Pero Leanne estaba muerta y yo había incinerado esa foto en el cubo de basura de un edificio parisino. «¿Cuánto tiempo deben mantener archivados esos pases en la Casa? ¿Angelica podría acceder a ellos si quisiera?»

Entonces, cuando el camarero se acercó para tomar nuestro pedido, Alvin volvió la cabeza hacia mí y nos sacó una *selfie*.

—Se la voy a mandar. Se mondará, ya verás.

—¡Déjamela ver primero! —dije, con una risita—. Por Dios, estoy horrible. Saquemos otra mejor. Venga, bórrala. ¡No puedes hacerme esto, Alvin!

Apoyé la mano en su brazo, afectando en broma un aire suplicante, y lo miré fijamente a los ojos con otra expresión mientras él pulsaba el pequeño cubo de basura con el pulgar. Buen chico.

Alvin se inclinó hacia mí, en plan confidencial.

—A mí puedes contármelo. ¿Eres tú? Angelica estaba completamente segura.

—¿Cómo podía estar tan segura?

—Bueno. Tú eres muy sexy. Y ella también lo era, obviamente.

«Ojalá dejara correr el asunto, el pobre imbécil.»

—Vamos, eres tú, ¿verdad? Noto que ocultas algo. Yo, o sea, soy de fiar.

No se lo contaré a Angelica.

—No hay nada que contar.

Había ahora en sus ojos la misma certeza arrogante que ya había visto en la isla.

—¿Qué pasó en Londres? Venga, a mí puedes explicármelo.

«Lo contará. Si dejas que se vaya, contará que te ha encontrado.»

Dejé unas monedas sobre la mesa e imité su postura, sujetándome la cara con las manos y bajando la vista.

—¿De veras quieres que te cuente un secreto, Alvin?

—Claro.

—Te lo contaré en mi piso. Allí podemos sacarnos también otra foto, si quieres. Tal vez... un montón de fotos. Vamos.

El problema, comprendí mientras nos levantábamos, era que yo no quería hacer aquello. No quería hacerlo más.

Capítulo 8

Al día siguiente empecé, o sea, supertemprano. Mientras me aplicaba corrector frente al espejo para taparme el corte de la cara, vi que tenía en los ojos una expresión vacía, hechizada. Pero ahora no iba a detenerme a pensar en las lesiones internas. Remienda la fachada y acaba de una vez. Esa consigna siempre me había funcionado hasta entonces.

El ferry de pasajeros a Croacia salía a las 06:05 y tardaba cuatro horas en llegar a Rovinj, con una parada en Poreč. A las 05:30 estaba en el muelle, en la terminal de San Basilio, con el billete de Alvin en la mano. Hace falta un documento con fotografía para recoger los billetes, pero no para validarlos: el revisor apenas le echó un vistazo al ticket al cogérmelo entre la aglomeración de pasajeros. Los italianos no hacen cola. Esperé a que pasaran otros diez pasajeros, hice en inglés la pantomima de haber olvidado algo y, dejando el móvil de Alvin a bordo, crucé rápidamente la pasarela sin mirar a los ojos al revisor, por lo demás demasiado atareado. Diez minutos después estaba de vuelta en el piso. Bien. Alvin había tomado su ferry. Sin dejar rastro. Me guardé los cigarrillos y un billete de veinte euros en el sujetador deportivo y corrí a través de Dorsoduro. Llegué al puente de la Accademia y dejé atrás las prisiones del Dux. Hice un alto en la rampa para discapacitados que hay junto al puente de los Suspiros y dejé caer la mochila de Alvin, lastrada con un par de candelabros Ogetti bastante bonitos. Hay que hacer sacrificios. Corrí hasta los Giardini, al final de la isla, donde ejecuté todos los indecorosos ejercicios de mi rutina física, y volví a San Marcos cuando sonaba el *campanile*, sorteando a los primeros grupos de turistas, que ya relucían de sudor y crema solar bajo la neblina de la mañana. La orquesta no había llegado aún; solo se oía el zureo de las palomas y las pisadas incesantes cruzando la sala de estar de Europa.

Ahora, a causa de mi rutina matinal, ya conocía a la mayoría de los

camareros. Ocupé una mesa a la sombra y le hice un gesto a Danilo, que me trajo mi zumo de naranja recién hecho, un brioche y un *cappuccino*. El dibujo de ese día en la cremosa espuma del café era un corazón partido. Después de leer el *Financial Times* y de fumarme un delicioso cigarrillo, volví caminando hacia Accademia, zambulléndome en las angostas callejuelas de San Moisè y ojeando distraídamente los escaparates de las lujosas tiendas que se apretujan allí. Me llamaron la atención unas sandalias Prada de raso negro sobre una suela plateada, con un delicioso ramillete de plumas en el tacón que parecían las alas de Mercurio. Un calzado frívolo, un calzado pícaro en el que derrochar tu dinero, porque... ¿qué sentido tenía ahorrar para los malos tiempos cuando poseías una maravilla semejante? Nadie permitiría que una chica con esas sandalias tuviera que padecer malos tiempos. Miré el precio. Podía comprármelas, si quería; podía comprármelas en todos los colores. Pero no las quería.

La luz en la laguna aún bailaba en pinceladas azul turquesa; el aire todavía olía a algas y a helado, pero en mi interior no lucía el sol precisamente. Me di una ducha tonificante, pasando la temperatura de tibia a helada, me vestí para un serio día de trabajo y metí en mi maletín el Caravaggio y un cuaderno de notas. Tenía una cita en la biblioteca Marciana. El edificio mira al palacio del Dux, junto a la estatua de San Teodoro y su cocodrilo de peculiar anatomía. En tiempos había una horca entre su columna y el león de su vecino, San Marcos, y los venecianos todavía consideran que pasar entre ellas da mala suerte. Pasé entre ellas. Le mostré al apático recepcionista mi pasaporte y los datos de mi galería, así como un resumen apresuradamente redactado de mi «proyecto de investigación», y él me indicó que pasara a la sala de lectura principal, con su triple logia y sus islas de mesas blancas sobre alfombra roja. Arriba, en el techo de cristal, el potente aire acondicionado congelaba la luz del sol. Me alegré de haber tenido la sensatez de traerme un buen jersey. Le di al bibliotecario mi pedido y, mientras esperaba, tomé asiento y abrí una vez más el compendio de Caravaggio por la página de la *Medusa*. Como su aullido no me transmitía ningún mensaje especial, me puse a hojear todo el libro, examinando cada ilustración. Me detuve en *Amor Vincit Omnia*, el glorioso retrato que hizo Caravaggio de su joven amante Cecco en el papel de dios del amor. Recorrí con el dedo la suave curva de su mejilla adolescente.

Incluso en la satinada reproducción plana, la alegre anarquía de la composición parecía bullir fuera del lienzo y vibrar de energía pagana. Una nota al pie de la lámina citaba a un espectador contemporáneo que había visto el cuadro en la colección del mecenas de Caravaggio, donde era mostrado siempre en último lugar oculto por una cortina de seda verde oscura. A mí no me había hecho falta este detalle para confirmar la identidad de mi duende secreto, pero por lo menos debía reconocer que Yermolov tenía sentido del humor.

Se llama *zersetzung* y es un método de «intrusión doméstica» practicado tanto por el KGB como por la Stasi. Un ingenioso y eficaz sistema de tortura blanda. Los objetos cambian de sitio, de un modo sutil o no tan sutil, por obra de unos visitantes invisibles. Resulta inquietante y misterioso —ha llegado a provocar la locura en algunas personas— y muy fácil de negar. ¿Quién va a creer que te han entrado en casa cuando lo único que no está en su sitio es la pastilla de jabón? Un recurso muy utilizado, al parecer, era dejar material pornográfico en el dormitorio. No sabía si tomarme como un detalle o como un insulto que no hubieran intentado conmigo esa jugarreta.

¿Qué pretendía decirme Yermolov? Era consciente de que debía sentirme asustada, pero lo que sentía realmente era curiosidad. Casi me parecía halagador. Si tanto deseaba que reconsiderase mi rechazo, ¿para qué intimidarme? ¿Y por qué Caravaggio?

—*Ecco, signorina.*

El bibliotecario había reaparecido, sujetando con unos guantes blancos un grueso volumen encuadernado entre dos tapas de cartón. Yo había pedido la copia manuscrita de uno de los primeros libros sobre Caravaggio, una biografía de Mariani, pero no quería tanto empaparme sobre la vida del pintor como examinar las notas garabateadas en los márgenes del manuscrito. La letra era diminuta, casi impenetrable, y las abreviaturas italianas del siglo XVII resultaban difíciles de entender, pero me lo estaba pasando en grande. Daba la impresión de que hubiera pasado mucho tiempo desde la última vez que había llevado a cabo una investigación seria. Iba musitando las palabras por lo bajini, porque el sonido me ayudaba a captar el sentido. Y finalmente encontré lo que andaba buscando:

«Cometieron un asesinato —había anotado Mariani furtivamente—.

Prostituta, tipo duro, caballero. El tipo duro hiere al caballero, la prostituta le graba a cuchilladas en la piel un insulto. Avisaron a los oficiales. Querían saber con qué cómplices... En la cárcel no confesó, vino a Roma y no habló más del asunto.» Me arrellané en la silla, contemplando la apretujada caligrafía negra. Yo ya conocía la existencia de la incompleta «nota del asesinato»: era la fuente de una extensa y apasionante especulación biográfica (siempre que este tipo de cosas te gustaran), pero las cuchilladas sí constituían una novedad para mí. El *sfregio*, la marca de la vergüenza trazada en la cara de la víctima con la hoja de un cuchillo, era con frecuencia un castigo para las mujeres que habían sido infieles a sus amos. Sentí un curioso escalofrío de excitación.

En dos de sus cuadros más célebres, Caravaggio inventó un nuevo género. Tanto *La buenaventura* como *Los jugadores de cartas* presentan una escena de prestidigitación, de artimaña en directo. Dos realidades tienen lugar simultáneamente en cada cuadro. La pintura es un engaño, nos dice el pintor; distorsiona nuestra percepción con la misma eficacia con que los timadores embaucan a unas presas excesivamente confiadas. Desconfía de lo que crees que estás viendo.

Si Yermolov se estaba molestando en amenazarme era porque debía de creer que yo tenía alguna clase de poder. Lo cual no me disgustaba, por otro lado. ¿Cuáles eran exactamente nuestros papeles en este asunto? ¿Quién era el caballero, quién la prostituta, quién el tipo duro? Si de una amenaza se trataba, no dejaba de ser una amenaza elegante.

El resto del día lo pasé en la galería. Hacia las siete volví al piso, que parecía tal como lo había dejado. Me estaba dando un baño cuando sonó mi móvil. No el de trabajo, sino el personal. Solo tres personas tenían ese número: Steve, Dave y mi madre, y ninguno de ellos aparecía en la pantalla. Atendí y dije: «Que te jodan», con el tono más firme que pude. Tal como esperaba, no hubo más que silencio.

Tenía que encontrar una salida. No iba a seguir esperando sentada a que Yermolov me volviera loca. Necesitaba sentirme limpia, fuerte, viva. Un momento adecuado para hacer una visita a los ucranianos. Sin detenerme en el pesado armario de nogal, entré en el vestidor y recorrí con la mano los colgadores. Escogí un vestido corto Missoni de color naranja subido —

bueno, un simulacro de vestido—, lo colgué sobre el espejo y me di un buen baño, echando medio frasco de Chanel Gardénia en la bañera. Luego me puse unas bragas negras de encaje Rosamosario y el vestido de seda, añadiendo unos zapatos planos de ante color crema. Los tacones son un lastre en Venecia, pero con esos zapatos solo tardé ocho minutos en recorrer todas las placitas y los cinco puentes jorobados hasta San Polo.

Si alguno de los que frecuentaban la casa de los ucranianos hubiera estado lo bastante sobrio alguna vez, aquello se habría convertido en un auténtico fenómeno, en uno de esos locales de fiestas clandestinas por los que pierden el culo los periodistas de pacotilla. Pero incluso si tenías la cabeza suficientemente clara como para localizar el lugar, salías de allí en un estado que garantizaba que no contarías nada. Solo los venecianos conocían su existencia, porque solo ellos conocen los secretos más antiguos de la ciudad. Yo me había enterado por Masha, que lo miraba con franca desaprobación. Compré una botella de *grappa* barata en el chino de al lado, uno de los rituales obligados, y la enarbolé en cuanto se abrió la puerta de la callecita. Incluso para Venecia, la calleja de los ucranianos era muy estrecha, lo que quizá explicaba el tipo físico de sus visitantes. Solo los de caderas esbeltas tenían acceso, lo cual me venía de maravilla esta noche. Los ucranianos (si tenían nombre, nadie lo conocía) eran una pareja, una rubia desteñida y su marido, que afirmaban ser artistas, aunque por suerte ninguna de sus obras estaba nunca a la vista. El piso era un enorme apartamento de planta baja, con las paredes cubiertas de espectaculares retratos del siglo XIX. Había una entrada que daba directamente al canal, con lo que siempre había alguno que acababa saliendo a nadar; y el altillo era una especie de zoco, como un campamento lleno de divanes y viejas sedas raídas, ocupado del modo más variopinto. Siempre había comida y siempre había gente, aunque la lista de invitados podía llegar a ser de un eclecticismo alarmante.

El marido ucraniano me saludó con familiaridad, en un italiano chapurreado, y nos hizo pasar a mí y a mi vestidito estridente por el pasillo iluminado con velas. El tipo iba con un televisor de los ochenta en la cabeza, de manera que su cara asomaba por donde había estado la pantalla y los cables y enchufes colgaban por detrás. Preferí no hacer comentarios. La esposa ucraniana, plantada en la puerta del canal, con las piernas medio hundidas en las aguas fétidas, estaba fumándose un gigantesco canuto y explicándole algo a un atónito mochilero alemán. Me saludó con la mano

lánguidamente mientras yo buscaba entre los restos de la cena un vaso con la pinta menos antihigiénica posible.

Una chica morena vestida de rojo carmín, con una piel maravillosamente lustrosa, bajó corriendo del altillo.

—¿Alguien ha visto a Bruno? —dijo, jadeante, en inglés. Volvió a probar en francés y en ruso, pero nadie había visto a Bruno, así que se dio por vencida, cogió un chal algo chamuscado de una de las lámparas, se envolvió en él como si fuera una especie de taparrabos y se quedó dormida en un sillón. El marido ucraniano le sacudió el hombro, pero ella solo se removió un poco para apartarse. Él se entretuvo un momento para girar el botón del volumen, que tenía justo debajo de la barbilla.

—*Ket* —declaró con cierta satisfacción. Una vez aclarado este punto, me ofreció un plato de *zucchini frittata*—. ¿Cómo estás, querida?

Charlamos un poco con los retales de los idiomas que teníamos en común. Yo picoteé con cautela la *frittata* y luego encendí un cigarrillo para fumigarla. Cuando él volvió a bajarse el volumen, subí al altillo a merodear. Dejé mi vaso en el alféizar de la ventana *oeuil-de-boeuf* que daba al canal y me detuve a disfrutar de unos momentos de contemplación veneciana. Sonó un ligero chapoteo abajo. Alguien se había atrevido a desafiar las aguas. Confiaba en que no le causaran un cortocircuito.

—¿Me permite que la acompañe?

—Siempre suenan bien esas viejas fórmulas de cortesía —dije, sin volverme.

Una mano me rodeó la cintura. Dejé caer la cabeza sobre un hombro perfumado con una intensa colonia cítrica que me resultaba familiar. Ya habíamos coincidido aquí una o dos veces. Sentí el duro contacto de una alianza mientras la mano ascendía hacia mi pecho izquierdo.

—Preciosa como siempre.

—Gracias.

La mano derecha me recorrió la cadera, acariciándome la piel con las yemas de los dedos bajo mi breve vestido. Aguardé a que me entrara la húmeda oleada del deseo. Nada. Me volví para besarla con furia, buscando el roce vibrante de su lengua. Nada. Abrí los ojos, desconcertada. Capté el brillo de los suyos bajo el resplandor brumoso del canal.

—¿Y tu maridito?

—En Rímini, con los niños.

—Qué suerte la mía.

Tenía la boca en el hueco de su cuello. Mientras recorría con la lengua su clavícula, la agarré de la cintura y bajé las manos a la preciosa curvatura de su suave trasero. Ella inspiró con un resuello. Alzó una mano y me pasó los dedos entre el pelo al tiempo que me lamía la garganta. Lentamente, me agaché ante ella, le bajé la falda de algodón y dejé que mis uñas vagaran por el ribete de las bragas de encaje, que se destacaban pálidamente sobre la piel bronceada. Su vientre, levemente inflado como un pan recién hecho, era delicioso. Apreté la frente sobre su mullida superficie y empecé a bajarle las bragas. Las tenía totalmente empapadas. Las aparté hacia un lado mientras ella se apretaba contra mí. Volví la cabeza para restregar la mejilla sobre el nítido rombo de su vello púbico, dividido por la protuberancia de una cicatriz de cesárea, y luego le busqué el clítoris con la lengua, lamiéndolo suavemente, explorando la delicada hendidura entre sus labios.

—Abre las piernas, vamos.

Ella se puso un poco a horcajadas, agarrándome del pelo. Yo mantuve la lengua sobre su clítoris y le introduje un dedo, luego otro, abriéndome paso a través de su carne, presionando la membrana frontal, lamiendo un poco más deprisa, con sus jugos y mi saliva embadurnándome la barbilla, succionando, devorando. Ella intentó levantarme, pero yo quería que se corriera, quería hundir toda la cara en esos labios aterciopelados, sentir el espasmo de su placer, notar en mi mano cómo se retorció, vislumbrar la perspectiva de mi propio placer en el suyo. Ella había empezado a gemir; me aparté un momento y entreví la silueta de un hombre a la luz de las velas de la escalera. Me tenía sin cuidado si ella no lo había visto. Manteniendo los dedos en las profundidades de su sexo, le metí la otra mano bajo la blusa y liberé un pezón del sujetador, acariciándolo en círculos al mismo ritmo que mi lengua en su clítoris. Lamí con más intensidad, más aprisa. Sentí una primera contracción en los dedos y entonces, mientras la sacudía el orgasmo, retorcí con saña el duro botón de carne. Ella soltó un agudo chillido mientras me arañaba con las uñas la base del cráneo y apretaba el coño sobre mi boca, empapándome la cara. Dejó escapar un hondo suspiro de alivio, retrocedió tambaleante y se desplomó en un diván, crucificada. Me pasé el canto de la mano por los labios ardientes. Noté un sabor oscuro y succulento por debajo de las sales minerales de sus jugos. Poniéndome un dedo en la boca, me acerqué al enorme espejo de marco dorado que estaba apoyado junto a una cama baja.

Tenía sangre seca en la mandíbula, un oxidado reguero vampírico.

—Perdona.

—No me importa.

Me lo esparcí por la barbilla, contemplando absorta el reflejo de mis ojos. Sonó en la escalera un jadeo ahogado.

Ella soltó una risita.

—Sal de tu escondite.

El marido ucraniano apareció, ahora sin televisión, guardándose y subiéndose la bragueta. Ella sonrió, satisfecha, y nos tendió los brazos a ambos.

—Ven aquí, *cara*. Tu turno.

—Enseguida vuelvo —dije, dejándolos y bajando a lavarme la cara en el fregadero de la cocina. La morena seguía desmayada en el sillón, con la melena por el suelo. Cogí una mugrienta colcha de terciopelo y la coloqué suavemente sobre sus hombros desnudos; luego me quité los zapatos, dejando una huella emborronada de sangre en la superficie de ante y salí sin ruido al callejón. Quería sentir bajo los pies el contacto suave y frío de las losas de piedra. Esperaba haberla hecho gozar; me alegraba si era así, pero... nada más. Tenía una sensación mareante de náuseas, como si me hubiera bebido entera esa botella de *grappa* barata. Me había portado bien con ella, la había llevado al orgasmo, pero no sentía por mi parte el tirón del deseo. Estaba vacía, apagada, ausente. ¿Incluso en este sentido, entonces? ¿Ni siquiera esto me apetecía ya? Volví a casa lentamente, para echar un vistazo a los fantasmas. Ya no había nada más, me dije. Solo quedaban los fantasmas.

Capítulo 9

En cada día veneciano hay un momento en que la ciudad parece enteramente hecha de plata. Cuando el último destello del crepúsculo se hunde bajo la laguna, la piedra y el agua se funden en un grabado al aguafuerte, con tonos de peltre viejo, reflejos de negro argentado y brillos de oro blanco. Has de buscarlo, esperar su llegada, pero ese es el momento en que la ciudad se parece más completa y misteriosamente a sí misma. Ese momento ahora llegaba más temprano, pero los días aún eran calurosos y las playas del Lido seguían atestadas. Una tarde, más o menos una semana después de mi visita a la biblioteca Marciana, pensé que quizá podía tomar el *vaporetto* para ir a bañarme. Estaba trabajando en la galería para preparar la nueva muestra, pero alrededor de las tres, que es la hora muerta en Italia, el día parecía arrastrarse cansinamente y lo único que me apetecía era hacer una escapada a la playa. Ya iba a recoger cuando oí la puerta. Estaba puesto el cartel de «Cerrado», ya que no teníamos nada a la venta, pero el visitante, una mujer a juzgar por el ruido de tacones, se acercó resueltamente a mi escritorio, en la parte trasera del local.

—¡Elisabeth!

Era la mujer rusa de la fiesta de Carlotta.

—Elena... Hmm, hola. ¡Qué alegría verte en Venecia!

Iba con un vestido envolvente de seda azul marino y unas sandalias de plataforma de madera, y llevaba un sombrero de paja beige de ala rígida para proteger del sol lo poco que quedaba de su tez original. En la mano sujetaba un bolso Hermès y unas enormes gafas de sol Tom Ford.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—Solo unos días. —Parecía incómoda—. En realidad, he venido a verte.

—¿De veras? Bueno, por desgracia no tengo ninguna exposición ahora, como puedes ver, pero...

—Pensaba que quizá te apetecería tomar un café. Así podremos... charlar.

—Ah. Claro. ¿Dónde te hospedas?

—En el Cipriani.

—Por supuesto. Bueno, ahora mismo estoy libre, Elena. Quizá te apetezca cruzar a la Giudecca... Los jardines allí son preciosos y muy frescos.

Tenía un aire angustiado que me inducía a hablarle con tono tranquilizador, como si lo hiciera con un crío perdido. Ella se llevó la mano a la garganta y tragó saliva, luego volvió la cabeza con gesto teatral.

—Preferiría un sitio más... privado. Mi marido tiene la manía de protegerme demasiado, ¿sabes?

Seguí la línea de su gesto y vi unos recios hombros trajeados y un cuello cuadrado que se recortaban afuera contra el resplandor del sol. La camisa, con el cuello abotonado, ocultaba casi del todo el mango de una daga tatuada por debajo de la mandíbula de pitbull. Si ese era su guardaespaldas, comprendía perfectamente que quisiera quitárselo de encima.

Recogí mis cosas y saqué las llaves, que estaban en el cajón superior del escritorio.

—Claro... Puedo dejar esto un rato. ¿Por qué no vamos a dar un paseo por el Zattere? Hay muchos cafés frente al agua. Podemos escoger uno cualquiera.

—*Spasibo* —dijo, dándome las gracias en ruso, y salió rápidamente para hablar con el gorila. Le señaló hacia la izquierda, que era la dirección que íbamos a tomar. El tipo se alejó enseguida y ella deambuló frente a la puerta mientras yo cerraba.

—Volverá en media hora —me dijo.

Caminamos hacia la iglesia de los Gesuati. Elena echando miradas hacia atrás para comprobar si el guardaespaldas andaba cerca. Tras unos cuantos comentarios sobre lo maravillosa que había sido la boda de Carlotta, me puse a hablar del buen tiempo que hacía y le señalé algunas de las vistas de la Giudecca al otro lado del canal.

—¿Quieres que entremos en la iglesia? —le pregunté, cuando hicimos un alto ante la blanca fachada barroca—. Los techos son muy famosos. De Tiepolo.

Ella asintió y yo saqué un poco de cambio del monedero para comprar dos entradas. Mientras cruzábamos el vestíbulo y accedíamos a la nave, observé que Elena se santiguaba de derecha a izquierda, con tres dedos flexionados, al estilo ortodoxo. Yo no me santigué. El aire de la iglesia tenía un denso olor a

incienso y piedra húmeda. Ninguna de las dos echó siquiera un vistazo a santo Domingo ascendiendo a los cielos, por encima de nosotras.

—Elisabeth, perdona que me ponga tan misteriosa.

—No importa. Dime cómo puedo ayudarte. —Mi tono delataba cierta impaciencia. ¿Qué quería aquella mujer estúpida?

—Y perdona también mi inglés.

—Tu inglés es excelente.

—Es soviético. No nos libramos nunca del acento. Mi marido dice que lo pagamos todo al triple de precio solo por el acento.

—¿Tu marido...? —La animé. ¿Es que nunca iba a ir al grano?

—Mi marido es Pavel Yermolov.

Esa no la había visto venir.

—Y quiere divorciarse de mí.

—Ay, Elena, lo lamento. Aunque no veo...

—Ya lo verás. Deja que te explique.

Elena me había visto, según me explicó, cuando yo había estado de visita en la casa de Yermolov, unas semanas atrás. Me había visto cenando en su compañía.

—Yo quería hablar con él —dijo, apenada—, pero ese... ese cerdo no me dejó.

—¿Eras tú? ¿La del acantilado? Pues tu marido dijo que era un intruso. ¿En tu propia casa?

—Lo sé. Es patético.

Yermolov, me explicó Elena, llevaba tiempo planeando separarse de ella.

—Él tiene mujeres... a montones. ¿A mí qué más me da? Pero tenemos también dos chicos que están estudiando en Inglaterra. En Harrow —añadió con orgullo. Hicimos una pausa mientras ella sacaba el móvil del bolso Hermès y yo admiraba debidamente a los chicos—. Luego te vi en la boda de Carlotta y te reconocí. Le pregunté a Carlotta y ella me dijo que trabajabas en el mundo del arte. Así que investigué un poco.

—Ya veo. —Yo tenía las manos entrelazadas en el regazo. Las tensé con fuerza. De repente tenía frío, y no era por la temperatura del templo. «¿Qué sabe exactamente? ¿Qué quiere?»

—Descubrí que mi marido te había pedido que tasaras su colección. ¿Te pidió que la valorases por debajo de su precio?

Vacilé, fingiendo que me había distraído un guía turístico que explicaba los

frescos en alemán. ¿Qué era todo esto? ¿Otro intento de Yermolov, ahora tratando de sacar partido de la solidaridad femenina?

—Él no mencionó una cifra. En todo caso, rechacé el encargo. No me consideraba con la suficiente experiencia.

—No te lo permitirá.

Eso ya lo había deducido. Yermolov pretendía volverme loca, pero yo había estado muy ocupada entre una cosa y otra. El tiempo no me había sobrado desde la visita de Alvin.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, procurando concentrarme.

—¿No has notado nada extraño desde que volviste a Venecia? ¿No ha aparecido un fantasma en tu casa?

«¿Cómo puede saber eso?»

Yermolov quería que yo hiciera la tasación, continuó Elena, justamente por mi inexperiencia. Quería que valorase la colección por debajo de su precio, porque, como todos los hombres ricos, pretendía reducir el valor de sus bienes antes de presentar la demanda de divorcio y alcanzar así un acuerdo menos oneroso. La demanda la presentaría en Rusia, suponía Elena, porque los tribunales rusos solían ser más favorables a los maridos, y también menos rigurosos a la hora de obligarles a revelar su riqueza. Algunos casos recientes, sin embargo, habían atraído la incómoda atención de la prensa, de manera que para un hombre rico como Yermolov era conveniente que el proceso se llevara de la forma más discreta posible. Si le cuestionaban la valoración de la colección, él quería tener a alguien a quien poder echarle la culpa.

Eso me dolió. Mucho. Una cosa era que yo no me creyera competente para los cuadros de Yermolov, y otra muy distinta descubrir qué él tampoco. Yo creía haberlo rechazado honradamente, y al menos me había consolado con la oportunidad de contemplar los cuadros, de aproximarme a su aura más de lo que la mayoría podría jamás. Pero él lo único que quería era un títere, un hombre de paja. Tal vez no aceptaba de buen grado que le rechazara; tal vez las extrañas travesuras en mi piso eran un intento de intimidarme. Pero eso no explicaba la postal del Stubbs... Intenté concentrarme en la conversación.

—Para tu marido, entonces, es mejor conseguir el divorcio en Rusia. Para ti no, obviamente. Pero ¿por qué ha de preocuparse tanto?

Elena puso los ojos en blanco. Ahora le tocaba a ella impacientarse.

—Mi marido ocupa... una buena posición ante las autoridades. Y quiere

mantenerla.

—Ya veo.

A mí me constaba que Yermolov tenía contactos políticos. ¿Quizá un divorcio en el extranjero provocaría un escándalo?

—En todo caso, yo le odio. Me trata como a una prisionera, ¡como a un animal! ¡Y ahora se deshace de mí como de un zapato viejo! Dice que nuestra relación ya no es «efectiva».

Desde donde yo estaba sentada, Elena no parecía en absoluto un zapato viejo. Solo su anillo de boda habría bastado para alquilar un apartamento en Mayfair durante un año.

—Te agradezco la confianza y lamento tu situación, de veras, pero sigo sin entender por qué crees que puedo ayudarte.

Ella miró en derredor.

—Este lugar me pone la piel de gallinas. Vámonos.

La seguí pacientemente al muelle, donde ambas parpadeamos durante unos momentos, deslumbradas por el resplandor repentino del sol.

—Será mejor que volvamos. —Eché a andar lentamente, sujetándome del brazo como si fuéramos viejas amigas. Tenía la cara cerca de la mía. Percibí su fragancia y entreví una fina red de líneas en torno a su boca, allí donde se le empezaba a correr la base del maquillaje—. De modo que mi marido se cree que puede librarse de mí. ¡Así de fácil! —Chasqueó los dedos—. Y él sabe que si lo hace...

—Elena, por favor, habla claro. Esto no tiene ningún sentido.

Ella se volvió y me sujetó de los brazos.

—He estado casada con Pavel durante muchos años. Treinta. He visto mucho, he oído muchas cosas. Sin mi matrimonio, estaré en peligro. Estoy segura. Necesito tener algo, algo que me mantenga a salvo.

—Pero tendrás dinero. Tal vez no todo lo que crees merecer, después de tanto...

Ella me clavó las uñas en el brazo.

—No es el dinero. ¿Es que no lees los periódicos? Rusia no es Europa, por mucho que quieran aparentarlo. Si no estoy casada con Pavel, será... conveniente deshacerse de mí. La gente que es una molestia para las autoridades acaba en la cárcel, o peor. Estoy bajo una grave amenaza, ¿es que no lo ves?

Antes de que pudiera decirle que yo no veía nada, salvo que estaba loca,

Elena se apartó de repente y, para sorpresa mía y de toda la multitud de turistas, ejecutó una pirueta perfecta con sus sandalias de altos tacones.

—¡Yo fui una buena bailarina! —Estaba rematadamente loca—. Te pasaré a buscar esta noche. Una pequeña salida, ¿para rendir homenaje a Diaghilev! Digamos, ¿aquí, delante de la iglesia, a las siete?

—Elena, por favor. No creo que sea una buena idea. Lo siento, pero yo no puedo ayudarte.

Ella se volvió. La sonrisa había desaparecido de su rostro.

—Sí, sí que puedes. Cuando te vi la primera vez con Pavel, di por supuesto que eras...

—¿Una fulana?

—Sí, una prostituta. Pero después, cuando Carlotta me explicó a qué te dedicabas, hice averiguaciones sobre tu galería. Bonito nombre, Gentileschi.

—Ah, gracias.

—Aunque fue una tontería de tu parte mencionárselo a la policía francesa. Me quedé completamente boquiabierta.

Era por la mañana, en los escalones de Sacré-Coeur, mi último día en París. Flotaba en el ambiente un olor a basura revuelta, a humos de autocares, a marihuana, a café. Yo tenía el móvil de Renaud en la mano. En el Charles de Gaulle había una brigada entera de gendarmes esperando a una chica con un pasaporte falsificado que nunca llegó a tomar el vuelo. «Va de camino. ¿El nombre Gentileschi te dice algo?», les dije en un mensaje de texto. En parte por cautela, en parte por audacia, por la estúpida y tentadora compulsión del riesgo. Yo me había ocupado de Renaud, así que... ¿cómo podía Elena saberlo? ¿Era ella también la que estaba detrás de la postal del Stubbs? ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

Obviamente, ella estaba saboreando el efecto de su revelación. Miré más allá, a lo largo del muelle, tratando de contener el impulso de tirarla al agua de un empujón, intentando dominar una repentina sensación asfixiante, claustrofóbica, como si la cadena de circunstancias que me habían traído hasta aquí me estuviera envolviendo con sus anillos: una Hidra sibilante y amenazadora que nunca permanecería en silencio. Yo había creído que me hallaba a salvo, que me había librado del pasado aquí en Venecia, aun cuando

Alvin estuviera todavía... «Basta. No pienses en Alvin. Concéntrate en esta bruja enloquecida que intenta arrebatarte tu vida.»

—No tengo ni idea de qué me hablas —dije, rígidamente.

—Ah, yo creo que sí. Necesito que me ayudes con un cuadro.

Se me acercó todavía más, rozándome la oreja con los labios, como si fuera a explicarme un chismorreó particularmente escandaloso. Al fondo, entreví al gorila observándonos.

—Creo que tú sabes mucho de cuadros, ¿verdad, Judith?

Capítulo 10

*M*e pasé el resto de la tarde en la cama, postrada por el peso de plomo que tenía en el corazón. Yermolov lo sabía. Elena lo sabía. Solo me faltaba publicar un anuncio en el puto *Corriere della Sera*. Tuve que hacer un esfuerzo para no mirar debajo de la cama, por si Romero da Silva estaba también ahí acechando. Esto no iba a acabar. No se acabaría nunca. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Arrojar a Elena Yermolov a la laguna junto con su guardaespaldas? Muy graciosa. Al menos, yo oía cómo se reía alguien. Me di un cachete mental. Desde luego, había acertado al creer que el *zersetzung* era obra de Yermolov. Lo confirmaba el hecho de que Elena conociera mi verdadero nombre. Pero ¿quién les había informado? Repasé mi conversación con Yermolov, cuando habíamos cenado en su casa de verano. ¿No había dicho algo de París? Me mordí los puños, exasperada. Él lo sabía antes de invitarme allí. Y yo que me había sentido tan orgullosa, tan encantada... Pero no era momento para ocuparse de mi orgullo herido. El confuso relato de Elena en torno al divorcio tenía cierto sentido. Yermolov había pretendido que yo tasara la colección por debajo de su precio, había creído que podría ejercer cierta presión sobre mí: era vergonzosamente plausible. Pero ¿y las «amenazas» a su esposa? Yo no daba mucho crédito a las tenebrosas imaginaciones de Elena, pero su ansiedad indicaba que se creía su propia historia. Estaba decidida a desafiar a su marido y había hablado de un cuadro. Todo estaba relacionado al parecer con un cuadro. ¿Qué debía hacer ahora? No podría protegerme sin informarme a fondo. Debía reunirme con ella. Actuar con cautela, enterarme de todo lo que pudiera.

A las siete, ya había recuperado la compostura. En el muelle me ayudaron a subir a una lancha Riva de caoba y me reuní con la señora Yermolov en la cabina. El negro me había parecido el color indicado para una excursión al cementerio de la isla de San Michele: pantalones de seda Equipment y jersey

de cuello redondo; aunque en el último minuto me había parecido que era un atuendo demasiado ninja y había añadido un pesado chal de cachemira turquesa para protegerme de la brisa nocturna de la laguna. Zarpamos en silencio y surcamos el agua de jade lechoso, admirando las vistas espectaculares del Gran Canal como dos damas en una salida romántica y extravagante. El gorila estaba en la proa junto al patrón, fumando con avidez. Enfilamos directamente hacia Cannaregio, y en unos minutos sentí bajo la lancha el oleaje de la laguna abierta. A mí también me apetecía un cigarrillo, pero a media travesía Elena empezó a estar mareada, y me pareció más considerado abstenerme. Cuando nos detuvimos en San Michele, ella se mantuvo de pie unos momentos con la cabeza en las rodillas, una maniobra nada sencilla con un Versus de noche encorsetado y con unos tacones de diez centímetros.

—La lancha nos esperará —anunció majestuosamente—. ¿Has estado aquí alguna vez?

No, nunca había estado. Henry James podía haber dicho que Venecia era el sepulcro más hermoso del mundo, pero no era una idea que me apeteciera demasiado investigar.

—Está en la sección griega. Vamos.

A diferencia del resto de la ciudad, San Michele está primorosamente cuidado, con bulbos de tejo colgados sobre el ladrillo naranja de las logias. Los tacones de Elena se torcían torpemente sobre el sendero de grava, pero ella siguió adelante, irguiendo los hombros en honor de Diaghilev.

—Es aquí.

El monumento era de piedra de color crema y marfil, con la leyenda tallada en letras cirílicas doradas. Elena se acomodó sobre la tumba siguiente y sacó del bolso una botella de Stolichnaya y tres vasitos de té.

—Uno para ti, otro para mí y otro para el Maestro —explicó, mientras servía el vodka. Brindamos hacia la tumba, nos bebimos nuestros vasos de un trago y luego Elena vació el tercero sobre la lápida. Me pregunté si serían esas libaciones con alcohol las que la mantenían tan reluciente. Encendí el cigarrillo que había estado deseando fumarme y le tendí el vasito para que volviera a llenarlo.

—¿No vamos a ofrecerle uno a Stravinski? —dije con familiaridad. Parecía un comentario coherente con aquel cóctel desatinado—. Está solo once tumbas más allá.

Elena soltó un bufido.

—Ja. Ese viejo plagiario.

No había sido una táctica muy eficaz.

—¿Así que eras bailarina? —intenté.

—Bueno, más o menos. Durante unos años quise entrar en la academia del Bolshoi, pero no era demasiado buena. Y luego conocí a Pavel. —Soltó otro bufido y apuró su vodka—. He pensado que aquí podríamos hablar con tranquilidad.

—Muy bien. Dime: aquella noche, en la casa de la playa, no era la primera vez que me veías, ¿verdad, Elena? Ni tampoco en la boda de Carlotta. Tú me habías visto por primera vez en el barco de Mikhail Balensky.

Balensky, también conocido como «El hombre del Stan», era un famoso traficante de armas reconvertido en hombre de negocios, que había invitado a Steve a una fiesta cuando yo estaba en el *Mandarin*. Carlotta se había hecho pasar por la novia de Steve mientras yo llevaba a cabo una pequeña operación de espionaje industrial por las entrañas del yate. Tengo buena memoria para las caras, y la de Elena, tremendamente bronceada y lamentablemente maquillada, me había venido a la memoria en cuanto había repasado esos recuerdos.

—En efecto. Por eso supuse que eras una... ¿fulana, dices tú?

Las campanas de la rechoncha basílica en miniatura estaban dando las ocho por las largas avenidas llenas de lápidas.

—¿El cementerio no cierra ahora?

Ella sonrió irónicamente.

—Estamos disfrutando de una visita privada, cortesía de Pavel. ¿Por qué no aprovechar mientras puedo? Bueno, ¿y?

Inspiré hondo.

—Bueno. En 2007 la colección Rostropovich salió a subasta en una de las grandes casas de Londres. La venta fue cancelada en el último minuto, porque un comprador ruso adquirió la colección en su integridad por unos veinticinco millones de dólares. Ese comprador prometió volver a llevar las piezas a Rusia, un gesto patriótico que lo hizo muy popular. ¿Continúo?

Elena apenas parecía escucharme. Estaba otra vez revolviendo en su bolso.

—Tú quieres asustarme —proseguí—, porque estás asustada tú misma. Quieres un cuadro que puedas entregar al Estado ruso como garantía de tu protección. Como hizo ese hombre de negocios con la colección

Rostropovich, ¿no?

Ella alzó la vista, sonriendo, y me dio un par de fotocopias.

—Eres muy rápida.

—O eres rápida, o estás muerta.

—¿Qué? —Pareció absurdamente sobresaltada.

—Nada, perdona.

Examiné las hojas. Eran copias impresas de la edición *online* de un periódico italiano: un reportaje del asesinato de un marchante de arte inglés, Cameron Fitzpatrick, en Roma; y un breve artículo francés sobre la investigación policial de una misteriosa muerte en un hotel cerca de la Place de l'Odéon, París. Ambos reportajes me resultaban conocidos.

—Parece que a las dos se nos da bien investigar. ¿Podemos terminar de una vez, por favor? Tengo frío.

—Toma otro trago.

Lo que Elena dijo a continuación me dejó sin habla.

—Mi marido tiene un dibujo de Caravaggio.

Quizá no había logrado llegar a *prima ballerina*, pero no podía negarse que tenía verdadero talento teatral.

—Imposible. Todo el mundo sabe que Caravaggio no dibujaba. Era famoso por este motivo.

—Aun así.

—Debe de ser una falsificación; tiene que serlo. Por más que él te haya dicho...

—Él no me ha dicho nada. Lo compraron él y Balensky, juntos. Ese es el cuadro que quiero.

—Yo vi un Caravaggio, pero solo una copia. Excelente, pero una copia. Tu marido lo sabe.

—No me refiero a ese cuadro. Hablo de un dibujo. Hecho aquí, en Venecia.

—Elena, Caravaggio no dibujaba; y nunca vino a Venecia. No sé lo que crees saber, pero si piensas que voy a implicarme lo más mínimo en este asunto, te equivocas. Totalmente. Lamento tus problemas, si son ciertos, pero me voy ahora mismo.

Me levanté y eché a andar resueltamente hacia el muelle.

—Espera. Perdona. Por favor, espera.

Bajo la luz menguante, con su engorroso vestido largo y con la mano otra vez en la garganta, ella misma parecía una escultura funeraria. Algo en su

tono me hizo detenerme.

—De verdad, no te estoy amenazando. No me importa quién seas, o lo que hayas hecho. Yo sé cómo te encontró mi marido. Tenía algo que ver con ese hombre de París. —Le salía una voz tan exaltada que pensé que debía de haber empezado con el vodka mucho antes de reunirnos. Yo tenía suficiente experiencia con mi madre para reconocer los síntomas. Ahora había empezado a llorar y no paraba de secarse los ojos mientras las lágrimas abrían surcos en su bronceador.

—Venga, Elena. Empieza a hacer frío. Vamos a mi casa y te prepararé un café. —Mi piso era el último lugar donde quería verla, en realidad, pero ahora estaba demasiado descompuesta para llevarla a un lugar público. Le pasé el brazo por los hombros y mantuve un tono de voz suave y firme, tal como había hecho tantas veces cuando había tenido que arrastrar a la cama a mi madre—. Venga. Volvamos.

Elena lo sabía. Yermolov lo sabía. Si no conseguía resolver la situación de algún modo, no podría continuar mi vida como Elisabeth Teerlinc. Y Yermolov, además, me había humillado. Había jugado conmigo, y esa sola idea encendió una diminuta y olvidada llama en mi interior. Ya que no podía deshacerme de Elena de un modo plausible, tenía que utilizarla. Si no, Yermolov era capaz de destruirme; y ella lo sabía.

Vomitó por la borda durante la travesía de vuelta, que pareció despejarla un poco. Le pedí al patrón que nos dejara lo más cerca posible de la *piazza*, y le expliqué al gorila que iba a ayudar a la señora Yermolov a cambiarse de ropa, pues se hallaba indispueta. Él se quedó apostado frente a la puerta de la calle. Me pregunté si sería la primera vez que el tipo estaba allí. Cuando entramos en el piso, husmé un momento el aire con suspicacia, pero no olía a nada, salvo a vela aromática Spiritus Sancti. Le pregunté a Elena si tenía hambre, pero ella meneó la cabeza con impaciencia, así que preparé café, añadiendo azúcar en el suyo. Cogí unos pantalones de chándal, unos calcetines y un jersey y le dije que se los pusiera; luego nos sentamos una junto a otra en la *chaise* Récamier. Después de lavarse la cara, y con ropa sencilla, parecía mucho más joven. Volví a advertir lo bella que debía de haber sido.

—Ellos han estado aquí —empecé—. Los hombres de tu marido. Cambiando las cosas de lugar. —No iba a desvelar qué cosas exactamente, ni qué mensaje creía yo que me había estado enviando su marido.

—Me lo imaginaba. Así es como trabajan, al principio. Él y Balensky.

—Y también compraron juntos ese supuesto dibujo de Caravaggio. ¿Son amigos, pues?

—Amigos, colegas. Pero ahora ya no. En su momento, ganaron juntos un montón de dinero en Moscú en propiedades inmobiliarias. —Recordé la historia que Masha me había contado sobre los métodos de Yermolov con los inquilinos molestos. Que estuviera relacionado con Balensky, que se había ganado una reputación muy turbia, daba que pensar.

—Continúa.

—Ya no son amigos desde este asunto. —Se acercó el bolso con el pie, ahora descalzo, y desplegó la hoja del segundo reportaje.

—Este hombre, el que murió en la habitación del hotel, trabajaba para mi marido. Y también para Balensky.

—Yo lo conocí como Moncada. —Resultaba absurdo fingir que no sabía de qué me hablaba. Sobre todo, teniendo en cuenta que no había sido yo quien lo había matado.

—Tú estabas allí la noche de su muerte, ¿no?

Asentí lentamente.

—Yo estaba vendiéndole un cuadro. Se lo llevé al hotel, en la Place de l'Odéon, en efecto. Y me fui antes... del asesinato.

—Mi esposo lo sabía. Su gente tenía vigilado el hotel. Había otro cuadro allí; ese Moncada estaba esperando para entregarlo a un enviado de mi marido y de Balensky. Entonces lo mataron. Y cuando mi marido trató de encontrar el cuadro, había desaparecido. Así que pensó que Balensky le había engañado confabulándose contigo.

—Un momento. ¿Tu marido piensa que yo me llevé su Caravaggio? ¿Por eso me buscó?

—Creo que sí. Cree que tú lo engañaste. Tú y Balensky.

—Eso es una locura. Y además, no lo hice. De veras.

—Lo que sé sobre ti es esto. Una mujer llamada Judith Rashleigh es interrogada por la policía italiana en relación con el asesinato de un marchante de arte, Cameron Fitzpatrick. Esa mujer abre una galería en París con el nombre de Gentileschi. Luego esa misma mujer es vista saliendo de un

hotel donde ha sido asesinado otro hombre, con un cuadro bajo el brazo. Y más tarde, ¡paf!, Gentileschi aparece como galería de arte en Venecia, ahora registrada bajo el nombre de Elisabeth Teerlinc. Y el cuadro ha desaparecido.

—¿Y cómo sabes todo esto, Elena? Es chocante. Creía que habías dicho que tú y tu marido estabais separados, ¿no?

—Vivimos separados, es verdad. Pero seguimos casados oficialmente mientras él prepara el divorcio. Yo estoy autorizada... —soltó un bufido al pronunciar la palabra—... a continuar viviendo en nuestras casas por el momento. Pero no nos cruzamos. Esa noche, en Francia, me presenté inesperadamente. Quería hablar con él.

—¿Y cómo descubriste todo este... asunto?

—Soy buena espía. Por algo soy rusa, ¿no? Cuando supe que Pavel quería divorciarse de mí, comprendí que necesitaba información —añadió con una risa amarga.

Aunque resultara alarmante todo lo que sabía, su relato me dejó... casi aliviada. Si el objetivo de las técnicas intimidantes de Yermolov era obligarme a devolver un cuadro que no tenía, podía aclarar rápidamente el malentendido. El cuadro que había llevado aquella noche al hotel de la Place de l'Odéon era un pequeño Gerhard Richter, legítimamente adquirido por Gentileschi en una subasta. Era una lástima que no hubiera asistido personalmente a la venta, pues las subastas se filman y, en ese caso, habría podido mostrarle a Yermolov cómo había pujado para adquirirlo, pero los documentos de procedencia estaban en orden; tenían que estarlo, porque yo le había regalado el cuadro a Dave, un viejo amigo de mi época en la Casa, que había trabajado allí como mozo de almacén tras retirarse del ejército. Gracias a ciertos contactos que habían resultado muy útiles tanto para él como para mí, Dave se había mudado con su esposa a un precioso pueblecito cerca de Bath, donde se había reciclado como profesor de historia del arte. El Richter le había servido para costearse ese traslado al campo. Le expliqué todo esto a Elena lo más resumidamente posible.

Elena volvió a alisar las hojas de los reportajes. Parecía tenerles tanta fe como a un talismán.

—Acepto tu historia, Judith. Pero quiero el Caravaggio. Tú tienes tus secretos y a mí no me importan, ya te lo he dicho. Ni tampoco le importan a mi marido, me imagino, si sabe que no eres una ladrona. Me gustaría que te prestaras a localizarle el cuadro, y a decirme a mí, cuando lo encuentres,

dónde está. Nada más.

—Pero ¿qué es esto? ¿*Ocean's Eleven*? ¿Por qué razón tendría que hacerlo, Elena?

—Porque, si no accedes, le diré que he estado aquí. —Señaló con la barbilla hacia la ventana, recordándome la presencia del gorila abajo, en la puerta—. ¡Qué curiosa coincidencia! ¡Ambas amigas de Carlotta! Le diré que he visto el cuadro; y él te matará primero y luego lo buscará. O bien, porque yo podría sugerirle a la policía italiana que reabra un viejo caso y averigüe por qué vives con documentos falsos. Y además, y está es la razón que más me gusta, porque yo creo que querrás ayudarme.

Estaba amenazándome, pero también proponiéndome una especie de juego. En cierto modo, no me disgustaba la idea de ayudarla a marcarle un tanto a Yermolov. No tanto por ella como por mí misma. Por el momento le seguí el juego, aunque solo fuera porque necesitaba tiempo para pensar.

—Muy bien, Elena. Jaque mate. Aunque no entiendo por qué quiere tu marido divorciarse de ti. Eres genial.

—Sí —dijo ella, con tristeza—. Sí, lo era.

Capítulo 11

Accedí a quedar con Elena al día siguiente para almorzar en el café de la Colección Guggenheim. La mayor parte de la noche la pasé encorvada sobre mi portátil. Daba un respingo de vez en cuando, al oír un crujido de las tablas del suelo o los arañazos de las ubicuas ratas venecianas en el yeso de las paredes, pero los «fantasmas» de Yermolov, ahora que conocía su origen, ya no me inquietaban. Tenía otras cosas de que preocuparme. Como, por ejemplo, la fuente que me había identificado en París.

La noche en la que me había reunido con Moncada en la Place de l'Odéon, él estaba trabajando también para Yermolov y Balensky: llevaba el supuesto Caravaggio para entregárselo. A mí ya me constaba que Balensky era un personaje turbio; y no me sorprendía que el pasado de Yermolov fuera menos impecable de lo que parecía. Moncada era de la mafia italiana; se dedicaba a traficar con cuadros dudosos; y nada más dudoso que un «dibujo» de Caravaggio. Así pues, Moncada podía haber informado a los oligarcas de su cita conmigo en el hotel. Sin embargo, Elena había dicho también que alguien me había visto salir de allí con el cuadro. Ese no podía haber sido Moncada, porque estaba en una habitación del cuarto piso y acababa de ser estrangulado por Renaud. Ese alguien era la persona a la que debía encontrar, y Elena representaba en este sentido una distracción. Contactar directamente con Yermolov y decirle que no tenía el Caravaggio no serviría de nada. Primero, porque él no tenía motivo para creerme; y segundo, porque yo no podría librarme del rastro dejado por aquel estúpido mensaje de texto hasta que descubriera quién era esa fuente.

El problema de seguirle el juego a Elena era que la idea misma de la existencia del cuadro resultaba absurda. Todos los expertos en Caravaggio que había consultado eran unánimes al afirmar que él nunca había dibujado: como máximo marcaba los lienzos con alfileres para indicar la posición de

sus modelos. Ahora bien, había algunas discrepancias sobre si había visitado Venecia o no. En el archivo *online* de la Biblioteca de Londres encontré un artículo de un profesor veneciano que desechaba la posibilidad; me lo copié en el móvil para enseñárselo a Elena. Lo que debía hacer era quitármela de encima, contactar con Yermolov para explicarle el malentendido y luego emprender la búsqueda de esa fuente que me había identificado. Cualquier pensamiento de venganza contra los oligarcas era infantil, pero aun así me permití algunas fantasías sobre lo que les haría mientras me dirigía al Guggenheim.

Elena tenía otra vez su expresión desolada y llevaba ya media botella de Pinot Grigio cuando llegué al café de la terraza del museo. Yo me serví un poco de agua con la esperanza de que ella siguiera tan virtuoso ejemplo.

—¿Dónde está tu amigo?, ¿colándose otra vez en mi piso?

—¿Yury? Se ha excusado para hacer un recado. Y yo lo estoy celebrando —respondió, desafiante, sirviéndose otra copa.

Cogí la botella, la metí boca abajo en la cubitera y luego hice lo mismo con el contenido de su copa.

—Bebe un poco de agua, Elena. Emborracharte no te sirve de nada, por mucho que te compadezcas de ti misma.

Sus protestas fueron interrumpidas por la aparición de la camarera. Yo pedí *bruschetta* con hinojo y albahaca y unos *ravioli*. Me gustaba vivir al límite en lo relativo a los carbohidratos. Elena pidió una ensalada verde, sin aliño.

—Elena, lo he estado pensando —le expliqué, cuando la chica le hubo servido su deprimente almuerzo—, y no creo que pueda serte de ayuda realmente. Por lo pronto, ambas sabemos que a pesar de ese... incidente en París, yo no tengo el cuadro. Sé que me crees. Así que tiene que haber sido Balensky. En todo caso, esa pieza que Balensky tal vez le robó a tu marido no puede valer nada. Aunque pudiera encontrártela, tiene que ser falsa. Me he pasado la mitad de la noche estudiando el asunto y no hay ningún indicio de la existencia de ese dibujo. He consultado la información de los expertos. Así que aunque llegues a conseguir ese cuadro, porque crees que representa una especie de garantía, una vez divorciada no te servirá de nada.

Ella estaba comiendo una hoja de rúcula, y se le quedó colgada de un lado de la boca cuando prácticamente me gruñó:

—¿Por qué no me matas simplemente?

Yo había analizado unos seis métodos diferentes de hacerlo, pero ninguno parecía viable sin que me descubrieran. Aunque tal vez Yermolov me ofreciera una recompensa. Por otro lado, la imagen de los dos hijos de Elena tocados con canotier¹ debía de haberme ablandado. Me estaba haciendo vieja. La miré desconcertada mientras ella mordisqueaba su ensalada.

—No tengo ni idea de lo que quieres decir.

Ella respondió exagerando su acento.

—¿Cómo lo dices tú? Ah, sí. ¡Yo sé *demasiado*! —Le entró una risita floja y bajó la cabeza hacia el plato, resoplando.

Aquello estaba volviéndose aburrido, aunque debía reconocer que los *ravioli* con calabaza y *amaretti* eran excelentes.

—Déjate de tonterías, por favor. Tu marido tiene otros cuadros extraordinarios: los Botticelli, por ejemplo. Seguro que también te servirían, ¿no? Si pudieras conseguirlos y entregarlos al Estado...

Ella reprimió su hilaridad y dio al fin unos sorbos de agua.

—Él no me dará nada. Y yo estoy convencida de que el dibujo existe y es auténtico. También estoy segura de que tú me ayudarás. Mira.

No era otro recorte de prensa, menos mal. Elena me estaba mostrando una foto en su móvil. O más exactamente, una foto de una vieja fotografía.

—La saqué en el estudio de mi marido; precisamente el mismo día en que me dijo que ya no podía usar las casas al mismo tiempo que él. Luego mandó que recogieran y se llevaran mis cosas, como si estuviera despidiendo a una criada.

Conocía esa sensación. Quizá fue por eso por lo que cogí el móvil y abrí los dedos en abanico sobre la pantalla, para expandir y reducir la imagen, y observar mejor los detalles. La fotografía original, en tonos sepia, mostraba un salón con un ventanal en arco que daba a las aguas del Gran Canal. Bajo la ventana, había un pesado escritorio; al lado, un sofá de respaldo rígido tapizado con un estampado de seda; y encima del sofá, estaba el cuadro enmarcado. Agucé la vista; parecía un retrato de mujer. Un busto girado ligeramente, en un perfil de tres cuartos, con los codos flexionados, como si estuviera apoyándolos en alguna superficie. Tenía la mirada baja y el pelo atado desordenadamente sobre la cabeza. Amplié la imagen y observé la austeridad de los trazos y el modelado intenso y tenebrista de la cabeza, que no parecía dibujada en blanco y negro, sino con otro color, aunque en la vieja

fotografía resultaba difícil de discernir. El conjunto parecía presentar ondulaciones, aunque no podía apreciarse si se debía a las características del lienzo o solo a los reflejos del cristal.

—Esa fotografía fue tomada en 1890, en una *pensione* de Venecia. Y ese es el dibujo.

—¿El famoso Caravaggio? —Agucé todavía más la vista, acercando el móvil a mis ojos, alejándolo, volviendo a acercarlo—. ¿Es sobre tela? —La irregularidad de la superficie del cuadro parecía indicar que se trataba de un tejido.

—Lino. Eso decía en las notas, pero apenas pude echarles un vistazo.

—¿Qué notas?

—Había una carta. No me dio tiempo de fotografiarla. Pero la fotografía demuestra que el cuadro estaba ahí, hace más de un siglo, y que es real. —La certeza de su tono resultaba penosa.

—¿Recuerdas algo más?

—Estaba descrito como un boceto en tiza con un óleo. Eso lo recuerdo porque me sonó extraño: «un óleo».

—Lo siento, Elena, pero esto no significa nada. Estas fotos de procedencia pueden ser trucadas: es un clásico. Había una pareja en Alemania que se dedicó impunemente durante años a este tipo de timos. Falsificas una foto victoriana para demostrar que el cuadro o cualquier otra pieza lleva mucho tiempo circulando. Y aunque la fotografía fuera real, es imposible que este retrato sea auténtico. Quizás es todo de buena fe, un error inocente, pero, hazme caso, por favor, tienes que dejar correr toda esta historia. De veras. Mira. —Saqué mi móvil y le mostré el párrafo que había guardado del artículo de la revista:

Pese a las afirmaciones de que Caravaggio visitó Venecia en su viaje a Roma desde Milán en 1592 (Provorsi *et al*, 2001; Filicino 1990), la hipótesis de esa visita ha sido definitivamente desestimada (Raniero, 2003) como una simple «fantasía de influencia» (Raniero *ibid.*) relativa a su tutor milanés Peterzano. En resumen, no existen pruebas de su presencia en Venecia.

Elena me miró largamente; luego bajó los ojos. Yo lamenté haber sido tan malvada con su botella de Pinot.

—Me voy de Venecia hoy mismo. Por favor, deja que te envíe la foto. Y anota mis números, ¿de acuerdo?

—Lo siento, Elena. Lo siento mucho.

Ahora los efectos de la bebida se reflejaron bruscamente en su rostro, despojándola de toda su delicadeza. Se inclinó hacia delante y me habló con voz ronca y fría.

—No, soy yo la que lo siente por ti. Si no encuentras el cuadro, creo que ya sabes lo que te ocurrirá. Eres joven, tienes muchos años por delante. ¿Dónde te gustaría pasarlos? ¿Aquí —abarcó con un gesto la vista del canal, siempre familiar, siempre asombrosa—, o en una cárcel?

—No tienes ninguna prueba contra mí, Elena.

—Tal vez sí, tal vez no. Pero, créeme, lo que yo pueda hacerte te parecerá mil veces preferible que lo que te haga mi marido si te atrapa él primero.

Noté que se me dilataban las pupilas. El estrépito de los cubiertos y de las conversaciones multilingües resonó de repente en mis oídos. Ahí estaba, el impulso avasallador que había sentido con Alvin: ese alejamiento de la realidad casi extático que perduraría hasta que todo hubiera terminado y yo contemplara a mis pies el resultado de lo que había hecho. Me clavé las uñas en las palmas. «Piensa en las consecuencias.» Le pasé con hosquedad mi móvil de trabajo y cerré los ojos, dejando que me enviara la foto e introdujera sus datos en mi agenda.

Cuando volví a abrirlos, Elena ya estaba recogiendo su bolso y su sombrero de verano.

—Te pondrás en contacto conmigo. Ya lo verás. Cuídate.

Miré cómo se alejaba con ese reconcentrado equilibrio de los alcohólicos consumados. Sin hacer caso de la pareja de americanos de la mesa contigua, que chasquearon la lengua con disgusto, encendí un cigarrillo. Mis dedos planearon sobre el móvil como los de un adolescente. Finalmente, mientras esperaba la cuenta, examiné la foto y busqué en Google un mapa del Gran Canal. La vista desde la ventana —observé que las únicas barcas visibles eran góndolas— mostraban algo que parecía una esquina del Palazzo Grassi, lo cual situaría la *pensione* en alguno de los edificios de enfrente. Sería sencillo averiguar en cuál. Busqué los nombres de los *palazzi* y los examiné uno a uno. Todos hoteles. Tal vez no me resultara tan difícil encontrar el apartamento de la foto, aunque solo fuera para demostrar que ese cuadro no podía existir... No estaba de más intentarlo. Saber que ese maldito Caravaggio era falso quizá constituyera un elemento para negociar cuando me pusiera en contacto con Yermolov. Una forma de quitármelo de encima.

Y además, debía reconocerlo, me proporcionaría cierto placer darle esa información.

Pensé en Masha y en su red de viejas damas, cuyos innumerables parientes trabajaban sin excepción en la hostelería. Quizás ella conocería a alguien que pudiera ayudarme a localizar el hotel de la foto.

Masha no respondió cuando llamé al interfono, así que busqué en mi bolso un trozo de papel y me agaché torpemente para escribir una nota. Pero luego no me convenció la idea de deslizarla por debajo de la puerta de la calle, que mantenían cerrada tras el intento de robo, así que fui llamando a los vecinos hasta conseguir que me abrieran, y subí las escaleras.

El silencio no es una constante; puede ser de calidades muy diversas: el silencio de una casa desierta donde suena un teléfono; el silencio de una habitación donde hay alguien dormido. El silencio del rellano de Masha estaba impregnado de tensión, como si el aire de detrás de la puerta entornada hubiera sido estrujado y retorcido hasta despojarlo de cualquier sonido. El silencio de una falta imperceptible. Ella yacía boca abajo sobre la raída alfombra persa, con un brazo extendido hacia la ventana. ¿Había intentado arrastrarse por el suelo para pedir socorro a gritos a través de los tejados? La herida púrpura de su sien derecha era como una rosa pintada sobre la densa capa de polvos de su pálida mejilla. Parecía muy pequeña bajo el vistoso chal, como una matrioska rota abandonada por un crío indiferente. Las faldas le habían quedado medio levantadas al caer, dejando a la vista sus piernas marchitas, enfundadas en unas gruesas medias beige. Había en el aire un intenso hedor a meados por encima del olor habitual a hojas de té y a humedad. La observé impotente durante unos segundos interminables, pero sabía que no respiraría ni se movería. Quien hubiera hecho el trabajo se había encargado de terminarlo. Y yo ya había visto otras veces la arrugada vaciedad de la muerte, su sutil inhumanidad.

Empujando el pomo con el codo, entré y cerré la puerta sin ruido. Me arrodillé. Tiré suavemente con los dedos del dobladillo de su enagua. Al menos para dejarla con aspecto decente. Estaba tendida sobre un objeto duro, en parte oculto bajo la tela de nailon negro. Lo saqué muy despacio y aparté de golpe la mano, como si me hubiera quemado. Era el icono, la Madonna que había resultado dañada tras el robo. Tenía desgarrada la mitad de la cara.

Rodeé con sigilo a la pobre Masha y entré en el cubículo de la cocina, donde cogí una toallita de té para envolverme la mano derecha. Sentí un escalofrío bajo las costillas, pero lo reprimí como quien contiene una tos. Usando la toallita, abrí el bolso cuarteado y bulboso de Masha, que estaba sobre un taburete pintado junto a la puerta, y saqué una raída agenda de cuero azul. Se la había visto utilizar para llamar a sus alumnos y anotar los pagos. Yo siempre le daba el dinero en metálico, lo cual significaba que lo único que podía relacionarnos era mi número de teléfono anotado en su agenda. No podía dejarla ahí en medio. Estaba empezando a temblar, a tragar saliva en aquel ambiente viciado, pero me entretuve en meterme la agenda en el bolso y en volver a dejar la toallita en la cocina. Me repugnaba que se me hubiera ocurrido pensar en aquello precisamente, pero a ella ya no podía ayudarla de ningún modo. Alguien acabaría viniendo, aunque solo fuera a causa del calor.

Capítulo 12

Y luego corrí. Esquivando montones de bolsos de diseño falsos, chucherías de plástico, puestos de máscaras y de objetos de vidrio, soltando maldiciones por la imposibilidad de encontrar un taxi y por la mugre de las calles de Venecia, recorrí a toda velocidad el trayecto habitual a la galería. Con la mente tan acelerada como las piernas, busqué a tientas las llaves al pasar junto a la parada San Basilio del *vaporetto* y abrí la persiana metálica con un jadeo desesperado... hasta que la visión de lo que me esperaba allí dentro me dejó sin aliento y tuve que volver a la calle para recuperarme. Luego, con cautela, entré de nuevo y bajé la persiana, parpadeando en la penumbra. El suelo estaba cubierto de montones de papeles desparramados, con fragmentos de vidrio destellando sobre ellos. Reparé en el tablero de mi precioso escritorio. Menos precioso ahora que estaba embadurnado con la pintura que había comprado para las paredes y con la tinta azul que usaba para escribir los recibos. No habían encontrado mucho que revolver y destrozar —me gusta mantenerlo todo muy pulcro, como he dicho—, pero mezclados con los fragmentos de cristal estaban los trozos de las delicadas tacitas de café que reservaba para mis clientes, mis vasos y mi jarra Venini de color anaranjado, y también mis herramientas: la cinta, los martillos, las tachuelas... Todo machacado y pisoteado. Ese espacio vacío, que hacía tan poco relucía orgullosamente como mi propio reino privado, resultaba ahora ridículo en su pequeñez. Me agaché de forma instintiva, en un fútil intento de ponerme a ordenar, pero enseguida me detuve. Machacadas y desbaratadas, todas mis cosas, tan cuidadosamente escogidas, habían quedado reducidas a un montón de basura. Rodeé el estropicio, estremecida, y abrí el cajón inferior del escritorio. Cerré un momento los ojos con alivio. La pistola seguía allí.

Había sido un trabajo tan rápido y expeditivo como parecía. No un registro propiamente; solo un gesto de intimidación. La pistola de Moncada seguía en

su sitio, debajo de la falsa base del cajón inferior. La saqué con cuidado, para no mancharme con la pegajosa pintura, y me la guardé en el bolso. Permanecí un buen rato contemplando los restos del naufragio: de todo lo que yo creía haber deseado siempre. Desde luego, había visto instalaciones peores. Una galerista más avispada quizá habría pegado un rótulo con pintalabios sobre uno de los catálogos destrozados y lo habría colgado en la puerta para ponerlo todo a la venta, pero yo ya no tenía paciencia para ingeniosas bromas artísticas. La penumbra artificialmente iluminada me recordó de golpe el almacén de Londres en el que Dave y yo habíamos pasado tantas horas con los cuadros. Pero esa luz vacilante era lo único honesto que quedaba.

Tardé unos momentos en asimilar una idea tan nítida como desconcertante. Lo que sentía, contemplando aquella destrucción, no era rabia, sino alivio. Y mi inconsciente, siempre dispuesto a darme un golpe bajo, me lanzó otra idea de inmediato. Para ser sincera, estaba mortalmente aburrida de Elisabeth Teerlinc. La gente de Yermolov había hecho trizas su caparazón y, de repente, con un sentimiento de liberación, la vi como lo que era: como una mentira completamente hueca. Elisabeth Teerlinc tal vez había engatusado a unos cuantos clientes idiotas, pero jamás me había convencido a mí. Por más que hubiera tratado de convertirme en ella, la verdad era que estar en su piel siempre me había resultado incómodo. Elisabeth sabía lo que se esperaba de ella, pero Judith no había sentido demasiado interés en seguirle el juego. La imagen que me había inventado para Elisabeth —elegante y discretamente rica, vagamente formada, monstruosamente competente— era el destilado de todo lo que Judith Rashleigh siempre había despreciado. Me turbaba pensar que el modelo que había adoptado para mi futura identidad hubiera resultado ser una Angelica Belvoir, a fin de cuentas.

Y lo había hecho muy bien, no podía negarse. Tan bien que no soportaba contemplar el resultado.

Después de esto, era muy improbable que Gentileschi volviera a abrir nunca más. Sin embargo, aún no estaba preparada para que se supiera. Me pasé un buen rato metiendo los escombros de la carrera de Elisabeth en tres grandes bolsas, que dejé fuera, como una buena ciudadana, para que se las llevara la barca de la basura. Cerré las persianas metálicas y coloqué el cartel

de «Cerrado» en la parte interior de la puerta. Los matones de Yermolov habían destrozado las cerraduras —solo con un martillo, seguramente—, pero metí la mano por la ranura del buzón y accioné el pestillo de la base. Desde fuera, no se veía nada que pudiera alertar a nadie.

Naturalmente, lo primero que hice a continuación fue pasar por el banco. Canjeé un cheque personal de diez mil euros y otro por la misma cantidad a través de Gentileschi. Luego volví a casa. Entré en el piso con el cañón por delante. La Caracal F 9x21 era la pistola con la que Moncada había apuntado a Renaud la noche del asesinato en la Place de l'Odéon. En un principio, había pensado meterla junto con las demás pruebas —bueno, para ser sincera, junto con la cabeza de Renaud— dentro de la bolsa de Decathlon que acabé arrojando al Sena; pero cambié de idea en el último momento. A Renaud lo había despachado con una Glock 26, que Dave me había proporcionado servicialmente, y con esa misma pistola había liquidado también a Julien, entonces dueño de un club; pero después me había deshecho de ella lanzándola por la ventanilla del tren nocturno a Ámsterdam. La Caracal no pesa demasiado, solo 700 gramos, y lo que es mejor, cuenta con una palanca que permite desmontarla rápidamente. La había conservado desde entonces en el escritorio de la galería, con su cargador de dieciocho balas completo. Moncada no había tenido tiempo de disparar con ella antes de que Renaud lo estrangulara. Así pues, al llegar al rellano de casa, metí el cargador y apunté a la puerta, imaginando una cabeza rusa tatuada dispuesta a lanzarse sobre mí. Apunta y dispara. Al principio me pareció que los fantasmas se habían tomado el día libre. Sacar mi antiguo pasaporte del armario de la ropa blanca casi resultó tranquilizador; al menos, los espectros agazapados allí eran conocidos. Me guardé los dos documentos: Elisabeth podía acompañarme, pero yo volvería a ser Judith durante una temporada.

No me hizo falta preparar el equipaje. Tenía dos maletas listas en el vestidor: dos Rimowa negras de cuatro ruedas. Esas Rimowa son pesadas, pero disponen de un forro extraíble que resulta muy útil para esconder cosas. Cada maleta contenía un guardarropa básico y versátil, lo que me permitiría adoptar toda una variedad de estilos, además de cosméticos y de juegos de ropa de deporte idénticos. En la primera había prendas de estilo sexy, el tipo de cosas que necesitaría si se me ocurría darme a la fuga con Tage Stahl; en la otra, había ropa relativamente más práctica y sobria, al menos dentro de los límites de mi guardarropa. Cogí la segunda, aparté las prendas dobladas, metí

la pistola y el fajo de billetes bajo el forro y, cerrándola de nuevo, giré las ruedas de la combinación. Luego me moví mecánicamente por el piso, echando los postigos, vaciando la nevera, bajando la basura, levantando un dique mental de tareas básicas. Hice una pausa para mandarle un mensaje a Dave:

«Necesito un sombrero gris, alguien serio, lo antes posible. Gracias como siempre. J.»

Dave tal vez había adoptado una vida bucólica, pero aún conocía gente. Por suerte, tal como funcionaban las cosas entre nosotros, rara vez perdíamos el tiempo en preámbulos y finuras. Terminé de recoger mientras esperaba su respuesta.

«Vale. ¿Me das un día? Espero que todo vaya bien. D.»

«No tengo un día.»

«Entonces lo antes posible. Espera.»

No estaba segura de si volvería a ver mis cuadros, pero podía tratar de salvarlos. Trasladé el deshumidificador que había comprado para combatir la humedad de Venecia del espacio principal al vestidor; cogí unos portatrajes de algodón para taparlos y los fui descolgando uno a uno, acariciándolos con la mirada, dejando que mis manos susurraran sobre los marcos. No fue sino al llegar a mi Susana cuando advertí que los fantasmas sí habían estado trabajando, después de todo.

En la pintura, la joven casi desnuda vuelve la cabeza sobre el hombro derecho, mostrando su desprecio a los dos viejos que conspiran tras el muro bajo el que ella se ha refugiado. La historia de Susana es un triunfo de la virtud sobre el vicio: los dos mirones la espían mientras se baña e intentan chantajearla para que se someta a su lujuria; Susana los desafía, y a ellos, al final, se les vuelven en contra sus falsos testimonios y acaban ejecutándolos. Sin embargo, como sucede con otros muchos temas venerables, el retrato de Susana suele ser un pretexto para un ejercicio pornográfico. ¿Por qué mostrarla denunciando a sus acusadores cuando se la puede mostrar desnuda en el agua? El verdadero tema no es la vindicación de la inocencia, sino la anarquía de la lujuria, y la habilidad del pintor para representar las carnes deliciosas de Susana sitúa al espectador, pese a sí mismo, del lado equivocado. Nos reconocemos en el lugar de los viejos intrigantes, en su mirada embobada, y ese descubrimiento resulta apabullante.

Al llegar frente al cuadro, vi que el espejo luminoso de la cara de Susana

estaba acuchillado irremediablemente. El *sfregio*: la marca de la vergüenza. E insertada en la raja, se hallaba la mitad inferior del icono de la Madonna de Masha. Como si Yermolov no hubiera dejado ya las cosas bastantes claras. Retiré el pedazo de papel de colores y recorrí con el dedo el desgarrón, que no solo dejaba a Susana desfigurada, sino también desprovista de vida: como una mancha plana de óleo y de color, ya ni siquiera un objeto. Miré hipnotizada el movimiento de mis dedos en torno a la hendidura, a través de la cual se veía la madera oscura del soporte. Ahí detrás no había nada, al fin y al cabo. Observé cómo se introducían mis dedos bajo el desgarrón, y cómo se tensaba y rajaba el lienzo del todo; miré cómo se agrietaba y descamaba el barniz hasta que la tela entera se combó y los dedos se cerraron en un puño: hasta que el cuerpo de Susana acabó completamente arrancado del marco; miré cómo mis manos le sobaban la piel frenéticamente, ejecutando los deseos de los viejos, desnudándola, despellejándola, haciendo que se estremeciera, estrujando toda su belleza hasta arruinarla y hacerla trizas definitivamente.

Al cabo de un rato, vi que tenía las uñas partidas y que me había hecho grandes arañazos en los brazos. Tenía escamas de pintura en el pelo y las pestañas, y jirones de lienzo esparcidos alrededor, como una vieja con el síndrome de Diógenes. La imagen de Masha flotaba aún en mi mente, y por un momento me detuve a pensar lo relajante que sería yacer ahí, en el suelo, y dejar que vinieran todos de una vez, que llegaran todos los fantasmas; yacer allí en silencio mientras ellos arrancaban lo que quedaba de mí hasta dejarme tan vacía como el marco de Susana. Pero no. Aún no. Tenía a la vista las puertas del armario de la ropa blanca. Me levanté de un salto y empecé a recoger el estropicio.

Ahora que había concluido los preparativos, el piso ya no me parecía un buen refugio. Sopesé la idea de una siesta y de una paja tonificante, pero la verdad era que ya no me veía de ese modo a mí misma. La masturbación puede hacer que te sientas usada en el peor sentido. Y tenía el extraño temor de que si lo intentaba, solo encontraría un vacío anodino. Echando un último vistazo para ver si olvidaba algo, dejé la maleta en la parte de dentro de la puerta de la calle y salí para matar el tiempo. Me tomé un café en la plaza, pero no podía parar quieta y eché a caminar junto a los canales de Dorsoduro,

con el teléfono en la mano, mirando la pantalla a cada minuto. Finalmente, Dave me mandó un código de Snapchat y una hora, las siete de la tarde. Bien. Me senté en otro café, pedí otro expreso (aunque no me apetecía) y una botella de agua, saqué mi Montblanc y empecé a hacer una lista.

Debía averiguar qué podía hacer Yermolov —y cómo— si realmente quería crearme problemas. Mucha gente podría pensar que una vieja profesora muerta ya representaba suficiente problema, pero yo estaba segura de que aquello era solo el principio, una declaración de intenciones. El Caravaggio solo podía ser una falsificación, pero Yermolov creía sin duda que era auténtico y que yo lo tenía. Decirle sencillamente que no sabía nada del asunto, incluso suponiendo que tuviera la oportunidad de hacerlo, no iba a servir de nada. Y por lo que Elena me había contado, Yermolov sabía que yo había estado en la Place de l'Odéon y sabía, asimismo, que tenía alguna relación con la muerte de Cameron Fitzpatrick. Suponiendo que los gorilas no me atrapasen primero, la policía no tardaría en llamar a mi puerta. ¿Y Balensky? Si Yermolov creía que estaba conchabada con el Hombre del Stan, este querría desmarcarse del asunto a toda costa. Y yo no tenía la menor idea de cómo ponerme en contacto con Balensky mientras conservaba todavía el pescuezo (a menos que estuviera en Tinder). Me sorprendí garabateando una pequeña daga en la esquina de la hoja. En la simbología del hampa rusa, una daga tatuada en el cuello significaba que el sujeto en cuestión había asesinado a alguien en la cárcel. No creía que volviera a tropezarme con Yury en el futuro inmediato, pero debía saber de cuánto tiempo disponía y cuánta distancia podía poner entre él y yo.

Eran las tres y media, tenía un regusto amargo en la boca, otra vez estaba vagabundeando. Cerca del Campo San Polo oí por el lado del canal la sirena de la lancha ambulancia. Siempre me había parecido cómico que las urgencias se atendieran en Venecia con lanchas tan elegantes, aunque considerando a dónde podían dirigirse en este momento, ya no me pareció tan gracioso. Ahora mismo, sin embargo, solo podía pensar en mí misma. Otra mesa, otro expreso. A la siete en punto de la tarde según el reloj de la plaza, introduje el código.

Los «sombrosos blancos» son expertos en códigos cifrados que trabajan legalmente e investigan problemas o defectos en un sistema. Los «sombrosos negros» utilizan abusivamente su destreza, a veces por dinero, otras por pura diversión. Los «grises», obviamente, están a medio camino entre unos y

otros. Muchos prestan sus servicios a unidades militares; de ahí mi petición a Dave. Una vez que hube contactado con mi sombrero gris mediante el código de Snapchat, empecé de inmediato con mis preguntas. No me presenté, y él o ella, tampoco.

«Gracias por ayudarme. Necesito saber si una cuenta de un paraíso fiscal puede piratearse.»

Él respondió:

«A menos que seas de la CIA, no. Ja ja.»

«¿En serio? ¿Ni siquiera alguien que pueda pagar mucho?»

«Eso solo pasa en las películas.»

«¿Ni siquiera un ruso?»

«¿Ruso? Vieja escuela.»

«¿Eso qué significa?»

«Los gobiernos pueden manipular cuentas. Pero esos sistemas no salen del ámbito de los servicios secretos. La gente cree que sí, pero los ciudadanos privados no están tan avanzados. Ellos se limitarán a joderte.»

«¿Cómo?»

«Lo habitual. Físicamente.»

Nada como un buen eufemismo. Yo podría haber descrito la muerte de una mujer mayor como «vieja escuela».

«¿Y vigilancia?»

«IMHO —¿qué demonios quería decir?, ¿por qué no podía usar esa gente palabras normales?—, no te preocupes, a menos que estés huyendo.»

Joder.

«Los sensores de las tarjetas son un problema, incluso aunque no las uses. Cuidado con eso.»

«Gracias. ¿Teléfono?»

«Compra uno de prepago.»

«Gracias. ¿Si te vuelvo a necesitar?»

«Te enviaré un código.»

«Gracias.»

«De nada.»

Le envié un mensaje a Dave:

«Sombrero gris muy útil. Mil gracias. ¿Dónde lo has encontrado?

«Nairobi. Cuídate. D. Besos»

Kenia. Uau.

Tal como había pensado, tenía que dejar las tarjetas de crédito. Me sentía insegura sin ellas, pero me las había arreglado durante una sorprendente cantidad de tiempo sin llevar ninguna encima. Volví a buscar la maleta y las arrojé una a una al agua, un ritual que despertó un gran interés en un grupo de turistas alemanes. Con la última, vacilé. Un discreto número negro con el garabato de un nombre manuscrito. Mi tarjeta Klein Fenyves, de mi maravilloso banco de Panamá. Sería muy estúpido utilizarla, después de lo que acababa de descubrir, pero igualmente estúpido quedarme en una posición tan vulnerable en caso de auténtica emergencia. Volví a guardármela en la cartera, arrastré la maleta hasta el *tabaccaio* para comprar cigarrillos y un billete de ida del *vaporetto* a la estación y caminé hasta la parada, manteniéndome bien alerta, aunque la maleta en sí misma constituía una especie de disfraz. Venecia está abarrotada de mujeres desorientadas arrastrando una maleta. El libro de Caravaggio asomaba fuera de mi bolso. Empecé a leerlo mientras el *vaporetto* avanzaba entre feos astilleros y cruceros gigantescos. En las escaleras de la estación, rechacé a un mozo con carretilla y arrastré la maleta hasta el mostrador. Allí, tras un instante de vacilación, saqué un billete de segunda. «Bienvenida de nuevo, Judith.» Me instalé lo más cómodamente que pude en un asiento del rincón para hacer el largo trayecto: tenía que cambiar de tren en Múnich y luego en Utrecht.

El retablo de Santa Irene, en Lecce, es de Guido Reni y su tema es el arcángel Miguel, tocayo de Caravaggio, el gran rival de Reni. En 1602, Reni dejó Roma para regresar a Bolonia, su ciudad natal; un viaje provocado, según le explicó a un amigo, por su «derrota» frente a Caravaggio. Reni era un pintor que creía que los cuadros debían mostrar solo una versión bella del mundo, un ideal eternamente incorruptible. Como muchos otros, se sentía confundido por la irreverencia que, a su modo de ver, había en la obra de Caravaggio: por el abierto rechazo del pintor lombardo a las engalanadas convenciones estéticas. Esa actitud lo ponía nervioso. Unos meses antes, Caravaggio había terminado un cuadro que parecía mostrar a tres hombres cenando en una de las tabernas romanas donde se reunían los artistas para beber y chismorrear. El mantel está bastante limpio, pero la comida es muy elemental: unas gruesas hogazas de aspecto reseco, un cuenco de fruta medio

pasada. El pollo asado ha llevado a todas luces una vida atlética, porque parece enjuto y correoso. El adusto camarero que les sirve quizá se está preguntando si tendrán dinero para pagar la cuenta. Eso es lo que se ve a primera vista. Pero luego, si vuelves a mirar, te das cuenta de que este es el cuadro de un milagro. El hombre joven en el centro de la mesa es Cristo, y esto es la cena en casa de Emaús, cuando Jesús se mostró ante sus discípulos tras haberse levantado de la tumba. No hay pan de oro, ni ángeles cantando. El anuncio se produce en la penumbra; la silueta oscura del camarero arroja en la pared un halo de sombra, justo detrás de la cabeza de Cristo; y el limón y las uvas forman sobre el mantel almidonado la sombra de un pez, el primer símbolo del cristianismo. Lo divino se oculta en lo mundano, y solo es accesible a aquellos que ven.

Mientras el tren avanzaba por la calurosa llanura del Véneto, contemplé la ilustración apretando las uñas en las palmas de las manos. La densa sombra que arrojaba la luz de las velas en torno a la mesa me recordó la mancha desparramada del vestido de Masha. Una y otra vez recorrí con el dedo las figuras del cuadro: las miradas atónitas, los brazos extendidos. Tenía ganas de llorar por ella, pero las lágrimas no acudían a mis ojos, ni siquiera cuando obligué a mi memoria a deslizarse lentamente por encima de su cadáver. «No es culpa tuya, Judith.» Nada de todo esto era culpa mía y, al mismo tiempo, era todo por mi culpa; y mientras las horas transcurrían bajo la palpitación incesante del sol en las cortinas de las ventanillas, la soledad del vagón me pareció la única clemencia que habría de conocer en el mundo.

Luego se hizo demasiado oscuro para ver nada, y a mí las piernas se me habían quedado dormidas hacía mucho. Cojeando, sintiendo hormigueos y pinchazos, recorrí los vagones casi vacíos hasta el buffet. No podía comer ni un bocado, pero compré un plátano y una botella de Tropicana para hacer algo. Mi reloj marcaba las 23:20, todavía tenía que aguantar toda la noche. Mientras estaba pagando, un chico joven abrió la puerta que daba al vagón de primera. Vaqueros, camisa blanca, suéter grueso azul marino de cachemira. No estaba mal. Le dirigió a la camarera una educada inclinación de cabeza, incluyéndome a mí en su mirada.

—*Buonasera.*

—*Buonasera.*

Buscó mi mirada de nuevo mientras pagaba su *macchiato*. ¿Viaja sola, señorita? Su piel debía de ser cálida y satinada, todavía con ese color tostado de la espuma de su café, después de una larga temporada de sol italiano.

—*Sei da sola?* —¿Está sola?

La mesa de plástico oscilaba ligeramente al ritmo del tren mientras yo consideraba su pregunta.

Bossun era un traficante de poca monta que rondaba junto a las verjas de mi colegio, vendiendo diminutos pitillos de maría y speed a cambio de los billetes de cinco que los alumnos sisaban en casa. Tenía un viejo BMW blanco, que en nuestro polígono pasaba por glamouroso, y era un tipo atractivo, siempre que te gusten los gigantes nigerianos. A mí nunca me interesó la mierda que vendía, pero él a veces me daba un cigarrillo — Lambert & Butler— y charlábamos un rato. Una vez, durante una de las épocas malas de mamá, cuando habían cortado la luz de nuevo y no había nada en la cocina, salvo un tarro totalmente rebañado de mantequilla Utterly Butterly, Bossun me preguntó si quería hacerle una entrega a cambio de quince pavos. Me llevó en aquel coche cálido y precioso al centro de la ciudad, a una gran casa adosada de Hope Street, cerca de la catedral, y me dio un maltrecho libro de texto para que me lo guardara en la bolsa de plástico que yo usaba como cartera. El material estaba pegado en las páginas interiores, sobre una introducción a los ensayos de Walter Benjamin.

—*Estudiantes* —masculló Bossun despectivamente, arrancando—. Y sobre todo, vuelve a traérmelo.

El viento me pegaba la falda escolar al cuerpo mientras esperaba en la puerta, pero yo no notaba el frío. Tenía un subidón de adrenalina, la notaba en los músculos, me ardía por dentro. Nunca hasta entonces había quebrantado la ley. Estaba convencida de que si cometía la menor falta me llevarían a comisaría, de ahí la excitación que me dominaba. Mantenía el libro pegado a mi pecho y trataba de adoptar una expresión tranquila y estudiosa por si alguien me estaba observando. El chico que abrió por fin la puerta estaba comprando obviamente algo mucho más fuerte que la maría. Era joven, no mucho mayor que yo, pero sus ojos, por detrás de un pelo parduco y enmarañado, estaban amarillentos, y, cuando extendió el brazo

para coger el libro, le vi marcas de pinchazos en los antebrazos grises que asomaban bajo un jersey andrajoso. Esperé en el pasillo entre dos bolsas de basura rebosantes mientras él despegaba el paquete fijado con cinta adhesiva y, poniendo en su lugar unos billetes arrugados, lo cerraba de nuevo con todo cuidado. «Gracias. Hmm, nos vemos.» Me sorprendió que su voz fuera grave y educada.

Bossun pareció bastante contento conmigo; me dio cinco pavos de más. Y a partir de ahí empecé a hacer entregas para él con cierta regularidad. El uniforme escolar ayudaba lo suyo, me explicó con tono solemne: «Aleja las sospechas». A él lo acosaba siempre la policía: solo por ser negro daban por supuesto que era traficante: «Quizás es porque realmente eres traficante, ¿no?», sugerí. Durante unos instantes creí que iba a darme un cachete, pero él se echó a reír y me dijo que era mucho más lista de lo que me convenía. Bossun tenía su propio piso en Toxteh, dos habitaciones mugrientas que apestaban a pies y a barritas de incienso. Pero había un hornillo de gas y colchas de coloridos estampados africanos sobre los muebles, y, con las cortinas corridas y la música puesta, parecía agradable. Al cabo de un tiempo, Bossun me dijo que podía quedarme a dormir en caso de necesidad, si le hacía una buena mamada antes de acostarme. Y como cuando tienes quince años y aún no te ha pasado nada, porque no has estado en ninguna parte y no has visto nada, el menor atisbo de atención o de interés puede hacer que todo tu mundo se vuelva radiante (si le echas suficiente imaginación), lo hice. Empecé a llamarlo «mi novio», al menos para mis adentros, y durante un tiempo incluso me sentí orgullosa cuando él llegaba derrapando a las verjas del colegio con el BMW. Bossun no me molestaba, aparte de las mamadas, porque tenía una polla que parecía un paraguas plegable. Pero un día, al llegar a su casa, me lo encontré sentado en el sofá junto a un tipo flaco y rubio vestido con un chándal mugriento. Tenía delante unos envases de comida india para llevar y un pack de cervezas medio consumido.

—¿Todo bien, nena? Este es Kyle. Un viejo amigo. Esta es Judy.

—Hola —dijo Kyle sin levantar la vista. Estaba engullendo pollo tikka con una cuchara de plástico, como si no hubiera comido en toda su vida.

—¿Por qué no te sientas aquí? Tengo que bajar un momento.

Bossun salió, dejándonos en un silencio solo puntuado por los ruidos de Kyle al masticar. Al cabo de un rato, le pregunté si quería que pusiera la

tele, pero él siguió comiendo sin decir nada. Me pregunté dónde lo habría encontrado Bossun; quizás era un poco retrasado. Cuando hubo rebañado el último grumo de grasa del envase de aluminio, llevé las bandejas a la repulsiva bolsa de basura que había junto a una cocina en completo desuso y le abrí otra cerveza como una buena anfitriona. Me pregunté si sería una grosería sacar un libro.

—Bossun ha dicho... —dijo de repente.

—¿Qué?

—Ha dicho que tú...

—Que yo, ¿qué?

—Verás, es que acabo de salir. O sea, hoy. —Dio un largo trago, como si eso lo explicara todo.

—¿Salir?

—Sí. De la cárcel.

—Ah. Vaya. Felicidades. —Yo quería saber qué había hecho, claro, pero parecía de mala educación preguntarlo. Se me ocurrió una cosa—. ¿Te vas a quedar aquí?

—Sí. Un tiempo. O sea, hasta que pueda arreglármelas.

—Bueno, será mejor que me marche.

—Pero él ha dicho...

Y entonces comprendí lo que quería decir, y por qué Bossun había salido, y vislumbré en la cara demacrada de Kyle una expectativa que me resultaba conocida. Lo miré y vi las ganas desesperadas que tenía de tocarme, vi que la mano de uñas crecidas con la que sujetaba la cerveza le temblaba ligeramente, y que lo que yo tenía bajo la falda plisada y el horrible suéter escolar constituía un poder.

Así es como nos doman. Porque cuando solo tienes quince años y no has visto nada ni has estado en ninguna parte, incluso el menor atisbo de ese poder llega a abrumarte, te convence de que todas las canciones pop son verdad, de que eso es el amor, y qué importa si es coacción, en realidad, o algo peor. Así que lo haces, y diez años después te despiertas con tres niños y con un tipo pasado de peso a tu lado, en la cama, y te preguntas qué fue de aquel poder y por qué hiciste tan poco con él. Por qué disipaste toda esa fuerza en sentimiento, necesidad y atención barata. Solo que yo no era así. Ni

siquiera en esa época llegué a ser así. El amor no era para mí. Yo iba a averiguar lo que podía obligarles a hacer a los hombres, y algún día emplearía ese poder. Era algo... inevitable.

Extendí un brazo y le toqué los labios con la yema de los dedos. Me levanté y entré en la fría habitación, bajé la persiana hasta donde se podía y me lo quité todo, salvo las bragas. Me metí bajo la colcha Everton y aguardé inmóvil, boca arriba. Cuando él me besó, noté un sabor a curry y a lúpulo. Me dijo que era preciosa. Luego, en medio del aire húmedo y viciado de nuestros cuerpos flacuchos, se me puso encima. Yo lamenté no haberme fumado antes un porro. Pero unos segundos después de clavarme su polla, gritó: «¡Ah, joder! ¡Joder, nena!», y se quedó inmóvil, con la cara entre mis pechos, abrazándome con tal fuerza que apenas me dejaba respirar. Se durmió así, y yo no quería moverlo, de modo que aún seguíamos en esa posición cuando Bossun volvió y se deslizó en la cama junto a nosotros: «¿Todo bien, tortolitos?».

Abrí los brazos, y ambos cuerpos, uno oscuro y otro pálido, se volvieron hacia mí, se entrelazaron con el mío. Permanecimos así toda la noche, desmoronados como marionetas bajo la luz anaranjada de las farolas que se colaba bajo la persiana. Los escuché respirar, sus gemidos y resoplidos, y me resultó doloroso pensar en lo jóvenes que eran, en lo inmaculados que nos mantendríamos un tiempo. Yo notaba en mi culo desnudo una porquería húmeda, en parte el semen de Kyle, en parte mi propia sangre. No me había parecido momento adecuado para explicar que era virgen. Durante un rato, antes de quedarme dormida, nos vi allí a los tres tendidos, tan inocentes, tan feos.

El chico me miraba arqueando una ceja, expectante, confiado. Tenía la oferta pintada en la cara; me bastaba con decir que sí. Él podría follarme a conciencia y sacarme toda la rabia de dentro mientras los Alpes tendían sus jirones de niebla alrededor, envolviéndome el corazón como una venda. Fácil.

—No —respondí, señalando el pasillo de los vagones de segunda—. *C'e... C'è qualcuno.* —Hay alguien conmigo.

Él se terminó el café con una sonrisa.

—*Allora, buonasera, signorina.*

—*Buonasera.*

Volví sola a mi asiento, y me pasé la noche despierta mientras el tren avanzaba hacia el mar del Norte.

Capítulo 13

Cuatro mil euros es un precio excesivo por un trozo de papel, pero no podía permitirme ningún recurso barato. Había considerado la posibilidad de un pasaporte americano, que en el Passport Index está clasificado junto al británico entre los documentos más útiles del mundo, pero como no confiaba en mi capacidad para simular el acento, tuve que optar por seguir siendo británica. Había llegado a Ámsterdam a media mañana, sucia y derrengada por el largo trayecto en tren, y había tomado el metro hasta Nieuwmarkt, donde los cafés de los márgenes del Barrio Rojo ya trabajaban a tope. Sorteando grupos de tipos de juerga con los ojos enrojecidos, probé suerte en varios hoteles baratos hasta encontrar una habitación anodina pero práctica que podía pagarse en efectivo. Tras una deliciosa ducha caliente, me concedí tres horas de sueño; luego me puse en marcha y me dirigí a la casa de Alex, cerca de Vondelpark.

En la época en que vivía en París, cuando aún era lo bastante tonta para creer que podía salir indemne de mis embrollos, fundé Gentileschi con los beneficios de un cuadro robado. El hecho de que ese cuadro —un Stubbs— fuese una falsificación me inspiraba una cierta superioridad moral. Pero la aparición de un policía italiano llamado Renaud Cleret, que se hacía pasar por cazador de recompensas, acabó con cualquier sensación de seguridad. Fuimos amantes, y amigos en cierto sentido, al menos hasta que averigüé que tenía planeado entregarme a su compañero de la brigada antimafia, Romero da Silva. Para preservar las normas del juego limpio, no tuve más remedio que ocuparme de él, pero Renaud me dejó antes de desaparecer varios regalos de despedida, entre ellos la dirección de Alex en Ámsterdam.

A decir verdad, aunque Renaud se jactaba de su relación con ese experto en pasaportes falsificados, Alex me había causado cierta decepción la primera

vez que nos habíamos visto. Desde París, Renaud le había enviado a Alex el pasaporte de mi vieja amiga Leanne, una vez que ella había desaparecido, y le había pedido que reemplazara su fotografía por la mía. Ese documento no estaba pensado para llevarme a ninguna parte, solo a la cárcel, pero Alex no había mostrado la menor sorpresa cuando me había presentado poco después y le había pedido otro pasaporte. Era un profesional tan intachable como imperturbable; lo que resultaba un poco decepcionante, en realidad, era su guarida. Durante ese viaje nocturno desde Francia, yo me había imaginado un taller iluminado por La Tour, en un sótano tal vez, o en un desván al que se accedía por un sórdido laberinto, donde se afanaban operarios jorobados con pinzas y lupas de joyería. La realidad era muy distinta. Alex, un padre de familia bastante joven con barba, andaba con vaqueros y zapatillas deportivas, vivía en una preciosa casa del siglo XIX, en unos de los barrios más elegantes de Ámsterdam, y llevaba todo su negocio en la habitación de invitados.

Ahora, al menos, ya no hubo sorpresa. En estas situaciones, la charla intrascendente tiene un sabor algo absurdo y los modales parecen rechinar, pero Alex y yo aun así mantuvimos las formas, y nos tomamos una taza de té en su cocina decorada con pinturas Farrow & Ball; incluso hablamos un poco de dónde habíamos pasado las vacaciones de verano: una conversación tan inocua que podría haberla mantenido con mi proveedor de coca. Luego subimos al segundo piso y yo me situé ante la cámara tubular montada en un trípode. Antes de sacar las fotos, sin embargo, Alex me preguntó:

—¿Cuántos hemos hecho ya?

—Dos. Bueno, tres con este.

Él hizo una pausa en el ajuste de la lente.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Bien. De acuerdo, no digas «patata». —La otra vez había recurrido al mismo chiste.

El equipo de Alex consistía en tres armatostes cuadrados de acero gris. Yo no tenía la menor idea de cómo funcionaban por dentro, pero zumbaban de un modo tranquilizador mientras él copiaba los datos que le había dado.

Los falsificadores suelen confeccionar los pasaportes falsos con otros robados. La demanda es enorme para quienes poseen la habilidad suficiente y consiguen hacer un buen trabajo. El código de información, que es el texto

que figura en la base de la página y que se lee electrónicamente, debe coincidir con los datos impresos; el espaciado es esencial hasta una fracción de milímetro; el grosor de las páginas debe ser uniforme, sin ningún borde saliente, sin el menor exceso de pegamento. La otra vez Alex había hecho un buen trabajo. Ahora, con la sombra de Yermolov sobre mí, recé para que también en esta ocasión quedara impecable.

—Ya está todo. Puedes pasar a recogerlo, digamos, hacia las ocho. En el mismo lugar que la última vez.

—De acuerdo. ¿Tienes el código de la puerta?

—Es el 212B.

—¿Es el correcto?

Él me dirigió una apenada sonrisa profesional.

—Bueno, si no lo es, estás jodida.

Le entregué el dinero envuelto en servilletas de papel y él me acompañó a la puerta de la calle y me dio una llavecita mientras nos despedíamos. En la primera ocasión, yo me había preguntado cuál sería su tapadera —incluso había buscado una placa falsa de médico o de una religión minoritaria—, pero los únicos locales que fingen ser otra cosa son los bares clandestinos chungos. Ahora, con que tengas un portátil, ya eres un *freelance*, y no hay más que hablar. La llavecita correspondía a un apartado de correos en la otra punta de la ciudad. A las ocho recogería el sobre con el nuevo pasaporte y dejaría la llave dentro. Hasta entonces, tenía a Caravaggio.

La ventana de mi lóbrego hotel estaba levantada al máximo, y el aire, mientras caía la noche, olía a hierba, a asfalto recalentado y a hormonas. Una velada de principios de otoño en Ámsterdam debería estar llena de promesas —y no porque los lascivos deleites del Barrio Rojo resultaran particularmente excitantes—, pero descubrí que ni siquiera tenía la energía para salir a explorar, y ello pese a que la compañía no habría representado en absoluto un problema. El Rijksmuseum ya estaba cerrado. ¿Un porro para relajarse un poco? «Sí, afróntalo de una vez, Judith. Eres una vieja puta gastada que estará siempre sola.» Menos mal que habíamos dejado eso claro. Me decidí por una cena tan temprana como indigesta en un restaurante malasio, pero la idea de lubricar mis arterias con salsa de cacahuete y aceite de palma acabó asqueándome, de manera que dejé el plato a medias y eché a andar para

recorrer los canales en torno a Lauriergracht.

Dicen que un paseo enérgico es un eficaz antidepresivo, pero ya se sabe que la gente dice muchas chorradas. Aun así, durante ese paseo tuve una renovada sensación de ligereza, como si me hubiera liberado de todo lo que había dejado atrás, en Venecia y más allá, y lo hubiera arrojado con indiferencia en las aguas tersas de aquellos antiguos canales. No es que ya no tuviera un montón de motivos para estar asustada, al menos en teoría; pero sencillamente no parecía capaz de sentir el nivel apropiado de angustia. El hecho de haberme retirado no estaba resultando, debía reconocerlo, tan divertido como esperaba. ¿Qué haces cuando ya no tienes ningún plan? Yo no era la clase de persona que se lanza a practicar el windsurf extremo o el montañismo con fines benéficos. El famoso *ennui* puede parecer un trastorno romántico, pero resulta aburrido de todos modos.

Sentada junto al agua, con los pies colgando sobre el borde de piedra, encendí un pensativo cigarrillo y aspiré con un profundo estremecimiento el humo delicioso. Quizá me estaba haciendo vieja, pero lo cierto era que muchas de las cosas que había creído desear —la tranquilidad, la seguridad, el anonimato— ya no me parecía que valieran la pena. Los canales discurrían nítidamente entre las casas altas y estrechas como una autopista de dinero fundido. La impasible y sigilosa ciudad de Ámsterdam, haciendo circular por sus venas toda la riqueza del mundo conocido... Pensé en los cuadros del museo del otro extremo de la ciudad, en los montones de cosas —platos, abanicos, langostas, globos, nueces, paños de seda, clavicémbalos, fruta, aparadores, parasoles, monederos—, expuestas artísticamente para delectación de los buenos burgueses que las admiraban bajo sus gorgueras meticulosamente pintadas. Bodegones enmarcados eternamente para la contemplación. Me resultaba desconcertante pensar que me había paralizado y encerrado a mí misma, como un insecto en una gota de ámbar, en el interior de Elisabeth Teerlinc, una rica diletante jugando al mundo de los negocios. ¿Por qué me había costado tanto comprender que a mí me correspondía vivir en los márgenes? Supongo que podía culpar a Caravaggio. Teníamos un montón de cosas en común, al fin y al cabo. El asesinato, para empezar. El pintor vivió buena parte de su vida como un fugitivo, ciñéndose sobre todo a la costa italiana; era un oportunista con debilidad por la ropa ostentosa, un pragmático que no temía los extremos, que entendía que la mayor parte de las cosas, incluso el asesinato, son disculpables en aras de la belleza. Él sabía

que el honor es un lenguaje escrito con heridas. Pero quizá sería más exacto decir que la mayoría de los problemas de Caravaggio se debían a su elevado concepto de sí mismo, al desprecio al peligro, o tal vez a una excesiva afición al mismo. Quizás el riesgo y el peligro eran lo único que yo entendía de verdad. Había estado fuera de juego —de mi juego— demasiado tiempo. Y pese al dolor que sentía por Masha, o quizá precisamente por ello, sentía curiosidad por saber si aún recordaba cómo se jugaba.

El archivo Hafkenscheid se halla alojado en el museo Teylers, en Haarlem. Lo encontré a la vieja usanza, con un mapa diminuto de la oficina de turismo. El archivo estuvo integrado originalmente por la colección de un comerciante de pigmentos de Ámsterdam del siglo XIX, y es aún hoy una de las principales fuentes de investigación sobre resinas y minerales utilizados antaño para la mezcla de las pinturas. Como debía pasar por Ámsterdam para conseguir el pasaporte, se me había ocurrido que podía aprovechar para hacer averiguaciones sobre cómo producir un «dibujo» de Caravaggio lo bastante convincente para engañar a Yermolov. Este seguramente habría enviado al doctor Kazbich a buscar información antes de adquirirlo, lo cual podía tener a su vez implicaciones interesantes. Yo quería averiguar, si me era posible, cómo podía lograrse un fraude tan espectacular.

Aunque la brisa del mar, ahora bastante alejado, era fresca en la zona del puerto antiguo, hacía calor todavía y me vestí cuidadosamente: unas pesadas y prácticas botas que le daban una vulnerabilidad de gacela a mis muslos, y un vestido vaquero acampanado Margiela MM6, con un sujetador de realce debajo y unos botones desabrochados, para que pasara el aire. No tenía cita concertada, pero supuse que un custodio de trementinas antiguas no debía de recibir muchas visitas. Y en efecto, me presenté y le expuse mi «proyecto» al viejo celador, mirándolo todo el rato como si fuera el único hombre que había visto en mi vida, y él me indicó sin más que pasara. Le dije que era estudiante de posgrado y que estaba escribiendo sobre Tintoretto, y esgrimí una cita del *Technical Bulletin* de la National Gallery de Londres, que ponía en cuestión el uso por parte del pintor de un color en particular, el amarillo Nápoles, que había empezado a emplearse en Italia en el siglo XVI.

Entonces, igual que ahora, Venecia era una ciudad de espejismo; su luz, conjurada a través de tanto cristal, la hacía relucir como un enorme espejo,

como una imagen del cielo en el borde mismo del mundo. Yo había estado pensando en la posibilidad de que Caravaggio hubiera estado allí, entre su partida de Milán y su llegada a Roma. ¿Qué pintor habría querido perderse Venecia, por mucho que deseara apresurarse por el camino de la ambición y el éxito? La tajante refutación del profesor veneciano había sido cuestionada por un especialista anterior en Caravaggio, Bellori, quien afirmaba que el pintor había visitado la ciudad, «donde había podido gozar de los colores... que luego había imitado». Yo había vivido en Venecia el tiempo suficiente para conocer esos colores, esa luz trémula cuyo chisporroteo no hace más que ahondar las sombras. Nadie pintaba la oscuridad como Caravaggio, nadie podía extraer esos matices extremos de las sombras que confieren a la iluminación de sus pinturas la calidad impactante de un relámpago. En definitiva, había una laguna intrigante en la cronología. Era posible que hubiera estado allí. Que no hubiera pruebas, como yo sabía bien, no significa que algo no hubiera sucedido.

Los pigmentos se hallaban expuestos en una larga sala cubierta de gavetas, cada una repleta de cajas de muestras y de tarjetas impresas con descripciones y números de serie. Lanzándole al celador una sonrisa que, esperaba, entrañara la vaga promesa de un almuerzo, empecé a trabajar. El amarillo Nápoles, como ya sabía, era uno de los tres colores originales introducidos alrededor de 1600 para ampliar la limitada paleta de la pintura medieval. La fórmula apareció por primera vez en 1556 en un libro de Cipriano Piccolpasso sobre el arte de la cerámica. Requería sal, plomo, antimonio y «heces» de vino, que son los restos que quedan al fondo de las barricas. Esto último me encantaba. Piccolpasso era de la región italiana de Umbría, pero había viajado a Venecia, a la sazón el centro principal en innovación de colores, y había incluido en su libro un capítulo titulado *Colori alla Veneziana*. El amarillo Nápoles era uno de los colores mencionados, y el análisis microespectral por láser (a saber qué sería eso) había identificado su uso en varias pinturas de Tintoretto. Pese al criterio del profesor veneciano, varios eruditos citados en el libro que yo había consultado sugerían que Tintoretto constituyó una influencia para Caravaggio; si este había pasado por Venecia, pues, era factible que no solo hubiera estudiado los grandes cuadros de Tintoretto, sino también sus ingredientes técnicos.

Avancé entre las gavetas hasta llegar a una selección de tizas. Se me había ocurrido que si Caravaggio había hecho un dibujo, habría usado tizas, tal vez

una combinación de rojo, blanco y negro, la técnica *trois crayons* en la que los franceses habían iniciado a Leonardo en Milán —donde Caravaggio había aprendido a pintar— a finales del siglo xv. Pero las tizas no le habrían conferido al retrato que Elena me había mostrado su curiosa dureza de líneas ni su profundidad de color. Además, ¿quién iba a utilizar tizas sobre lino? El lino era esencialmente un lienzo y requería algún soporte, un tipo de cola conocido como *gesso*, en su superficie. La tiza se empleaba en los bocetos subyacentes porque, una vez emparedada entre el *gesso* y el óleo, ya no volvía a ser visible. Teniendo en cuenta que había perdurado tanto tiempo sobre lino, me inclinaba a pensar que quien hubiera hecho el retrato habría trabajado directamente con óleos, lo cual era coherente a su vez con la técnica ampliamente estudiada de Caravaggio.

Además, Caravaggio era pobre. Pese a los muchos encargos lucrativos que le había granjeado su talento antes de caer en desgracia, él casi parecía haber sentido desprecio por el dinero. Solía lucir ropas usadas de estilo ostentoso, pero las llevaba hechas jirones, y aparte de sus utensilios no poseía prácticamente nada más que unos cuantos enseres domésticos y la amarga admiración de sus rivales. Le gustaba viajar ligero. El amarillo Nápoles no debía de ser barato, pero el lino, a diferencia del fino papel vitela, sí lo era. Quizás era posible, solo quizá, que ese «dibujo» encerrara una historia más compleja que las fantasías inducidas por el vodka de Elena.

Le formulé al celador un par de sesudas cuestiones, haciendo pucheros, y tuve que aguantar una explicación de más de veinte minutos sobre cómo se trituraban los ingredientes de los colores antes de poder preguntarle si el museo disponía de un libro de visitantes.

—Sería un honor poder firmar. Y tal vez podría tomar una foto de mi firma, para incluirla en la tesis. Los examinadores son muy estrictos en el análisis de la investigación primaria.

Él sacó un grueso volumen de cuero rojo y un bolígrafo. Lo hojeé con curiosidad. Tenía la esperanza de que el archivo recibiera un número tan reducido de visitas que me resultara posible repasar los nombres con celeridad. Y en efecto, ahí estaba. El nombre del doctor Ivan Kazbich, escrito en caracteres latinos, con una firma en cirílico al lado y una fecha de 2011. Bingo. Yo ya había practicado mi nueva firma y, después de estamparla, le di

las gracias al viejo profusamente.

No pude contener un escalofrío de excitación, pero lo reprimí de inmediato. Yo no estaba planeando reciclarme como especialista en Caravaggio. Tanto si el dibujo era auténtico como si no, debía hacerme con él urgentemente. Y si mi teoría era correcta, estaba casi segura de saber dónde se encontraba. Al final quizás iba a resultar que sí era cierto que yo lo había robado.

SEGUNDA PARTE

Refracción

Capítulo 14

*D*ave era un hombre que se había enfrentado durante su época en el ejército a los francotiradores de Al-Qaeda, pero yo nunca lo había visto tan agitado como cuando me encontró encorvada sobre un whisky mac en el bar del Golden Lion, en Combe Farleigh. Llegué unas horas antes en el Eurostar, vía Lille, tomé en Paddington otro tren a Bath y finalmente un taxi hasta el nuevo pueblo de Dave. Me sorprendió el efecto sentimental que me produjo Inglaterra después de tanto tiempo. La multitud de aspecto anticuado en las estaciones, la comida preparada de Pret a Manger, los tabloides lascivos, las palomas ubicuas. Casi me eché a llorar cuando el encargado del pub me sirvió la primera taza de té de verdad que me había tomado en años, aunque debía reconocer, por otro lado, que no me las estaba arreglando demasiado bien para confundirme con los lugareños y pasar desapercibida. Hacía un frío gélido, por supuesto, así que me había comprado en la estación de Saint Pancras un forro polar e iba envuelta en casi todas las demás prendas que tenía. El encargado observó con suspicacia mi look gitano-chic, pero el dinero en efectivo me proporcionó una habitación sin mayores problemas y luego llamé a Dave desde el teléfono fijo del pub.

—Pero ¿qué sucede? ¿Cómo es que estás aquí, Judith?

Hice una mueca. La complicidad es una sensación poco frecuente, al menos para mí: sentir que alguien te comprende casi sin hablar, que la historia que tenéis en común hace innecesarias las explicaciones. Tal vez es eso lo que comparten las familias. Pero si Dave estaba tan horrorizado como parecía, entonces la intempestiva alegría que sentía al volver a verlo no era en absoluto compartida. En realidad, yo nunca había sido más que una fuente de problemas para él.

—Te he pedido una pinta —dije, como si eso lo explicara todo.

—Te he estado llamando. ¿Qué pasa con tu teléfono? —Había inquietud en

su voz, pero también hostilidad, una especie de cansancio que me apenó.

—¿Salimos a fumar?

Él se calmó un poco.

—Sí, vamos. Tienen estufas en la parte trasera.

El Golden Lion no era un pub sofisticado con comida orgánica. Feo ladrillo cuadrado de los años cincuenta, fútbol en la tele, platos tailandeses calentados en microondas y un fuerte hedor a lejía y orines procedente del lavabo prefabricado instalado en el aparcamiento, donde también había un parque infantil, un par de bancos y una estufa de exterior. Yo llevé las bebidas y Dave me siguió renqueando con su bastón. Los únicos fumadores, aparte de nosotros, eran un par de adolescentes que estaban compartiendo un canuto en lo alto del tobogán. Saludaron a Dave —«¿Todo bien?»— y se escabulleron.

—¿No es una visita de cortesía, entonces?

—Tan agudo como siempre, Dave.

Era fantástico volver a verle, aunque fuese en esas circunstancias. Le habría dicho lo mucho que lo había echado de menos, pero solo hubiera conseguido incomodarlo. Las colinas verde-grises, la llovizna incesante, el bajo cielo inglés. «No es culpa tuya, Judith.»

—¿Judith?

Me sacudí mis pensamientos.

—Perdona, Dave. Oye, me revienta irrumpir así en tu vida. Y sabes que no lo haría a menos...

—No importa. Lo sé.

Inspiré hondo. En último término, lo mejor era simplificar. Me moría de ganas de hablar con él del Caravaggio, entre otras cosas por el placer que me constaba que habría de proporcionarle la historia; pero cuanto menos supiera, mejor.

—He recibido un e-mail —añadió, antes de que yo pudiera hablar.

—¿Qué?

—Dos, de hecho. Mira.

Me mostró su móvil. El primer mensaje estaba fechado dos días atrás, justo cuando yo estaba saliendo de Ámsterdam. No había sobrescrito ni firma, y la dirección de la cuenta no tenía sentido, era solo una secuencia de letras y números en Gmail.

Leí el texto:

«Estamos intentando contactar urgentemente con la señorita Judith

Rashleigh. Por favor, responde si puede ayudarnos a localizarla.»

—Creí que era correo basura, una vulgar estafa, como esos mensajes que envían continuamente pidiendo que mandes dinero a Nigeria. Pero luego me llegó este otro.

Me acerqué la pantalla a la cara bajo el resplandor naranja de la estufa.

«Dónde está, Dave?»

Nada más.

Capítulo 15

Solo había pedido una bebida para guardar las apariencias, pero ahora me alegraba de haberlo hecho. Dave me miró expectante mientras yo daba un largo trago rojizo.

—¿Qué coño está pasando?

Si Yermolov había sido capaz de averiguar el e-mail de Dave, probablemente también habría averiguado su dirección actual. Y yo más bien dudaba de que Yury u otro de parecida calaña estuviera matando el tiempo en el jacuzzi de su hotel con un pastelito típico de Bath y una novela de Jane Austen.

—Dave, ¿dónde está tu mujer?

—¿Ahora? Ha ido a su clase de zumba. Le he dicho que bajaba al pub a ver los resultados de la liguilla de fútbol. Volverá en una hora. ¿Por qué?

—Tienes que ir a casa. Ahora mismo. Tienes que recoger una cosa y traérmela aquí. El portafolio. El portafolio en el que te envié el Richter por correo. ¿Aún lo conservas?

—¿Qué tiene eso que ver con mi parienta? No quiero que te...

No hacía falta que terminara la frase. «No quiero que te acerques a ella siquiera.»

—Por favor. Si ella no está en casa, no debería haber problema. —Rezaba para mis adentros para que fuera así.

Él se puso de pie trabajosamente.

—No sé si lo tengo aún. Es decir, cuando lo vendí, compré un estuche diferente porque...

—Ve a buscarlo, por favor. Enseguida. Y procura darte prisa.

Me supo mal decir eso. Dave tendría que esforzarse con su pierna mala y quizá trepar por una escalera, pero no me atreví a decirle que lo acompañaba para ayudarle. Su mujer podía llegar a casa y, si la tenían vigilada, mi

presencia allí nos costaría la vida a los tres.

—No me gusta nada todo esto.

—Lo sé.

—Pero no parece que tenga mucha elección. Volveré lo antes posible.

No había tocado siquiera su cerveza. Traté de mantener una sonrisa tranquilizadora en mi rostro mientras él se alejaba hacia el aparcamiento.

¿Cuánto tardaría? ¿Y cuánto necesitaría Yermolov para enviar a alguien a su casa? ¿O ya estaban allí, esperando? Me abracé las rodillas, acurrucándome, deseando doblarme sobre mí misma y desaparecer de una vez.

Fui repasando todas las posibilidades. Tenía que ser el Richter. Yo había «adquirido» el cuadro a Moncada —bueno, se lo había vuelto a robar, en realidad—, en una operación que había sido el anzuelo que había atraído a Renaud Cleret a París. Cuando Renaud asesinó al italiano me llevé el pequeño lienzo y, más tarde, tras ocuparme de Renaud con la Glock que Dave me había proporcionado, le «vendí» el cuadro al propio Dave por una cantidad irrisoria, permitiéndole así que empezara una nueva vida. Había sido una compensación por haberle hecho perder su empleo en la Casa, pero también, debía reconocerlo, un modo de deshacerme de un dinero manchado de sangre. Dave nunca me había preguntado para qué quería la pistola, y yo no se lo había explicado, pero ambos sabíamos que el hecho de aceptar el cuadro entrañaba un peligro. Yermolov de algún modo sabía de Gentileschi, de mi vida y mi identidad en París, de la muerte de Moncada, así que podía estar enterado también de la operación del Richter. Y obviamente, había llegado a la misma conclusión que yo. No cabía duda: aquella noche había habido alguien más esperando a Moncada en la Place de l'Odéon: la persona que iba a recibir el cuadro que había en el portafolio. El Caravaggio. Pero esa persona no pudo llevárselo, porque me lo había llevado yo.

Creía que había logrado ocultar mi rastro siguiendo los consejos del *hacker*, pero, en vista del resultado, bien podría haber colgado mi paradero en Instagram. «Buena jugada, Judith.» Se abrió a mi espalda la puerta del pub y di un respingo. No. Solo era un tipo con un paquete de Benson y el *Daily Mail*. Me saludó con un gesto y se sentó a la mesa del fondo. Suponiendo que Yury estuviera reptando en plan comando por el césped del parque, al menos

habría un testigo. Si Dave tenía el portafolio, si llegaba hasta aquí, si Yermolov lo dejaba en paz, y también —por favor, por favor— dejaba en paz a su esposa, no me importaba lo que me pasara a mí.

Dave no llegaba. El hombre del periódico se fue y el encargado salió a apagar las estufas. Me puse a temblar, hice cálculos, me retorcí las manos dentro de la chaqueta para entrar en calor, pero no me atreví a moverme de allí. Era como una especie de penitencia, ese momento interminable bajo el frío inglés; si permanecía en mi sitio, Dave estaría a salvo.

Finalmente oí a mi espalda el bendito golpeteo de su bastón.

—¿Judith? Te estaba buscando dentro —me dijo en voz baja—. ¿Qué haces aquí fuera, congelándote? Ven, entremos.

—¿Dónde está tu mujer?

—Me ha enviado un mensaje. Dice que se van a comer todas a Wagamama. Qué suerte, ¿no?

—Bueno, ¿lo tienes?

—Vamos adentro.

Ahora el bar estaba vacío. El encargado todavía no había tocado la campana, pero pareció irritarse cuando fuimos a pedirle dos tazas de té porque estaba viendo un partido de fútbol: el Tottenham contra el Manchester City. Yo tenía las manos tan ateridas que apenas podía sostener la taza.

—¿Dónde está?

—Aquí. Cuando nos trasladamos, nos deshicimos de un montón de cosas. Es increíble la cantidad de trastos que encuentras por tu casa al hacer una mudanza.

El portafolio reposaba en el banco, junto a su chaqueta. Lo había dejado ahí mismo cuando había salido a buscarme. Parecía muy satisfecho. Por Dios.

—Cuando tú vendiste el cuadro —le pregunté—, ¿cómo figuraba en el catálogo?

—«Propiedad de un caballero», por supuesto.

Ambos sonreímos por el chiste.

—Pero cuando trataron contigo y te pagaron y demás —añadí— debieron de tomar tus datos, tu cuenta bancaria y todo, ¿no?

—Claro. Era un cuadro legal, ¿no? —Volvió a aparecer el pánico en su expresión.

—La venta era impecable, no te preocupes por eso. Solo estoy intentando averiguar cómo consiguieron tu dirección.

—Entonces, ¿sabes de quién son esos mensajes?

—Sí.

—¿Tiene algo que ver con la ayuda que necesitabas del contacto de Kenia?

—Exacto.

—¿Y?

¿Qué podía decirle? A Dave precisamente, que siempre se había portado bien conmigo. ¿Qué podía decirle? ¿Que había puesto su vida en peligro?

—¿Estás seguro de que no había nadie merodeando cuando has vuelto?

—Escucha, no voy a preguntarte de qué se trata. No lo voy a hacer. Pero como mi mujer...

—De acuerdo. ¿Aún tienes...? Ya me entiendes.

La inquietud que había mantenido fruncida su frente se aflojó y, de repente, volvió adoptar una expresión fría y profesional.

—Tengo licencia para mi escopeta, sí. Practico un poco la caza. ¿Te parece mal?

—Sí. Pero ahora es mejor que la tengas. Cuando vuelva tu mujer, cierra bien la casa. Si se presenta alguien, si alguien pregunta, diles que me has visto. Diles que me has dado esto... —señalé con la barbilla el portafolio negro de nailon que tenía a su lado— y que me he ido de inmediato. Que he subido a un taxi que me estaba esperando. Tú no has abierto el portafolio, no sabes qué hay dentro. Y... ¿podrías largarte unos días?

Él me miró, reflexionando; luego asintió.

—Sí, seguramente.

Nunca me había alegrado tanto de que la esencia misma de mi amistad con Dave fuera el silencio.

—Bien, pues. Me marchó enseguida. Lo siento mucho.

—Bueno, entonces ya me voy. Pero... ¿tú estás bien? Quiero decir, de dinero.

—Te quiero. —Él arqueó una ceja—. Hablo en serio. Pero estoy bien, gracias.

—Tengo otra cosa.

Me dio un grueso sobre marrón de tamaño folio. Noté que había un fajo de hojas dentro.

—He pensado que quizá podrías echarle un vistazo —dijo con timidez—. He estado escribiendo un libro.

—¿En serio? ¿De qué trata?

—Es sobre mí, supongo. He estado ayudando en un centro para tipos que estuvieron en el servicio, ¿sabes?

Dave había perdido una pierna en el Golfo. Era típico de él ofrecerse como voluntario para ayudar a otros que habían perdido todavía más.

—Y una de esas, hmm, terapeutas, supongo que debería llamarlas así, me propuso que intentara escribir algo. Sobre los cuadros, en realidad. Sobre cómo pueden ayudar.

«¡Ojalá solo sirvieran para eso!»

—¡Qué bien, Dave! Es magnífico. Me encantará leerlo, si tú quieres. Gracias. Aunque... probablemente lo mejor sea que no nos pongamos en contacto durante un tiempo. Pero te prometo que lo leeré. Y tengo algo para ti.

Saqué el libro que había comprado en la estación de Paddington. Dave sentía auténtica pasión por las historias morbosas de crímenes reales.

—*La sombra que me acompaña*. Una nueva biografía de Ted Bundy. Por los viejos tiempos.

Mientras se iba, sonó un fragor procedente de la televisión. Yo lo había acompañado a la puerta; lo llamé cuando ya estaba a media calle y él se volvió bajo el resplandor de una farola.

—El Manchester City. Acaban de ganar por dos a uno.

Él me lanzó un gesto. Miré cómo se alejaba y luego me apresuré a subir con el portafolio. Repasando mis pertenencias en la cutre habitación del pub, me sentí patéticamente mal equipada. Me quedaban unos catorce mil euros en metálico, el portafolio y poco más que pudiera serme útil. Mi reloj, supuse; mi precioso Vacheron. Le eché un vistazo y vi que eran casi las once de la noche. No tenía sentido intentar volver a Bath y luego a Londres a estas horas. En la cartera tenía el resguardo de un casillero de equipaje de la estación de Lille, donde había dejado mi pistola Caracal, tras desmontarla en un cubículo del baño de mujeres e introducir las partes en un neceser de plástico Hello Kitty que había comprado en el Relais H. Lo cual significaba que tenía que volver vía Lille. Qué coñazo. Pero habría sido una locura tratar de atravesar el control de seguridad internacional en una estación francesa con tres documentos de identidad y un arma.

Abajo, el pub se hallaba en silencio, con la televisión apagada; solo me llegaba el zumbido del lavaplatos de detrás de la barra. Me sobresalté otra vez cuando oí un coche afuera, reduciendo la marcha, pues sonaba muy ruidoso

en la densa oscuridad del campo. Me senté instintivamente detrás de la puerta, conteniendo el aliento, esperando oír abajo un portazo y unos pasos pesados en la escalera, pero el conductor cambió de marcha y se perdió en la noche. Yo no había encendido la lámpara principal. Crucé la reducida habitación a gatas y aparté el visillo amarillento. Nada, solo la calle del pueblo, los cercos de luz de las farolas y alguna que otra ventana iluminada por el resplandor azul de una televisión. Me estiré, intenté relajarme, pero no podía dejar de pensar en los mensajes que Dave había recibido. Algo se me escapaba. ¿Por qué habría actuado así Yermolov? Parecía demasiado... ineficiente. Si lo que quería era amenazar a Dave, lo habría amenazado. Tal como había hecho con mi piso, con la galería, con la pobre Masha. Esos mensajes más bien parecían obra de alguien con menos recursos: de alguien que pretendía sacar información, no de alguien que tenía a sus órdenes un pequeño ejército privado. Me alegraba de haberle dicho a Dave que tomara precauciones, pero había algo que no acababa de encajar. ¿Por qué no habían entrado en su casa a robar? Quizá Yermolov pensaba que Dave, en caso de que tuviera el cuadro, se asustaría y trataría de ponerse en contacto conmigo. Por lo que me había dicho el sombrero gris, de esta manera tal vez lograría interceptarme. ¿Y si los mensajes eran solo un señuelo? ¿Una forma de despistarme? Quizás en este mismo momento un coche subía en dirección norte por la autopista hacia Liverpool, hacia mi madre...

Zersetzung. Yermolov estaba confundiéndome, tratando de acorralarme para que acabara cayendo en sus manos. No podía permitirselo. Ahora yo tenía el cuadro, lo cual significaba que había logrado alterar significativamente la situación. Debía conservar la calma, aunque ese era el consejo más irritante que se me podía ocurrir. ¿Por qué mierda debía calmarme? Me obligué a darme la ducha que llevaba deseando desde la mañana. Luego me recogí el pelo con una toalla, me puse una camiseta y unas bragas y me sequé bien las manos, sin ponerme crema, antes de volver a acercarme al portafolio.

Había tardado bastante en deducir lo que debía de haber sucedido, pero estaba segura de que el portafolio que tenía delante no era el que yo había llevado al hotel de la Place de l'Odéon. Yo había dejado el original sobre la cama de la habitación de Moncada, y había sido mientras él permanecía agachado para examinar el cuadro cuando Renaud había irrumpido bruscamente, interrumpiendo nuestra reunión. La lucha entre ambos me

impidió darme cuenta de que Moncada había trasladado el cuadro a un portafolio similar que se había traído: el que contenía el Caravaggio. Recordé las instrucciones que Renaud me dio a gritos: «¡Deprisa, llévatelo todo! El cuadro también». Yo había cogido el portafolio sin reparar en el cambio. A decir verdad, entre la presencia del cadáver y la inminente llegada de la policía, estaba un tanto enloquecida.

Tal como esperaba, el compartimento principal, que Moncada había destinado al Richter, estaba vacío. Usando la punta roma de mis pinzas para las pestañas, abrí con mucho cuidado un pequeño orificio en el forro de nailon y luego, milímetro a milímetro, fui desgarrándolo hasta que pude sacar el delgado paquete de cartón encerado oculto en el forro. El cartón estaba pegado con cinta adhesiva por el borde. Puse a calentar el hervidor del servicio de té y sostuve la cinta unos quince centímetros por encima del chorro de vapor para que se aflojara; luego la despegué lentamente. Cuando vi lo que había dentro, a pesar de la espantosa locura de mi situación, me eché a reír.

En cuanto desperté, salí a correr. Siete u ocho kilómetros bajo la llovizna helada por la carretera principal de Bath, entre los humos de los camiones y las miradas despectivas de los conductores de autocares escolares, pateando el asfalto hasta que me ardieron los pulmones y se me despejó la cabeza. Cuando llegué empapada al pub, el encargado estaba pasando el aspirador y escuchando Radio 2. Le pedí un desayuno inglés completo —salchichas, beicon, tomates asados, judías en salsa de tomate, champiñones, huevos fritos y pan tostado—, y volví a usar el teléfono fijo para pedir un taxi a Bath. Una hora después, el Caravaggio y yo estábamos en marcha. Cerca de la estación, entré en un Costa Coffee y me instalé en la mesa de la esquina con un teléfono de prepago y un horrible *frappuccino* de caramelo. Limpiando con la manga los restos de azúcar de la mesa, saqué la libreta donde había anotado todos mis contactos antes de salir de Venecia y marqué el número de Kazbich. No esperaba que respondiera y, en efecto, se puso a sonar con los largos y lentos timbrados de un teléfono europeo antes de que saltara el buzón de voz automático. Yo ya había ensayado el mensaje en el taxi.

«Doctor Kazbich, ya sabe quién soy. Tengo lo que su jefe quiere. Volveré a llamar. No busque en Inglaterra. Si lo hace, lo destruiré. Lo he visto, así que

ya sabe que sé cómo hacerlo.»

Por la acera de enfrente paseaban chicos de pueblo aburridos con sus mejores imitaciones de la ropa de moda y un grupo de señoras americanas de tour, con ejemplares de *La abadía de Northanger* bajo el brazo. Le mandé un mensaje de texto a Dave, cuyo número me sabía de memoria:

«Confírmame que todo va bien. Te llamaré dentro de unos días. Gracias por todo, como siempre. Besos.»

Esperé, volteando el móvil como si fuera un naipe, hasta que Dave me devolvió el mensaje.

«Todo tranquilo por ahora. Cuídate. Besos.»

Luego entré en el baño para discapacitados, cerré la puerta, envolví el pequeño móvil en papel higiénico y lo metí en el cubo de toallas sanitarias. «A ver si lo encuentras, Yury.»

La noche en que Moncada había muerto, ¿quién estaba enterado de su presencia en el hotel de la Place de l'Odéon? Yo, Moncada y Renaud Cleret, ninguno de los cuales podía hablar. Romero da Silva, el compañero de Renaud en la policía italiana. Y la persona que iba a recoger el cuadro. ¿Quién era esa persona?, ¿y quién la había enviado? Balensky o Yermolov, tenía que ser. Pero Yermolov también estaba informado sobre mí, sobre Gentileschi. Lógicamente, esa persona debía de ser el eslabón que faltaba, el testigo que había deducido de algún modo la conexión y le había hablado a Yermolov de mí. ¿Se trataba de Kazbich o de otro? Hasta que no lo supiera, no estaría a salvo. No bastaría con devolver el cuadro. Así que debía regresar a París. Vía Lille, la jodida Lille.

Capítulo 16

*D*os días más tarde, mientras cruzaba las Tuileries hacia la Place de la Concorde, recordé la primera vez que había hablado con Renaud Cleret en un banco gélido frente a los jardines. Es extraño cómo funciona la memoria, lo que se escapa y lo que permanece. Renaud me había tomado por boba y yo se lo había hecho pagar como es debido, pero mientras mis botas crujían sobre los pulcros senderos de grava, no podía dejar de pensar en los buenos momentos que habíamos pasado juntos: saliendo de compras al mercado y volviendo cargados de bolsas a mi antiguo piso cerca del Pantheon; corriendo por la hierba húmeda de los jardines de Luxembourg (él persiguiéndome pesadamente); leyendo los periódicos en silencio mientras el sol trazaba franjas de luz en las tablas del suelo. Sin embargo, puesto que lo más parecido a una relación que había conocido en mi vida terminó con una decapitación, un terapeuta habría sugerido que tenía problemas para comprometerme. Pasé junto al banco en el que Renaud me había abrigado con su chaqueta y me había chantajeado para que le ayudara. Durante unos momentos, me detuve y permanecí allí, entre los humos del denso tráfico, acariciando lentamente el respaldo verde de madera.

Nada más llegar a París me había agenciado un móvil nuevo y un portátil, pagándolos, obviamente, con mi menguante dinero en efectivo. Yo ya había visto los reportajes sobre la muerte de Moncada mucho antes de que Elena Yermolov me mostrase una copia para refrescarme la memoria, pero aun así los revisé una vez más. La impresión que sacabas en conjunto era que la policía parecía curiosamente indiferente respecto al caso. La prensa francesa simplemente informó de la investigación de la muerte de un hombre en un hotel de París, pero sin citar su nombre; luego salieron otras informaciones aclarando que era de nacionalidad italiana. Después, nada más. La prensa

italiana no hizo la menor alusión al asesinato. Busqué los resultados de las investigaciones forenses llevadas a cabo en torno a esa fecha, pero fue en vano. La burocracia fronteriza entre dos naciones poseídas por la pasión del papeleo era tan lenta como para echarse a llorar. Por lo que pude deducir de una guía práctica para expatriar cadáveres de ciudadanos no franceses, era posible que la investigación forense se hubiera llevado a cabo en Italia, aunque no necesariamente con acceso al expediente judicial francés. La documentación requerida para rastrear un cadáver era implacable y desembocaba, en apariencia, en un círculo vicioso. Si tu abuela fallecía en un tour en autocar por la Dordoña, la probabilidad de que su cuerpo pudiera extraviarse resultaba alarmante. Yo había supuesto en aquel momento que el colega de Renaud, Da Silva, había logrado silenciar todo el asunto para proteger a su amigo, y daba la impresión de que no me había equivocado.

Con Ivan Kazbich no había conseguido avanzar nada. Aparte de una minimalista página web de su galería en Belgrado, que manejaba una combinación de iconos ortodoxos y de piezas contemporáneas convencionales, Kazbich venía a ser en Internet como un agujero negro. Ninguna foto, ninguna información. Me inspiraba curiosidad que un hombre que durante tanto tiempo había sido un marchante destacado —lo bastante destacado como para trabajar con tipos como Yermolov— hubiera dejado tan poco rastro, pero aunque malgasté horas buscando referencias cruzadas con términos cada vez más improbables, no conseguí sacar nada. También había pasado varias veces por la Place de l'Odéon, confiando en que al ver el hotel tal vez se me despertara algún recuerdo, alguna secuencia lógica, pero suponiendo que hubiera alguna clave marginal, estaba bien sepultada en mi cerebro.

Así que ahora me encontraba vagando por las atracciones turísticas, sin la menor idea de por dónde debía seguir buscando. Tampoco ayudaba mucho el hecho de que París y yo prácticamente no nos habláramos. La ciudad que tanto había amado en su día me había traicionado con un montón de fantasmas. Si has vivido en cualquier parte durante un tiempo, el lugar se convierte quizás inevitablemente en un palimpsesto en el que se hallan inscritas las sombras de tus antiguos yoes. Sucio, atestado, plagado de coches, París se mofaba de mí con mis viejas encarnaciones, todas las cuales me parecían preferibles a la actual. Yo había vivido allí brevemente cuando era estudiante, había vuelto después para abrir mi galería y había pasado unas

intensas semanas con Renaud, mi amante y mi mayor enemigo en potencia. Y por más que tratara de evitar esos viejos fantasmas, seguían viniendo a atormentarme.

Una tarde, en la Rue de Turenne, en el Marais, estaba en una boutique revolviendo entre un montón de sudaderas de precios desorbitados cuando vislumbré el reflejo de Yvette en un espejo. Yvette era una estilista que había sido durante un tiempo una especie de amiga; o al menos me había sido útil, y aún seguía viva. Había estado conmigo en nuestra guarida habitual, un club de intercambio de parejas llamado La Lumière, la noche infortunada en la que yo había tenido que matar de un tiro al dueño. La boutique era muy pequeña e Yvette estaba en el camino hacia la puerta, tratando de convencer lánguidamente a la dependienta de que debía seleccionar unas prendas para un «rodaje». Ahora llevaba el pelo entretejido en una pirámide de mechones de color azul cobalto, a juego con el tono de las altas botas de *cowboy* Vetements que sin duda debía de haber birlado en algún plató. Sonreí al comprobar que seguía en su rollo de siempre, pero hundí la cabeza entre las sudaderas, rezando para que se marchara sin verme. Lo cual sirvió, por supuesto, para que me viera de inmediato.

—¿Lauren?

Como Steve, Yvette me había conocido por mi segundo nombre auténtico. Yo mantuve una expresión imperturbable, estirándome la manga del abrigo para tapar mi reloj de pulsera, lo único que llevaba encima que ella podría haber reconocido.

—¿Disculpe? —dije en inglés.

—*Mais, c'est toi, non?*

—Disculpe. No hablo francés. —Sonreí amablemente, como la típica inglesa monolingüe.

—Ah. Perdone —respondió ella, con un inglés inequívocamente afrancesado, y volvió a sus negociaciones. Me fui hacia la puerta, saludando a la dependienta.

—¡Gracias! —gorjeé alegremente, pero Yvette me dirigió una mirada larga y calculadora cuando pasaba por su lado, y yo sentí sus ojos en mi espalda a lo largo de toda la calle. Al menos eso era una novedad: sus ojos no eran como los que yo sentía que no me perdían ni un momento de vista. Porque en mis paseos por esa ciudad ahora perdida para mí, iba constantemente acompañada por la desquiciante sombra imaginaria de los matones de

Yermolov.

Había pagado por adelantado una estancia de dos semanas en el Herse d'Or, no lejos de la estación de la Bastille y de los preciosos jardines de la Place des Vosges. Las resonancias de «Herse» me divertían,² y el precio era relativamente barato: cien euros por noche. Mi fajo de billetes iba disminuyendo a un ritmo alarmante, y no sabía cuánto tiempo habría de sustentarme con él. La puerta de mi habitación tenía cerrojo y cadena, pero no creía que me sirvieran de mucho en la eventualidad de una visita de Yury, y los finos tabiques hacían que me pasara la noche en un sudoroso frenesí paranoico, despertándome cada vez que oía movimiento en el rellano. Siempre que entraba o salía le pedía al conserje chino que mirase si había habido visitas o mensajes. Me gustaba imaginar que el tipo quizá me veía románticamente como una amante desesperada aguardando una cita, aunque en el fondo sabía que para él yo no era más que una irritante interrupción en sus partidas de póquer *online*. Mi conversación con el hombre de Dave en Kenia me había tranquilizado, confirmándome que desde el punto de vista lógico la probabilidad de que Yermolov me localizase era baja; pero la lógica es una pobre defensa contra el insomnio. Había demasiados cabos sueltos, demasiados datos que aún ignoraba. A las cuatro de la madrugada, hasta Yvette me parecía una amenaza. Intenté adoptar una especie de rutina — correr junto al río, caminar hasta la Rue Vivienne, detrás del Palais Royal, para usar los ordenadores de la biblioteca, hacer un pícnic para cenar con los víveres comprados en el Franprix del barrio—, pero al cabo de unos cuantos días me dolían todas las articulaciones de pura ansiedad.

De ahí el tonificante recorrido a paso vivo que hice una tarde a través del Louvre, para terminar sentada en un banco, tan embobada como una palurda de pueblo. Había venido desde la biblioteca de la Rue Vivienne, tras varias horas revisando las microfichas de los artículos de la prensa francesa donde figuraba la palabra «oligarcas». Habría sido mucho más fácil registrarme y acceder *online*, pero eso estaba descartado en mi actual encarnación «solo-en-metálico». Pretendía hallar algún dato sobre lo que una persona conectada con Yermolov o Balensky habría podido estar haciendo en París durante mi anterior estancia allí. No tenía demasiadas esperanzas de encontrar nada, pero resultó que en un artículo de *Le Figaro* —el periódico que tanto le gustaba a

Renaud— aparecía mencionado Balensky. El Hombre del Stan había sido fotografiado en las honras fúnebres de Oskar Ralewski, un abogado polaco-parisino que había fallecido al estrellarse su pequeño avión privado durante un viaje a Suiza, en un trágico accidente que se había cobrado también la vida del piloto. Entre los asistentes a la ceremonia, celebrada en la catedral ortodoxa Nevsky de la Rue Daru, figuraba un tal Pavel Yermolov. Los dos hombres se habían cuidado de no fotografiarse juntos, pero el artículo señalaba maliciosamente que el bufete de Ralewski había representado a una serie de nuevos millonarios rusos. Incluso citaba a un periodista británico, autor de un libro sensacionalista sobre la penetración del dinero ruso en los escalones más altos de la política europea, que había insinuado que la muerte de Ralewski podría no haber sido un accidente. A falta de algo mejor que hacer, decidí pasarme por la librería inglesa de la Rue de Rivoli para ver si tenían un ejemplar. Me levanté del banco y me estiré, sacudiéndome el recuerdo del olor de la chaqueta de Renaud como si fuese una telaraña.

La biografía de Bruce Eakin lo describía como un «cruzado *freelance* de la web», nada menos. La cubierta de color rosa chillón de su libro prometía revelaciones obtenidas de primera mano sobre la «secta» de los oligarcas, bajo una ametralladora humeante y un montón tambaleante de euros, por si alguien no había acabado de captar la idea. Hojeando las páginas, no parecía que la investigación de Bruce lo hubiera llevado mucho más allá del desván de sus padres, pues la mayoría de las «revelaciones» no eran más que refritos de recorta y pega de fantasías que ya circulaban ampliamente por la web. Había un índice onomástico al final, y busqué el nombre de Ralewski para leer ese pasaje. El abogado había mantenido una estrecha relación profesional con Balensky y Yermolov, así como con un buen número de compatriotas suyos, y Bruce examinaba ávidamente los detalles del accidente. Hacía todo lo posible para que las circunstancias sonaran de un modo siniestro, pero dado que el avión se había estrellado en los Alpes en medio de una tormenta con visibilidad nula, pensé que tal vez el pobre Ralewski solo había sido víctima de la mala suerte. La foto de Balensky aparecía reproducida en el libro. Estudié aquella cara leñosa una vez más. Junto a Balensky, estrechándole la mano, había un hombre alto de pelo gris. El pie de foto decía: «Balensky con Édouard Guiche, socio del bufete Saccard Rougon

Busch, durante las honras fúnebres de Ralewski». Volví a mirar el índice, pero Guiche no aparecía. Dejé el libro en su sitio, bajo la atenta mirada de la chica de la caja, y di una vuelta por la sección de arte. Había venido aquí con frecuencia cuando estaba estudiando en París, antes de que los sonidos de la lengua francesa empezaran a cobrar sentido para mí, y me dedicaba a leer todo lo que podía de aquellos libros inasequibles hasta que me ahuyentaba la mirada de una dependienta similar.

¿Qué se escapa, qué permanece? Guiche era un reconocido abogado del bufete que había representado a Balensky en Francia. Quizá, puesto que Yermolov había asistido a las honras fúnebres del infortunado colega de Guiche, era posible que el bufete también lo hubiera representado a él. No era mucho, pero era la primera conexión real que había encontrado. Volví a la caja y Bruce consiguió vender un ejemplar, a fin de cuentas. Me tomé en Angelina's, en la misma calle, un chocolate caliente (tan espeso que la cuchara se aguantaba encima), eché un vistazo rápido *online* y me dirigí a la Place des Victoires, en el límite del primer *arrondissement*, donde las oficinas de Saccard Rougon Busch ocupaban un edificio Luis XIV frente a la estatua del rey. El bufete figuraba en un «círculo mágico» de abogados franceses de élite, especializados en «Rentas y Adquisiciones de Categoría». No parecía muy inteligente llamar al timbre y preguntar si *monsieur* Guiche estaba disponible sin contar antes con una buena historia, así que permanecí fuera al acecho, alternando las miradas a los escaparates de las elegantes boutiques de la manzana con vistazos disimulados a la puerta de la firma, que se abría de vez en cuando para dejar entrar o salir a una serie de caballeros más o menos idénticos con trajes oscuros de corte impecable. Al cabo de una hora, fui recompensada con un atisbo del mismísimo Édouard Guiche en persona, mientras salía acompañado de una colega y subía con ella a un taxi que estaba esperando y que arrancó de inmediato. La tentación de parar a otro taxi y pedirle al conductor que los siguiera resultaba irresistible, pero es imposible encontrar un maldito taxi en París, así que volví apesadumbrada al hotel y continué investigando.

Tras varios intentos encontré una serie de páginas web del Colegio de Abogados en las que pude averiguar que Édouard Guiche se había convertido tras el fallecimiento de Ralewski en socio de Saccard Rougon Busch; también que, durante la pasada década, la firma había intervenido a través de una compañía suiza en operaciones de compraventa de propiedades: en concreto,

de edificios residenciales en París, en Clermont-Ferrand y en la Costa Azul. Un poco más de rastreo y descubrí que la compañía suiza tenía registrado como director a Balensky y que varios municipios franceses habían emitido permisos de trabajo para sus empleados. Probé en algunas páginas rusas, pero mi vocabulario sencillamente no estaba a la altura. En conjunto, todo lo que había encontrado parecía relativamente trivial para un *oligarche*, porque ya era de suponer que alguien con la fortuna y los intereses de un Balensky —o de un Yermolov— tuviera ejércitos de abogados disponibles por todo el mundo. No creía que Guiche pudiera ayudarme a aclarar lo sucedido en la Place de l'Odéon, pero lo cierto es que en mi búsqueda del misterioso testigo de aquella noche no tenía mucho más para seguir investigando.

Por todo ello volví a apostarme durante los días siguientes en la Place des Victoires. A las cinco de la tarde del tercer día, Guiche salió de la oficina y echó a andar hacia el río, caminando a paso vivo con lo que parecía un abultado maletín. Yo no sabía gran cosa de técnicas de vigilancia, salvo lo que había aprendido en las novelas de espías, pero seguirle no resultaba difícil, sobre todo porque sus zapatos Aubercy hechos a mano llevaban placas metálicas en los tacones, que resonaban en las losas del pavimento igual que unos tacones de aguja. Era bastante gracioso, de hecho. Guiche se dirigió hacia el Hôtel de Ville, cruzó el Pont Marie a la Île Saint-Louis y siguió a la izquierda por el Quai d'Anjou. Yo había cruzado a la isla la primera noche que había hablado con Renaud; y también la última, cuando había tirado su cabeza a la corriente del Sena. Qué despedida tan larga.

Guiche hizo un alto y sacó el móvil, tecleó y habló unos momentos, examinando todo el rato la calle y el río, como si estuviera buscando a alguien. ¿Me habría visto? Luego siguió adelante, ahora más despacio, guardando el móvil y sacando un manojito de llaves que destellaron sobre el fondo oscuro de su chaqueta. Entonces, ¿se iba a casa? Se detuvo ante un edificio al final del *quai*, cerca de la esquina del noreste de la isla, y entonces sucedió algo. Guiche había depositado el maletín en el suelo y ya estaba abriendo la sencilla puerta negra de la calle cuando un hombre joven que venía del Pont de Sully lo llamó. Él giró sobre sus talones, reconoció claramente al joven y le hizo señas de que se alejara. Me acerqué, mirando hacia el río y sacando mi propio móvil, como si fuese una turista filmando los barcos que pasaban. Activé la aplicación de Espejo y los observé a los dos por encima del hombro.

El joven que se había acercado a Guiche era en realidad un chico, tendría veinte o veintiuno. El pelo oscuro, la cara cruelmente bella y un cuerpo de *ballerino* cuyas tensas líneas se dibujaron con claridad cuando su chaqueta (una vieja Valentino azul, con llamativas tachuelas en el cuello) se abrió bruscamente al intentar que el reticente abogado se volviera a mirarlo. En la depravación que bailaba en torno a su boca carnosa había algo que me recordó al bello y burlón Cupido de Caravaggio. Un reloj de oro destellaba en la muñeca del chico, aunque sus pantalones y sus zapatos eran de aspecto barato. Interesante. Guiche se volvió para hablar con él. No parecía que discutieran; era más bien como si el chico le estuviera pidiendo algo con una expresión entre mimosa y suplicante. Guiche meneó la cabeza y abrió la puerta, pero pareció ceder y se giró para añadir algo. El chico asintió y se marchó por donde yo había venido, caminando por el otro lado de la acera. La puerta se cerró. Me volví, guardé el móvil y me acerqué al edificio. Me detuve de golpe cuando la puerta se abrió otra vez con un clic. Guiche, sin embargo, solo tenía ojos para el chico. Desde el umbral, miró cómo se iba alejando hasta doblar por la Rue Saint-Louis en l'Île y perderse de vista. En cuanto oí que la puerta se cerraba de nuevo, corrí para seguir al chico y giré a la izquierda, entrando en la calle principal de la isla, bastante transitada ahora que empezaba a oscurecer por gente que volvía de la compra y turistas en busca de restaurante. Escruté las aceras, tratando de localizar el destello dorado de la muñeca del joven. Ya estaba a la mitad del puente, en dirección a Notre Dame. Aceleré. Vi con alivio que se paraba para encender un cigarrillo y contemplaba el Sena con expresión ceñuda. Sabe que es hermoso.

Mientras fumaba, saqué una pashmina barata de vistoso color naranja que me había comprado un rato antes en uno de los puestos junto al río, con la intención de usarla como camuflaje para seguir a Guiche. Ahora, si el chico me veía, sus ojos se fijarían únicamente en la pashmina y yo volvería a ser invisible cuando me la quitara. Al menos eso dice John le Carré. Al terminar el cigarrillo, el chico tiró la colilla al río, echó un vistazo pensativo a su móvil y se puso en marcha. La actividad de acechar era divertida, debía reconocerlo. «Estar en el centro del mundo y permanecer, sin embargo, oculto al mundo... El espectador es un príncipe que disfruta en todas partes de su incógnito.» Quizá era esta la sensación que más me gustaba, el profundo aislamiento del anonimato absoluto, cuando nadie sabe quién eres ni dónde estás.

Seguí al chico fácilmente hasta la fuente Saint-Michel, y luego por las callejuelas del Barrio Latino, lleno de rótulos chillones de garitos de kebab. Ahora hacía frío, así que me alegré al ver que entraba en uno de los garitos y lo seguí al cabo de un momento al interior caldeado y grasiento. Fingí que examinaba el menú mientras él le estrechaba la mano a través del mostrador a un joven atareado con la freidora, que le decía algo en árabe. Esperé en la cola mientras ellos charlaban sin prestar atención a la clientela, que se iba impacientando por momentos. Finalmente, el empleado se encogió de hombros, preparó un kebab de pollo con una gran porción de ensalada y patatas fritas embutida en el pan de pita, y se lo ofreció con un guiño. Cuando el chico extendió el brazo para cogerlo, observé que el reloj era un Rolex. Parecía auténtico. ¿Cómo era posible que un joven con un reloj semejante estuviera gorreando un *shawarma*? Salió afuera a comérselo y se instaló en el taburete de una de las mesas altas. Mientras me bebía el café que había pedido, observé cómo abría el kebab y se iba metiendo trozos en la boca meticulosamente, procurando no mancharse la ropa ni las manos. Luego nos pusimos otra vez en marcha; primero entramos en un McDonald's de la misma calle, donde se coló para usar el baño; luego volvimos al río, tomamos hacia el este, en dirección al Centro Pompidou, y continuamos hacia el este de nuevo. Era fácil de seguir, porque se paraba a mirar el móvil cada dos o tres manzanas, pero la caminata empezaba a resultar larga y, aunque yo tenía la boca seca por el expreso, no quería parar a comprar agua para que no se me escapase. Vagabundé durante una hora más o menos. Pasaban de las ocho cuando finalmente se sentó en la terraza de un café de Belleville. Era una parte de la ciudad que en mis tiempos no se me habría ocurrido conocer. Hasta las mesas del café daban la impresión de encogerse con desdén frente a la degradación del barrio. Me quité de mala gana la pashmina y ocupé una mesa en el otro extremo de la terraza. El camarero no tenía prisa en atender a nadie; al final, me sirvió un horrible Beaujolais a mí y un Ricard al chico. Bueno para el aliento. Estiré mi bebida tanto como él, aunque aquello se me hizo larguísimo. Él manipulaba su móvil ociosamente; yo me puse a leer el último libro de Houellebecq, entre vistazos disimulados y sorbitos dados con repugnancia.

Estaba segura de que no había reparado en mí hasta ahora, pero ya solo quedaban otras dos mesas ocupadas en la terraza y, de repente, mientras pasaba una página, sentí sus ojos sobre mí. Alcé los míos y le sostuve la

mirada unos instantes. Fingir que estaba distraída habría podido parecer poco natural. Sus tupidas pestañas negras descendieron y aletearon seductoramente. Volví a bajar la vista al libro. Al cabo de un rato, se levantó. Yo ya había dejado unas monedas en el platito, lista para arrancar cuando él lo hiciera, pero ahora me detuve y me recogí el pelo en una cola mientras lo veía caminar hacia la esquina con paso decidido. No cabía duda: había estado matando el tiempo; ahora sí tenía a dónde ir. Me mantuve a treinta metros de distancia, pero sin perderlo de vista, esquivando a una mujer vestida con una vistosa túnica africana que empujaba un cochecito y al conductor de un camión frigorífico que estaba descargando frente a una carnicería *halal*. El chico dobló por una calle sin salida flanqueada de casas grises, entre las cuales irrumpía perpendicularmente un bloque moderno brutal, que incluso para los baremos del décimo *arrondissement* resultaba chillón. En un umbral, sentado a una mesa bajo la luz parpadeante de un neón, un anciano árabe con chilaba parda jugaba absorto un solitario. Capté un alarmante destello de oro en su dentadura cuando saludó al chico, que entró en el vestíbulo y descendió por unas escaleras hacia la derecha, por debajo de un cartel de SALIDA. Quizás era ahí donde vivía.

El viejo no levantó la vista de las cartas cuando me acerqué.

—¿Eres amiga de Olivier? —dijo, tuteándome familiarmente.

—Hmm, sí. —A saber quién era Olivier.

—Veinte.

—Le di un billete y seguí al chico.

En la época en la que Caravaggio pintaba, cuando estaban surgiendo infinidad de novedades en todos los terrenos, había una en particular cuya corriente discurría bajo la superficie de la vida cotidiana de toda Europa, desde las estepas eslavas hasta las diminutas parcelas rurales de Inglaterra. Los iniciados lo llamaban «acecho», el territorio sombrío del espionaje, y hay que decir que sus métodos no eran más sofisticados que la tinta de zumo de limón y los códigos en latín, y que su velocidad se reducía a la de un caballo al galope; pero tenía el poder suficiente para modificar las fronteras de los reinos, para masacrar poblaciones enteras, para elegir a un papa o difamar a una reina. Nos habría ido muy bien en ese mundo, pensé más tarde, a los que frecuentábamos *la nuit*. Sabíamos reconocer a los nuestros y también

mantener nuestros secretos, al menos hasta la mañana siguiente. Yo frecuenté aquel mundo cuando viví la otra vez en París; Renaud me encontró allí. Y ahora, aquí, al pie de una escalera de hormigón que apestaba a meados, detrás de una lavandería abandonada, volvía una vez más a casa.

Aquello estaba a años luz de los clubs ostentosos a los que iba con Yvette, aunque habría sido una mina de oro para los hipster de Londres o Manhattan. Una vez que dejabas atrás los antiguos barreños y el espantoso lavabo, el sótano resultaba cutre pero se parecía a muchos otros sitios, salvo por un detalle: el papel rojo aterciopelado de las paredes no estaba puesto con intención irónica. Me gustó de inmediato el ambiente: una mezcla de libertinos de *banlieue* con ojos como platos, de bohemios del París fino en salida de exploración y de perplejos travestidos arreglados como una pandilla de bibliotecarias extraviadas, con la barba incipiente oculta bajo una espesa capa de maquillaje y unos zapatos de tacón del cuarenta y dos, que se asfixiaban en una cultura donde de repente se requería que te cortaras la polla para demostrar tu compromiso. Un panorama deprimente, en conjunto, aunque eso también me gustaba.

El lugar, obviamente, era más un prostíbulo que un auténtico club de parejas: unos ejecutivos de medio pelo, vestidos con trajes baratos, ojeaban nerviosos a un corrillo de jovencuelos que se contoneaban y hacían mohínes en la barra. No me sorprendió que mi presa se uniera al grupito. Ya daba esa impresión por su aspecto. Al cabo de un rato, se excusó ante sus compinches y desapareció en lo que debía de ser el cuarto oscuro con un tipo joven que lo siguió tras las cortinas de terciopelo jugueteando nerviosamente con su alianza. No tardaron más de diez minutos en reaparecer. Para entonces ya había descubierto que el bueno de «Olivier» tenía una reserva de bourbon Maker's Mark. El cliente se escabulló, decidido a arrancar su Renault cuanto antes y a recorrer el culpable camino de vuelta hasta los barrios residenciales. Mi chico salió poco después. No me molesté en seguirlo; ya tenía material de sobras para reflexionar. Además, me apetecía tomarme otra copa. Acaso demasiadas copas. Pensé que era perfectamente capaz de adoptar ese papel: nunca se me había ocurrido que reuniera la disciplina necesaria para el alcoholismo, pero la verdad era que tenía un buen montón de mierdas que olvidar.

Entre sorbo y sorbo, pensé en Guiche y en el chico, preguntándome cuál sería su relación. Guiche trabajaba para Balensky y posiblemente para

Yermolov. Las cosas le iban bien, no cabía duda, si vivía en la Île Saint-Louis, y yo no creía que los chaperos pudieran formar parte de su círculo de relaciones habitual. La primera vez que vi a Balensky, durante el verano que pasé en el barco de Steve, oí rumores sobre su vida privada: cotilleos sobre fiestas con chicos en la casa que el oligarca tenía en Marruecos. Tal vez Guiche fuese gay, bueno, ¿y qué? Rusia era bien conocida por su intolerancia frente a la homosexualidad, pero esto era Francia. Pedí otro bourbon, ahora sin hielo.

Debía averiguar quién le había revelado mi pasado a Yermolov. Kazbich ya debía de haberle comunicado a estas alturas que yo tenía el cuadro, pero no estaba dispuesta a ceder mi única baza de negociación hasta que llegara al fondo del asunto. Si intentaba devolverlo podía acabar asesinada; o si no, detenida. La relación del chico con Guiche era la otra carta que podía usar como palanca. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan impotente, y era Yermolov quien lo había conseguido: el mismo Yermolov que no me había considerado a la altura de sus cuadros. Sin embargo, ahora yo tenía el cuadro que él más deseaba, ¿no? La tercera pieza que debía complementar los Botticelli de su galería. La frustración que debía de sentir por el hecho de que hubiera escapado hasta ahora de sus garras me procuró un patético regocijo. ¿Quién era Yermolov para menospreciarme? Él no era el único capaz de ser despiadado. Alcé el vaso, en un tembloroso brindis a Alvin, y apuré el resto de la bebida. Había algo furioso en mi modo de sujetar el vaso, sin embargo, y al final se me escapó y se hizo añicos sobre la barra. Una gota de líquido ambarino resbaló sobre mi regazo.

—¿Puedo invitarla a otro?

Me volví. Un tipo joven, más o menos de mi edad, con barba. Le apestaba el aliento a col. Lo último que me apetecía era una visita al cuarto oscuro.

—No, gracias.

Traté de curvar los labios, pero mi sonrisa había huido del edificio pegando gritos hacía mucho, así que me limité a bajarme del taburete con el culo por delante, lo que no debió de ofrecer precisamente mi mejor ángulo. El tipo me sostuvo el bolso con amabilidad mientras recobraba la compostura, pero yo estaba tan aburrida de él como de mí misma.

—Sssolo vooy... afuera a fffumar un cigarrillo —acerté a decir, yéndome hacia la puerta y reprimiendo una arcada de whisky. Me contuve hasta llegar a la calle, donde lo vomité todo en la alcantarilla bajo la mirada impassible del

viejo portero árabe.

Capítulo 17

*M*e estaba convirtiendo en una auténtica detective. Al menos, ya tenía la típica resaca. Descarté la idea de llamar sencillamente al bufete de Guiche y preguntar por él. Aunque me pasaran la llamada, Guiche difícilmente iba a hablar de sus clientes con una desconocida; y si le decía que tenía el Caravaggio, él se pondría en contacto de inmediato con Yermolov. No: tenía que encontrar al chico; debía utilizarlo y ver si podía acercarme lo suficiente a Guiche, sin levantar sospechas, para averiguar qué sabía sobre la noche de la muerte de Moncada. Si resultaba que no sabía nada, tendría que idear un plan B. A la noche siguiente, cuando volví a Olivier's a las once, solo bebí agua.

Los jóvenes putos volvían a formar un corrillo junto a la barra. Mi chico no estaba entre ellos, pero reconocí a uno con el que había estado hablando la noche anterior: delgado como un palillo, con unos ceñidos vaqueros blancos y una camiseta ribeteada de cuero, pelo crepado y engominado primorosamente y una cara ceñuda de rasgos borrosos. Yo había escogido el top más escotado de mi exiguo guardarropa de viaje y también un sujetador de realce para dar la impresión de que realmente iba buscando marcha, y le fui lanzando miraditas hasta que él vino y se puso a mi lado en la barra, no sin antes esbozar un leve mohín de hastío a sus compinches. Debía de rondar los diecinueve, y era imposible no darse cuenta de que, a sus ojos, yo era básicamente una lagartona aficionada a los jovencitos.

—*Bonsoir, mademoiselle.* —Al menos no había dicho *madame*.

—*Bonsoir.* Te vi aquí anoche. —Él sonrió modestamente, sin duda convencido de que me había sentido impulsada a volver de nuevo para probar sus encantos en el cuarto trasero—. Esperaba que pudieras presentarme a tu amigo —continuó—. Ayer estuviste hablando con él.

Le describí al chico lo mejor que pude, mencionando el Rolex de oro, lo

que provocó una reacción inmediata.

—¿Qué quiere de él? —preguntó con suspicacia.

—Lo mismo que tú creías que quería de ti, por supuesto.

Él hizo ademán de retirarse.

—Lo siento. Creo que se equivoca —respondió con desdén.

Dejé un billete sobre la barra. Era más de lo que podía permitirme, en realidad, pero no tenía tiempo para regatear.

—Me gustaría hablar con él. Si pudieras intentar...

Él alzó su nariz bulbosa con arrogancia mientras el billete de cincuenta desaparecía en su bolsillo.

—Puedo... preguntar por ahí.

—Gracias. Eres muy amable.

Se dirigió hacia la salida, probablemente para hacer una llamada, pues no había cobertura en el sótano. Volvió diez minutos más tarde. El aire fresco le había devuelto un poco de color a su rostro, y ahora parecía más joven y entusiasta.

—Mi amigo dice que puede reunirse con usted dentro de un rato, *mademoiselle*. ¿Media hora quizá? —dijo, bajando la vista a mi bolso. A regañadientes, saqué de la cartera un billete de veinte y se lo di. Él asintió y me deseó una buena velada. Me pregunté qué clase de mensaje le habría enviado a mi misteriosa cita.

Me bebí el agua, observando a la gente y escuchando a Jacques Dutronc, que cantaba *J'aime les filles*. Al cabo de un rato, noté que una mano me tocaba el hombro. Ahí estaba.

—Mi amigo me ha dicho que la encontraría aquí. ¿Me estaba buscando?

En su modo engreído de ladear la cabeza y en la sonrisa de sus labios de color ciruela, capté que estaba calculando a ojo mi edad, mi soledad y mi grado de desesperación; y descubrí que me gustaba precisamente por su profesionalidad, así que lo invité a una copa. Se llamaba Timothy, pronunciado «Timotei», como el champú, lo que resultaba tremendamente gracioso. Iba igual que la noche anterior, con una camiseta demasiado fina bajo la llamativa chaqueta y con el reloj de oro bien a la vista. Así que su amante, o sus amantes, eran ricos, pero él no. Perfecto. Me ofreció con galantería una segunda ronda; yo preferí brindar con mi botella mediada de Perrier.

—Vamos, no soy peligroso.

—«A menos que quieras que lo sea», ¿verdad? Sí, ya sé.

Chocamos los vasos.

—Pero tienes buen corazón, diría tu madre.

—Y una buena polla, dirían las putas.

Arqueé una ceja.

—Muy ingenioso... ¿Y dónde está ella... digo, tu madre?

—Soy de Marruecos —dijo él, orgulloso y desafiante.

—Nunca he estado en Marruecos.

Así que me estuvo haciendo durante un rato una descripción de postal de las arenas de Esauira y de las delicias de Jemaa el-Fnaa, y luego me preguntó si quería ir al cuarto oscuro.

—No era eso lo que tenía pensado.

—Ah.

Quería tener la ocasión de conocerlo, de observarlo bien, antes de sacar a relucir el nombre de Guiche.

—Más bien esperaba... un poco de compañía. Para pasar la noche, quiero decir.

Su rostro se iluminó.

—Eso puede arreglarse. Sería un placer.

—¿Cuánto?

Él adoptó un aire ofendido de forma convincente.

—Vamos. Sería un placer pasar una noche con una mujer tan hermosa. Con una dama.

Esa era una táctica habitual en el Gstaad Club, todavía lo recordaba: nunca debes dar la impresión de que vas por el dinero. Aunque por supuesto estás ahí por eso.

—Como quieras —repuse—. ¿Vamos a un lugar más tranquilo?

—Claro.

Me ayudó a ponerme el abrigo, sin prestar atención a las miradas de sus amigos, que estaban al acecho en el otro extremo de la barra, y ya en la calle, consiguió que el portero nos parara un taxi, al que me hizo subir con mucha ceremonia. Era bastante bueno, teniendo en cuenta que las chicas, estaba segura, no eran lo suyo. Le pedí al taxista que nos llevase a la Place des Vosges y pronto estuvimos instalados en uno de los bares nocturnos de la Rue de Turenne, bajo el toldo de plástico de una acogedora terraza provista de estufas eléctricas. El interior, como de costumbre, estaba vacío. Pedí una

botella de vino tinto y le llené la copa generosamente.

A lo largo de la charla, descubrí que Timothy soñaba con introducirse en el mundo de la moda, que había trabajado una temporada de camarero en el Hôtel Costes, pero que ahora estaba «buscando una buena oportunidad». Decía que mientras tanto vivía con un tío suyo, en Aubervilliers. Eran todo clichés habituales de *la nuit*, pero resultaba tan placentero hablar con alguien que no fuera el conserje chino que casi se me olvidó para qué estaba allí. Cuando ya se había bebido la mayor parte de la botella, me preguntó si me apetecía ir a una fiesta.

—Claro.

Volvimos a pasar por el ritual del taxi, cruzamos el río y nos dirigimos hacia el oeste a lo largo del *quai*.

La noche de París ofrecía su consabido panorama de luces y destellos encantadores, pero la belleza de la ciudad no hacía sino subrayar el agujero negro que notaba en el pecho. La fiesta, en una *peniche* amarrada cerca del Musée d'Orsay, no estaba mucho más animada que yo: prácticamente solo había jovenzuelos desganados como Timothy y un surtido de mujeres estridentes, que parecían las típicas amigas de gays; pero, en fin, yo estaba pagando supuestamente por una noche de juerga, así que procuré aparentar que me divertía mientras bailaba un poco y charlaba con sus amigos. Tras un rato, apareció la coca y empezaron a sucederse los viajes a un lóbrego y apestoso retrete. Yo me abstuve, como de costumbre. Me senté sobre un húmedo almohadón del suelo, cabeceando al ritmo de la música y siguiendo solo a medias las fanfarronadas y las roncadas confesiones, pues la gente cada vez hablaba más y escuchaba menos. Timothy había hecho varias visitas al baño y estaba fardando de reloj y explicando que se lo habían regalado tras un fin de semana de locura en Tánger.

—¡Tendrías que ver la casa de ese tipo! —iba diciendo a todo el que quisiera escucharle, que no era nadie, salvo yo—. Es como un putito castillo, o sea, con vallas y guardias y esas chorradas. ¡Y nos dieron a todos uno de estos! —Agitó el Rolex al son de la música—. ¡Una locura!

—¿Quién era el tipo?

—No sé. Un ruso. Es que están forrados a lo bestia esos rusos. Me llevó mi amigo Édouard.

Bingo.

—¿Édouard?

—Es el tipo con el que, o sea, me estoy viendo, ¿sabes? Es abogado. De una familia superpija. Está casado, claro.

—¿No lo están todos, querido? —dije con ironía. Él entendió mal mi tono y pegó bruscamente su cara a la mía, con una exagerada mueca de preocupación.

—¿Qué ocurre? ¿Tuviste una historia con un tipo casado?

—Algo así. Todos son iguales, ¿no?

Su subidón de serotonina se aplacó momentáneamente.

—Sí. Pero así son las cosas, ¿no? Ellos se creen que pueden comprarnos. O sea, Édouard es un tipo bastante guay, pero a veces me trata como a un prostituto, ¿sabes?

—Es que eres un prostituto.

La frase quedó flotando entre nosotros un momento, y temí que fuera a perderlo, pero entonces empezó a reírse y yo lo imité, cogiendo la botella de cerveza que tenía más a mano y alzándola para hacer un brindis.

—¡Que se jodan! —grité—. ¡Que se jodan los casados!

Él me dio un beso en los labios, solo un piquito, y me dijo que me amaba y, acto seguido, se largó a meterse otra raya, desapareciendo entre un animado tumulto de tipos musculosos con camiseta sin mangas que parecían modelos Abercrombie en horas bajas. Dejé la botella de cerveza sin beber ni un trago y salí a la cubierta, donde la gente fumaba y hablaba en voz más baja. La torre Eiffel me lanzó un guiño.

Tal como había supuesto, Guiche era el amante de Timothy. Mejor todavía, Guiche lo había llevado a la fiesta que Balensky había celebrado en su casa de Tánger: el tipo de fiesta que los fogosos machos rusos estilo Putin no verían con buenos ojos. Y quizá tampoco los socios de Guiche en Saccard, Rougon, Busch verían con buenos ojos esa forma de confraternizar con un cliente. No era gran cosa, pero si lograba que Timothy me presentara a Guiche, tal vez bastaría con esa información para que él me dijera qué sabía sobre la persona que iba a recoger el Caravaggio la noche del asesinato en la Place de l'Odéon, es decir, sobre la fuente de lo que Yermolov sabía de mi pasado. Entonces podría decidir qué hacer con el cuadro, que seguía

reposando al fondo de mi maleta en el hotel.

La cabeza despeinada de Timothy asomó bellamente por la escotilla.

—Eh, ¿dónde te habías metido?

—Estaba aquí —respondí—. ¿Quieres que nos vayamos?

Pensé que podía hacer que Timothy se quedara en mi habitación una temporada. Seguro que la casa del tío en Aubervilliers no podía competir con los encantos del Herse d'Or. Además, era yo la que pagaba.

—¿Vamos a tu casa? —me preguntó, dejando entrever solo un atisbo de cansancio en su voz.

—Claro. —Le tendí cuatro billetes de cincuenta, discretamente enrollados—. Pero como te he dicho, solo quiero compañía.

Yo ya sabía a estas alturas que las mujeres solo eran para él un asunto profesional, pero otra menos avezada que yo quizá se habría llevado una decepción al percibir su evidente alivio. En todo caso, lo único que importaba era poner a Timothy de mi lado, y para eso necesitaba una historia.

Como perro viejo que era, Timothy llevaba un cepillo de dientes junto a los condones en su llamativa chaqueta, así como un blíster de Diazepam para aplacar el subidón. Esa noche dormí mejor que en muchas semanas. Me sentía de nuevo motivada y alerta, e incluso su presencia física, que normalmente me habría desagradado, me producía un efecto calmante. Aunque yo me moría de ganas de avanzar, era consciente de que no podía meterle prisas si quería llegar hasta Guiche, así que durante los días siguientes me dediqué exclusivamente a convertirme en su mejor amiga. Mi suposición de que Timothy estaba sin blanca parecía acertada; o al menos parecía bien dispuesto a gorrear cama y comida una temporada, así que nos fuimos conociendo a base de cenas baratas en el distrito XI y algún que otro porro fumado furtivamente junto a la ventana del hotel. En mi caso, sin tragarme el humo. Yo sabía a qué se dedicaba, pero no volvimos a aludir al tema, y esa forma deliberada de evitarlo le permitía conservar cierto grado de dignidad, lo cual, a su vez, lo volvía maleable en otros sentidos de un modo muy prometedor.

Por lo que yo sabía, había nacido en Francia pero se había criado en Rabat, donde estudió un tiempo en la universidad. La madre esperaba que llegara a ser ingeniero, pero la belleza de Timothy y su inclinación por los hombres lo

llevaron a Marrakech, donde vivió a expensas de numerosos turistas franceses y expatriados ingleses de la vieja escuela que añadían picante a sus romances fingiendo que la homosexualidad aún era ilegal en Europa. Uno de sus clientes lo había llevado de visita a París, donde el tío (al parecer, existía) le había conseguido una *carte de séjour* y el puesto de camarero en el Hôtel Costes. Él decía que iba a ahorrar para entrar en una escuela de moda, pero no ponía verdadero interés en ello, como tampoco en servir tajines a los turistas. No había durado como camarero, pero había conocido a Édouard en el Costes y, durante varios meses, habían vivido juntos en el apartamento del abogado en la Île Saint-Louis, donde yo lo había visto por primera vez. De ese período me habló mucho. Édouard lo llevaba a fiestas, a restaurantes y viajes, pero eso no le había reportado mucho más que calderilla. Luego, hacía unos seis meses, Édouard le había dicho que no podía quedarse allí más tiempo, que su esposa iba a volver del campo y que él tenía un montón de trabajo, y Timothy había aterrizado de nuevo en *la nuit*. Lo que más le desconcertaba era la repentina insistencia en que mantuviera la discreción. Seguía viendo todavía a Édouard, que le «echaba una mano», pero ya no podía quedarse en el apartamento. Sus días consistían en dormir la mona de la noche anterior y en maquearse para merodear por las boutiques de Saint Germain o de la Avenue George V hasta que abrían los clubs. No podía decirse que estuviera desmotivado —pasaba mucho más tiempo que yo haciendo ejercicio y acicalándose— y hablaba del mundo de la moda con desenvoltura, mencionando a «Nicolas» o «Denma» como si los conociera personalmente y no por Instagram, pero, claro, tenía veintiún años, y como la mayor parte de los miembros de la generación posterior a la mía, estaba esperando confiadamente a que alguien lo descubriera.

Yo le conté, por mi parte, que estaba en París para terminar la investigación de mi tesis de doctorado; de ahí mis visitas diarias a la biblioteca. Él se interesó cuando le dije que era una tesis de historia del arte —a Édouard «le molaba» el arte, al parecer—, pero yo no quería despertar su curiosidad por el momento, así que le dije que era un estudio técnico sobre los colores y los lienzos empleados en los cuadros antiguos. Él parecía tan poco interesado en las lagunas de mi historia como yo lo estaba en las de la suya: le había tomado la suficiente simpatía como para decirle en serio que podía quedarse a dormir gratis, y él, por su parte, no iba a hacer más preguntas. O eso creía yo al menos hasta que una mañana, al volver de mi circuito de *jogging*, me lo

encontré en el suelo con todas mis cosas esparcidas alrededor, justo cuando estaba examinando el dinero en metálico que tenía guardado en el fondo de la maleta. Estaba tan absorto que no había oído mis Nike en la escalera. «Oh, no. Otra vez, no. Si ha abierto el forro...»

Ya me estaba preparando para darle una patada en la cara y luego improvisar, pero por suerte atisbé a tiempo, por encima de su hombro, el forro intacto de la maleta vacía. El Caravaggio y la Caracal seguían a salvo. Él, con unos ojos como platos y pillado in fraganti, se encogió de hombros y volvió a dejar el dinero sobre la espantosa moqueta, y yo opté por echarme a reír. No tenía pensado sacar a relucir mi historia sobre Édouard Guiche tan pronto, pero esta era sin duda la ocasión.

—Maldito ratero piojoso.

—¿Cómo?

Volví al francés.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Buscando entre tus cosas para robarte. Perdona. No me lo habría quedado, en realidad. Me iré, si quieres.

—No importa. Estás sin blanca, ¿no?

—Sí.

—O sea que sí te lo habrías quedado...

—Bueno, sí, está bien. Creía que eras rica. Tienes cosas muy chulas.

Sus ojos se pasearon tristemente por la pila arrugada de cuero, seda y cachemira.

—Sí, ¿verdad? Deberías habérmelo pedido.

—Pero tú ni siquiera querías que te...

—¿Acaso no me lo habrías hecho gratis?

Su mueca dolorida era sincera.

—¡Menos mal que no te lo pedí! Escucha, eres un buen tipo, y tienes ojo para calar a la gente... —dije, halagándolo.

—Claro.

—Cuando nos conocimos, en el club, tú te diste cuenta de que estaba triste. ¿Tanto me había emborrachado?

—Eres inglesa.

—¿Recuerdas que te dije que había tenido una historia con un tipo casado?

Revolví entre mis pertenencias dispersas hasta encontrar el libro de Bruce Eakin y le enseñé las páginas que había marcado, con las fotos del funeral del

abogado polaco.

—Este era mi novio. Estuvimos juntos tres años. Iba a dejar a su mujer, pero... —Reprimí unas lágrimas.

—Pero falleció —dijo con tono respetuoso.

—Sí. Ya han pasado unos años. Pero entonces tú hablaste de tu amigo, de Édouard, ¿recuerdas? Y resulta que Édouard conocía —«¡Mierda! ¿Cómo se llamaba el polaco?»— a Oskar. No podía creérmelo. Me pareció como un signo. Me encantaría hablar con él, aunque fuera solo una vez. Yo no pude asistir al funeral, por respeto a la familia.

—Necesitas una conclusión. —Por suerte, había visto los suficientes *reality shows* como para saberse su diálogo.

—Exacto.

—No existen las coincidencias —observó Timothy con solemnidad. Ambos estábamos disfrutando la escena a tope.

—Así que estaba pensando que si tú me ayudaras, yo podría, ya me entiendes, echarte una mano.

Deslicé la mirada por el montón de billetes que había en el suelo.

—Te ayudaré. Ya lo creo que sí.

—Gracias. Y luego ya veremos.

La empatía de Timothy podría haber sido fingida, pero la verdad era que parecía bastante convencido con mi historia; así pues, tras aquella pequeña improvisación aceptablemente interpretada por ambas partes, decidí alentarle un poco más llevándolo a almorzar a Thoumieux y comprándole unas botas Saint Laurent Chelsea con puntera que le encantaron. Evité cualquier alusión adicional a mi dolor por el pobre Oskar diciendo que No-Estaba-Preparada-Para-Hablar-De-Ello, cosa que él Comprendió-Perfectamente, y luego brindamos por sus botas nuevas con un *kir royale* mientras él le enviaba un mensaje a Édouard. Nos sentamos fuera, para poder fumar, pero el aire de octubre era gélido y Édouard no respondía.

—¿Cuánto hace que no hablas con él?

Por supuesto, yo sabía que Timothy lo había abordado hacía unos días, pero que el encuentro no había ido bien.

—Ya te lo dije, hace días. Ha estado muy raro últimamente. Le mandaré un WhatsApp.

—Quizá lo mejor es que no le digas nada de mí. No quiero ser indiscreta. Tú límitate a quedar con él y yo, bueno, ya sabes, apareceré por causalidad.

—Podría ser que estuviera fuera. Viaja mucho.

Acabábamos de ver un *blazer* de terciopelo de color borgoña en la tienda Saint Laurent y percibí su frustración: si no conseguía traerme a Édouard para nuestra conmovedora escenita de intercambio de recuerdos, no podría conseguirlo.

—No importa. Me estoy congelando, me vuelvo al hotel. Nos vemos allí más tarde.

El servicio de limpieza del Herse d'Or no era de primera, que digamos. La Caracal había permanecido escondida bajo el colchón desde mi llegada. Aproveché la ausencia de Timothy para limpiar el cañón y lubricarlo con el frasco de aceite para armas que llevaba en el neceser, y comprobé también el seguro. Estaba volviendo a meterlo bajo la cama cuando él irrumpió en la habitación, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Dice que podemos vernos mañana! —Se tumbó justo encima de donde estaba la pistola—. Me ha devuelto la llamada y me ha invitado a una inauguración de arte muy elegante. En la Fundación Vuitton.

—¿Una fiesta? Creía que habías dicho que andaba con muchos secretismos últimamente...

—Exacto. Está claro que ha cambiado de parecer. Podría ser un nuevo principio, ¿no crees?

—¿Y podré conocerlo?

—Eso también, por supuesto. Le he preguntado si podía llevar a una amiga, y ya estamos en la lista. Yo, con un acompañante —añadió con orgullo.

—Genial. Me presentaré yo misma. A ver cómo va.

—Yo estaré ahí para apoyarte —murmuró absurdamente. Pensé que debía de tener el pensamiento fijo en el *blazer*, pero había en su rostro una patética expresión de esperanza.

—¿Estás enamorado de Édouard?

Él se colocó boca abajo. Las últimas luces del crepúsculo de París perfilaban sus pómulos.

—Yo antes soñaba con la vida que podríamos disfrutar juntos. ¡Deberías ver su casa!

Había oído hablar tanto del apartamento del Quai d'Anjou que habría podido montar allí una cena con los ojos vendados. Las piezas de arte moderno, la ducha con efecto lluvia, la buhardilla decorada como una sala de fumadores de estilo marroquí. Con ingenua venalidad, Timothy me había informado incluso de la calidad de las sábanas Frette del apartamento y de la gama de cosméticos Tom Ford disponibles en el amplio vestidor. Al bufete de Édouard le iban las cosas de maravilla gracias a sus conexiones rusas.

—Conoce a un montón de gente —continuó Timothy—, y es realmente un hombre amable, considerado. ¿Sabes? Últimamente ha estado muy absorto en su trabajo. Pero me ha dicho que tiene algo que contarme, algo importante. Y la recepción es pública, ¿entiendes? ¿Se estará divorciando quizá?

A mí me daban ganas de decirle que ellos nunca se divorcian; no por un chapero de tres al cuarto, pero los fragmentos que me quedaban aún de corazón no eran tan gélidos como para soltarle una crueldad semejante.

—Mierda, ¿y qué me voy a poner? —Timothy seguía con la sudadera y la camiseta que llevaba tres días atrás en la fiesta en la *peniche*, y sus Calvin Klein se veían algo gastados por las noches húmedas pasadas en la barra de la ducha.

—No te preocupes, mañana compraremos algunas cosas. Te agradezco mucho que me estés ayudando. Para mí... significa mucho. —Me restregué los ojos repentinamente.

Él me atrajo hacia sí y me abrazó.

—No hay de qué, Judith. Tú me importas de verdad.

Para tratarse de un hombre que había estado a punto de robarme hacía cuatro horas, sonaba tremendamente sincero.

Capítulo 18

Obligué a Timothy a tomar el metro hasta el Bois de Boulogne. Él rezongó un poco, pero las compras que le había hecho me habían dejado con solo unos miles de euros en efectivo, y yo apenas había avanzado en mis pesquisas para descubrir quién me había delatado. Mi propio guardarropa era otro motivo de preocupación. A estas alturas ya había aprendido que un aspecto demasiado impecable te ponía en evidencia de inmediato como una recién llegada. Lo importante era la confianza; de ahí que un duque pueda presentarse a cenar con un polo viejo. Al menos, eso había leído en *Tatler*. Unos pantalones negros Miu Miu de cintura alta, con botones divertidos e infantiles, una hombruna blusa blanca Comme des Garçons y unos zapatos planos parecían un conjunto adecuado. Solo las camareras llevan vestidos de fiesta hoy en día. Timothy estaba resplandeciente con su *blazer* y sus botas, una camiseta nueva y un fular Paul Smith, por poner un toque de *style anglais*. Empleó una cantidad de tiempo conmovedora para afeitarse dos veces y aplicarse una pasada de Touche Éclat, y el resultado, debo reconocerlo, era encantador. Sin duda podría haber sido modelo. Yo esperaba que las cosas con Édouard funcionaran y que llegase a tener una oportunidad.

La secuencia de conchas superpuestas de Gehry, como una ópera de Sídney desmoronándose, asomó por encima de los árboles del parque cuando nos aproximamos al edificio Vuitton. La fiesta conmemoraba el vigésimo aniversario de los artistas del distrito 798 de Pekín. La galería estaba iluminada con un despliegue de caracteres chinos negros y dorados, que se metamorfoseaban con el logo de la marca anfitriona. Entrar allí era regresar a mi antigua vida, o al menos a la vida de Elisabeth Teerlinc. Al acercarnos a recepción, atravesamos un crujiente sendero de pedazos de porcelana, una referencia a la foto publicitaria de Ai Weiwei de 1995, en la que destrozaba un supuesto jarrón de la dinastía Han. Los camareros, con trajes Mao

dorados, deambulaban con bandejas de cócteles servidos en tazas de té pintadas con eslóganes comunistas. Yo pedí un agua mientras escrutaba a la multitud, lista para meterme en el personaje de Elisabeth si se me acercaba algún conocido del circuito del arte. Una vez que nos sirvieron nuestras bebidas, Timothy me arrastró entre la gente sin echar un vistazo siquiera a las piezas expuestas. Describimos un círculo por la galería en el sentido contrario a las agujas del reloj, y luego otro más, hasta que localizó por fin a Édouard, que iba con traje oscuro y una camisa blanca abierta. Yo me mantuve a distancia mientras se encontraban y se daban la mano con discreción. Observé unos minutos cómo hablaban, Guiche inclinándose hacia Timothy como si estuviera contándole una historia. El abogado parecía la definición misma del gay sin amaneramiento: profesional, aplomado, con un atractivo sin gracia. Si yo no hubiese sabido lo que habían hecho en Tánger jamás habría creído que pudieran tener otra cosa que una relación superficial.

Cuando Timothy se llevó a Édouard lejos de la multitud, bajo la sombra de una gran escultura de goma negra que representaba a un obeso Buda dando saltos, me hizo una seña y yo me dirigí hacia ellos. Timothy se volvió para contemplar la pieza mientras yo me acercaba a Guiche.

—*¿Monsieur* Guiche? Buenas noches. Me pregunto si podría...

Tenía pensado preguntarle sencillamente si podíamos hablar un momento a solas, pero Guiche no me dispensó la acogida que yo esperaba. Su distraída sonrisa social se congeló al ver mi cara; luego se tambaleó hacia atrás, como si le hubiera dado un puñetazo

—*¿Monsieur* Guiche?

Él miró por encima de mi hombro y su expresión pasó entonces de la conmoción a la alarma.

—¿Los dos? ¿Aquí? Pero ¿qué coño...?

Me quedé atónita, tanto por su lenguaje como por la vehemencia de su tono.

—Yo...

Pero Guiche no hablaba conmigo. Me apartó con brusquedad y, al volverme para seguir su mirada, entreví, por detrás de los michelines del Buda danzante, una cabeza rapada con un reconocible tatuaje bajo la oreja. Yury. Yo le daba la espalda, y cuando él se aproximó a Guiche, me escabullí

hacia un lado, moviéndome instintivamente antes de procesar siquiera lo que implicaba la presencia del ruso. Empecé a abrirme paso entre el grupo de gente que rodeaba las bandejas de cócteles de la entrada. «Por ahí no, no seas idiota», me dije. Retrocedí, me agaché por debajo del brazo de una concubina de alambre con una máscara Madame Mao y caminé con paso decidido pero sin correr hacia la curva de las escaleras, de donde había visto emerger a los camareros. Había un pasillo que daba a una cocina de servicio, donde una brigada de chefs de blanco estaba emplatando rollos de langosta en miniatura.

—*Madame? Les toilettes son par là...* —me dijo uno solícitamente, pero yo dejé el vaso de agua y pasé de largo, sabiendo que debía de haber una salida de incendios; divisé el rótulo rojo—... *Madame! Vous ne pouvez pas...*

—*Désolée, excusez-moi* —respondí alegremente, empujando la barra de la puerta y saliendo a las sombras del crepúsculo antes de que pudieran detenerme. Corrí sin saber a dónde iba, con una rara euforia por debajo de la sensación de alarma. Me sentía extrañamente fuerte, como habitando mi cuerpo por primera vez en mucho tiempo, mientras cruzaba un prado a toda velocidad para alejarme del edificio lo máximo posible. Tras unos veinte segundos me volví a mirar la puerta de incendios, de donde asomaba una perpleja cabeza con gorro de cocinero. Vi una hilera de coches, con los chóferes fumando y charlando mientras esperaban a sus clientes. Había luces láser haciendo un barrido desde el tejado, y uno de los rayos me dio de lleno, reflejando el logo a lo largo de mi blusa. Me agaché, acurrucándome hasta que acabó de pasar; luego me precipité torpemente hacia un bosquecillo de árboles acicalados, me agaché por debajo de la valla —«¿Habrás guardias? No pienses»—, y fui sorteando los troncos hasta llegar a otra carretera, ahora ya dentro del recinto del Bois. Caminé por una de las avenidas que atravesaban el parque, llegué a una intersección, escruté los rótulos y tomé la ruta «Étoile». Los caminos estaban desiertos, aunque de vez en cuando pasaba algún coche lentamente, sobresaltándome con sus faros. En busca de marcha, pensé. El Bois había sido en tiempos para el *demi-monde* de París un paseo privilegiado por el que desfilaban despampanantes cortesanas —«devoradoras de diamantes»—, recostadas en sus lujosos carruajes. Pasé junto a una camioneta bamboleante que indicaba que los parisinos aún seguían la tradición. Más adelante, la carretera se bifurcaba y no había ningún rótulo. Busqué en vano un taxi y escogí al azar la bifurcación de la derecha. A cada segundo que pasaba, veía a Yury cruzando la ciudad, hablando con el

conserje chino, subiendo las escaleras hacia mi habitación...

«Basta. Podría ser una coincidencia. Yermolov tal vez ha venido a la ciudad para asistir a la recepción de Vuitton: una escala más en la interminable caravana del mundo del arte. No tiene por qué significar nada. Sí. Ya. Seguro.»

Había oscurecido del todo, y mientras el sudor se me secaba en la piel, empecé a tiritar bajo la mugrienta blusa de algodón. Flotaba en el aire un extraño olor a salchichas, y ese aroma succulento hizo que me rugiera el estómago. Doblé una curva y casi me caí de bruces sobre una mujer rolliza sentada en una sillita de camping en el estrecho margen entre la carretera y los árboles.

—¡Ay, cuánto lo siento, disculpe!

—¿Buscando compañía, cariño?

—No, lo siento. Es que estoy un poco perdida. Si pudiera decirme, por favor...

Ella se levantó, y aunque debía de pasar de los sesenta, tardé unos momentos en darme cuenta, bajo la débil luz del farol que tenía sobre la mesita, de que no era «ella», sino «él». Un «él» totalmente equipado, con una chunga peluca de nailon y un vestidito de rayas cebra ceñidísimo sobre un par colosal de tetas operadas.

—¿Perdida?

—Estoy tratando de llegar a Étoile. Y tengo un poco de prisa.

La forma más rápida de volver al Marais sería tomar la línea uno del metro hasta Bastille. Mientras mis ojos se adaptaban a la luz, observé que tenía el tenderete muy bien montado. Sobre la mesa había una botella mediada de tinto, dos vasos, platos, una baguete, cubiertos y un pote de mostaza. Al lado, un hornillo de camping con una sartén donde crepitaban alegremente unas salchichas merguez. Y más allá vi una furgoneta aparcada bajo los árboles, cuyas puertas abiertas prometedoramente dejaban ver un colchón doble, una nevera portátil y un jarroncito de rosas artificiales adosado a la manija interior.

En mi bolsito de mano solo cabían una cartera y las llaves, pero no un teléfono móvil. Hurgué para sacar algo de dinero.

—Si pudiera llamarme a un taxi, le pagaría la llamada...

—Cariño, en serio, ¿es que acabas de caerte del nido?

No tenía tiempo para tonterías. Yury ya debía de estar probando en su cutis mi Crème de la Mer mientras esperaba para matarme en el hotel. Di media vuelta para irme, pero noté una manaza en mi hombro. Me subió un gruñido por la garganta.

—¿Adónde vas?

Me puse rígida.

—Te lo he dicho, tengo prisa. Me da igual si llevas un machete junto a lo que escondes en el tanga. Puedes quedarte con las monedas, ¿vale? Pero déjalo correr.

Ella retrocedió, alzando unas muñecas peludas.

—De acuerdo. *Ça va, quoi*. O sea, si quieres te llevo.

—¿Cómo que me llevas?

—Cincuenta euros. Tengo una moto detrás.

—Hmm, gracias. Disculpa las molestias.

—No importa. Esta noche no hay nada que hacer aquí, de todos modos. Hay una fiesta de mierda allá abajo y los clientes se mantienen alejados. ¿Te apetece un poco de merguez?

—Gracias, pero no puedo. He de irme ya.

—Como quieras. Tengo un casco de repuesto.

Mientras ella tapaba las salchichas con un plato y guardaba con presteza todo el kit en la furgoneta, me explicó que se llamaba Destiny, «con y griega». A mí me apetecía un sándwich, la verdad. A lo mejor podía quedarme aquí, vivir en el bosque y dormir en la furgoneta, sin que nadie me molestara. Podía salir a buscar hierbas, arreglar esa peluca, mejorar el negocio. No sería una mala vida.

—Vamos allá. Ponte esto, querida. —Destiny estaba sacando una vieja Mobylette de detrás de un árbol—. Normalmente dejo aquí la furgoneta. Es mejor. La policía la tiene vigilada.

—Voy al distrito once. ¿Está bien?

—No hay problema. Te dejaré allí en un periquete —dijo, examinándose el carmín en el retrovisor y arreglándose los mechones de nailon que sobresalían del casco—. Yo era taxista en mis tiempos. Sube.

No sucede cada noche que bajes por los Champs-Élysées en motocicleta

con un travestido, sintiendo el viento cálido en el pelo. Habría disfrutado del viaje si no hubiera sentido que cada semáforo podía ser una pausa en el camino hacia mi propia muerte. Mientras rodeábamos Bastille, yo apretaba las amplias caderas de Destiny con tal fuerza que temí que fuera a dejarle un morado. Se me ocurrió la idea disparatada de pedirle que subiera conmigo, pero ella no se merecía tal cosa, así que le dije que parase en la esquina, le di sus cincuenta euros y la despedí jovialmente con un gesto mientras se alejaba zumbando.

Le pregunté al conserje si alguien había preguntado por mí, pero solo obtuve un gruñido. Sentí que el corazón se me aceleraba cuando me detuve frente a la puerta de la habitación, pero el pánico que me había invadido al atisbar a Yury había quedado superado por esa otra sensación, más familiar, de intensa alerta, que me dilataba las pupilas y llenaba de adrenalina. Tal vez había incluso una desagradable sonrisita en mis labios. «Aquí estoy, pequeño.» ¿Cuándo se me había olvidado que la rabia podía resultar tan placentera?

Pero la habitación estaba vacía, todo igual que cuando Timothy y yo habíamos salido, y lo único que se oía eran mis jadeos. Al sentarme sobre la cama, inspirando hondo con la cabeza entre las rodillas, me sentí curiosamente decepcionada. El subidón se me estaba pasando; el miedo volvía a infiltrarse lentamente en el silencio. A tientas, con las palmas pegajosas de sudor, saqué la Caracal de debajo del colchón y me la metí en la pretina. Una vez guardados los pasaportes y el dinero, reduje despiadadamente mis ropas a la mitad para aligerar la maleta. Tenía la boca pastosa, así que eché un trago de agua del grifo mientras recogía el contenido del baño en la bolsa de los artículos de tocador. Qué curioso que parezca siempre tan importante recoger el cepillo de dientes, cuando puedes comprarte uno en cualquier lado. Y entonces oí los pasos. Al fin.

No había cerrojo interior en la puerta, solo la llave electrónica, que la mitad de las veces no funcionaba, pero yo no creía que Yury tuviera demasiados problemas para persuadir al conserje y conseguir una. Clic. Pausa. Me imaginé la luz roja de alarma parpadeando. Me preparé, pegada contra la pared, mirando hacia la puerta y sujetando la pistola con las dos manos.

«Apunta y aprieta. Clic. Suelta.» No tengo demasiada puntería, pero las habitaciones de los hoteles parisinos son diminutas. Menos mal que Timothy dijo mi nombre antes de abrir; de lo contrario, le habría volado la cabeza.

—¿Judith? ¿A dónde te has ido?

Le costó un instante registrar que el objeto que yo tenía en las manos era, de hecho, una pistola; y a mí me costó otro instante darme cuenta de que no era la primera vez que él veía una. Las cosas en Rabat debían de haber sido más brutales de lo que me había dado a entender. Su rostro cambió, como si se le echaran diez años encima, mientras me hablaba lentamente en voz baja.

—Baja esa pistola, haz el favor. ¿Vale? Bájala.

Yo reflexioné.

—Creo que no la voy a bajar aún. Cierra la puerta. Y no hagas ruido.

Él obedeció.

«Aún podrías hacerlo. Ver cómo estallan sus pulmones, ver las gruesas burbujas rojas, ver cómo se ahoga en su propia sangre. Vamos. Sujétate el antebrazo y aprieta el gatillo. Tampoco será la primera vez.»

Bajé el cañón con esfuerzo, como a través de un denso campo de fuerza.
«Ahora, no.»

—Tu amigo me ha reconocido.

—¿De qué hablas?

—Édouard Guiche. Me conocía. Lo cual solo puede significar dos cosas. O me convences de que no sabías nada del asunto, o mando tu jeta al otro lado del pasillo. Tómate tu tiempo.

—Esto tiene que ver con ese ruso, ¿no?

—Dímelo tú.

—Édouard estaba fantástico al principio; parecía el de antes. Me ha dicho que tenía que marcharse mañana una temporada, pero que podía pasar la noche en su apartamento. Me ha dicho que quería darme algo. Que todo iba a cambiar. Y entonces...

—¿Qué ha pasado?

—¿Cómo voy a saberlo? Has venido tú y, de repente, te has esfumado. Yo no he podido averiguar qué ocurría. Édouard estaba hablando con ese

grandullón ruso. Habla ruso, ¿sabes?

El tono de orgullo de su voz parecía convincente.

—Perfecto. Continúa.

—Así que he ido a ver dónde te habías metido y, cuando he vuelto, ya se habían largado. He intentado llamarle, pero tiene el teléfono apagado. Y entonces he vuelto aquí. Es una vergüenza que hayas huido de esa forma. Y él me ha dicho que tenía algo para mí —repitió con irritación.

Suspiré y me aparté bruscamente el pelo de la cara. Timothy dio un respingo. Se me había olvidado que aún sujetaba la Caracal. La aparté y puse el seguro ante sus ojos.

—Perdona. Siéntate un minuto, ¿quieres?

La reacción de Guiche al verme solo podía significar una cosa: era él quien había estado esperando aquella noche en la Place de l'Odéon. Guiche debía recoger el otro cuadro del portafolio. Pero no lo hizo, porque me lo llevé yo. En ese momento, sin embargo, Guiche no podía saber nada más sobre mí o sobre lo que había hecho. Él no había conseguido hacerse con el cuadro para Yermolov, y Yury acababa de vernos juntos en la galería. El gorila ruso estaba ahora mismo con Guiche. Guardé la pistola con cuidado.

—Deberías marcharte —dije—. Coge tus cosas y vete. No tienes por qué verte implicado en todo esto.

—Pero ¿qué está pasando? Dime, por favor, por qué te pones así. ¿Qué pasa con Édouard?

Reflexioné un momento.

—¿Has dicho que Édouard parecía... cariñoso?

—Sí. Podía parecer poca cosa, pero lo he notado en su forma de mirarme...

Aún podía utilizarlo. Si Yury y Guiche me estaban buscando, Timothy podía ser una barrera útil para protegerme. Un rehén, vamos.

—Creo que Édouard podría estar en peligro —dije por fin.

—¿Debemos llamar a la policía?

—No podemos. Yo... no puedo. Pero tengo que verle.

—Entonces me quedaré contigo. Si Édouard está en peligro, quiero ayudarle.

Esa era tal vez la primera frase totalmente sincera que me había dicho.

—De acuerdo. Debemos irnos ahora mismo.

Timothy embutió sus cosas en la bolsa Saint Laurent que había contenido sus prendas de lujo y me siguió con aturdida obediencia por la Rue de la

Roquette, donde al cabo de unos minutos angustiosos paré un taxi. Le dije al taxista que nos llevara al Pont de Sully, donde yo había visto a Timothy por primera vez, junto a la casa de Guiche de la Île Saint-Louis.

Había mucho ajetreo en la isla. Los restaurantes y cafés estaban llenos de gente charlando y fumando con el abrigo puesto bajo las estufas de exterior. Eché un vistazo al reloj y vi que era temprano, solo las diez. Encontré una mesa y pedí dos copas de vino tinto.

—Da la vuelta a la esquina y llama al timbre. Mándame un mensaje de texto si te deja entrar.

Timothy desapareció. Me pregunté si volvería escoltado por Yury; o si volvería siquiera. Pero regresó al cabo de unos minutos, solo, y se sentó a mi lado.

—Las luces de arriba están apagadas y nadie ha respondido al timbre. He llamado por teléfono también.

—Entonces esperaremos.

—De acuerdo. Y así me explicas lo que pasa.

Me acordé de Elena, riendo histéricamente sobre su ensalada. «Porque yo sé demasiado.»

—No te lo puedo contar, Timothy. Simplemente creo que alguien va a por él.

—Tiene que ver con ese tipo ruso para el que trabaja, ¿no? Igual que ese novio tuyo del que me hablaste, el del libro.

—Más o menos. Escucha, ya sé que parece una locura. Pero hablo en serio. Hemos de esperar a Édouard, simplemente.

Pedí dos platos de *moules frites* para matar el rato. Timothy se comió los dos, entre idas y venidas para asomarse por la esquina y mirar si había señales de vida. Permanecimos allí sentados mientras la clientela iba reduciéndose y, finalmente, el camarero, tras varias miradas intencionadas y unos escobazos en el suelo, empezó a apilar las sillas en el interior del bar y depositó la cuenta sobre la mesa con firmeza. Deambulamos hasta el puente y pasamos otra hora sentados en el pretil con nuestras bolsas —Timothy revisando su móvil regularmente—, pero no apareció nadie.

—Son casi las dos. Es inútil —admití al fin.

—Él me ha dicho que iba a salir de viaje, pero que quería verme primero, ¿recuerdas? Quizá venga por la mañana —sugirió.

—Supongo.

Recorrimos fatigosamente todo el camino hasta el Hôtel Ibis, cerca de la Place d'Italie, donde hice que Timothy se encargara de registrarse con su documento de identidad. Le di dinero suficiente para pagar la habitación. No quería ni pensar cuánto me quedaba. Como en días anteriores, nos mantuvimos cada uno educadamente en su lado, una vez que nos derrumbamos sobre la estrecha cama doble con la ropa puesta, pero ninguno de los dos durmió gran cosa. Posiblemente porque yo tenía sujeta la Caracal. Miré cómo iban aumentando las luces de los coches por debajo de la persiana, mientras sopesaba posibilidades y esperaba que llegase la mañana. Yo le había dicho a Kazbich que tenía el Caravaggio. Guiche era la persona que debería haberlo recogido en principio. Podía decirle que lo tenía yo y ofrecerme a devolvérselo a cambio de que me contara, si es que lo sabía, quién era el que me había delatado ante Yermolov. Pero ¿quién podía ser? Me removí bajo la delgada colcha, exasperada por mi propia futilidad. Los nombres giraban y giraban en mi mente. ¿Cómo era esa línea de Brodsky? Algo sobre la equivalencia entre la velocidad de la luz y una visión fugaz... Malditos rusos. Masha estaba muerta. Yury estaba en París. Había ido a buscar a Guiche. Así que quizá... Mierda.

—¡Timothy! Levanta, rápido. Hemos de volver.

Capítulo 19

*T*odavía estaba oscuro a las ocho de la mañana, pero en el boulevard ya había mucho tráfico. Las paradas de taxis se hallaban vacías. Corrimos hacia el río entre los aromas típicos del París madrugador: las vaharadas a masa horneada y mantequilla de las *boulangeries*, el hedor a queso y amoníaco del *delicatessen* que estaba abriendo una mujer con delantal. Al cabo de veinte minutos, llegamos al Quai d'Anjou. Caminamos entre las hojas caídas de los castaños, mientras el cielo empezaba a iluminarse a nuestra espalda. El río estaba oscuro y agitado, salpicado de espuma, y el fragor del agua amortiguaba el ruido del tráfico que iba hacia el Hôtel de Ville, pero aun así sonaban los bocinazos y los tacos de costumbre a medida que los coches llegaban a la plaza. Así que, cuando oímos el ruido, no nos pareció algo tan inusual: fue como un golpe sordo, como una palmada amplificadas; quizás un taxi llevándose por delante la puerta de una camioneta de reparto, o un motorista infortunado pasándose el cruce y saltando por encima de la isleta. Nosotros no nos detuvimos, solo echamos un vistazo hacia la calzada. Y entonces comenzaron los gritos, una mujer aullando de modo incontrolable y, como en una película acelerada, los escasos peatones echaron a correr, arrastrándonos con ellos a lo largo del muelle. Los gritos siguieron y siguieron, y solo flaquearon cuando la mujer inspiró para soltar de nuevo aquel chillido histérico. Yo creía que alguien se había hecho daño y necesitaba ayuda, hasta que noté que Timothy reducía la marcha y vi que tenía la cara cubierta de sudor y crispada en una mueca de incredulidad.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien?

Paró en seco y señaló con el brazo. Entonces comprendí que no había reconocido el ruido porque nunca había oído cómo se estrellaba un cuerpo en la acera desde un sexto piso.

—¿Es el edificio de Édouard? —susurré.

Él volvió a señalar, moviendo la boca inútilmente.

—Venga, vamos.

Lo cogí del brazo y lo arrastré a través del corrillo de mirones, que hablaban todos a la vez. Alguien apuntaba el móvil hacia el cuerpo; un hombre se había arrodillado y trataba de taparlo con su abrigo; otro sujetaba torpemente a la mujer de los chillidos. Vi la manga oscura de una chaqueta, con un reloj de oro ceñido en la muñeca. Timothy tal vez reconoció el reloj; seguía señalando, paralizado, moviendo la boca sin articular palabra. No sé de qué otro modo podría haber reconocido a su amante, porque la cabeza de Guiche había explotado como una calabaza sobre los adoquines.

Un espeso reguero de sangre fluía hacia la alcantarilla. La mujer, supuse, debía de estar pasando por allí justo en el momento del impacto, pues tenía salpicaduras rojas desde las rodillas hasta la frente, como si se hubiera inclinado sobre una fuente. Incluso en el pelo pulcramente recogido tenía manchas de color magenta. Por un momento, nos quedamos todos allí inmóviles, paralizados, convertidos en infortunados testigos de una inmolación brutal.

La escena se desarrollaba a mi alrededor a cámara lenta, una velocidad inversamente proporcional a la de mis pensamientos. Tres cosas: una, yo estaba en lo cierto; dos, llegábamos demasiado tarde; y tres, si Guiche se había tirado, lo más seguro era que su apartamento estuviera vacío; y si lo habían empujado, era improbable que el atacante siguiera allí. Había alboroto suficiente para cubrirnos, y la puerta del edificio estaba abierta. Salí disparada hacia la escalera, arrastrando a Timothy de la muñeca. Subimos un piso, dos.

—¿Por dónde? ¿Es el quinto?

Ya sabía la respuesta. Timothy me había hablado de la maravillosa vista. Los escalones estaban alfombrados con una recia tela roja fijada con anticuadas barras de latón. Subimos en silencio; solo se oían los jadeos estrangulados de Timothy. La doble puerta del 5º A estaba entornada. Guiche no se había tirado, pues. La abrí lentamente y vi un largo pasillo con parquet, flanqueado por varias puertas.

—No hay nadie, no te preocupes —susurré, aunque no estaba tan segura como pretendía. Timothy seguía con la mirada desorbitada, como si hubiera

sufrido un derrame. Lo sacudí hasta que sus ojos encontraron los míos.

—Tú sabes dónde está la cocina, ¿no? Ve allí, coge un vaso de agua, ponle azúcar y bébetelo. Luego me esperas junto a la puerta. Si aparece alguien, di que eres un amigo de... solo un amigo. ¿De acuerdo? ¿Podrás hacerlo? —Él asintió—. Bien. Édouard tiene un estudio, ¿verdad? O un rincón donde está su escritorio, ¿sí?

Asintió. Era inútil. Lo encontraría antes sola.

—Ve a la cocina, anda.

Él avanzó tambaleante hacia la primera puerta de la derecha. Enseguida oí el grifo.

Timothy me había descrito el fantástico salón doble con vistas al río. Tenía que estar a la izquierda, por el lado de la fachada. Crucé con sigilo el pasillo y abrí la tercera puerta de la izquierda. Daba a un pequeño comedor desde donde se veía el salón en un lado y algo parecido a una biblioteca en el otro. Uno de los tres ventanales estaba abierto de par en par, con la cortina blanca ondeando sobre la calle. El apartamento, limpio y moderno, contaba con unas pocas antigüedades auténticas mezcladas con mobiliario actual. El escritorio de la biblioteca era una pieza maciza de nogal del siglo XVIII, con cajoneras a ambos lados, presidida por un vistoso Prampolini colgado en la pared esmaltada de blanco. Era lógico que Timothy se sintiera impresionado por el gusto de Édouard. Encima del escritorio había un sobre con una sola «T»; me lo guardé en el bolsillo. Todo estaba increíblemente ordenado; no había otra decoración aparte del cuadro, y la pared posterior se hallaba cubierta hasta el techo de archivadores blancos USM. Agucé el oído. La mujer había dejado de chillar, pero la multitud de la calle sonaba ahora como si fuera más numerosa. La ambulancia y la policía llegarían en cuestión de minutos. Tanteé los cajones del escritorio con cautela. Todos cerrados. La montaña de archivos era misión imposible, no había tiempo. ¿Secretos? ¿Dónde guardaría yo un secreto en un salón tan ascético?

Aunque resultara tentador empezar a hurgar bajo el escritorio con una horquilla del pelo, no disponía de margen para embarcarme en una ingeniosa búsqueda al estilo Auguste Dupin. A plena vista. Los mejores escondites son a menudo los más obvios. ¿Qué querría ocultar Édouard? ¿Su vida secreta con chicos? No, difícilmente; para eso estaba su teléfono. Di un paso atrás, observando las superficies nítidas y uniformes. En el rincón, sin embargo, había una discontinuidad entre dos de los archivadores. Me apresuré a echar

un vistazo. El archivador se abrió con suavidad; estaba repleto de carpetas con nombres y fechas, ordenadas alfabéticamente de la «A» a la «D». Seguramente Guiche había sido sorprendido mientras estaba buscando una carpeta. Mis ojos recorrieron las etiquetas a toda velocidad. Me detuve en una «B» archivada con el carácter ruso, la «b» minúscula curvada: BALENSKY. Saqué con cuidado el pesado cartapacio y reacomodé los demás para que el hueco no resultara tan obvio. Me lo puse bajo el brazo y me incorporé justo cuando empezaban a sonar las sirenas. Contando rápidamente a lo largo de los archivadores, deduje que el de la «Y» quedaba demasiado arriba para alcanzarlo. Teníamos que largarnos de inmediato.

—¿Timothy?

Volví a cruzar el pasillo con el engorroso cartapacio bajo el brazo. Mierda. Sonaban voces frenéticas en la escalera. Timothy estaba inmóvil en la cocina, con un vaso lleno de agua en la mano.

—Dijiste que había una buhardilla, la *chambre de bonne*. ¿Dónde?

Reparé en una puerta junto a la nevera, forcejeé con el picaporte y la abrí. Daba a un lavadero y a una estrecha escalera.

—Arriba. Vamos. Tráete el vaso.

Cerré la puerta con todo sigilo y empujé a Timothy por la oscuridad.

—Venga, sigue.

Los peldaños de la buhardilla eran de madera y nuestros pasos resonaban ruidosamente, pero esperaba que el alboroto que armaban los vecinos bastara para ahogarlos. Al entrar en el famoso *fumoir* me tropecé con una mesita marroquí de hojalata y la mandé rodando con estrépito sobre un montón de almohadones *kilim*. Timothy se derrumbó sobre mí, derramándose el agua en los pies.

—Por Dios. Estate quieto un rato. Respira. Respira despacio.

Oía voces abajo, moviéndose por las habitaciones, llamando. Eran gritos al azar, no órdenes imperiosas de la policía. Nos quedamos helados cuando se abrió la puertita de la cocina.

—*Allo? Il y a quelqu'un?* —Luego, al no recibir respuesta—: *Il n'y a personne. Alors, on attend les flics?* —(No hay nadie aquí. ¿Esperamos a la policía?)

—No deberíamos tocar nada, ¿no?

—Tienes razón. Deberíamos esperar abajo. No hemos de tocar nada. —Las pruebas: todo el mundo sabe hoy en día cómo comportarse en una escena

criminal. Gracias, Netflix.

Aguardé hasta que la puerta se cerró y los pasos se alejaron. Bajé por las escaleras, encontré un cubo de plástico para fregar, metí el cartapacio dentro y se lo pasé a Timothy.

—Quítate el *blazer*. Dámelo. Baja por la escalera de servicio; hay una puerta que da a ese patio. —Señalé a través del ventanuco, festoneado con delicados farolitos de colores como los que había visto en Ibiza—. En marcha. Mantén la cabeza gacha y camina por donde hemos venido hasta el hotel. Yo te alcanzaré en unos minutos. ¿Puedes hacerlo?

Asintió en silencio.

Me reventaba tener que depender de él, pero si Yury estaba fuera, no podría escaparme con la carpeta.

—Andando.

Con su camiseta arrugada y el cubo de plástico, confiaba en que lo tomaran por un empleado de la limpieza. Me puse su *blazer* de terciopelo sobre mi propia chaqueta y bajé de puntillas, mientras buscaba las gafas de sol en el bolso. La escalera principal estaba desierta, pero la multitud junto a la entrada se había engrosado considerablemente. Había unos cuantos morbosos más sacando fotos. Una mujer, vestida con unos *shorts* y un chaleco morado, estiraba el cuello para ver el cadáver con el móvil en ristre. Una turista.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté en inglés.

—Creo que ha sido un suicidio —respondió ávidamente, con un fuerte acento australiano.

—Ay, Dios, qué espanto —musité, alejándome.

En la esquina, me volví una vez más hacia la multitud. La ambulancia ya había llegado, pero los curiosos le bloqueaban el paso; dos paramédicos con chalecos reflectantes trataban de introducir entre la gente una camilla con ruedas.

—¡Apártense, por favor! —gritaban, exasperados.

Cuando se abrió el corro, atisé a un viejo atildado que permanecía al margen, alzando la vista hacia la ventana abierta del salón de Édouard Kazbich. No un suicidio, pues. No me quedé a mirar más. Retrocedí lentamente por la calle, crucé la Rue Saint-Louis en l'Île y luego me alejé al trote. ¿Cuánto tardarían Yury y Kazbich en encontrarme? Yermolov podía tener a una docena de matones recorriendo la ciudad para recuperar su precioso cuadro. Pero la habitación del hotel estaba a nombre de Timothy, así

que podía quedarme allí unas horas; el tiempo suficiente para examinar los documentos. Con esa idea en mente, bajé el ritmo y continué a paso vivo, dando un rodeo y volviendo atrás varias veces, atenta a cualquier cara conocida, a cualquier signo de que me estuvieran siguiendo. El juego del gato y el ratón que había practicado con Guiche se había invertido, y no resultaba tan divertido ahora que yo era el ratón.

—No era verdad, ¿no?

—¿Cómo? —Era la primera vez que Timothy hablaba desde que yo había llegado al hotel.

—Toda esa historia de tu novio, el abogado. No era verdad.

—Bueno, tú lo dijiste: no existen las coincidencias —respondí con maldad. El cartapacio estaba entre ambos, en el cubo de plástico. Yo me moría por echarle mano. Mientras nosotros nos entreteníamos allí, la policía debía de estar registrando el apartamento, interrogando a los testigos y revisando las grabaciones de los móviles de los detectives aficionados. No tenía tiempo para dedicarme a consolarle. Pero de repente me frené. Él no tenía ninguna culpa; no había hecho nada. Si yo hubiera sido más rápida, quizás habríamos podido hablar con Guiche y prevenirlo. Ahora estaba muerto. «No es culpa tuya, Judith.»

Hablé con toda la delicadeza que pude.

—Escucha, has sufrido un *shock* terrible, espantoso. Sé que te debo una explicación, y te prometo que te la daré. Pero ahora date una ducha bien caliente. Luego deberías descansar.

Si conseguía que se tomara un par de pastillas de su infalible Diazepam antes de que le entrara el llanto, podría ponerme a estudiar por fin los documentos. Ahora mismo, el espanto de lo que había presenciado lo había sumido en una aturdida docilidad. No quería ni pensar lo que pasaría si le entraba el pánico e intentaba marcharse. Debería decidir qué hacer con él cuando supiera más cosas. Mientras se dirigía cansinamente a la diminuta ducha, alcé la ventana —los quince centímetros reglamentarios— y me fumé un incómodo cigarrillo; luego encontré un botellín de brandy en el minibar. Teníamos que dejar la habitación a las once. Bajé de puntillas, todavía con las ropas desaliñadas de anoche, y le entregué más dinero en metálico al imperturbable recepcionista. Al subir, me encontré a Timothy acurrucado

sobre la colcha, tiritando. Tendió sus brazos hacia mí y, en cuanto lo abracé, empezó a sollozar entre hipidos y jadeos. Le acaricié el pelo con torpeza y busqué el vaso de brandy y la pastilla.

—Vamos, vamos, todo se arreglará. Venga, tómate esto. Algo que te ayude a dormir, ¿de acuerdo? Así, muy bien. Es para el *shock*, vamos... —repetí esas frases sin sentido de consuelo, con las que no estaba nada familiarizada, mientras él se tragaba la pastilla, sollozando y atragantándose; luego lo estreché contra mí y noté a través de la camiseta cómo se iba aplacando poco a poco su corazón agitado.

Pasó tanto rato que casi me quedé dormida yo misma. En cuanto se regularizó su respiración, saqué el brazo de debajo de su cuerpo y me metí en la ducha, primero con el agua hirviendo, luego con agua helada. Me moría de hambre. Saqué del minibar un minipack de galletas de mantequilla bretonas y me las embuté en la boca mientras me ponía un suéter limpio y unas bragas. Tapé a Timothy con la colcha, abrí el cartapacio, esparcí los expedientes en el suelo y empecé a examinar los montones de hojas.

Parecían ordenados por temas, unos redactados con el peculiar francés jurídico, otros en ruso. Los repasé de forma sistemática, buscando cualquier cosa relacionada con cuadros. No encontraba nada, y apenas entendía lo que estaba leyendo. Los primeros expedientes me llevaron más de dos horas. Muchos contenían documentos de transacciones de propiedad inmobiliaria sobre las que ya estaba informada, así como formularios de solicitud de visados y permisos de residencia. Luego, en una carpeta aparte, encontré las procedencias. Había un resumen mecanografiado en inglés, junto a los documentos originales redactados en francés, en ruso y en otro idioma que, supuse, debía de ser serbo-croata. El primer nombre que me llamó la atención fue el de Kazbich, aunque yo siempre había tenido dificultades con su inicial en cirílico. Era una fotocopia de la procedencia de una obra de un pintor para mí desconocido (un nombre lleno de «j» y «v»), descrita como un paisaje al óleo, firmada por el autor en 1929 y vendida a una colección privada en 1997 a través de una galería de Belgrado. Serbia. La galería de Kazbich estaba allí. Balensky había adquirido ese paisaje por cincuenta mil dólares, además de otros diez cuadros del siglo XX, todos de «colecciones privadas», en el espacio de seis meses. Cada grupo de documentos estaba unido con un clip,

junto con una fotografía del cuadro en la parte superior. En los años noventa, Serbia estaba en guerra. Los tiempos convulsos suelen constituir un estímulo para el mercado del arte. El valor de la moneda se hunde y la gente que necesita fondos para huir empeña las reliquias familiares. Algunos de los cuadros habían sido expuestos; había copias de catálogos de galerías y de folletos de museos, así como recibos, muchos escritos a mano, que se remontaban a las fechas de la creación de la obra. El rastro documental estándar que muestra al comprador el itinerario del cuadro a través del mercado y que atestigua su autenticidad. Así pues, Kazbich había hecho negocios con Balensky durante muchos años. Un nombre que aparecía una y otra vez era el de un propietario que había negociado a través de Kazbich: Dejan Raznatovic. Raznatovic no solo había vendido, sino también comprado; y en su caso no se trataba de piezas del siglo XX, sino de iconos rusos de gran valor. Existía sin duda una ley contra este tipo de operaciones. Anoté mentalmente el nombre.

Y luego, a principios de la década del 2000, el viejo doctor Kazbich había alcanzado su gran momento. Un pequeño Cézanne, otro paisaje, que Balensky había comprado por veinte millones y vendido luego, un año después, por treinta y cinco, a un tal Pavel Yermolov, de nuevo con Kazbich ejerciendo de intermediario. El mismo proceso se había repetido con un Giacometti y un Klimt, quizás alguno de los que yo había visto en la casa francesa de Yermolov. Así que Balensky le había estado vendiendo cuadros a Yermolov. ¿Habían contactado ambos oligarcas a través del mundo del arte, por intermedio de Kazbich? Esparcí las procedencias sobre la roñosa moqueta y las examiné atentamente, con el bolígrafo preparado, esperando que surgiera algo. Rothko. En 2005, Kazbich le había vendido un Rothko a Balensky, una obra que había pasado primero por la colección de un banco italiano y luego por un coleccionista de Belgrado: Raznatovic.

Timothy seguía durmiendo. Me estiré, deambulé por la exigua habitación. Demasiadas variables, demasiadas posibilidades que considerar. «Espacio, no te apresures.»

No era nada fuera de lo normal que las corporaciones o los bancos poseyeran pinturas. El arte era un bien como cualquier otro, manejado por los fondos de inversiones: los pensionistas de Dorking podían ser propietarios de

un centímetro cuadrado de Francis Bacon sin saberlo. Por mi época en la Casa, sabía muy bien que existían inmensos depósitos de arte, donde reposaban grandes obras maestras en una penumbra de temperatura controlada, para emerger durante unas semanas en una sala de subastas y volver a desaparecer. Los Botticelli de Yermolov eran un ejemplo. Los marchantes podían mantener las obras almacenadas indefinidamente, hasta que el mercado estuviera listo. Pero había algo raro en el caso de ese Rothko. Y lo sabía porque Renaud Cleret, en París, para redondear su falsa identidad de cazador de recompensas, me había explicado que estaba siguiendo el rastro de un falso Rothko por encargo de un cliente. Esa había sido su tapadera para chantajearme y obligarme a localizar a Moncada. Por este motivo, yo conocía de cabo a rabo el *catalogue raisonné* de Rothko, el compendio autorizado de las obras del artista. Lo había estudiado para comprobar que Renaud mentía. Ahora bien, este Rothko —un panel de dos metros de altura, en tonos negros y plateados, dividido en paralelogramos superpuestos— nunca había aparecido en ningún catálogo. Examiné las procedencias. Un banco italiano —la Società Mutuale di Palermo— lo había adquirido supuestamente poco después de su exhibición en Nueva York en los años sesenta. Figuraba el nombre del galerista de Chelsea, junto con una foto de las notas de la exposición. El banco había conservado su propiedad durante veinticinco años, antes de que el cuadro fuera adquirido por Rznatovic, con Kazbich de intermediario, y luego vendido a Balensky.

Como yo le había explicado a Elena en Venecia, una procedencia podía ser falsa. Fotografías trucadas, recibos mecanografiados con máquinas de escribir antiguas y pergeñados con papel envejecido en un horno, páginas falsas añadidas a los archivos, un lienzo falsificado introducido en un lote de piezas auténticas y vendido a través de una casa de subastas para que apareciese en el registro de compras y ventas: había infinidad de sistemas para engañar al mercado, porque, a diferencia de lo que ocurría con otros bienes, el valor de una pintura se basaba en último término en las impresiones de sus compradores. Si la procedencia era lo bastante aceptable, los marchantes, con buena o mala fe, no se detenían en sus defectos más evidentes. Así que estaba segura de que Kazbich había colado un falso Rothko, vía Italia y luego Serbia, en la colección privada de Balensky.

La siguiente venta era otra adquisición italiana, con la misma cadena de procedencia, esta vez en 2008, el año del crash financiero mundial. El banco

de Palermo estaba exprimiendo a todas luces sus activos, porque en esta ocasión había vendido una obra del pintor barroco veneciano Antonio Bacci por la suma extraordinaria pero razonable de cuatro millones. Raznatovic era sin duda un hombre con unos medios impresionantes. Empecé a revolver rápidamente entre los papeles, como si mis dedos supieran lo que iban a encontrar.

Sonó una sirena en la calle. Contuve el aliento hasta que se alejó. Había pagado la habitación del Herse d'Or por anticipado y mis ropas abandonadas debían de seguir allí desparramadas. Dudaba mucho de que la doncella se hubiera enterado siquiera de mi marcha. ¿Estaría buscando la policía a la joven y misteriosa pareja que había sido vista en la escena de la trágica caída de Édouard Guiche? También lo dudaba. Volví a concentrarme en los documentos.

Allí estaba, mi viejo amigo. Michelangelo Merisi da Caravaggio, retrato de una mujer en lienzo. Kazbich era el marchante, Balensky y Yermolov los compradores conjuntos por la suculenta cifra de 200 millones de euros. La mitad del dinero, a modo de anticipo, a través de un fondo de las islas Turcas y Caicos, y la otra mitad a pagar al mensajero al recibir la obra. El recibo, redactado en tres lenguas, de apariencia muy formal, estaba preparado para la firma del destinatario y del mensajero. Guiche había estampado la suya, con pluma y con rúbrica. El espacio para el mensajero estaba en blanco. No era de extrañar, pues el cuadro estaba bien guardado en su portafolio a menos de medio metro de donde yo me hallaba sentada.

Guiche sabía que iban a por él. Timothy me había dicho que su amante había estado distraído y angustiado durante meses, que lo evitaba, que lo mantenía alejado de su apartamento. Analicé la secuencia. Yo salgo de París con el cuadro el pasado noviembre. Guiche, como es lógico, no puede entregarlo. Yermolov cree que lo tengo yo y aguarda a que vuelva a salir a la superficie. Yo abro Gentileschi en Venecia en primavera —«ese maldito mensaje de texto»—, pero no sale publicidad de la galería, en la web y otros medios, hasta principios de verano, cuando empiezo a preparar la exposición Xaoc. Bingo. Kazbich hace su aparición. Él y Yermolov no logran atraparme.

Yo los eludo durante unos días. Yermolov mantiene vigilado a Guiche, del que tiene sospechas. Ahora veía cómo debía de haber funcionado su mente. Yo llego a París, supuestamente con el cuadro, y me reúno con Guiche. Él continúa alegando que no sabe nada, pero ellos dan por supuesto que Guiche y yo estamos confabulados. Un Caravaggio de 200 millones habría podido corromper a cualquiera.

A Guiche, en suma, se le había agotado el tiempo. Me pregunté cómo habría sido. ¿Yury lo había tirado sencillamente al vacío sobre el muelle?, ¿o le habían concedido la dignidad de arrojarse por su propio pie? Quizás el suicidio resultaba más efectivo que el asesinato, a fin de cuentas. Y Kazbich entre la multitud, listo para informar del desenlace. ¿Dónde estaba Yury ahora? Buscándome, sin duda. Pero yo me encontraba a salvo aquí, por el momento. Me sacudí la paranoia y seguí leyendo. Mientras hojeaba los documentos, no pude evitar una sonrisa. No había sido yo la única en trabajar a fondo en los archivos. Las procedencias que Kazbich había fabricado para el Caravaggio constituían prácticamente una novela.

Quizás habían sido las propiedades del banco de Palermo en Venecia lo que le había dado a Kazbich la idea. Si bien la mayoría de los expertos dudaban cuando menos de que Caravaggio hubiera visitado jamás la ciudad, algunos estaban convencidos de que sí lo había hecho. Su primer maestro, Peterzano, había sido discípulo de Tiziano; y Tiziano, a su vez, había recibido las enseñanzas de Giorgione, cuya influencia se consideraba sin discusión muy marcada en las pinturas de Caravaggio. Como este, Giorgione desdeñaba el boceto preliminar y priorizaba el color sobre el dibujo. El extremado abanico de la paleta de Caravaggio, y la iluminación sobrenatural que ardía en sus cuadros, solía atribuirse a la influencia de Venecia. En la versión de Kazbich, el joven pintor había pasado allí una temporada, en 1592, cuando se dirigía a Roma. Existía el rumor, citado en varios artículos académicos, de que uno de los muchos retratos perdidos de Caravaggio era el de una «mujer que le había dado alojamiento», lo cual le había servido al ingenioso doctor para pergeñar una versión de la clásica historia del artista empobrecido que ha de pagar la cuenta con sus cuadros. La foto que Elena me había enseñado en Venecia aparecía reproducida entre los documentos, junto a un inventario de aspecto convincente de una mudanza del siglo XVIII donde se mencionaba el cuadro, aunque sin atribuirlo a ningún pintor. Después, el cuadro había permanecido al parecer en el mismo lugar y había

sido vendido junto con el contenido del edificio a medida que había ido cambiando de manos. Para la atribución, Kazbich se había esmerado. Había una carta de un «viajero del siglo XIX», un aficionado al arte americano, en la que especulaba sobre la posibilidad de que el cuadro de la habitación de su hotel pudiera ser un Caravaggio. A continuación había dos informes de la International Foundation for Art Research, que ofrece un servicio de autenticación. Los informes de la IFAR no constituyen técnicamente un certificado de autenticidad, pero los compradores entusiastas los toman con frecuencia como una prueba definitiva. Sin embargo, la fundación no es incorruptible. Los expertos contratados por el servicio de autenticación pueden permanecer en el anonimato si lo desean, lo cual quiere decir que pueden elaborar un informe poco fiable sin dañar su reputación... siempre que el precio sea el correcto. Kazbich afirmaba que había seguido el rastro del cuadro durante años, que lo había conseguido por fin a través de un pariente (oportunamente fallecido) del dueño de la *pensione* y que lo había puesto a continuación en manos de la IFAR.

Desde la primera vez que yo había visto el Caravaggio, había sabido sin más que no podía ser auténtico. Pero el montaje en sí era fabuloso. Ya la simple audacia que implicaba. Este tipo de cosas habían sucedido, además. De vez en cuando aparecían cuadros de los Antiguos Maestros en un desván. Era famoso el caso del «Vermeer» de un falsificador llamado Han van Meegeren que había logrado engañar al reputado experto Hermann Goering. Cogí una Coca del minibar, di un trago del viscoso y azucarado jarabe y me arrepentí en el acto. Kazbich, como todos los estafadores del mundo del arte, contaba con el deseo de creer de sus víctimas. Es la avidez de poseer una pieza única lo que une ineluctablemente al estafador y al estafado, y la víctima acaba de sellar su fe con el dinero. Cuanto más dinero, más fuerte es el deseo de creer: la necesidad misma es tan incalculable como la propia obra. Si Kazbich hubiera fijado un precio más bajo, yo dudaba de que un coleccionista tan avezado como Yermolov se hubiera dejado engañar. Y sin embargo, sí había caído, y ahora, al ver frustrados sus deseos, había matado ya a dos personas para recuperar el objeto de sus anhelos.

Había llegado el momento de escoger. Yo aún no había descubierto la identidad del misterioso personaje que había seguido el rastro de Gentileschi hasta Judith Rashleigh, brindándole a Yermolov ese enorme poder sobre mí. Los restos de la única persona que podría haberlo confirmado estaban ahora

mismo en la morgue de París. ¿Una bala a Timothy ahora mismo? Y luego... luego ¿qué? Kazbich probablemente seguía en París; acababa de verlo esa misma mañana. Así pues, podía dejar el cuadro en un lugar donde fuera fácil recuperarlo, arriesgarme a usar mis cuentas bancarias y pasar el resto de mi vida esperando a que ese misterioso testigo llamase a mi puerta. O bien podía aceptar la oferta de Elena, darle el Caravaggio y confiar en ella. Pero ya había visto lo suficiente de los métodos de Yermolov para pensar que, aun cuando ella fuese de fiar y quisiera protegerme, sería totalmente impotente frente a su marido. O tal vez lo que debía hacer era sacar la Caracal, salir a buscar un lugar tranquilo y ponerme el cañón en la boca.

Capítulo 20

Ya oscurecía. Timothy se despertaría pronto. La única comida que quedaba en el minibar era un paquete de frutos secos. Quizá fue ese paquete lo que me impulsó a dejar para otro día la opción del suicidio: habría resultado una comida patética para el corredor de la muerte. Yo seguía pensando que tenía que haber por fuerza algo más en la conexión entre Yermolov, Balensky y Kazbich. Timothy se removió y volvió a dormirse. A mí me hormigueaban las piernas cuando me acerqué a la maleta sigilosamente para no despertarlo. Si iba a pegarle un tiro, preferiría hacerlo mientras estuviera inconsciente. Abrí el portátil que había comprado al llegar a París e hice una búsqueda cruzada de Raznatovic y Kazbich, pero aparte de una página web minimalista de la galería de este último en Belgrado, Kazbich continuaba siendo un agujero negro en la red: ni imágenes ni datos. Raznatovic, por su parte, no era un tipo nada reservado. De hecho, si te iban los exparamilitares serbios reconvertidos en mafiosos, él venía a ser Mick Jagger. Nacido en 1967, había servido en las filas de los célebres Boinas Rojas bajo el régimen de Milošević cuando empezaron las guerras en 1991; pero a diferencia de su líder, había conseguido adaptarse con éxito al estado posyugoslavo y se había convertido en jefe de una banda. Los *chetniks*, tal como llamaban a los antiguos colegas militares de Raznatovic, habían emergido de las sombras para dominar el Estado en ruinas con su propio sistema de justicia brutal y arbitraria. El rito de iniciación, primero en la milicia y después en las filas de las bandas, consistía en rebanarle lentamente la garganta a una víctima; a poder ser, musulmana. «Es un poco raro la primera vez —había declarado Raznatovic a un periodista— pero luego sales a celebrarlo tan contento.» De los simples asesinatos, a quince dólares la pieza, Raznatovic y sus compinches habían pasado al tráfico de armas, vendiendo desde AK47 de producción estatal a 200 dólares hasta lanzacohetes a cifras que alcanzaban los 2.000 dólares.

Serbia tenía una ubicación ideal para introducir contrabando militar en el espacio europeo de Schengen, y una vez en su interior, ya no había más fronteras de las que preocuparse.

De modo que aquí aparecía Raznatovic posando con un famoso escritor ruso, ahí con sus camaradas en un campamento de montaña y allí con un puro y una beldad estándar con bikini en Saint-Tropez; bueno, eso cuando aún podía salir del país sin problemas. Raznatovic aparecía en numerosos reportajes en profundidad de la prensa extranjera, figuraba en los documentos de los *think-tanks* y era considerado un héroe nacional y un criminal internacional. Incluso tenía su propia entrada en inglés en Wikipedia, donde se hablaba de su fortuna, de sus propiedades y negocios legales y, lo más oportuno para mí, de su interés en el arte nacional serbio, especialmente en los iconos. Había sido uno de los principales donantes de un museo recientemente fundado en Belgrado y, al parecer, seguía viviendo en la capital. Me habría podido pasar horas estudiando su vida, había material suficiente para una tesis doctoral, pero era otro tipo de *matériel* el que a mí me interesaba. En concreto, el que había cimentado la fortuna de Balensky.

Antes de volverse legal situando sus bienes e inversiones en occidente, Balensky había sido traficante de armas. En la cleptocracia de la Rusia postsoviética, donde no había distinción entre los mafiosos y el Estado, el mercado negro militar había constituido un gran negocio. Como señalaban Bruce Eakin y otros teóricos de la mafia, la guerra de Chechenia había sido en esencia una tapadera para una masiva venta subrepticia de armas, mediante la cual el Estado podía dar por perdido el armamento superfluo que había sido «destruido»: de hecho, vendido. Balensky trataba con Raznatovic a través de Kazbich. Y Raznatovic, según decían, había alcanzado su actual posición con el comercio de armas. ¿Y si resultaba, pues, que Kazbich traficaba con algo más que con bellos paisajes de mediados de siglo? Si Bruce se hubiera esforzado un poco más, pensé, quizás habría ganado un Pulitzer.

La pregunta era: ¿con quién traficaba Kazbich? La única conexión que yo conocía era Moncada, pero después pensé en el banco de Sicilia. Me acordé de mi viejo amigo Renaud, como hacía a veces. (Que busques a alguien en Google no significa que lo echés de menos.) Yo había aprendido de él lo suficiente como para sospechar de lavado de dinero. Los cuadros constituyen un modo casi infalible de conservar el dinero: las autoridades pueden

devaluar una cuenta bancaria, pero para devaluar un cuadro primero han de poseerlo. De ahí que el tercer mercado negro más importante para el crimen organizado en Italia, después de las drogas y las armas, fuera el tráfico de arte. Se estimaba que se movían ocho mil millones de euros al año en ese mercado, y la Tutela del Patrimonio Culturale —el organismo italiano encargado de recuperar las piezas robadas— había logrado incautar más de 600.000 obras en solo un año. Era bastante posible que Kazbich estuviera en el centro de una red de tráfico de armas por pinturas, en la cual Raznatovic y Moncada suministraban el material del intercambio.

Elena estaba convencida de que Yermolov tenía secretos que ocultar. Yo ya conocía el historial de Balensky; pero este era un hombre de la vieja escuela, casi octogenario: prácticamente una reliquia. Yermolov era de la nueva camada, la cara respetable del dinero postsoviético. Su implicación en el tráfico de armas con sus amigos aficionados al arte, suponiendo que fuera cierta, podía ser la palanca necesaria para presionarle. Elena quizá no podía protegerme, aunque tuviera en sus manos el maldito cuadro; en cambio, esta información sí. Pero ¿cómo manejar la situación? ¿Cómo podía llegar a Yermolov y mantenerme con vida el tiempo suficiente para chantajearlo?

Timothy escogió ese momento apasionante para despertar. Miró aturdido en derredor antes de darse cuenta de que no, de que esto no era una pesadilla, y entonces empezó a llorar otra vez. Yo tenía esa misma sensación respecto al hotel Ibis. Le llevé un poco de agua y emití unos arrullos de consuelo; entonces recordé la nota que Guiche había dejado sobre su escritorio. Aún la tenía en el bolsillo de mi chaqueta. Se la puse en las manos y observé su expresión mientras desplegaba la única hoja escrita. Sobre la cama cayó un fajo de billetes, seguido de una breve lluvia de monedas. Timothy no hizo caso; leyó la hoja en silencio y luego me la pasó.

Lo siento mucho. Gracias por la felicidad que me has dado. Toma esto, por favor, y trata de ser feliz. Deberías estudiar. Has de saber que yo creo en ti. Pero por favor, por favor, vete de París. E.

Timothy le importaba de verdad, no cabía duda, lo que se reflejaba incluso en el tono sensiblero de su *adieu*. Reuní el dinero y lo conté: algo menos de tres mil euros, dos mil en billetes de cien y el resto en billetes más pequeños, como si ya lo tuviera planeado, pero hubiera tenido que reunir la suma

precipitadamente. Timothy no dijo una palabra. Lo observé un rato; le puse una mano en el brazo, pero él la apartó, cruzó los brazos y escondió las manos en las axilas, clavando la vista en el suelo obcecadamente.

«Si hubiera devuelto el cuadro en cuanto lo localicé en Inglaterra, todo esto no hubiera pasado. Guiche seguiría vivo. Timothy tal vez tendría un futuro con un hombre que le amaba.»

—Judith —dijo de repente.

—Estoy aquí.

—¿Recuerdas esa fiesta de la que te hablé, la de Tánger?

—Sí.

Se irguió sobre la cama, muy serio. El blanco de sus ojos relucía en la penumbra.

—Había una pareja allí, una pareja heterosexual: un chico y una chica. Eran turistas. Franceses. Alguien los había encontrado en la ciudad y los había llevado allí. Para que actuaran.

—¿Para que actuaran?

—Se pusieron a follar. Delante de todos. Sexo normal. La chica parecía bastante entusiasmada, pero se notaba que al chico le disgustaba la situación, aunque les estuvieran pagando. Todos los miramos mientras lo hacían.

—¿Y?

—Ellos estaban juntos, eran pareja. Los dos rubios. Y yo pensé... —Su voz se volvió ronca; ahogó un sollozo.

—¿Qué pensaste, Timothy?

—Pensé que lo realmente enfermizo... era que lo que estábamos mirando no era sexo. Era amor. Estaban enamorados. Y yo me pregunté... —Ahora hablaba deprisa, tratando de sacar todas las palabras antes de que volvieran las lágrimas. Sonaba como si estuviera colocado—. Me pregunté si lo que quería en realidad ese Balensky era estropearlo... Al pagarles... Porque ellos se amaban, ¿entiendes? Él solo quería... estropearlo.

Ya veía a dónde quería ir a parar. Lo veía claramente, pero lo último que necesitaba ahora eran historias conmovedoras de inocencia corrompida. Lo abracé.

—Escucha. Lo que ha ocurrido es terrible, espantoso. Siento muchísimo que te haya tenido que tocar algo así. Édouard te amaba, te amaba de verdad.

Quería que siguieras con tu vida. Es lo que dijo, ¿no? Porque tú le importabas. Y eso es lo que vamos a hacer. Yo te ayudaré, te lo prometo.

Se puso a sollozar con más fuerza y yo lo acuné en mis brazos. No era por Édouard por quien lloraba, porque nunca es así; y eso era lo que habíamos percibido el uno en el otro la primera vez que nos habíamos visto. Su pavoneo al salir del cuarto oscuro de ese sórdido club; su modo de mirarme cuando lo había sorprendido hurgando entre mis cosas. Yo siempre había sabido lo que él era en el fondo, y esa conexión había estado presente de algún modo entre nosotros, tácitamente. Porque él también sabía lo que yo era en el fondo. ¿Qué haces cuando te asomas al abismo del alma de otro y vislumbras en ese abismo un gesto de saludo y reconocimiento?

—Todo se arreglará —susurré finalmente—. No te preocupes. Todo se arreglará. —Lo estreché con fuerza hasta que su respiración volvió a serenarse

No podía matar a Timothy. Me era muchísimo más útil vivo que muerto. Acababa de tomar una decisión, en apariencia. Yermolov no iba a hacerle daño a nadie más. No es que fuera ese exactamente el motivo que me impulsaba. Era más bien el placer que experimentaría cuando él comprendiera que podía pararle los pies. Aun siendo una carga, Timothy me resultaría necesario para el plan que estaba urdiendo. Me había habituado a actuar sola, pero ahora comprendí que lo necesitaba. Y quizá, además, deseaba compensarle. Qué conmovedor. A este paso, pronto empezaría a vender mi sangre para alimentarlo con barritas de Kit Kat.

—Hay un montón de dinero ahí —apunté—. Podrías emplearlo para... ¿volver a Marruecos? ¿Quieres volver allí? —Debía dejarle escoger para sentirme leal. Tenía que escoger él.

Timothy meneó la cabeza tristemente.

—¿Prefieres quedarte en Francia?

—¿Estás de broma?

—Yo tengo una idea. Es algo que podemos hacer juntos. Si funciona, les devolveremos el golpe a los que han matado a Édouard. Lo vengaremos —añadí con una ligera mueca de dolor que habría de complacer a su temperamento dramático.

—De acuerdo.

—Pero será... bastante peligroso.

—De acuerdo.

—Y si funciona, sacarás dinero. Un montón de dinero.

—El dinero no me importa.

Nos miramos a los ojos. Un músculo irónico y venal se curvó en la comisura de su boca.

Arqueé las cejas.

—Dinero suficiente para una escuela de moda. Y más aún.

—Édouard quería lo mejor para mí —respondió, impertérrito.

—Entretanto —dije, cogiendo el dinero—, tomaré esto prestado. Para un billete de autocar. Recoge tus cosas.

Un poco alicaída, me volví hacia el portátil y busqué la página de la estación internacional de autocares de París. Había uno para Belgrado que salía a las ocho, ya no lo pillábamos; pero el último salía a las once, esperaba que quedaran plazas. Una vez en Serbia, podría arriesgarme a usar mi tarjeta de crédito; por ahora, mientras Kazbich anduviera cerca, era mejor actuar con cautela. Luego volví la cámara del portátil hacia la pared desnuda de la lúgubre habitación, para que ningún detalle delatara nuestro paradero, y llamé por Skype a Jovana, la líder del Colectivo Xaoc en Belgrado.

Doctorada en Historia del Renacimiento, Jovana reconocía jovialmente que ella misma no era artista —decía que apenas podía dibujar un monigote—, pero tenía una extraordinaria habilidad para la tecnología y el marketing. Dirigía la cooperativa como si fuera uno de los antiguos talleres italianos de producción en cadena: ella concebía las ideas, los artistas del grupo las ejecutaban y compartían los beneficios entre todos. Una Damien Hirst serbia, en fin, solo que más lista y con interesantes *piercings* en la cara. La había conocido en el Pabellón Macedonio de la Bienal, donde Xaoc exponía una versión gigantesca de uno de los *collage* que luego hicieron para mí —una colcha de treinta metros de retazos cosidos a mano, cubierta de estampas de iconos y de diminutas teteras de peltre—, y yo la había admirado desde el primer momento. Jovana hablaba con la misma desenvoltura de márgenes de apalancamiento y umbrales de resistencia que de la influencia del arte flamenco en los frescos religiosos de Europa oriental, y durante nuestra conversación aprendí un montón de cosas de ella. En mi época en la Casa, yo me escandalizaba ingenuamente al ver tratadas las obras maestras como simples inversiones; la visión de Jovana, en cambio, era sutil y modesta al

mismo tiempo. Ella veía el mercado tal como era, como siempre había sido, pero creía que aún quedaba margen para la belleza y las ideas en la nueva creación, aunque hubiera que colarlas furtivamente, con tácticas de guerrilla, invisibles para los clientes.

No respondía, así que preparé la maleta mientras aguardaba. También desmonté la pistola, con la idea de tirar las partes separadamente durante el viaje. No entraba en mis planes volver a necesitarla. Al tercer intento, Jovana respondió. Cuando apareció su imagen en la pantalla, vi que tenía una pequeña escultura de plástico de Michael Jackson, sacada de un llavero, colgando del *piercing* de la ceja. Le expliqué que iba a pasar por Belgrado y le pregunté en qué estaba trabajando el grupo.

—Aaaah, Elisabeth... —Vi que se frotaba las manos con satisfacción—. Es algo muy... jugoso. He estado pensando mucho, a ver si me expreso bien... en la abyección.

—¿Arte abyecto?

Vómito, mierda, sangre, carnicería, mutilación. Obras que pretenden provocar repugnancia y cuestionar así nuestra relación con la belleza. Ese es, al menos, el argumento de venta. O bien obras cuyo vulgar sensacionalismo solo destaca por su banalidad (ese no es el argumento de venta).

—Algo realmente extremo. Tengo secuencias de cosas muy desagradables, pacientes de traqueotomía y demás... Las estamos juntando con imágenes porno de violaciones de la Deep Web y proyectaremos el vídeo en pequeños telescopios.

«Vale, Jovana. La Deep Web, violaciones porno. Lo pillo.»

—No, no son telescopios —prosiguió—. Me refiero a esas cosas que crean formas con arena...

—¿Caleidoscopios?

—Exacto. Y los pondremos entre las sorpresas de carnaval con montones de juguetitos... —se echó hacia delante para explicármelo y Michael hizo un *moonwalk* entrecortado sobre su globo ocular—, de manera que tú las abrirás y encontrarás ese objeto inocente... Bueno, algo muy, muy desagradable.

—Entonces... ¿es sobre explotación y sobre una nueva puesta en perspectiva de lo corrupto?

—¡Sabías palabras! —Hizo una pausa para dar un sorbo a su Coca Zero—. ¿Podría interesarte?

—Sin duda. Y tengo un par de ideas más para ti. Una es una reelaboración

de una pieza antigua; la otra, una instalación de vídeo. Una especie de representación, como una obra teatral con dobles. Rollo Cindy Sherman.

—Suena bien. ¿Tienes un cliente?

—Dos. Bueno, posiblemente.

—Fantástico. Será fabuloso verte otra vez. ¿Quieres instalarte aquí?

—Gracias; quizá sí. Sería interesante palpar de cerca lo que estás haciendo.

—Claro, claro. Entonces llegarás a Belgrado... ¿cuándo?

—Mañana.

Capítulo 21

*M*ientras el autocar avanzaba monótonamente por Europa, Timothy dormía y yo miraba por la ventanilla. Abstraída. Cerca de la frontera eslovena, me preguntó débilmente por qué íbamos a Belgrado.

—En primer lugar, porque es el último lugar donde nos buscarán —dije lentamente. Le expliqué que iba a dejarle un mensaje a un hombre llamado Raznatovic; que si conseguía localizarlo y convencerlo, él transmitiría a los que habían matado a Guiche que íbamos en serio—. ¡Y también nos dedicaremos un poco al arte! —añadí alegremente. No ignoraba que sonaba como una rematada idiotez, pero el horror de la muerte de Guiche había provocado en Timothy una especie de coma consciente, una aturdida aceptación de que yo sabía lo que me hacía.

Le expliqué que él no tendría que hacer gran cosa, por ahora; que su intervención llegaría más tarde, una vez hubiera localizado a Raznatovic.

—Tú haz lo que te diga, sea lo que sea —le advertí, aunque no podía estar segura de que lo hubiera asimilado.

No había mucho más que decir acerca del viaje de dieciocho horas a Belgrado, salvo que resultaba tan incómodo, apretujado, mugriento e hipnóticamente agotador como cabría esperar de un trayecto semejante. Cuando llegamos a la Ciudad Blanca dejé aparcado a Timothy en el Square Nine Hotel y le dije que moviera el culo y bajara al gimnasio. Quizá las endorfinas contribuyeran a levantarle el ánimo. No íbamos a reunirnos con Jovana hasta las diez de la noche, así que salí a echar un vistazo a la ciudad. El delgado abrigo que me había traído desde Venecia no abrigaba nada frente al viento helado que subía del Danubio, pero me negaba a ponerme el espantoso forro polar inglés. El *look* en el centro de Belgrado parecía ser más bien el abrigo de visón largo. Nunca había viajado tan al este, y realmente

parecía distinto, aunque al principio no acababa de saber por qué. Había muchos edificios imponentes de aire oficial, de los siglos XVIII y XIX, mezclados con bloques de pisos de los años treinta, con recios balcones. Encontré un café hipster, el Koffein, en una manzana flanqueada de árboles, y me tomé un *macchiato* mientras buscaba en la guía la dirección del local de Kazbich. La carta del local, impresa en papel marrón, ofrecía panes artesanales balcánicos y unos tarros preciosos, adornados con un lazo, de mermelada de arándanos. Barbas, camisas de franela, portátiles Mac: habría podido estar en Shoreditch. Mientras subía a la zona del castillo, desde la que se dominaba toda la vista del río, fui sorteando a mujeres de rostro arrugado, con versiones aproximadas del traje folclórico de los Balcanes, que vendían manteles bordados y tapetes de encaje, y también a algunos hombres de increíble corpulencia publicitando sus memorias de guerra. Para tratarse de una capital, sin embargo, reinaba en las calles una misteriosa quietud a aquella hora del atardecer. Aparte de los vendedores, cada umbral y cada esquina estaba llena de gente... ahí plantada, con una extraña y mansa paciencia, mientras el viento les alborotaba el pelo gris o la bufanda: como si llevaran mucho tiempo esperando algo, pero ya se les hubiera olvidado qué. Frente al edificio de Kazbich había una moderna y elegante galería donde exponían fotos retocadas de principios del siglo XX de niños aquejados de enanismo, con los rizos negros (muertos desde hacía mucho) adornados con lazos rojos. En mitad de la calle, había un socavón de bomba tapado con planchas de madera; y al alzar la vista reparé en el muro de un bloque gris todavía acribillado de balas. El autobús parado enfrente exhibía un póster de las últimas series de las Kardashian, como si aquella gente no hubiera sufrido ya bastante.

A diferencia de los dueños del Koffein, Kazbich era consciente de que su ciudad natal no podía permitirse aún la ironía. Su local tenía el aspecto tranquilizador del lujo anticuado: una ventana salediza con celosía de madera oscura y, dentro, un paño de terciopelo negro arrojando un expositor con dos delicados iconos —crucifixiones bizantinas con marco de plata— situados a uno y otro lado de un gran lienzo monocromo de un culturista desnudo, con los muslos macizos rodeando una columna de mármol. Atisbando a través de la puerta, vislumbré otros cuatro lienzos similares de pesado marco dorado, entreverados con más iconos. Al menos parecían auténticos. Eran casi las ocho, la galería estaba cerrada, pero retrocedí unos pasos hacia el socavón y

saqué unas fotos del expositor con el móvil. Jovana necesitaría inspiración para su encargo.

El edificio donde Jovana y su equipo trabajaban tenía fama de ser el mayor edificio okupa de artistas de Europa. Era una mole de veinte plantas, de hormigón color chocolate, y resultaba tanto más intimidante con su nuevo aspecto informal. Había sido en su momento el orgullo arquitectónico de la administración serbia, y el gigantesco mural de tucanes y orangutanes tropicales en el antiguo vestíbulo no acababa de exorcizar los fantasmas de los burócratas casposos con trajes soviéticos, de las sillas de plástico beige y el sucedáneo de café, de la triste y asfixiante artificialidad de todo el lugar: un simulacro de oficina central para un simulacro de Estado cuya única moneda circulante era la crueldad. Como habría dicho Elena, me ponía la piel de gallinas. El espacio del colectivo estaba en la décima planta; Jovana me había advertido de que los ascensores estaban estropeados, así que nos pusimos a subir por las escaleras.

Timothy parecía al menos un poco más despierto, pero el estado del edificio lo estaba poniendo obviamente de mal humor, pese a los eslóganes de las paredes que nos aseguraban que el punk no había muerto. Al final de cada tramo de escalones, teníamos que atravesar un largo corredor de techo bajo cubierto de graffiti. ¿Por qué la anarquía es siempre tan machacona? El silencio resultaba aún más opresivo a causa de los aullidos amortiguados de una música electrónica que retumbaba en alguna de las plantas superiores. Bruscamente, oímos un murmullo de pasos a nuestra espalda y, al volvernos, atisbamos un tropel de sombras que se movían entre los deteriorados muros de hormigón: figuras encapuchadas, corriendo con el cuerpo encorvado. Sin decir palabra, apretamos el paso; los chicos, a nuestra espalda, aceleraron también. Me subí el reloj dentro de la manga de la chaqueta mientras recorríamos otro tramo, ahora jadeando, sintiendo que nos daban alcance.

—¿Cuántos son? —susurró Timothy.

—Montones. Corre.

Echamos a correr, llegamos al siguiente rellano y cruzamos disparados otro corredor manchado de orines. «¿Llevarán navajas?» El corredor terminaba en un enorme par de puertas de acero, cerradas con candado y pintarrajeadas con spray rojo.

—¡Mierda! —Giramos en redondo, jadeantes.

—Quizá podamos esquivarlos. Uno por cada lado. Lo más rápido que puedas, y luego bajamos, ¿no?

Estaban a cincuenta metros, a veinte, con las caras tapadas y un aspecto salvaje.

Y entonces se abrió una puerta lateral y resonó el estruendo de un tema de hip-hop. Los chicos redujeron la marcha, se quitaron las capuchas y entraron entre sonrisas en el estudio. Una mujer con chaqueta fosforito asomó la cabeza y nos indicó que pasáramos. Una clase de baile. Los chicos llegaban tarde a su clase de baile. Uno de ellos nos miró con los pulgares alzados e hizo un breve *moonwalk* por detrás de sus amigos. Luego la puerta volvió a cerrarse, ahogando la música. Por Dios.

Timothy jadeaba, doblado sobre sí mismo, con la cabeza entre las rodillas.

—No lo soporto.

—Ya. Pero es problema nuestro. Eran solo unos críos.

—En serio, no soporto todo esto. No aguanto más.

Me agaché y le alcé la cabeza a la altura de la mía.

—Escucha, todo va bien. No iban a atacarnos. Es solo que estamos paranoicos.

—¿De veras? ¿Por qué será?

No tenía energía para otra charla estimulante.

—No seas idiota. Si estamos aquí es para algo. Tú mantén la calma. Puedes hacerlo.

Él asintió con desconsuelo.

—Vamos, pues.

Abriendo la marcha, avancé por donde habíamos venido para buscar la siguiente escalera, pero por dentro me sentía conmocionada. No por los críos, eso era una tontería, sino por la actitud protectora que me había entrado de repente, por el impulso de estrecharlo entre mis brazos, de acunarlo y decirle que todo acabaría bien.

Nos tomamos unos momentos para recuperar el aliento antes de llamar a la puerta del espacio del grupo. Se abrió una trampilla en otro portón de acero y apareció una cara alegre casi oculta bajo una tintineante colección de *piercings*.

—Hola. Hemos quedado con Jovana. Soy Elisabeth. —Le lancé una mirada a Timothy para recordarle que estuviera callado.

—Claro. Pasa. ¿Queréis un té? ¿De menta o de violetas?

—De violetas sería fantástico, gracias. Hmm...

—Vlado.

Parecía hacer más frío allí dentro que en el boulevard barrido por el viento. Reconocí el lugar, dividido en cubículos con sábanas colgadas de alambres, por las fotos de la web del colectivo. Unas veinte personas deambulaban de aquí para allá, la mayoría vestida con monos de faena, como Vlado; un par concentrados en los lienzos apoyados contra las paredes, algunos charlando y fumando, y los demás reunidos en torno a la batería de ordenadores de una larga mesa central. Las rastas de color rosa vivo de Jovana destacaban en medio del grupo.

—¡Elisabeth! ¡Qué alegría verte de nuevo! —Su inglés tenía un acento cómico, pero por lo demás era perfecto. Pegué la mejilla al torbellino de letras cirílicas de color índigo que tenía tatuado alrededor del ojo izquierdo.

—Este es Timothy. Es mi becario. De París. ¿Por qué no ayudas a Vlado con el té, Timothy?

Me miró sin comprender; se lo repetí en francés y entonces se alejó arrastrando los pies.

—Bueno, Jovana. Tres cosas. Primero, ¿podemos tomarte la palabra y quedarnos un par de días, a partir de mañana? Quiero poder palpar el trabajo que estáis haciendo, ahora que tengo la ocasión. Y será una buena experiencia para Timothy. Por supuesto, contribuiremos en los gastos.

—Claro, no hay problema. Aunque no es un hotel de cinco estrellas precisamente —añadió, no muy convencida.

—Será un honor, gracias. Segundo: tengo una cosa aquí. Necesito que me hagas un diseño. Bastante deprisa. Mañana, a poder ser. Saca un boceto con el portátil; bastará con una captura de pantalla. Es posible que me salga un encargo de un cliente de aquí, de Belgrado —le expliqué ampulosamente.

—¡Fantástico!

No parecía que hubiera agua corriente en el estudio, pero por supuesto la señal de wifi era perfecta. En unos minutos, Jovana estaba manipulando en la pantalla las fotografías que yo había sacado del expositor de Kazbich.

—Y luego necesito que añadas... ¿algo así, por ejemplo? —Le mostré la imagen de un icono veneciano que me había descargado en el hotel.

—No hay problema.

—Antes de que empieces, sin embargo... Ah, gracias. —Hice una pausa

para darle un sorbo a la infusión floral que me habían servido (ardiendo) en una taza decorada con la duquesa de Cambridge—. Hay una tercera cosa. Muy importante. Una instalación para otro cliente de Suiza, relacionada temáticamente con tu historia de violación porno.

—Genial.

—Pero quizá... ¿un poquito rebajada?

—¿Por qué?

—Lo que me estabas contando es demasiado extremo.

Jovana me estudió con la mirada.

—La Fundación Prada va a exhibir pronto en Milán la instalación *Jody, Jody, Jody* de Kienholz. ¿La has visto?

La había visto, en fotos. Ojalá no lo hubiera hecho. Los abusos de menores no son de mi gusto, estéticamente.

—Kienholz la creó en, eh, 1994. Si quieres mantenerte a la altura, tienes que ser extremo. Así funciona el negocio.

¿Cuándo se había convertido la repugnancia en una medida del valor artístico? A nadie le horroriza ya ver mierda, tampones usados o genitales de plástico; ¿qué más podría uno esperar encontrar en una galería? Si lo único que tienes que ofrecer como artista es tu capacidad para escandalizar, en cuanto la cosa se vuelve previsible, debes llevarla aún más lejos.

—Pero este es un material repulsivo —objeté.

—Exacto —dijo Jovana con tranquilidad—. ¿Quieres usarlo?

—Supongo. ¿Tú estás interesada?

—Yo siempre.

Al día siguiente, a las once, volví a la galería de Kazbich con la primera parte del trabajo de Jovana cargada en el móvil. Mis ropas empezaban a adquirir ese aspecto andrajoso de las prendas que se han llevado demasiado a menudo, aunque eso no debía preocuparme. Me puse un suéter negro de cachemira sobre mis leales pantalones Miu Miu y me recogí el pelo con un nudo en lo alto de la cabeza: un look simple y serio.

—¿En qué puedo ayudarla?

La chica pareció sorprendida ante una visita, y se apresuró a guardar una revista y un cenicero en un cajón de su escritorio. Llevaba un delantal negro de fieltro sobre una blusa estampada *vintage* con cuello de pico. Bastante

convinciente, aunque tenía mal el cutis y el bolso que reposaba a sus pies era de vinilo. No una princesa serbia jugando a galerista, pues, sino seguramente una estudiante con un empleo a tiempo parcial.

—Quizá, eso espero —repuse con cautela. En parte me esperaba que apareciera Kazbich como Nosferatu por alguna puerta. Le di una tarjeta de Gentileschi—. Me llamo Elisabeth Teerlinc. Tengo una pieza que creo podría interesar a uno de sus clientes habituales.

Activé el montaje de Jovana y se lo pasé. La chica le echó un somero vistazo, más pendiente en realidad de los tres billetes de cien euros que yo había metido entre el teléfono y la funda.

—Confiaba en que usted pudiera hacerme el favor de contactar con él. Solo voy a estar aquí un día o dos, y yo creo que estará muy interesado.

Volví a guardarme en el bolso el móvil y el dinero y dejé que el silencio se prolongara unos instantes.

—¿Cuál es el nombre del cliente, por favor?

—Dejan Raznatovic —respondí, con toda inocencia.

Su rostro se contrajo con una consternación apenas disimulada.

—No... no sé a quién se refiere.

Saqué mi paquete de cigarrillos.

—Vamos, sí lo sabe. No debe preocuparse. El doctor Kazbich estuvo en mi galería en Venecia. Sé que trabaja también para el señor Yermolov. De veras.

Le ofrecí el paquete, que casualmente contenía en el envoltorio de celofán otros dos billetes de cien. El salario medio en Serbia está por debajo de los cuatrocientos euros al mes. Saqué un cigarrillo, lo encendí y le pasé el paquete. Ella cogió uno, guardó el paquete en su escritorio y sacó otra vez el cenicero. Esperé un par de caladas y añadí que había tratado de hablar con el doctor Kazbich por teléfono, pero no lo había localizado, y que aprovechando que me encontraba en Belgrado para visitar a mis artistas del Colectivo Xaoc, se me había ocurrido pasar por la galería.

—¿Conoce al grupo Xaoc? —Su expresión se iluminó.

—Claro. —Jovana y sus amigos eran muy conocidos en Serbia, casi como estrellas de rock—. Ahora vengo precisamente de su espacio. Montan unas fiestas increíbles.

—Supongo que podría echar un vistazo...

—Seguro que puede —dije con tono conspirativo.

—Si me deja ver otra vez... eh... la pieza.

Arqueé una ceja y le pasé el móvil con la funda.

—Por supuesto.

Ella volvió a sentarse ante su escritorio y fingió que revisaba la base de datos de la galería.

—Van a montar una fiesta este fin de semana —dejé caer a la ligera—. Un concierto privado. Tocaré Vladimir Acic.

—¿En serio?

—En serio. Yo no podré asistir, pero seguro que podría arreglarlo para que la dejaran pasar. Solo necesito su nombre...

Entornó los ojos y me escrutó de arriba abajo. ¿Me había pasado de la raya? Fingí que me distraía examinando uno de los culturistas renacentistas, poniendo mi bolso sobre el escritorio y dejando que se abriera para que viese la etiqueta.

—Estos cuadros están muy bien. ¿Usted también es artista?

—Sí. Escultora, sobre todo.

Bingo.

—¿De veras? Entonces debería conocer a Jovana. —Sonreí con una expresión de solidaridad femenina. Una expresión que no practicaba a menudo.

—Bueno... hmm, sí, tenemos a un señor Raznatovic.

—¿Y puede llamarle? No olvide anotarme su nombre para Jovana.

La chica hizo varias llamadas —aunque hablaba en serbio, noté que estaba nerviosa— y, al cabo de quince minutos, me consiguió una cita con Dejan. Al salir de la galería, pensé que sí le daría su nombre a Jovana. Nunca se sabe, a lo mejor resultaba que tenía talento, aunque mucho me temía que Vladimir Acic acabaría cancelando su concierto.

Timothy no estaba muy entusiasmado con nuestro nuevo alojamiento, lo cual me pareció que demostraba una falta de imaginación por su parte. Al menos, ahora dirigía su mal humor a los roñosos colchones de espuma y los sacos de dormir que constituían nuestra habitación, distrayéndose de su dolor por Édouard. Yo intenté convencerle de que documentar las actividades del edificio podría constituir una inspiración extraordinaria para su portafolio de ingreso en la escuela de moda.

Un problema más acuciante para mí era cómo asearme empleando solo el grifo de agua fría de una antigua cocina de oficina. Puse a calentar el hervidor, cogí una esponja de baño y me limpié la cara lo mejor que pude con la ayuda de un espejito de maquillaje. Me puse un conjunto de lencería Eres de malla negra y la única prenda elegante que llevaba en el bolso: un vestido Lanvin de seda gris marengo, con un profundo pliegue detrás, que había hecho que me plancharan antes de dejar el hotel. Quedaba bastante bien, aunque tenía la irritante sensación de que me faltaba un último toque. Con mis sandalias Alaïa de cuero perforado en la mano, bajé descalza los nueve pisos. Una vez abajo, en el vestíbulo cubierto de losas de falso mármol, me limpié las plantas de los pies con un paño antes de proceder a ponerme las medias negras del modo más expeditivo e inelegante posible. Dejan Raznatovic frisaba los cincuenta años: la generación adecuada para apreciar unas buenas medias.

El restaurante que Raznatovic le había indicado a la ayudante de Kazbich estaba en la curva del Danubio, bajo los muros del castillo de Belgrado. Los antiguos muelles y almacenes habían sido transformados en una sucesión de restaurantes y bares de moda que daban al río. Poco antes de las ocho, me uní al enjambre de chicas que avanzaban tambaleantes pero decididas a lo largo del muelle, haciendo equilibrios con los tacones sobre el suelo de adoquines. El aislamiento político de Serbia quizá haya jodido su economía, pero desde luego había hecho maravillas en el terreno de la eugenesia. La mayoría de las chicas tenían tipo de modelo de pasarela, rondaban el metro ochenta y mostraban unos muslos interminables con sus ceñidos vestiditos o sus faldas diminutas, que lucían sin reparar en la climatología. Poseían una belleza natural, al menos con sus capas de maquillaje y sus pestañas postizas, pero lo que realmente me llamó la atención fue el pelo. Era un país muy duro, y estaba claro que habían soportado estoicamente todo aquello que podía hacerse por un buen peinado. Teñido, secado a mano, recogido hacia atrás, modelado, cardado, engominado, rociado con laca... La Guerra Fría podía haber concluido hacía mucho, pero en lo referente al pelo de aquellas chicas, el Muro de Berlín seguía intacto. Desafiantes y esplendorosas, en la competición por la felicidad no iban a dejarse superar por una chapucera extensión.

Con todo, parecía como si yo tuviera la cita más sexy de la noche en toda la ciudad. Cuando le di el nombre de Raznatovic al *maître* del restaurante de

sushi peruano, creí por un momento que el tipo iba a ahogarse. Me llamó «*madame*» al menos cuatro veces mientras cruzábamos el concurrido local hasta la mesa, que se hallaba espléndidamente aislada en un estrado de la parte trasera: una especie de zona VIP que daba la impresión de haber sido improvisada apresuradamente. Pedí una copa de vino tinto y encendí un cigarrillo, solo por el placer maligno de fumar en un interior. Tres camareros se lanzaron sobre mí para ofrecerme un cenicerito.

—Ya atiende yo a la dama.

Incluso para los baremos serbios, Dejan Raznatovic era inmenso. Medía casi dos metros, según mis cálculos, y sus hombros tapaban prácticamente la luz. Dos años atrás, antes de embarcarme con Steve en el *Mandarin*, yo apenas había pisado un restaurante decente; desde entonces había ocupado muchas mesas sofisticadas con hombres importantes, pero la atmósfera que creaba Raznatovic a su alrededor era para mí algo inaudito. Mientras me saludaba y nos dábamos la mano, advertí que todo el mundo nos observaba. Incluso el infaltable DJ estiraba el cuello en su cabina. El aire parecía más denso por su sola presencia, como si el aura de su poder se hubiera difundido a presión en el ambiente. No era simple fama, o la irradiación invisible de la riqueza; era temor, lo reconocí en el acto. Aparte de su tamaño, Raznatovic no tenía nada de matón —su traje azul marino a medida era impecable, sus gemelos discretos—, pero mientras se reanudaban lentamente las conversaciones a nuestro alrededor, observé que aunque todos los presentes sabían quién era, ni un solo hombre se atrevía a mirarlo a los ojos. Me asaltó una oleada de deseo tan puro que incluso sentí que me fallaban las rodillas. Ya estaba dejando que él lo captara en mi mirada cuando el camarero, con una especie de graznido, empezó a apartar una silla lo bastante grande para su gigantesco cliente, pero con tan mala fortuna que el cenicerito se le cayó al suelo y, al agacharse para recogerlo, dio un tirón al mantel y derramó la copa encima, dejando un gran reguero rojo. Los tres contemplamos el estropicio durante un momento.

—¿Le gusta el sushi, señorita Teerlinc? —preguntó Dejan.

—Ha sido muy amable invitándome aquí —respondí con un tono neutro.

Él dejó un billete sobre la mesa, le dijo algo al camarero en serbio y me apartó la silla.

—Creo que iremos a otro sitio.

Había un Aston Martin plateado encima de la acera, en la zona peatonal

frente al restaurante. Dejan me abrió la puerta, esperó hasta que me acomodé y luego empleó unos momentos para encajarse en el asiento del conductor. Yo sentía unas ganas locas de reírme. Arrancamos, escoltados —según observé— por un Range Rover negro con vidrios tintados, que también se había saltado alegremente las normas de aparcamiento. Sus guardaespaldas, supuse. Tomamos una carretera empinada que pensé que debía de llevar al parque del castillo.

—Ha sido muy amable al acceder a verme solo con un simple estimado.

Quería ver si conocía el término: el estimado es el cálculo informal de lo que una obra puede llegar a alcanzar en una subasta.

—Si la pieza es tan interesante como parece, la amable ha sido usted.

«Ha picado. Bien.»

—Ya estamos. Espero que no le parezca demasiado empinada la cuesta —dijo, mirándome las piernas con descaro.

«Todavía mejor.»

Me ofreció su brazo para ayudarme a caminar con mis tacones por una calleja casi perpendicular. Mi mano parecía diminuta sobre su manga. Un joven se bajó del Range Rover esperando instrucciones, y luego corrió hacia un portal situado un poco más adelante, mientras nosotros lo seguíamos a paso de tortuga. Entramos en el local, que estaba iluminado con lámparas de aceite. Había reservados de madera, banquetas de terciopelo verde y un montón de plata y de lino almidonado, pero el conjunto no resultaba nada formal; más bien parecía como si hubiéramos retrocedido a una versión más antigua de la ciudad. Un camarero viejo con un bigote de morsa de reflejos azules nos dio la bienvenida ofreciéndonos en una bandeja de plata dos vasitos de cristal tallado de *slivovitz*. Dejan alzó el suyo cortésmente hacia los demás clientes del restaurante antes de apurarlo de un trago. Yo lo imité y sentí en la garganta el ardor del delicioso mosto de ciruelas.

—Este es uno de los restaurantes más antiguos de Belgrado —me explicó Dejan cuando nos sentamos. Él lo dijo en serbio: «Beograd»—. Creo que debería probar el tartar de caballo.

—Seguro que es delicioso.

Hizo la comanda y, una vez que nos llenaron las copas de vino, me pidió que le dejara ver las fotos que yo le había encargado a Jovana. Empecé el discurso que tenía preparado:

—Debería explicarle que conocí al doctor Kazbich en Venecia, donde se

encuentra mi galería. Tenemos muchas relaciones profesionales en común. Usted, según creo, está interesado en iconos, así que al surgir este proyecto, me he tomado la libertad de llamarle.

—¿El doctor Kazbich le dio mi número? —Parecía divertido.

—No —repuse, mirándolo a los ojos—. Fui a su galería a pedirlo. Allí me atendieron muy amablemente.

—Qué espíritu tan emprendedor. Es usted británica, ¿no?

—Mi familia vivía en Suiza. —La historia de Elisabeth parecía un poco oxidada—. Así pues —continué—, la idea es similar a lo que hicieron los hermanos Chapman con Goya... Habrá visto la obra, claro. El icono es del siglo XIII, veneciano, de una rareza excepcional, pero gravemente dañado. Está en venta privadamente, a través de la familia propietaria. El plan de Xaoc es dividir los fragmentos y crear un tríptico. Algo así. —Le mostré la serie que Jovana había diseñado.

Yo no sabía hasta qué punto, siendo coleccionista de iconos, sería un entendido, pero no me preocupaba que pudiera reconocer la pieza, puesto que no existía. Jovana y yo habíamos creado un híbrido con varios de los iconos más pequeños de la colección del museo Ca' d'Oro de Venecia: una típica virgen de pelo oscuro y ojos almendrados, con un manto ribeteado de oro, sujetando torpemente en su regazo a un niño Jesús de cabeza diminuta. Habíamos insertado grietas en las caras y una borrosa marca de agua en la esquina inferior izquierda. El «concepto» era que Xaoc cortaría la pintura dañada y la volvería a montar en tres piezas, superponiendo imágenes fotográficas elegidas por el «cliente». Habíamos esbozado varios ejemplos basándonos en los culturistas del Renacimiento que había visto expuestos en la galería de Kazbich, con algunos graffiti serbios en rotulador y una de las capturas de pantalla más repugnantes del proyecto «abyecto» de Jovana. El conjunto no estaba tan mal, de hecho, aunque lo único que importaba en realidad era que yo tuviera la oportunidad de reunirme con Dejan y de transmitirle mi mensaje.

—Se trataría de una pieza de encargo. Con lo cual, por supuesto, los detalles serían... maleables.

El inglés de Dejan era casi perfecto, pero esperaba confundirlo un poco con esa palabra. Él estudió las imágenes durante unos minutos, pasando el pulgar por la pantalla.

—¿Dónde está el icono ahora mismo?

—En Venecia, en casa de los propietarios. Nunca ha salido de las manos de la familia. Podría organizar un encuentro para que lo viera, si quiere. —Yo sabía perfectamente que él no podía salir de Serbia.

—¿Y hay... permisos para usar la pieza de esta forma?

—No hacen falta. Es propiedad de la familia y pueden disponer de ella como deseen.

—¿Y el precio?

—Setecientos cincuenta mil dólares, más mi comisión, más la tarifa para Xaoc, de la que me llevaré también un porcentaje. Calculo que el precio de reventa podría ser al menos el doble.

—¿Y para traerlo a Serbia? —No era tonto.

—Un miembro de la familia vendría en avión a Belgrado; yo lo acompañaría y la venta tendría lugar técnicamente en suelo serbio. Sin problemas patrimoniales.

—Lo tiene todo pensado.

—No me habría atrevido a llamarle si no lo hubiera hecho.

Nos interrumpió la llegada del camarero, que depositó sobre la mesa unos pequeños cuencos de carne de color rojo oscuro, alcaparras, perejil y huevo triturado con cebolla, que procedió a mezclar ante nosotros. Dejan me enseñó cómo había que esparcir la mezcla sobre unas finas *tartines* de pan tostado. Di un mordisco. La carne de caballo era aterciopelada, con cierto olor a caza, pero con un sabor sorprendentemente fresco y un regusto a hierro.

—¿Le gusta? —me preguntó, solícito—. ¿No le resulta demasiado fuerte?

—En absoluto. Me encanta.

Era cierto. Parecía como si no hubiera probado comida de verdad desde hacía mucho tiempo. Nos lanzamos sobre el tartar, acompañado de un cuenco de patatas hervidas con mantequilla y eneldo y otro de tomates asados con pimentón y ajo. Luego el camarero nos trajo unos pequeños cuencos de cristal con crema salpicada de cerezas en conserva y unas tazas ribeteadas de plata de café aromatizado con cardamomo. No hablamos gran cosa durante la comida.

—No voy a comprar su pieza —dijo Dejan de repente, mientras sorbíamos el café.

Yo había estado flotando ligeramente, entre el vino y la calidez del restaurante; tardé un instante en volver a concentrarme en los negocios.

—Lo lamento. Pero tenemos... otros clientes. Muchas gracias por esta

maravillosa cena. —Hice ademán de recoger mis cosas para marcharme, pero él me miró a los ojos y ambos sonreímos ante mi amago.

—Espere un momento.

Depositó una enorme y pesada zarpa sobre mi muñeca. Sentí el calor de sus dedos en mis venas.

—No la compraré —prosiguió— porque, como usted dice, estoy muy interesado en los iconos. Poseo muchos y siento un profundo aprecio por ellos. Esa pieza me... incomoda.

—Está siendo muy educado. Le horroriza. Lo entiendo.

—¿Le gustaría verlos tal vez?

—¿Me está preguntando si quiero acompañarle para ver los iconos?

Ahora sonreía abiertamente.

—Sí. Creo que le gustarían.

—Bueno, muchas gracias. Me encantaría.

Creí que quizá me besaría cuando volvió a embutir su corpachón en el coche, pero no le hacía falta, y lo sabía. Circulamos unos veinte minutos en silencio, con el Range Rover visible en los retrovisores. Cada vez que él cambiaba de marcha, la inercia reacomodaba ligeramente su peso, y yo lo notaba a través de mi asiento. Estaba tan mojada que pensé que mis jugos debían de haberme empapado la parte trasera del vestido. Cruzamos una autopista y tomamos una carretera recta a través de un paraje totalmente vacío, salvo por una cinta de árboles larguiruchos; volvimos a doblar por otra carretera que serpenteaba, deduje, por la cuenca del río más allá de Belgrado. Nos habíamos alejado mucho de la ciudad. Y nadie sabía dónde estaba ni con quién. La sensación, por ahora, era maravillosa.

—¿Esta es su casa?

Los focos se encendieron mientras se abrían las puertas. Yo creía haber visto ya una buena muestra de toda la ordinariez a la que puede dar acceso el dinero, pero la casa de Raznatovic era digna de un auténtico malvado. Si cerraba un ojo, casi podría haber parecido una versión en escayola rosa del castillo de Chenonceau, con tres torreones redondos apiñados en torno a un lago artificial; si cerraba el otro, era un ejemplo de puro churrigueresco, abundantemente escarchado con festones de cemento en cascada. Había incluso un puente levadizo. También un tigre siberiano de yeso de tamaño

natural, mostrando las fauces por encima de los portones de acero de tres metros.

—¿Le gusta?

—Es muy... potente, sí.

Él me lanzó una mirada irónica.

—Tenía otra casa, en Montenegro. Mucho más bonita: sencilla, solo de piedra. Veneciana. Justo a la salida de Kotor, en el fiordo. Seguramente le habría gustado más.

—Sí, qué mierda ese tratado de extradición.

—Eso no ha sido muy cortés, Elisabeth.

—Disculpe.

Pulsó un botón en el salpicadero y yo me mordí el labio mientras el puente levadizo descendía solemnemente.

—Es tal como la gente se espera. No sutil —avanzamos con el coche—, pero sí útil.

Tres hombres de negro con pantalones negros de combate y chalecos acolchados se acercaron al trote cuando nos detuvimos en un patio angosto. Dos abrieron las puertas con un movimiento ágil y ensayado mientras el motor aún seguía zumbando; el tercero se situó frente a la puerta abierta, apuntando a la noche con un AK47 y barriendo la carretera de acceso hasta que se cerraron los portones de acero. Después de mi metedura de pata, parecía más educado fingir que no reparaba en ello. El hecho, sin embargo, era que estaba ingresando en una fortaleza. Recordé la cita de Dejan que había leído, sobre su carrera como ejecutor: «Es un poco raro la primera vez, pero luego sales a celebrarlo tan contento».

Mientras me ayudaba a bajar del coche, dijo unas palabras en serbio. Uno de los hombres se adelantó y me hizo pasar por la estrecha puerta de uno de los torreones.

—Por aquí, señorita, por favor.

Me indicó que subiera por delante de él por una escalera de caracol decorada con mosaicos de colores estridentes. Llegué a una estancia redonda, donde me sorprendió encontrar una pared cubierta de libros y dos sofás de terciopelo un tanto maltrechos, situados a uno y otro lado de una alfombra persa preciosa pero muy raída. Había un chimenea encendida, con algo de intensa fragancia aromatizando los troncos —¿manzana, tal vez?—, y una severa mesa Luis XVI de caoba y mármol sobre la que reposaban una botella

y dos simples copas. Mirando en derredor, observé lo bonita que era la habitación: rosas blancas en un jarrón chino azul, almohadones bordados, paredes encaladas teñidas de oro por la luz del fuego y un enorme candelabro de bronce dorado de estilo imperial. Con el resto del espantoso edificio oculto tras los postigos, podría haber sido la suntuosa habitación de una novela rusa del siglo XIX. Y más aún cuando reparé en tres iconos con marcos de plata mate.

—¿Mejor? —Dejan apareció con un sacacorchos—. ¿Le importa si me quito la chaqueta? —me preguntó.

—No, claro. —Supuse que antes de subir se había cuidado de sacarse lo que antes le abultaba en la cadera.

—Este es mi apartamento privado. Una torre... ¿de marfil?

Sentí algo de vergüenza ajena, pero no podía culparle.

Cogí la copa que me ofrecía y señalé los iconos.

—Hábleme de estas piezas.

—Dígame antes si le gusta el vino. Es georgiano, de Kajetia.

Olía a cedro y cerezas.

—Es delicioso, gracias.

—Bien. Esos iconos son de Ohrid, los dos de ahí; y este otro, la Madonna, de Skopje. Todos del siglo XIII, porque ese fue el siglo más... revolucionario en la creación de iconos en Serbia. Fue entonces cuando Serbia se convirtió en un reino independiente y cuando San Sava expulsó a los obispos griegos de sus... ¿asientos?

—Sedes.

—¿La aburro?

—En absoluto.

—Así que los pintores de iconos pudieron desarrollar su estilo por primera vez. La mayoría de los pintores seguían siendo griegos, pero hay una nueva simplicidad en estos iconos. Más color, más... intensidad.

—Son muy bonitos.

—Eso me divierte. El vino es «delicioso», mis preciados iconos son «bonitos». Así es como habla siempre la gente del mundo del arte. Con... ¿eufemismos?

—Exacto.

—Cuanto más valiosa es la pieza, más pequeño el...

—Adjetivo. —Tenía toda la razón. Esa afectación sofisticada también a mí

me había divertido siempre. En mi época en la Casa, si sabías lo que te traías entre manos, habrías descrito un Gainsborough diciendo que tenía «bastante encanto».

—Gracias.

Dejan se sentó junto a mí (el viejo sofá se combó bajo su peso) y dio un sorbo de vino.

—¿Y ahora qué?

—¿Cómo?

—Podemos follar primero y luego me explica qué hace aquí, o puede explicarme qué hace aquí y luego quizá follemos.

—Entonces deberíamos follar.

Él se acercó, me quitó la copa de la mano y la dejó junto a la suya. Noté el intenso aroma del vino en su lengua cuando se volvió y me besó, alzándose fácilmente con una mano en mi espalda y tumbándose debajo de él. Abrí la boca con avidez mientras buscaba los botones de su camisa. Tenía un pecho enorme, fibroso, puro músculo, y a pesar de que no depositaba todo su peso sobre mí, sentí cómo se hinchaba su polla contra mi muslo. Le abrí la camisa, recorriendo su tupido vello con las uñas, tropezando con el pezón, retorciéndolo suavemente. Nos estábamos besuqueando como dos adolescentes, jadeando, con cierta torpeza.

—Deja que te quite tu precioso vestido.

Me escurrí del sofá y le di la espalda. Sus manos gigantescas manipularon con destreza la hilera de ganchos ocultos entre los pliegues de seda, y luego el cierre del sujetador.

—Qué belleza.

Me recorrió la columna con los dedos, seguidos de su boca, y acabó arrodillado detrás de mí, estrujándose las nalgas. Yo estaba chorreando; el ardor de mi coño era casi insoportable de tan placentero. Me quité las bragas e hice ademán de inclinarme sobre la mesa, pero él me sujetó de la cintura con ambas manos, poniéndose de pie, y me alzó con toda facilidad por encima de su cabeza. Ladeándola un poco, buscó los labios de mi sexo con la lengua y sorbió profundamente. Durante unos segundos me sentí ingravida, suspendida, palpitante; luego afirmé los tobillos sobre sus hombros, alcancé el techo con las palmas para mantenernos en equilibrio y empecé a restregarme contra su rostro mientras él me lamía desde el coño hasta el culo. Me había metido la lengua dentro, y yo empujé contra el techo, arqueándome

sobre él para que mi peso le obligara a lamerme más profundamente. Habría podido correrme sin más, pero aquello era demasiado bueno.

—Bájame.

Me depositó en el suelo con tanta suavidad como al levantarme y yo me volví y me metí su polla en la boca.

—Oh, oh.

Si hubiera tenido fondos suficientes, Dios habría hecho todas las pollas como la de Dejan. Gruesa como mi puño en toda su longitud, incluso en la punta; con la piel circuncidada reunida en un pequeño tridente abultado y tan infinitamente delicada como el muaré. Primero le lamí ese punto, acariciando con la lengua plana esa piel tiernísima, jugueteando, dándole golpecitos, hasta que él jadeó y se retorció y se empalmó todavía más; luego se la agarré con fuerza y empecé a darle largas pasadas, con la mano por delante y la boca entera detrás, poniéndole los dedos en mi garganta para que pudiera sentirse ahí dentro, mientras yo sacudía la cabeza cada vez más aprisa, cubriéndosela de saliva, haciendo que sonaran bien los sorbidos, empujando hacia abajo, casi ahogándome, hasta que me entró una arcada y se me contrajo la garganta. A ellos les encanta cuando pareces... incómoda. Él me sujetó por la nuca, bajo el pelo suelto, y empezó a bombear sobre mi rostro con fuerza; yo extendía la lengua a cada embestida por encima de su glande y, mientras tanto, le embadurnaba las pelotas y el perineo con los jugos de mi coño. Y entonces, lentamente, con infinita lentitud, fui relajando la boca, aflojándola, y retiré poco a poco la mano hasta que ya solo quedó el insistente aleteo de mi lengua, puro tormento, pura promesa...

Él callaba, concentrado, muy por encima de mí. Eché la cabeza atrás, le di un último lametón a lo largo de toda la polla.

—Ahora ya puedes follarme.

Alcé los brazos para enlazarle el cuello, me icé hasta lo alto de sus recios muslos, eché hacia atrás el coxis, arqueándome, y me la acomodé dentro, mientras le rodeaba la cintura con las piernas. Él me colocó las manos bajo las nalgas, dio unos pasos atrás, conmigo empalada, apoyó la espalda en la pared y empujó, estrujando mis caderas contra su cuerpo. Una lenta arremetida, dos, tres, hasta que yo ya pedía a gritos por dentro tenerla toda entera, y le daba mordiscos en el pecho, y él se volvió y me puso contra la pared, embistiendo sobre mí con todo su peso una y otra vez, hasta que sentí que me llegaba el orgasmo de muy adentro, desde el clítoris hasta el cérvix, y

le susurré: «¡Ahora!». Me bombeó unas cuantas veces más para rematarme, y cuando eché la cabeza atrás y mi coño se contrajo espasmódicamente, me alzó ligeramente y sacó fuera la polla, deslizando el glande entre mis labios empapados, para que viera cómo me rociaban los chorros de su semen, y entonces, tras unos instantes, emitió un rugido y me soltó de golpe, dejando que todo mi peso cayera sobre su polla y sujetándome en el último momento, bien pegada contra su cuerpo, mientras las últimas gotas se derramaban dentro de mí.

Estábamos los dos temblando. Lamí débilmente un reguero salado de sudor que le bajaba por la profunda hendidura de los pectorales. Todavía sujetándome, me llevó al sofá, se echó hacia delante y me depositó encima, temblorosa. Cogió una de las copas, dio un largo trago de vino y luego puso los labios en los míos para que bebiera de su boca.

—¿Estás bien, Elisabeth? —dijo, con inquietud conmovedora.

—Creo que sí. Aún no lo sé. —Le acaricié suavemente la polla, que ya se retraía entre el matojo del vello púbico—. Ha sido... sorprendente.

—No lo dices en serio.

—No, cierto.

Se sentó y empezó a ponerse la camisa y los pantalones. Yo lo imité, buscando las bragas entre los cojines. Cuando estuvimos más o menos vestidos, él llenó otra vez las copas y se volvió hacia mí.

—Bueno, ¿ahora vas a contarme por qué has venido a buscarme con ese cuadro más bien horrible?

—¿Sueles hacer negocios a través de Ivan Kazbich?

—Sí. Ya lo sabes.

—Yo creo que a veces le vendes otras cosas.

Casi entreví la oleada de tensión que le subía por el brazo, bajo la tela de algodón, desde el codo hasta el hombro.

—Tal vez —respondió rígidamente.

—Quiero que le transmitas un mensaje mío. Para uno de sus jefes. Lo tengo escrito; te lo daré antes de marcharme. Kazbich sabe que tengo una cosa que su jefe está buscando, y yo se la daré en Suiza dentro de una semana. Siempre que él acepte reunirse bajo mis condiciones.

—¿Y yo... por qué debería complacerte?

Podría haberle dicho que esperaba no habérmelo follado por nada, pero eso habría sido falso, además de grosero.

—Porque Kazbich está pasando falsificaciones y corriendo el riesgo de... complicar tu otra fuente de suministro.

—Tú no sabes nada.

—Quizá.

No sabía nada, cierto; solo me quedaba rezar para que se tragara el farol. Final feliz aparte, el verdadero objetivo de este viaje era convencer a Yermolov y Balensky de que sabía lo que se traían entre manos. Un mensaje directo de Dejan Raznatovic habría de demostrarles que había visto los papeles de Guiche y deducido la conexión entre ellos. Y el hecho mismo de que Dejan en persona les transmitiera el mensaje, suponiendo que saliera viva de aquí, les induciría a pensar que sabía lo suficiente para buscarles la ruina. Por eso aceptarían reunirse conmigo de la manera que había planeado. Naturalmente, al revelarles que estaba al corriente de la cadena arte-por-armas tal vez los incitara a matarme, pero eso ya pensaban hacerlo de todas formas. Si se convencían de que tenía toda esa información, ganaría el tiempo que me hacía falta antes de confrontarme con ellos.

—Eres muy entrometida. —Parecía decepcionado—. O muy estúpida, posiblemente.

—Eso no ha sido muy cortés.

Dejan tenía razón. Y no necesitaba llamar a nadie; con esas manazas enormes podía partirme el cuello como quien rompe un palillo. Esta era la parte más arriesgada de mi plan, lo cual la convertía también en la más sexy. Lo miré de arriba abajo, esbozando una fría sonrisa.

—No serías capaz... cuando acabamos... —ronroneé.

Él me devolvió la sonrisa.

—¿No te parece que ya lo habría hecho antes? Eres... graciosa. Además de valiente.

—Gracias. Pero como te digo, tus... manejos privados no son asunto mío. Yo solo quiero que le llegue el mensaje a Kazbich, y devolver ese objeto desaparecido. Nada más. Te lo aseguro.

Él se puso de pie.

—Voy a hacer que te acompañe alguien a casa, Elisabeth.

—Pero ¿harás lo que te pido?

—Quizá. Creo que sí. —Me pasó mi bolso. Yo saqué la hoja con las

instrucciones—. Me habría gustado haber pasado más tiempo contigo quizá. Debes disculparme. Estoy muy ocupado.

—Claro.

Esa renovada formalidad, un modo de recuperar su orgullo, me escoció un poco.

Pulsó un botón junto a la puerta y yo me erguí cuando sonaron pasos subiendo por la escalera. Dejan habló rápidamente en el umbral en serbio.

—Zvezdan te llevará a donde tú le digas. Adiós, Elisabeth.

Se inclinó sobre mi mano.

—Adiós, Dejan. Muchas gracias por tu tiempo.

Seguí al joven Zvezdan por el patio. Otro hombre nos abrió una verja y bajó con nosotros por una rampa al garaje subterráneo. El Aston estaba aparcado allí, junto a un Porsche todoterreno y a dos Range Rover: el negro que nos había seguido antes, que a la luz de los fluorescentes vi que tenía los interiores blancos; y otro de color blanco, con la tapicería de cuero negro. Contuve el aliento. El chico pulsó un mando y yo suspiré aliviada. El negro, con interior blanco. Menos mal. Si hubiera escogido el otro, habría querido decir que iba a matarme. Así no le habría dejado manchada la tapicería.

En el edificio okupa sonaba una música machacona cuando el guardaespaldas me dejó allí al cabo de una hora. Me sujetó la puerta y me dio mi bolso ceremoniosamente; luego, con un leve gesto de saludo, se volvió hacia la ciudad. No era nada feo, y yo estaba tan contenta que le habría pedido que subiera, de no haber sido por su jefe. Volví a quitarme los zapatos y subí lentamente hasta la décima planta. El frío y el largo ascenso acabaron de despejarme y de disipar los efectos del vino. Un caleidoscopio de sonidos, de música house y tecno sobre todo, reverberaba por las paredes. Todos los estudios estaban abiertos, llenos de gente bailando, bebiendo, fumando, besándose. Un gigante barbudo pasó montado en un triciclo infantil y me saludó con la mano mientras su amigo lo iba filmando con el móvil. Dos despampanantes amazonas serbias desfilaron por mi lado, pisando fuerte con sus Doc Martens y sus *leggings* de cuero, con un puñado de bengalas encendidas. Yo seguí subiendo hasta la azotea para tener un poco de tranquilidad. Mientras contemplaba la ciudad extraña y exuberante que

relucía a mis pies, saqué el móvil.

Primero le envié un mensaje a Carlotta, aceptando la amable invitación que me había hecho en su boda de visitarla en Saint Moritz. Luego, echándome el aliento en los dedos, probé los números que Elena me había dado en Venecia. En primer lugar, su móvil ruso, que estaba apagado; después un número con el prefijo 44: tal vez estaba en Londres. Allí pasaba de medianoche; si estaba despierta, pensé, era poco probable que estuviera sobria. Sin embargo, respondió al segundo timbrazo con una voz apagada.

—Elena, soy Elisabeth, de Venecia. ¿Recuerdas ese objeto sobre el que me preguntaste? Puedo conseguirte algo mejor. Mucho mejor. No digas nada. Quiero que me vuelvas a llamar tú, a un número nuevo que ahora te daré. Pero debes hacerlo desde un teléfono diferente. ¿Crees que podrás?

—*Da.* —Si estaba sorprendida, o confusa, no lo demostró.

Había unas mesas de pícnic viejas en la azotea. Durante los veinte minutos que Elena tardó en devolverme la llamada, junté un par de mesas para formar una especie de cortavientos y me acurruqué dentro, pero aun así no dejaba de tiritar con mi ligero vestido y los pies descalzos. El semen de Dejan se había congelado desagradablemente en lo alto de mis muslos. Elena me llamó finalmente, y estuvimos hablando tanto tiempo que se me heló la mano con la que sostenía el móvil. Tuve que desengancharla, porque la tenía totalmente agarrotada, y masajearla con energía mientras bajaba a buscar a Timothy.

El espacio Xaoc estaba tan abarrotado como un club, repleto de cuerpos sudorosos. Me abrí paso hasta la cocina, donde Jovana estaba removiendo una enorme sartén de huevos revueltos con ceniza de cigarrillo. Me sonrió soñadoramente, totalmente colocada. Sentí el repentino impulso de besarla en la boca, pero recordé que yo era, de hecho, su jefa. Habría podido parecer acoso laboral.

—¿Cómo ha ido? —gritó, volviendo la cabeza.

Puse los pulgares hacia abajo. Ella se encogió de hombros.

—¡Pero ahora vamos a por el otro! —grité—. ¿Podemos dejarlo preparado mañana?

Ella asintió mientras añadía Tabasco a la mezcla y removía con la espátula.

Timothy estaba bailando en el estudio, dándole vueltas a una chica con un incongruente paso de rock. Se había confeccionado él mismo una blusa de un solo hombro con una de las telas folclóricas de Jovana, lo cual, sumado a su pelo oscuro, le daba un aire agitanado. Había recuperado todo su brillo,

volvía a parecer joven, ingenuamente feliz. Nunca lo había visto así, y me alegré. Lo que le tenía reservado en mis planes era bastante desagradable, pero el sexo no dejaba de ser para él un simple negocio. Después todo le iría bien, estaba segura.

Le di a su pareja un golpecito en el hombro para que me cediera el sitio y empecé a bailar con él, dejando que me diera vueltas entre toda aquella aglomeración de cuerpos.

—¿Te diviertes?

—¡Me encanta este lugar! —gritó.

—Bien. Diviértete. Nos vamos mañana.

—¿Cómo que nos vamos?

Le di un abrazo.

—Sí, querido. Nos vamos a Suiza.

TERCERA PARTE

Dispersión

Capítulo 22

Aunque había pasado la mayor parte de mi vida sin blanca, unos pocos años de abundancia me habían acostumbrado a la buena vida. Salvo grave contratiempo, el mensaje de Dejan surtiría efecto, estaba segura, y Yermolov y yo tendríamos una cita al cabo de dos días; con lo cual ya no parecía necesario inquietarse por la posibilidad de que me localizara a través de mi tarjeta de crédito, como me había advertido el sombrero gris. Decidí viajar como Judith Rashleigh, pues, por puro capricho, y, para cubrir el breve trayecto de Belgrado a Milán, Timothy y yo volamos en *business*. Tras el largo viaje en autocar y los dos días en el edificio okupa, ambos disfrutamos de la comida caliente y del surtido de bebidas gratuitas, servidas por unas esbeltas azafatas de Air Serbia con guantes blancos. Timothy era partidario de parar en Milán para hacer compras, pero yo estaba ansiosa por subir a las montañas, así que contratamos directamente un chófer en el aeropuerto de Malpensa.

La carretera del paso de Maloja al valle de Engadina ascendía en una serie de curvas en zigzag que el chófer recorría con aplomo y destreza, parando de vez en cuando en la cuneta para dejar paso a algún autocar chirriante cargado de turistas lívidos. La nieve empezaba a medio ascenso, apilada en cuñas de dos metros a uno y otro lado de la carretera. Había granjas de piedra de postal navideña, con carámbanos de hielo colgados de los aleros y arboledas de pinos retorcidos, inclinados casi horizontalmente por la nieve y los vientos alpinos. Al llegar al borde del valle, pasamos junto a un extenso lago negro, salpicado de esquiadores de fondo con prendas de licra y gorras reflectantes, que se movían pesadamente sobre la superficie helada, y luego atravesamos varios pueblecitos de nombre musical —Sils Maria, Silvaplana—, hasta que la recargada fachada blanca y azul del hotel Kempinski nos anunció que

estábamos cerca de Saint Moritz. No me esperaba que el pueblo fuera tan moderno; sus numerosos edificios de vidrio y acero desentonaban frente al imponente panorama blanco de las montañas; sin embargo, mientras circulábamos lentamente entre los atascos de todoterrenos Porsche y Audi tuve el tiempo suficiente para darme cuenta de que no era la simplicidad rústica lo que constituía el atractivo de Saint Moritz. Cubiertas de pieles como perros de Pomerania, las mujeres se deslizaban por las aceras con cintas de visón sobre el hiyab y zapatos de cuña salpicados de lentejuelas, mirando escaparates de relojerías, joyerías y tiendas de gafas de sol. Todo lo que no llevaba logo de marca, estaba forrado de diamantes. Una boutique exhibía un saco de dormir blanco de piel de zorro; otra, unas chaquetas de esquí negras de satén acolchado, con diamantes de imitación en las solapas. Perfectas para un gélido mes de enero en Riad.

Dejamos a Timothy en el Eiderhof, un bloque de hormigón de estilo albergue situado junto a la estación. Después de pagar tres noches por adelantado, subimos los dos para ver la habitación, una individual con ducha, la número 9. Yo eché un vistazo a la distribución del edificio; él registró los pasillos por si había cámaras de vigilancia. Esto era Suiza, todo estaba limpio y despejado. Abajo, le di un poco de dinero. Timothy lo aceptó con una expresión de duda inusual en él.

—Nos vemos luego —le dije para tranquilizarle—. Deberías salir de tiendas ahora. Cómprate un poco de ropa apropiada. Hay un Moncler en la acera de enfrente.

Eso lo animó un poco, aunque se le veía muy joven e indefenso en los escalones nevados de la entrada, entre un grupo de instructores de esquí suizos con chaquetas rojas.

Le repetí la hora a la que debía de estar listo por la tarde, y le dije que estaría vigilando. Luego me deslicé entre el barullo de coches hasta el taxi, que permanecía esperando, y me embarqué en mi propia expedición de compras. Primero un *sex-shop* que había visto en la entrada del pueblo, oportunamente adosado a una gasolinera y a un buffet restaurante. Siempre tan eficientes los suizos. Escogí un chaleco negro de PVC y unos calzoncillos sexy a juego en la sección de hombres; los demás accesorios de *atrezzo* para mi escena criminal incluían unos ganchos de pesca, en una tienda de camping; una buena navaja suiza y un pesado fósil de trilobites en una tienda de recuerdos y una botella de whisky. Finalmente, el impassible taxista y yo

nos pusimos en marcha para buscar a Carlotta.

Costó un rato encontrar la casa de Franz, ubicada por encima del centro, sobre todo porque Norman Foster la había disimulado como si formase parte de la montaña. Esa casa quizás había salido en el *Architectural Digest*, pero vista desde fuera parecía el picadero soñado de Bilbo Bolsón, el personaje de *El hobbit*; no era tanto un edificio como un montículo. Aun así, cuando le hube pagado la tarifa astronómica al taxista y bajé con cautela por un angosto sendero acolchado con musgo esfagnáceo negro, tuve que reconocer que la impresión desde dentro resultaba bastante espectacular. Carlotta me estaba esperando en una cocina digna de la NASA, cuya pared de cristal ofrecía una vista perfecta de las cumbres del valle. Me sorprendió encontrarla vestida con vaqueros y con un chaleco tirolés sobre un jersey de cachemira azul marino de cuello alto, aunque, por otro lado, su capacidad camaleónica era una de las pocas cosas que teníamos en común. Tras los gritos y besitos consabidos, me ofreció una taza de té. En vano, porque encontrar una taza y una bolsita de té en las hileras de cajones de acero pulido le resultó imposible.

—Nuestro filipino se ha lesionado —me explicó.

—Ah, vaya, querida.

—Sí. Lo mandé a Hanselmann's a comprar ese pan de centeno que tanto le gusta a Franz y él, o sea, resbaló en el hielo y se rompió la pierna.

—Qué espanto.

—Sí, Franz está muy cabreado, porque esta noche dábamos una cena. Pero, bueno, no importa, podemos ir a Cecconi's.

—¿Él está bien?

—Sí. A Franz le encanta Cecconi's.

—Bien. Fantástico.

Me conformé con un vaso de agua del grifo —la mejor que he probado en mi vida— y nos sentamos a contemplar la vista en un banco cubierto con pieles de reno. No era fácil mantener el equilibrio, porque las pieles elegantemente dispuestas amenazaban todo el rato con deslizarse al suelo.

—Eres muy amable por acogerme en tu casa —dije, con entusiasmo—. Además, es un lugar fabuloso.

—A nosotros nos gusta. Bueno, en realidad, Franz estaba decidido a comprar algún viejo establo reconvertido por el valle, en la zona de Zuoz, y

yo, o sea, ni hablar, no voy a quedarme colgada en medio del campo con un montón de viejos alemanes, así que conservamos esta casa... ¡Mierda!

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien?

Ella miró guiñando los ojos el lingote de oro que tenía alrededor de la muñeca.

—Un segundo.

Desapareció y volvió al cabo de unos momentos con una jeringa en la mano.

—Un poco temprano para eso, ¿no? —dije, con cierto nerviosismo.

—Es para la FIV —dijo—. Tengo que ponerme una inyección. Toma, tú me la puedes preparar.

Me dio dos ampollas de cristal y me dijo que las partiera por arriba y mezclara el contenido en la jeringa. Ella, mientras tanto, se levantó el suéter, dejando al descubierto un estómago liso y bronceado, y se estiró la piel entre dos dedos. Yo aparté la mirada cuando apretó el émbolo.

—Necesito un poco de algodón. Tira esto en el cubo de basura, ¿quieres?

Miré alrededor, impotente, buscando el cubo.

—Estoy intentando quedarme embarazada —anunció, por si no lo tenía claro.

—¿Había problemas? —pregunté con tono comprensivo.

—No, qué va. Soy totalmente capaz de quedarme embarazada de forma natural. Pero así puedes tener gemelos y solo has de engordar una vez. Una póliza de seguros. —Se me acercó con aire confidencial—. Él, o sea, tendrá que rehacer de arriba abajo el acuerdo prenupcial.

—Ya. Bueno, espero que todo vaya bien para los dos.

—Sí, solo que a veces han de eliminar los sobrantes, hmm, los fetos inviables. Y yo conocía a una mujer de Londres que, bueno, le eliminaron el feto equivocado y tuvo un hijo, o sea, con un solo brazo.

—Por Dios, Carlotta.

—Sí, ya. Salió, no sé, todo al revés. Brutal. En todo caso, esa mujer...

—¡Basta, por favor! ¿Y por qué no hacerlo normalmente?

—A mí no me importaría, en realidad, pero en ese caso tendría que conseguir que Franz, o sea, me follara, ¿entiendes?

—Creía que habías dicho que no te daba problemas.

—Bueno, no. Pero sigue siendo un cerdo. O sea, le gusta que me mee en un vaso y se lo bebe mientras se hace una paja. Menos molestias, pero no sirve

para tener bebés —concluyó con tristeza.

—¿Qué le cayó a Hermann, por cierto?

—Diez años. Fraude flagrante. Me salvé de una buena. —Esa idea pareció levantarle el ánimo.

—Venga, hemos de cambiarnos. Franz está en el Cresta, pero hemos quedado a las siete.

La incursión de Carlotta en el chic tirolés no se extendía a la ropa de noche, pues reapareció con un vestido de cuero negro Balmain, decorado con una ristra de esmeraldas que desaparecía en un prodigioso escote, y con unos botines Louboutin de piel de serpiente, provistos de una hilera de púas en torno a un tacón de diez centímetros. Mi guardarropa de viaje no llegaba tan lejos, pero me las arreglé para convertir mi Lanvin, ya un tanto espachurrado, en un minivestido aceptable con ayuda de unas tiras de cinta de doble cara para sujetarse las tetas que encontré en el baño de Carlotta. Añadí de mala gana unas botas negras de charol hasta los muslos, de tacones laminados, que me prestó mi anfitriona. Mientras me contemplaba en el espejo, pensé que esa había sido mi idea de la elegancia en una época más inocente. Recordé lo excitada que estaba en mi primer viaje a la Riviera al emperifollarme con un minivestido y unos tacones de aguja. ¿Era amarillo aquel vestido que me había puesto para salir con Leanne? Qué ingenua era entonces, en tantos sentidos... Incluso un bolso de Chanel me deslumbraba.

—¡Vamos, querida! —me interrumpió Carlotta.

Estaba envolviéndose en un chal que debía de haber sido en su día un jaguar. Yo todavía no tenía un abrigo adecuado —«Fantástico, mañana saldremos de compras», gorjeó Carlotta—, así que me dejó generosamente una chaqueta de visón oscuro de la gran colección que tenía colgada en el pasillo. Al menos, sí sabía dónde estaba ese armario: has de tener claras tus prioridades por si se declara un incendio. El chófer de Franz mandó un mensaje de texto y nosotras cruzamos tambaleantes el sendero de musgo hasta el infaltable todoterreno de cristales ahumados, en cuyo interior caldeado nos apresuramos a refugiarnos, pues el aire nocturno estaba por debajo de los cero grados.

—Franz va a traer a un amigo para ti —me anunció Carlotta distraídamente, mientras volvíamos al pueblo. Su brillo de labios adquiriría

tonos ciruela bajo la luz de la pantalla de su móvil.

—¿Alguien interesante?

—No. Tomas es un muermo, pero posee como la mitad de Frankfurt. Deberías pensar un poco en tu futuro, ¿sabes? Quiero decir, tú tienes la historia de tu galería, y es fantástico, pero...

—No estoy buscando marido, la verdad. —Siempre había sabido que eso no era para mí. Nunca me había interesado la idea de ser propiedad de un hombre.

—No te conviene postergarlo demasiado. En cuanto pasas de los treinta, ya puedes olvidarte de encontrar algo decente. ¿Te acuerdas de la modelo que conocimos en aquella fiesta?

—Refréscame la memoria.

—En Italia, ¿sabes? Estaba con ese tipo de la tele.

Yo no me había fijado demasiado en la gente, la noche que cenamos con Steve en el yate de Balensky; tenía otras cosas en la cabeza, como por ejemplo, que no me acabaran lanzando por la borda los guardaespaldas del oligarca por robar información en su estudio. Pero sí recordaba a una modelo de trajes de baño colgada del brazo de un productor americano.

—Exacto. Bueno, pues ella estaba viviendo con ese tipo, pero no consiguió sacarle el anillo y él la acabó dejando por otra de diecisiete. No sé si fue incluso por un chico. Después la pilló la agencia fiscal y tuvo que mudarse a Pittsburg. O sea, Pittsburg. Lo vi en Facebook.

—Pobre.

—Ya lo ves. Has de tomártelo más en serio, querida.

—Me lo apunto.

—Ahora está haciendo, no sé, catálogos.

Me fastidió un poco que el viejo Franz pidiera un ácido Riesling para el aperitivo, pero la cena fue bastante divertida. Tomas, que resultó ser de la misma añada que el marido de Carlotta, se la pasó perorando inofensivamente de los precios inmobiliarios internacionales, mientras ella se dedicaba a hacer comentarios sobre los clientes de Cecconi. Los camareros, con chaquetilla blanca, se deslizaban impecablemente en torno a la mesa, y los *gnocchi al cervo* eran suaves y deliciosos. Después, nos metimos otra vez en el coche para ir al Dracula Club.

En la época en la que había intentado formarme a mí misma sobre el mundo que entonces creía que me gustaría habitar, el Dracula me parecía casi un mito. Las revistas de moda trataban con empalagosa adulación las fiestas celebradas en esa cueva secreta de la montaña, a la que solo tenían acceso los socios del Cresta Run, el equipo de trineos de carreras y sus exclusivos invitados. Franz había sido corredor antes incluso de que naciera su actual esposa, así que nos hicieron pasar por delante de un grupo de jovencitos ansiosos y nos instalaron en una mesita junto a la barra. Había lienzos negros y rojos colgados del techo, y carteles enmarcados del Cresta y sus corredores por todas partes, pero los enanos del Dracula y las chicas bailando más bien escaseaban. El DJ pinchaba música: Adele. Los camareros cruzaban el local con botellas mágnam de Dom Perignon, engalanadas con bengalas chisporroteando, y cada una era recibida con gritos y aplausos. Los ruidosos clientes de la mesa vecina se empeñaban en demostrar lo loooooocos que estaban bailoteando inestablemente sobre la banqueta. Solo me sorprendió a medias reconocer a Stefania, la chica de la fiesta de Ibiza. La saludé con un gesto y ella me lanzó una sonrisita falsa, como si me reconociera. Esperaba que le fuese bien la temporada. La música estaba a demasiado volumen para hablar, pero Franz y Tomas parecían bastante contentos. Sacudían la cabeza como un par de viejas tortugas, esperando plácidamente la hora de acostarse. Quizás el Dracula Club había sido un local salvaje en su día, pero Gunter Sachs llevaba mucho tiempo muerto.

Tras una media hora, arrastré mi cuerpo hastiado al baño, me encerré en un cubículo y le envié un mensaje a Elena.

«¿Alguna noticia?»

«Balensky ha aterrizado.» Probablemente en el aeropuerto privado de Cellerina, en el otro extremo del valle.

«¿Dónde estás ahora? Yo, en el Dracula.»

«Palace.»

El Badrutt's Palace, en el centro de Saint Moritz, dominando la vista del lago, es uno de los complejos hoteleros más antiguos y ostentosos que existen. Elena me había explicado que Balensky siempre se hospedaba allí.

«Voy para allá.»

Nuestro grupo se había engrosado cuando regresé. Me alegró ver convertida a Carlotta en el centro de atención, y me alegré también de no poder escucharla. Me interceptó un americano llamado Jeff. Lo escuché con

impaciencia mientras intentaba hablarme de heliesquí en Colorado y, al final, me zafé de su monótona cháchara de alto decibelio dándole la espalda y trepando sobre Tomas para alcanzar a Carlotta.

—Pero ¿qué haces? —chilló—. Ese es Jeff Auerbach. ¡El director ejecutivo de KriptoSocial!

Jeff había desaparecido entre una multitud de cazafortunas más entusiastas.

—Bueno, parece bastante entretenido. Ya te lo he dicho, querida. Yo quería salir contigo. ¿Te apetece ir a otro sitio?

—¿Adónde?

—He pensado que podríamos llevar a los chicos al Palace a tomar la última. Franz parece un poco cansado.

En realidad parecía dormido.

—Sí, claro. Si quieres. —Carlotta le dio un toque a su marido en el pecho; quizás un poquito más fuerte de lo necesario—. ¿Cariño? ¿Te apetece ir a tomar una copa y jugar un poco al backgammon?

—Siempre podemos asomar la nariz en el King's —apunté. El King's, en el sótano del Palace, era otro club de Saint Moritz.

Todo el mundo se puso a mirar su móvil mientras bajábamos al pueblo. Yo tenía tres mensajes de Elena.

«Todavía esperando.»

«Está aquí. En el bar.»

«¿Dónde te has metido?»

Le respondí y luego le envié un mensaje a Timothy.

«Hora de ponerse en marcha. El bar del Palace.» El albergue que yo había escogido quedaba a diez minutos andando.

«Listo.»

Yo me alegraba del aire arrogante que me daban las botas altas de Carlotta y entré pavoneándome en el vestíbulo del Palace. Ahora mismo, armonizaban con mi estado de ánimo. Elena estaba instalada en un sillón, aparentemente concentrada en su móvil. Como Yermolov iba a venir a Saint Moritz, ella no podía alojarse en la casa que tenían allí. Habíamos acordado, pues, que se quedaría en un hotel, como ya había hecho otras veces desde su separación. Le había preguntado si el hecho de que Balensky la viera podía representar un problema, pero Elena se había burlado de mí.

—¡Ja! ¡Soy una exesposa! Prácticamente invisible. Y es bastante normal que yo esté en Saint Moritz al principio de la temporada. Además, tú le has dado otra cosa en que pensar, ¿no?

Elena iba vestida con el uniforme completo de batalla, pero parecía bastante sobria. Aun así, supuse que el líquido claro de su copa era vodka puro. Ella no me saludó; se limitó a mover la cabeza en dirección al bar. Carlotta estaba recorriendo las vitrinas de diamantes con colores de caramelos que desembocaban en el salón medio vacío. Franz, recobrado de su siesta, se instaló a una mesa y abrió el tablero de backgammon. Yo cogí a Tomas de la mano.

—Nunca he visto el bar del hotel. Me han dicho que la vista es impresionante. ¿Nos tomamos la copa allí?

Tomas me siguió al espacio más íntimo del bar, revestido de paneles de madera, a través de cuyo ventanal se veían los Alpes reluciendo con majestuosa indiferencia. Pedí un cóctel de *champagne* y, mientras el barman lo preparaba, me acurruqué bajo el brazo de Tomas, que pareció sorprendido pero no contrariado. Parapetada tras su barriga y su chaqueta, atisé por encima del hombro. Elena se había equivocado de profesión, no había duda. Balensky estaba a tres metros.

Su espalda de gnomo quedaba medio sepultada en una butaca *art déco*, pero yo habría reconocido ese pelo entretejido en cualquier parte. Al mirarlo allí, encogido y arrugado, costaba creer que ese hombre hubiera sido el responsable de una larga serie de guerras menores. ¿Con cuántas vidas habrían acabado entre él y Yermolov? Aunque tampoco es que yo estuviera en condiciones de juzgarles.

—Aquí tienes, querida —dijo Tomas, pasándome el cóctel.

Le pregunté si conocía Saint Moritz desde hacía mucho y, mientras él se embarcaba en una larguísima anécdota de los viejos tiempos, volví los ojos en la otra dirección, reorientando el cuerpo de Tomas hacia mí y girando el mío para disponer de una vista más despejada. El guardaespaldas de Balensky estaba a su derecha, tomándose una Coca-Cola, con una incongruente cartera de cuero plantada frente a él, sobre la mesita. Sentado a la izquierda de Balensky estaba el rival de Timothy, un chico esbelto de

prominentes pómulos eslavos, con el pelo teñido de rubio y unos labios tan carnosos que daban la impresión de haber sido tratados con ácido hialurónico. Balensky hablaba por teléfono sin hacer caso de sus dos acompañantes, aunque su mano izquierda reposaba discretamente sobre la rodilla del chico. Tomas, obviamente alentado, ahora estaba hablándome de su propio chalet en Kitzbühel y diciéndome que me encantaría verlo en esta época del año.

—Suenas fabuloso —dije, para animarlo, dejando que su mano rozara como por casualidad el breve espacio entre mi falda y mis espantosas botas, mientras yo seguía observando a Balensky atentamente. Su marchita cabecita giró como un resorte cuando Timothy entró en el bar, vestido con unos vaqueros negros y un suéter blanco de cachemira. Llevaba sobre el brazo una nueva chaqueta acolchada con cuello de cuero, y su Rolex de oro asomaba indiscretamente por debajo. Había conseguido no sé cómo la pátina de un falso bronceado de esquí, y las puntas de su pelo perfectamente desordenado le rozaban el pómulo rubicundo. Ya no temí que Balensky pudiera reparar en mí. Ahora solo tenía ojos para Timothy, que pidió una copa antes de volverse para examinar el local y hacerse de repente el sorprendido al verle. Inmediatamente se acercó a saludarlo.

Yo había instruido a Timothy en el vuelo a Milán sobre lo que debía decir, pero para mí era muy importante verlo en acción. Tenía que cerciorarme de que iba a hacerlo bien, de que se las iba a arreglar para concertar una cita con Balensky ante varios testigos. Él debía recordarle al oligarca, que hablaba francés, que se habían visto en otra ocasión en compañía de Édouard Guiche, y dedicar unos momentos a lamentar la tragedia espeluznante de su muerte. Después debía llevar la conversación a una charla neutral, mencionar que estaba en un complejo turístico con un grupo de amigos de París, dando a entender que esos «amigos» estaban montando una fiesta similar a la que Balensky había ofrecido en Tánger y sugiriendo que quizá le apeteciera pasarse. Has de estar triste pero deseable, un poco perdido pero no desolado, herido pero todavía travieso. Tentador. Yo ya había previsto que Balensky tendría al menos un guardaespaldas; era esencial que este presenciara el encuentro y que Balensky, con un poco de suerte, le tomara el número a Timothy. Ahora, al observarlo, me acordé del Timothy que había conocido

hacía solo unas semanas en Belleville: la misma despreocupación lasciva, la misma promesa fácil de placer. No sé por qué la gente piensa que prostituirse no requiere ninguna destreza. En cuestión de minutos, Timothy había ocupado la *pole position* a la izquierda de Balensky, dejando sumido al chico rubio en un hosco silencio. El oligarca enseguida le posó una mano paternal sobre el brazo y se grabó su número de teléfono. Tomas pareció algo decepcionado cuando le dije que me sentía cansada, pero me ayudó educadamente a ponerme el abrigo para ir a reunirnos con Franz y Carlotta. Mientras deambulábamos por el salón, esperando a que Franz acabara su partida, Timothy pasó frente a nosotros para salir del Palace. Al fin, los convencimos para dar la noche por concluida. Elena seguía en su puesto en el vestíbulo, con la copa vacía y el pulso firme. Cuando nos dirigimos a la salida para subir al coche, alzó una mano y un pulgar. Seis. Elena había llamado a los empleados de su marido para comunicarles que estaba en Saint Moritz y que tenía que recoger algunas cosas de la casa antes de que él llegara. Ellos le confirmaron que lo esperaban al día siguiente a media tarde, tal como yo había previsto. Así pues, teníamos hasta la seis de la tarde para preparar el escenario.

A las ocho de la mañana ya estaba haciendo largos, desnuda, en la estrecha piscina revestida de pizarra del sótano de la casa de Carlotta. Iba repasando la secuencia de mi estrategia al ritmo de las brazadas. Analicé las fases mentalmente, una a una, aunque dejando, por supuesto, que el tiempo se encargara de seleccionar los detalles precisos.

Una vez duchada y vestida con unos vaqueros y con mi suéter más grueso, me reuní con Carlotta en la cocina. Una criada estaba preparando zumo de jengibre y zanahoria; Franz estudiaba atentamente el *Financial Times*.

—¿Quieres venir a esquiar?

—¿Esquiar? —dijo Carlotta, como si le hubiera propuesto una idea completamente estafalaria.

—Sí, pensaba comprarme el equipo y luego bajar a la escuela de esquí para ver si puedo reservar una clase.

—Uy, no. Yo estoy ocupadísima esta mañana. Tengo Pilates y luego Franz quiere almorzar en el Trais Flours. ¡Pero esta noche iremos a Klara a tomar una *fondue*!

- Fantástico. Nos vemos más tarde, entonces.
—Necesitarás unas llaves. ¿Quieres al chófer?
—No, debería caminar un poco. *Ciao*, querida.

Me envolví con gusto en el visón prestado y bajé por la cuesta. El aire limpio de la montaña me producía una sensación deliciosa en los pulmones. Le envié un mensaje a Timothy para que se reuniera conmigo en la pista de hielo del hotel Kulm. Pedí chocolate caliente para los dos mientras aguardaba y observé a tres niñas italianas, exquisitamente vestidas, que practicaban torpes piruetas con un paciente instructor. Me sentí absurdamente celosa de sus pequeños patines blancos.

—*Ça va?*

Timothy estaba transformado. El angustiado letargo de los días anteriores se había esfumado por completo. Ahora parecía dispuesto a cualquier cosa. O tal vez era efecto del Kulm, de la vista y de los deferentes camareros, con sus servilletitas amarillas bordadas y sus plateadas jarras de chocolate. Todo esto podía constituir su futuro, si se recuperaba y hacía las cosas bien. Era el tipo de futuro que yo había imaginado en su momento para mí misma.

—¿Te ha llamado Balensky?

Él puso una expresión dolido.

—¿Por quién me tomas? A primera hora, *vieux schnoc*. —Viejo pederasta.

—Bien. ¿Lo tienes claro... si es que hemos de hacerlo?

—Sí, Judith, cómo no. Me lo has explicado como veinte veces.

—Será doloroso.

Él adoptó un aire despectivo.

—He hecho cosas peores.

—Y si yo no aparezco, Elena te localizará. Ella te dará el dinero. Todo saldrá bien, te lo prometo.

—No te apures.

—¿Tienes ropa para ponerte?

—¡Sí!

—De acuerdo. Me voy con Elena. Nos vemos más tarde, con suerte. Empieza a esperar a partir de las seis y, sobre todo, no salgas de la habitación, ¿correcto?

—Sí. No saldré. Ya me lo dijiste. Buena suerte.

Nos dimos un abrazo rápido, pero yo no me engañé pensando que hubiera ningún calor de su parte. Timothy tal vez había necesitado mi consuelo durante los primeros momentos de dolor por Édouard, pero a partir de ahora nuestra relación era puramente de negocios. Eso me quedaba claro.

Tomé un taxi frente a la entrada del Kulm para dirigirme a un pueblecito llamado Pontresina, que quedaba a veinte minutos dentro del mismo valle. Elena me había descrito la casa como un *kottezhi*, un chalet, lo cual era correcto en cierto modo, teniendo en cuenta que los millonarios americanos de la Época Dorada llamaban chalets a sus casas de verano de cincuenta habitaciones de Newport. Tres paredes de cristal descendían en medio del bosque de pinos: cada una, un ventanal de unos diez metros de altura, enmarcado por gruesos muros de yeso de color cereza. Había un pequeño funicular que ascendía entre los árboles para llevar los suministros a la casa y, por debajo, una estrecha pista que permitía acceder directamente desde las pendientes nevadas. Me imaginé que Yermolov la había construido expresamente. Despedí al taxista, pero Elena se retrasaba y, para cuando llegó por fin, las manos se me habían entumecido por completo, pese a tenerlas metidas en los bolsillos de la chaqueta de visón.

—¡Elisabeth! ¡Qué alegría verte, querida! —gorjeó, para que lo captara la cámara de seguridad instalada en el muro de piedra que rodeaba la base de la propiedad. Al abrazarme, me dijo—: He llamado y les he dicho que necesitaba recoger unas cosas. Eso lo tengo permitido.

Yo le pasé una bolsa Hermès naranja bastante arrugada que había birlado del armario del cuarto de invitados de Carlotta, donde estaban el móvil y los ganchos. Jovana me había dado un Huawei P9, el mejor para ese fin, según su opinión, y, antes de salir de Belgrado, me había explicado varias veces cómo efectuar la conexión.

Elena introdujo un código en el panel de la pared. Tras una pausa se abrió una pequeña puerta. Yo creía que era la de servicio, pero daba a un estrecho vestíbulo y a un ascensor excavado en la roca misma de la montaña.

—Tendremos que darnos prisa —murmuró mientras la puerta volvía a cerrarse y subíamos a la casa—. Las cámaras giran cada tres minutos.

—Bueno, espero que hayas estado haciendo estiramientos.

A modo de respuesta, Elena levantó una bota por entre los pliegues de su

abrigo de marta cibelina y la fue alzando lentamente hasta la altura de su barbilla.

—*Grand battement* —explicó, satisfecha. Yo no pude evitar una sensación de entusiasmo—. Tú espera en el hall, querida —me dijo teatralmente, cuando se abrió la puerta del ascensor—, y luego iremos a reunirnos con Carlotta. Será solo un momento.

Nos encontrábamos en una estancia circular con un techo de madera abovedado. Había una larga hilera de cornamentas de ciervo en las paredes, enmarcando varias esculturas chinas de caballos de estilo Gansu, montadas sobre plintos. Todo bajo la enorme e intrincada araña Bean que ya había visto en una revista cuando estaba investigando sobre la colección Yermolov. Confeccionada a base de cornamentas y de lo que parecían espadas de bronce, la lámpara pendía con aire amenazador a una altura de tres metros. Las delicadas formas naturales del marfil contrastaban con la brutal eficiencia del metal forjado. Había sido aquella araña lo que me había dado la idea. Íbamos a filmar mi encuentro con Yermolov y Balensky, pero debíamos instalar el dispositivo antes de que las cámaras de seguridad lo captaran. No me gustaba tener que implicar a Elena en todo aquello, pero no se me ocurría otra forma más segura de acceder a la casa y efectuar la instalación. Yo le había prometido que presionaría a su marido para que entregase la joya de su colección, a saber, los Botticelli Jameson, pero ahora mismo Elena no parecía tan encantada con esa perspectiva como con la oportunidad de alardear de sus dotes.

Ella desapareció por la escalera situada a la izquierda del ascensor y reapareció al cabo de unos momentos, sin abrigo, en la galería que rodeaba la planta superior del hall y que daba acceso a varias puertas. Aparte del ruido de los tacones de sus botas sobre el suelo de madera, la casa se hallaba sumida en un misterioso silencio. Yo sentía, más que oía, el zumbido de un generador en las profundidades. Un edificio semejante debía de consumir combustible en cantidad.

—¡Te las voy a lanzar desde aquí!

Elena se detuvo en el rellano. En el lado opuesto, un reloj de pared con esfera de porcelana indicaba que faltaban solo unos segundos para las doce. Atrapé sus botas al vuelo; luego descendieron sus ropas aleteando, flotando ligeramente en las invisibles corrientes térmicas de la casa, para aterrizar a mis pies: todas, salvo una vaporosa blusa de seda blanca, que por desgracia

había quedado empalada en la araña.

—¡Ay, soy idiota! —gritó Elena dramáticamente. El minuterero se movió hasta las doce y el reloj empezó a dar las campanadas.

Elena saltó limpiamente por encima de la balaustrada, de espaldas al vacío, y sujetó la barandilla con ambas manos como si fuese una *barre* de ballet mientras extendía una pierna hacia la araña. *Arabesque*. Fui contando los segundos por lo bajini. Enganchó una cornamenta con el pie y atrajo la lámpara hacia sí, como si fuera un columpio, flexionando y rotando la pierna de apoyo, mientras abría un brazo sobre la pierna extendida. *Segunda posición*. Entonces, alzándose de puntillas con un pie sobre el estrechísimo reborde, y con el resto del peso suspendido de un brazo, se dobló por la cintura con elegancia, manteniendo sujeta la araña con la pierna flexionada. A mí se me encogió el corazón; si aquel armatoste se movía, iba a partirse el cuello. Sujetando el gancho con los dientes, fijó el móvil con la mano libre, orientando la pantalla hacia el suelo del hall. Un minuto treinta segundos. Con exasperante lentitud, liberó el pie del enredo de marfil y metal. Si le fallaban las fuerzas, se estrellaría contra las losas del suelo. Supliqué al cielo que no hubiera bebido antes de semejante ejercicio. Cerré los ojos, esperando oírla gritar, pero no pude resistirlo y, al volver a abrirlos, vi que Elena saltaba hacia atrás y aterrizaba en la galería sana y salva. Dos minutos.

—¡Se ha quedado enganchada! —dijo desde lo alto, sin jadear siquiera—. ¡Tendré que hacer que traigan una escalera!

La seda vaporosa apenas resultaba visible sobre el pálido marfil, pero impedía que se viera el teléfono desde arriba.

—Es de Prada —dijo Elena, de nuevo con la marta cibelina encima, bajando por la escalera. A mí se me ocurrió que si Balensky o Yermolov me mataban, lo cual era sin duda una posibilidad, el dosel de mi muerte llevaría etiqueta de marca. Cosa que de repente resultaba muy graciosa. No sé qué estaría pensando Elena, pero me miró a los ojos, empezó a sonreír y, al cabo de un instante, estábamos riéndonos de tal modo que tuvimos que sujetarnos y abrazarnos, mientras las lágrimas de hilaridad caían sobre las pieles de nuestros abrigos.

Elena me mostró un par de veces cómo introducir el código en el panel, y luego se fue a almorzar con Carlotta. Yo volví a Saint Moritz, recogí mis

cosas y preparé lo que necesitaría para esa tarde. Le mandé un mensaje de confirmación a Jovana; a las seis en punto se activarían las pantallas en Belgrado. Envié un código de Snapchat a Kenia.

Solo me quedaba pendiente una cosa, la más difícil. Tenía que llamar a mi madre. Quizá no habría otra ocasión. Aún bullía en mi interior una parte de la euforia que había sentido con Elena. El miedo empezaba a hacer su aparición, aunque solo moderadamente, enmascarado por la excitación del peligro. En ese momento, la idea de oír la voz de mi madre me resultaba más intimidante que el encuentro con Yermolov y Balensky. Si hubiera tenido que describir mis sentimientos hacia ella, habría dicho tal vez que eran «complicados» y «vehementes», pero las palabras habrían resultado en gran parte inútiles. Mi madre nunca había cuidado de mí, aunque, por otro lado, apenas era capaz de cuidarse a sí misma. Yo la compadecía y en muchos sentidos la despreciaba, pero siempre había procurado portarme bien con ella. Porque, por motivos que no estaba preparada para analizar en ese momento, también la admiraba. Era débil, pero también era lista. En el fondo, nos parecíamos. Se nos daba bien improvisar.

«Hazlo de una vez.»

Me tumbé en la cama junto al Caravaggio y marqué su número.

—¿Qué tal, mamá?

—¡Judy! ¿Cómo estás, cariño?

Las cosas iban y venían constantemente en casa. Un deslizamiento permanente, una filtración incesante con su propia lógica centrífuga. El árbol de Navidad seguía montado hasta el mes de mayo y, de repente, yo bajaba una mañana y descubría que la televisión había desaparecido.

—Bien. Trabajando mucho.

—Entonces, ¿va todo bien?

En un momento dado consiguió una panificadora con cupones de Tesco. La casa entera olió como un anuncio... durante una temporada.

—Muy bien, mamá. ¿Y tú qué me cuentas? ¿Qué has estado haciendo últimamente?

A veces aparecían unos altavoces estéreo y yo deducía que se había ligado a alguien en el pub. No culpaba a mi madre por intentar vivir un poco, aunque le gustara hacerlo con música country de Crystal Gale.

—Ah, no mucho. Lo de siempre. Tengo un nuevo sofá.

Era el carnaval grotesco que desplegabamos en esos intentos lo que no

soportaba, las ropas esparcidas por el suelo de la sala de estar, las manchas indescriptibles en el sofá.

—Ah, fantástico.

El dinero que le había ido mandando a mi madre desde que me había trasladado a Italia la había eximido de sus intermitentes esfuerzos por encontrar empleo. Lo suficiente para que viviera con comodidad pero sin levantar sospechas. Yo tenía pensado esperar hasta que llevara un tiempo en Venecia y la galería empezara a funcionar para comprarle un apartamento con el dinero de Gentileschi; así no resultaría tan obvio. Entretanto, le había preguntado si le apetecía viajar a alguna parte, o hacer alguna cosa en particular, pero ella parecía contentarse con comprar algunas cosas *online* y con bajar al pub. Poco a poco, me había acabado dando cuenta de que ella no quería un nuevo hogar, que le bastaba con el destartado piso de protección oficial, con una vida libre de preocupaciones y con el dinero suficiente para pagarse la bebida. A mí me dolía y me sacaba de quicio que aquello fuera lo único que deseaba. Pero mi madre realmente pensaba que su vida estaba bien.

El vodka y Radio 1 en su despertador digital, las cifras rojas sucediéndose, unas tras otra, en la penumbra del crepúsculo.

Hubo una pausa en la conversación. Había un montón de cosas que me habría gustado decirle a mi madre, pero que nunca llegarían a ser dichas. Y ese «nunca» quizá llegara más deprisa de lo previsto, pensé.

—¿El tiempo, bien? —me preguntó. Mi madre nunca había bajado más allá de Birmingham. Creía que vivía en el trópico.

—Bien. Hace un poco de frío ahora, en invierno.

—Ah, entonces está bien.

Sonaba de fondo la tele. «¡Las amas de casa viajan a Islandia en Navidades!» Por Dios. Apenas estábamos en noviembre. Inspiré hondo.

—Solo quería ver si estabas bien.

—Muy bien, cariño.

—Bueno, adiós entonces. Que la factura sube un montón.

—Sí. Adiós, Judy. Te quiero.

Ella no solía decir esa frase. La había aprendido de la televisión. Yo deseaba decírselo también, pero mi pulgar cortó la llamada antes de que me salieran las palabras. Me senté en la cama y recorrí la habitación con la vista. Pero no había gran cosa con la que distraerse.

¿Por qué había reunido este montón tambaleante de contingencias? ¿Para proteger qué? ¿A Dave? ¿Para compensar a Timothy? No, no era eso exactamente. Yermolov me había quitado lo más importante que había tenido en mi vida. No el dinero, no mi galería, no a Masha. Yermolov me había calado: me había visto a través del elaborado caparazón que tanto me había costado construir. Los cuadros eran lo único realmente puro que yo había conocido, pero él había raspado y erosionado mi fe en ellos con la eficacia de un restaurador que levanta un panel con una cuchilla. Tenía que pillarlo in fraganti para que toda esta historia concluyera, desde luego. Pero además quería obligarle a poseer algo feo, algo vulgar, grosero y despreciable. Algo que yo misma había hecho. Él se creía que me había dejado en evidencia, pero estaba equivocado sobre mí. O al menos, eso iba a seguir diciéndome a mí misma.

Cogí el almohadón de la cama, lo rodeé con los brazos y me apreté contra él con fuerza hasta que el espacio de detrás de mis ojos se volvió rojo y mis pensamientos se aquietaron.

Capítulo 23

Ni guardias de seguridad, ni empleados ni *show* de ningún tipo: esas habían sido mis instrucciones. El vidrio oscuro de la casa de Yermolov en Pontresina parecía tan inmóvil como un hielo negro. Aun así, y pese al frío gélido, hice un alto durante unos minutos para buscar cualquier indicio de emboscada. Sin Elena, la enorme casa tenía un aire misterioso, y las pendientes cubiertas de pinos esbeltos y de un reluciente manto de nieve parecían el escenario de una película de terror. Yermolov podría haber situado fácilmente un francotirador en el bosque, pero cabía esperar que no fuera tan insensato como para liquidarme sin averiguar el paradero del Caravaggio. El ascensor estaba revestido de pequeños azulejos cuadrados de madreperla. Fui contándolos mientras subía, con la vista fija en su brillo nacarado. La casa parecía desierta, según lo acordado, pero contuve el aliento y agucé el oído en medio de un silencio que parecía magnificado por el panorama de cumbres solitarias que aguardaba afuera, en la oscuridad.

Entré en el hall a las 17:55 y permanecí los últimos cinco minutos en la penumbra. Luego envié con mi móvil un mensaje al dispositivo suspendido entre las enmarañadas piezas de la araña. Aguardé a que emitiera un diminuto destello rojo. Una de las técnicas-artistas de Jovana había instalado en ese dispositivo una versión modificada de Livestream, provista de un temporizador que yo podía activar con un simple mensaje. Todo lo que sucediera allí podrían verlo ella y su equipo a través de un enlace encriptado, y quedaría grabado en vídeo además. A mí me tenía nerviosa la situación; el trabajo en equipo nunca había sido lo mío. Debía confiar en las despreocupadas afirmaciones de Jovana de que todo saldría bien. El vídeo sería en sí mismo una póliza de seguros, un plan B adicional. Esperaba que no resultara necesario.

Una vez activado el dispositivo, manipulé el complicado sistema de

interruptores que había junto al ascensor, aumentando y bajando la intensidad de la luz hasta encontrar un nivel adecuadamente dramático. Traté de captar el rumor de algún coche en la carretera de abajo, pero el grosor de los muros y la capa de nieve me aislaban tan completamente que solo oía el murmullo de mi respiración. Luego, débilmente, sonó el zumbido del ascensor al bajar. Yo había contado treinta y dos azulejos relucientes mientras subía, uno por segundo, lo cual quería decir que llegarían en poco más de un minuto.

Hubo un pequeño y cómico encontronazo entre los dos hombres —el uno alto, el otro enano— cuando cada uno trató de salir el primero del ascensor.

—¿Dónde está esa mujer? —preguntó Balensky en ruso.

—*Vot* —respondí. Aquí. Pasé al inglés—. Y tengo el cuadro, tal como dije.

Balensky se me acercó. Capté un intenso olor a colonia en los pliegues de su pesado abrigo de cachemira.

—¿Dónde está?

—Haga el favor de dárnoslo, señorita Teerlinc. Cuanto antes acabemos con esta farsa, mejor.

La voz de Yermolov sonaba cansada más que enfurecida. ¿Acaso habían acordado jugar a poli bueno, poli malo?

—Antes de dárselo, tengo algunas condiciones. Ustedes están aquí, obviamente, porque su... colega Ivan Kazbich les pasó un mensaje. De parte de Dejan Raznatovic, en Serbia. Como ya saben, fui a verle. Sé que ustedes se han dedicado al tráfico de arte por armas. A mí eso me importa un bledo, pero hay un montón de gente a la que sí le importaría. Lo que quiero es que dejen de entrometerse en mi vida. De cualquier forma. Yo les daré el cuadro. A cambio, usted —señalé a Yermolov— le cederá a su esposa los Botticelli Jameson. Y ambos contarán con mi silencio. Bien sencillo, ¿no?

Yermolov soltó un bufido, lo que me desconcertó un poco.

Balensky se me acercó aún más. El aroma a sándalo de su colonia quedó ahogado por el hedor pútrido de su aliento.

—Esto no es un juego. Y usted no tiene pruebas para lanzar esas absurdas amenazas.

—Pero los dos están aquí, ¿no?

—Hemos venido por el cuadro. Entréguenoslo. Ahora mismo.

Bajó la vista y yo seguí su mirada. Un cañón metálico asomó de su abrigo. No una pistola de señorita precisamente. Bueno, habría que recurrir al plan B.

—¿Sabe que su cuadro es una falsificación? —dije, observando la cara de

ambos bajo la luz amortiguada. Yermolov no pareció sorprendido en absoluto.

«Lo sabe. Él lo sabe. Entonces, ¿por qué...?»

Mientras yo especulaba, la cara de Balensky, primero inmóvil, se volvió bruscamente rabiosa. Gritó algo en ruso que no pude entender. Yermolov se limitó a encogerse de hombros, con una expresión tranquila en sus ojos claros. Capté el nombre de Kazbich en la diatriba de Balensky.

—Sí, quizá debería hacerle unas preguntas al doctor Kazbich —lo interrumpí—. Solo un niño se habría creído esos documentos de procedencia. Su cuadro es una basura sin ningún valor.

«¿Por qué no reacciona Yermolov?»

Balensky alzó la pistola. Siguiendo mis planes, yo me había vestido cuidadosamente para esa actuación: unos pantalones negros y una chaqueta Dolce también negra que le había birlado a Carlotta, ajustada en la cintura con un faldón rígido y rematada arriba con un cuello blanco de cuero. Por debajo, tenía los pechos bien ceñidos bajo una tela de lino, pero aun así me figuraba que Balensky podía ver cómo me palpitaba el corazón. No tenía miedo. Ni siquiera había cumplido los treinta, pero estaba cansada, tremendamente cansada de que me acosaran. Y tener un arma cargada apuntándote a la aorta te vuelve consciente de la riqueza de posibilidades de la vida; así pues, hice lo que habría hecho cualquier chica en una situación tan apurada. O sea, empecé a quitarme la ropa.

En cuanto me desabroché el primer botón, Balensky soltó un largo y tembloroso suspiro. Pero no fue la expectativa de echar un vistazo a mis tetas lo que lo turbó. Bajo la chaqueta, yo llevaba puesto el Caravaggio.

Los inventarios de las obras del pintor realizados en su propia época incluían muchos cuadros que se han perdido, lienzos que desaparecieron o que fueron destruidos por ignorancia. Esas pinturas desvanecidas reaparecen en ocasiones: en un desván de Toulouse, en un comedor familiar en Dublín. Algunas acaban siendo autenticadas, para asombro general, y expuestas como tesoros, mientras que otras, cuya autenticidad no llega a ser demostrada, provocan poco a poco la locura a sus propietarios, fanáticamente convencidos de lo contrario. Kazbich había citado en sus documentos uno de tales inventarios: «Un retrato de una mujer que le había dado alojamiento».

Una adaptación de la bien conocida costumbre del artista de pagar en especie, esbozando una apresurada obra maestra en un mantel para pagar el vino. En este caso, Caravaggio había hecho supuestamente un dibujo de su patrona veneciana —tal vez una de sus muchas amantes, también—, empleando sus enaguas como improvisado lienzo.

Habían sido los iconos serbios los que me habían permitido comprender el último elemento de la falsificación de Kazbich. Cuando había abierto en Inglaterra el portafolio, me había quedado desconcertada al descubrir que el «Caravaggio» estaba ejecutado en un trozo de tela. Ahora bien, el museo que Raznatovic había contribuido a fundar en Belgrado contenía muestras de ropas eclesiásticas de los monasterios de la zona, capas pluviales y sobrepellices cosidas a mano por generaciones de pacientes monjas. Yo no sabía nada sobre historia textil, pero era presumible que Kazbich hubiera escamoteado una de aquellas muestras. Cuando desplegué con todo cuidado el retrato, pude discernir los diminutos orificios que habían quedado al descoser el bordado original con el fin de crear un lienzo en blanco a partir de la tela —datada auténticamente en ese período— de una sencilla prenda sin mangas. Los pliegues de la tela estaban rígidos y amarillentos, pero el lino puede sobrevivir durante largo tiempo. Yo había acertado al suponer el uso de tizas cuando estuve en el archivo de Ámsterdam; y también en cuanto al empleo del amarillo Nápoles. Había sido solo entonces, al ver la firma de Kazbich en el libro de visitantes, cuando había comprendido dónde debía de estar el cuadro. Si no lo había deducido antes era porque no me cabía en la cabeza cómo podía haber escondido Moncada otro cuadro cuando nos reunimos en la habitación del hotel. Pero si se trataba solo de una tela de lino, podía muy bien haber sido enrollada cuidadosamente en un portafolio (una posibilidad que Kazbich sin duda habría considerado), y haber pasado desapercibida no solo en el control de seguridad del aeropuerto, sino también ante mí. Muy ingenioso. El retrato se había elaborado con la intención de parecerse al rostro inquisitivo y taimado de la chica de *La buenaventura*, uno de los primeros cuadros con los que Caravaggio había dejado asombrados a los coleccionistas de Roma. Kazbich había establecido una poética conexión entre la cara de aquella olvidada mujer veneciana y los rasgos juguetones y astutos de la chica gitana. La pasión de la codicia, debía de haber pensado, se encargaría del resto.

Balensky miró boquiabierto mi peto falsificado.

—Puede dispararme, si quiere —proseguí— pero nunca conseguirá limpiar las manchas de sangre. ¿Quiere probar?

Él movió la boca sin articular palabra, pero seguía apuntándome con la pistola.

—O bien yo puedo desgarrarlo. Es extremadamente frágil este viejo paño. Y luego puede usted dispararme. Pero aun así no conseguirá su cuadro.

—¿Qué es lo que quiere? —Ahora titubeaba—. ¿Dinero?

—No necesito dinero. Solo quiero que dejen de acosarme, que me dejen en paz. Y él —señalé con la barbilla a Yermolov— tiene que darle a su esposa esos cuadros. Los Botticelli Jameson, como he dicho. Yo voy a salir de aquí como he entrado, con esto encima. Cuando Elena Yermolov tenga los cuadros, podrán recuperarlo, valga lo que valga. Que no es nada.

Yermolov parecía estar conteniendo la risa, lo cual no era la reacción que me esperaba.

—*Ona bezumna* —masculló Balensky. Está loca.

—Seguramente —dijo Yermolov, en inglés—. Pero no es del todo idiota. Ya lo sabes. Deshazte de ella, si quieres. Tú sabes que el cuadro no vale nada.

Balensky se volvió lentamente hacia él, pivotando como un muñeco mecánico. Ahora sus brazos colgaban flácidamente a los lados. Miró un momento a Yermolov, que se limitó a encogerse de hombros; luego bajó la vista hacia la pistola, como si le sorprendiera tenerla en la mano.

—Tenemos que hablar.

Era evidente que Balensky estaba haciendo un esfuerzo para mantener la calma, pero se adivinaba en él una desesperación enloquecida. No resultaba intimidante, sino más bien absurdo. Tan absurdo como pueda serlo un anciano iracundo con una pistola cargada.

—No. No hace falta. —Puse las manos en el cuello de la enagua y noté cómo crujía la tela con la tensión—. ¿Lo quiere o no? ¿Cuento hasta diez?

Yo sabía que Balensky no podía dispararme. Incluso un disparo limpio en la cabeza dejaría la tela empapada con mis sesos antes de que pudiera desprenderla de mi cuerpo. Y no era su supuesto valor monetario lo que le impediría hacerlo. El deseo era una divisa que yo había manejado mucho tiempo. No podía dispararme por su vehemente deseo de poseer aquel objeto: un deseo apasionado cuya ceguera no servía sino para volverlo aún más abrumador.

Y entonces Balensky me disparó.

Hubo un instante de quietud antes de que la detonación rebotara de forma ensordecedora por las paredes. Noté un fuerte golpe sobre mi pecho. Ni siquiera tuve tiempo de sentir sorpresa cuando el cráneo de Balensky chocó contra mi clavícula y la pistola rodó por el suelo con un tintineo de porcelana quebrada. Él emitió un leve sonido, algo así como el crujido de unos viejos huesos al levantarse de una silla. Yermolov lo sujetaba desde detrás con la mano izquierda; en la derecha tenía un pesado cenicero de bronce dorado. A Balensky le oscilaron los brazos como si fueran de trapo y se le doblaron las rodillas. Yermolov se inclinó hacia delante y lo fue bajando hasta depositarlo limpiamente sobre las losas de piedra. Luego le apartó el cuello del abrigo y le buscó el pulso por detrás de la oreja con tres dedos. Se hizo un largo y embarazoso silencio.

—Será mejor que llamemos a una ambulancia —dijo Yermolov al fin—. El señor Balensky parece haber sufrido un ataque cardíaco. Y me parece que se ha golpeado la cabeza al caerse. ¡Qué espanto!

Silenciosamente, depositó el cenicero junto al cuerpo. Silenciosamente, recogió la pistola.

Mis sinapsis chisporroteaban como un auténtico festival de fuegos artificiales; mis hombros estaban rígidos; todo mi cuerpo sufría aún contracciones nerviosas, incapaz de asimilar que el disparo hubiera salido desviado. El suelo estaba cubierto de diminutos fragmentos de porcelana. El caballo. Balensky le había dado a un caballo chino y luego había caído abatido por el golpe del cenicero. Entonces... ¿se podía fumar allí dentro? ¡Hurra! «Por Dios, Judith.»

—Ha disparado al caballo —farfullé.

Yermolov sujetaba la pistola con la mano derecha. La izquierda la metió en el bolsillo para sacar el móvil.

—¿Será el mismo...? —Se me había quedado la boca seca. Tragué saliva y volví a intentarlo, pero solo me salió un resuello sibilante. Me apreté la garganta, traté de controlar mi voz—. ¿Será el mismo tipo de ataque cardíaco que sufrió Édouard Guiche... cuando su gorila lo empujó desde un quinto piso? ¿El mismo que acabó con Masha? ¿Y yo? ¿Voy a sufrir un ataque también? —Ahora hablaba demasiado deprisa para él. Yermolov me miró

confuso, pero no acabó de sacar el móvil.

El Caravaggio estaba empapado de sudor, pero yo me estaba congelando.

—Debería saber —continué— que lo que acaba de hacer ha quedado filmado. En Livestream, en tiempo real. Hay un montón de testigos. Este hombre tiene en la cabeza una herida tan grande como un puño. ¿Un ataque cardíaco?

No aclaré que Jovana y su gente creían estar viendo una representación.

Sentí la mano de Yermolov en la garganta antes de ver siquiera cómo se movía. Se me empezó a contraer la base de la lengua, pero aun así conseguí articular las palabras.

—Haga lo que quiera, no le servirá de nada.

—¿Qué cojones está haciendo?

—Suélteme. —Él aflojó la tenaza, pero no me soltó—. Acaba de cometer un asesinato ante una cámara en vivo. ¿Lo entiende?

Muy lentamente, los dedos alrededor de mi cuello se relajaron. Volví a posar los tacones en el suelo. Tomé aire.

Es curioso cómo funciona la rabia. Yo misma la conocía bien. La voz de Yermolov era tan gélida como una estepa en enero; su tono, en cambio, parecía casi familiar.

—¿Qué motivo tengo para creerla?

Yo sonreí con toda la dulzura posible.

—Vamos, señor Yermolov. Esto no es una entrevista de trabajo. Pero bueno, no importa. Fíjese. Tengo el cuadro, pese a todos sus esfuerzos. He descubierto su chanchullo en Serbia. Localicé a Rznatovic por mi propia cuenta. Y he conseguido que usted viniera aquí. ¿Por qué debería dudar de mi palabra?

—¿Dónde está esa cámara? —me preguntó lentamente.

Di un paso atrás.

—Ahí arriba. —Alcé la cabeza hacia la maraña de marfil suspendida del techo—. Me imagino que tiene usted buena puntería y que podría inutilizarla de un solo disparo, pero ya es tarde. Como le he dicho, todo lo sucedido ha sido transmitido. No a la web, desde luego. Pero ha quedado grabado. Así que ahora tiene la posibilidad de escoger.

Él había bajado la pistola y la sujetaba junto a la cadera con aire aparentemente relajado.

—¿Pero qué está haciendo? —siseó— Estúpida zorra.

—Puede estrangularme o dispararme. Y verá lo que pasa. Ya ha asesinado a dos personas por este cuadro de mierda. Perdón, a tres. Bueno, aquí lo tiene.

Tiré la chaqueta al suelo, me quité lentamente la enagua por encima de la cabeza y la arrojé a un lado. Me había puesto dos sujetadores debajo para que me encajara bien. Señalé con la barbilla el montón de tela que yacía junto a Balensky.

—Todo suyo.

Yermolov cambió de táctica.

—Yo no fui el responsable de la muerte de Édouard Guiche, y no sé quién es esa Masha. No tengo interés en esta... cosa.

—¿Por qué habría de creerle? ¿Por qué pagó por el cuadro si no lo quería? ¿Por qué...?

Estaba mareada, así que me tumbé en el suelo junto al cadáver de Balensky. Yermolov me dio la espalda y deambuló por el hall con los puños apretados en los bolsillos, como un mal actor a punto de tomar una gran decisión.

—Me apetece mucho una copa. ¿Quiere acompañarme?

—Quizá. Sí, gracias.

—Pero, primero, ¿podría desconectar esa cámara, por favor? —Ahora empleaba un tono tranquilizador y persuasivo. El tono que emplearías con un loco peligroso—. Le aseguro que no corre ningún peligro. Luego le serviré una copa.

Era como si nos estuviéramos siguiendo la corriente mutuamente, todavía sin saber qué iba a hacer el otro.

—Necesito mi móvil. Está en mi bolso, ahí.

Me sequé la mano en los pantalones y efectué la llamada al dispositivo que habría de parar el temporizador y cortar la conexión. Yermolov me observaba con interés. Luego le envié un mensaje a Jovana.

«Ya está. ¿Ha funcionado?»

«Eso parece. ¡Qué material tan raro!», me respondió ella.

«Sí, ¿verdad? Mañana hablamos, gracias.»

Guardé el móvil en el bolso y me tumbé boca arriba con los ojos cerrados. Yermolov desapareció tanto rato que pensé que tal vez estaba pidiendo refuerzos. Habría podido volver con un lanzacohetes o con una doncella de hierro, y yo no me habría enterado. «Él sabía que era una falsificación. Lo sabía. Entonces, ¿por qué...?» Sonaron varias puertas en las profundidades

de la casa. Me acordé de Carlotta, perdida en su propia cocina.

—Tenga.

Me senté en el suelo y cogí la copa helada que Yermolov me ofrecía. La bebida favorita de Elena.

—Gracias.

Él encendió un cigarrillo y me tendió el paquete.

—Bien. Hábleme de esa filmación. —Aún el tono especial para lunáticos.

Di un largo trago, saboreando el ardor helado.

—La he encargado para usted. Puede ser una obra de arte o una prueba. Aún no tiene título. Si quiere comprarla, el precio es doscientos mil euros. Más mi comisión, el diez por ciento.

—Ha dicho que era en directo. Con testigos.

—En efecto. Seguro que habrá oído hablar de la fotografía de crítica social. Los testigos son artistas. Creen que todo esto era un montaje: una representación sobre el poder del capital para subvertir la materialidad. O alguna chorrada parecida. Algo surrealista.

—Ya veo. —Quizá sí era cierto que sonaba como una loca.

—Así que usted puede comprar la cinta: una obra de arte única. La otra condición sigue en pie. Los Botticelli van para su esposa. La decisión está en sus manos.

—Y usted hace todo esto porque...

—Quiero que deje de entrometerse en mi vida. Que me deje en paz, como le acabo de decir a su amigo. Y que deje de matar gente, además.

—No sea pesada. Yo no he matado a nadie. Ni a esa Masha ni a Guiche.

—Usted destruyó mi galería en Venecia. —Alargué el brazo por encima de Balensky para coger el maltrecho cenicero.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Para amenazarme. Porque quería el cuadro.

—¿El falso Caravaggio? Era él quien lo quería.

Balensky había reaccionado como si estuviera aterrorizado, furioso, perplejo, pero Yermolov no daba la impresión de sentirse así. Parecía aburrido. Es difícil fingir el aburrimiento, uno tiende siempre a exagerar. Y bruscamente, de un modo aplastante, comprendí que decía la verdad.

«Un elevado concepto de sí mismo.» En la sucesión de precarias victorias

de su ascenso, Caravaggio vivió el éxito más bien como un confinamiento. El deseo realizado se convirtió en deseo desdeñado. La interioridad claustrofóbica de sus cuadros, su reducción del mundo a los confines de una habitación, nos tienden una trampa incluso mientras nos engatusan para hacernos creer que vemos claramente. No hay nada más, ¿cómo vamos a ser engañados? Y sin embargo, estamos tan absortos en la contemplación que nos cegamos nosotros mismos frente a las realidades simultáneas de sus escenas. «Pintar es engañar.» Cuidado con lo que crees que ves. Dejé caer la cabeza en el suelo; me vino la imagen fugaz del kilim de mi piso de Venecia. «No.» Recordé una frase que había leído en alguna parte: que el momento de comunicación de una obra de arte surge como un repentino saliente en la superficie de la psique. Todo estaba súbita y estúpidamente claro. Desde aquella tarde en París, cuando Renaud le había apretado el cuello a Moncada con un cordón, yo me había situado a mí misma en el centro de la escena, cuando de hecho no había pasado de ser un satélite, un elemento secundario de una realidad totalmente distinta. Los demás —Kazbich, Balensky, Yermolov, el propio Moncada— estaban jugando a dos barajas. La superficie había quedado empañada y yo no veía con claridad.

Dejé escapar un gemido. Ojalá Balensky me hubiese pegado un tiro. Había estado equivocada, completamente equivocada sobre todo el asunto.

Capítulo 24

*E*l relato de Yermolov se prolongó durante horas. Mientras él hablaba, permanecimos tumbados sobre un codo, como dos romanos en un banquete. La casa enorme, que tan amenazadora me había parecido antes, ahora, mientras yacíamos sobre las baldosas calientes con nuestros vasos de vodka, me resultaba acogedora, como un capullo bajo un manto de nieve. Todo muy agradable. Pero a medida que él hablaba, yo me sentía encoger y marchitar a causa de mi propio orgullo.

—Yo ya sabía desde hace mucho que Balensky era un tramposo —me explicó Yermolov—. Él y Kazbich.

—Eso también lo averigüé. Balensky le compró un Rothko falso, de entrada.

Yermolov tuvo la suficiente educación para mostrarse impresionado.

—¿Descubrió esa falsificación? *Otlichno*. —Excelente.

Ese habría sido el momento de preguntarle por qué tenía al principio tan mal concepto de mis aptitudes, pero lo que ahora necesitaba de él era información, no paños calientes. Así pues, pasé por alto el cumplido y le pregunté por qué había seguido haciendo negocios con Balensky.

—Teníamos muchas conexiones. Habíamos trabajado juntos en el pasado, en Rusia. Era complicado.

—Por supuesto.

—Pero en cuanto me propuso la operación del Caravaggio, yo supe que era una falsificación. Solo un ignorante se habría tragado esa historia. Pero él... no sabía nada de pintura, no amaba los cuadros. Para él solo eran objetos que vender. —Se inclinó hacia mí con aire confidencial—. El único cuadro que le gustaba realmente era un retrato que le había hecho Safronov.

—Uf. —Nikas Safronov se había especializado en ostentosos retratos falsamente clásicos. Había retratado al presidente de Rusia en el papel de

Francisco I—. ¿Lo pintó como Napoleón?

—Más gracioso aún. Como Pedro *el Grande*.

—Uf, uf. ¿Y usted por qué siguió adelante? ¿Por qué accedió a comprar el Caravaggio?

—Balensky necesitaba dinero. Estaba en la ruina.

—¿En la ruina?

—Cosas que pasan. El gobierno ha congelado sus bienes. Si hubiera regresado al país, habría sido detenido. No es algo infrecuente en Rusia.

—Pues usted ha conseguido evitarlo.

Desde hacía tiempo, Yermolov estaba enterado de lo mismo que yo había deducido de los documentos de Guiche. Kazbich le estaba vendiendo algo más que pinturas a Balensky: usando las pinturas como tapadera y a Raznatovic como proveedor, se había dedicado a traficar con armas. Yermolov no estaba involucrado en ese tráfico. Lo que yo ignoraba era que Balensky se había convertido en un problema para las autoridades rusas. Como en el caso de muchos de sus predecesores en la fiebre del oro postsoviética, su fortuna había sido adquirida de un modo demasiado violento y llamativo para encajar en el nuevo orden de Moscú. Así que le habían acabado congelando los bienes. Balensky estaba viviendo a crédito, y necesitaba dinero con desesperación; de ahí el complot del Caravaggio, urdido con Kazbich. Supuestamente, Kazbich vendería el cuadro a Balensky y Yermolov; luego él y Balensky se repartirían bajo mano la parte pagada por Yermolov. Era todo una cortina de humo. La supuesta «inversión» de Balensky debía servir para convencer a Yermolov. Lo cual explicaba la reacción de pánico del viejo oligarca cuando yo había dicho que el cuadro era una falsificación. Había reaccionado así porque Yermolov estaba delante. Quizás había pensado a la desesperada que si me pegaba un tiro, aún podría convencerlo de su autenticidad.

—Pero si usted sabía que era todo un engaño, ¿por qué le siguió la corriente? ¿Y por qué ha venido hoy aquí?

—Política.

—¿Cómo?

—Yo debía mantenerme cerca de Balensky. Usted sabe que tengo... ciertas conexiones políticas en Rusia, ¿no? Ellos, bueno, nosotros, consideramos que sería más conveniente para todos que Balensky fuera detenido en occidente. Por fraude. El complot del Caravaggio constituía la solución perfecta. Él

mismo se construyó su propia trampa.

—¿Por eso pagó usted su parte?

—Sabía que la recuperaría. Tampoco era tanto.

Cincuenta millones de dólares. No debía de ser tanto, supuse, para un hombre como él.

Me acordé de una frase que había leído en el libro de Bruce Eakin: «Para mis amigos, todo; para mis enemigos, ¡la ley!».

—Pero ¿que hay de los hombres de Balensky? Anoche lo vi con un guardaespaldas.

—Ya quedan muy pocos. Él solo mantenía las apariencias.

Los mensajes que Dave había recibido. Los robos. En todo aquello había habido algo... amateur. «No habría escapado tan fácilmente si Yermolov hubiera ido realmente a por mí.»

Kazbich, por su parte, ignorando que Yermolov le estaba siguiendo la corriente, también necesitaba con desesperación que accediera a comprar el cuadro.

—Pero él había sido su marchante. ¿Usted le tenía confianza?

—En su momento, sí. Pero ahora ya no me servía para nada. Yo pensaba hacer la operación con Balensky, nada más.

—Pero ¿usted no se puso furioso? Él le había engañado. ¿No deseaba vengarse?

—La venganza no forma parte de mis costumbres. No es eficaz.

Me miró a los ojos y alzó el vaso. El hormigueo de un magnetismo casi imperceptible osciló entre nosotros un instante.

Kazbich sabía que yo había estado en la Place de l'Odéon y había pensado que yo debía conocer el paradero de la pieza. Él había sugerido la idea de la «tasación» y había incitado a Yermolov para que me buscara, pero el plan había fracasado cuando decidí rechazar la propuesta. A Yermolov localizar la pieza en sí no le importaba demasiado, puesto que Balensky ya estaba atrapado solo con los documentos de procedencia y con el pago realizado. Pero Kazbich se había empeñado en seguir adelante para conseguir que Yermolov pagara el resto del dinero. Había empezado a ejercer presión, intentando volverme loca. Cosa que había logrado de un modo espectacular. Yermolov creía que era él quien debía de estar detrás de los «fantasmas» de mi piso. Y entonces había intervenido Elena.

—Elena. Sí.

—Mire, yo no soy un hombre sin principios. Por más que Elena le haya dicho, ella es la madre de mis hijos. Jamás la amenazaría. Elena... es una mujer difícil. Histérica, frustrada. Bebe de un modo... increíble. La he enviado a especialistas, a clínicas de desintoxicación, pero nada ha funcionado.

—He visto casos peores. —Mi propia madre, por ejemplo.

—Acepte, por favor, que hay cosas que desconoce.

—Pero ¿va a divorciarse de ella?

—Sí. Y no voy a darle mis Botticelli, aunque debo decir que aprecio la nobleza de la petición que me hace. Elena será cuidada como es debido. Pero yo no creo que usted haya hecho esto —señaló la araña con la mano— solo por Elena, ¿verdad?

—Elena quería usarme para conseguir el cuadro. Por eso está en Saint Moritz. Temía que, sin una moneda de cambio, correría peligro. Pero dado lo que ella sabía, lo que ambos sabían, a mí no me habría bastado con devolverlo. Yo necesitaba saber cómo había averiguado usted toda la historia, y tener algo con lo que negociar. Por eso fui a buscar a Raznatovic. Creía que usted y Balensky estaban juntos en el tráfico de armas.

—Yo sabía lo de los hombres muertos. Uno en París, otro en Roma. ¿Los italianos? Pero también sabía que usted no había robado nada, pues solo había cambiado de nombre.

—Aun así.

Yermolov puso los ojos en blanco.

—Señorita Teerlinc...

—Puede llamarme Judith, si quiere. Es mi verdadero nombre.

—Judith. Esto no es un juego. Ya sé lo que la gente piensa de nosotros: nos toman por oligarcas y asesinos que encierran a la gente en la Lubianka y tiran la llave. Pero no todos vamos por el mundo con polonio radioactivo en los bolsillos. Yo tengo mis principios. Quizá no sea un santo, claro; y de ahí que su terrible pasado, con franqueza, me interese muy poco. Pero tampoco soy un monigote.

—Sí, bueno —dije, mirando a Balensky—. Eso ya lo veo. ¿Cómo se enteró del... incidente de París, de todos modos?

—Por Kazbich, naturalmente.

«Pero ¿cómo sabía Kazbich quién era yo y qué hacía allí?»

—Elena me dijo que usted era peligroso. Y entonces pensé que usted había

matado a Masha, destrozado mi galería y asesinado a Guiche. Así que supuse que realmente iba en serio. Que iba a por mí.

—¿Por qué pensó tal cosa?

—Por Yury. Porque vi a Yury. En Venecia y luego en París.

—Conozco a Yury. Pero él trabaja para Kazbich, no para mí. Le pedí a Kazbich que lo enviara a vigilar un poco a Elena. Cuando se pone a beber, las cosas llegan a ponerse muy feas. Yo no sabía nada de Masha. Y me dijeron que Édouard Guiche se había suicidado.

—Guiche no debía de ser el primer hombre que trabajaba para Balensky y acabó de ese modo.

Nos quedamos un rato callados.

—Pero hay otra razón —dije—. He hecho todo esto porque...

—¿Sí?

Si algo había aprendido de Caravaggio, era que has de adaptar tus técnicas a tus circunstancias.

—Porque podía. Porque me había convencido de que usted me perseguía. Porque estaba furiosa con usted. Porque quería humillarle. Y porque resultaba... emocionante, supongo.

—¿Masha era amiga suya?

—Algo parecido. Sí. Lo suficiente para que me importase su muerte.

—Entonces lo siento. Y siento lo de su galería también.

—Eso no importa, en realidad. Lamento lo de su caballo.

—Eso sí que importa.

Nos habíamos olvidado momentáneamente de Balensky, el silencioso invitado de nuestro pequeño cóctel. Alcé mi vaso hacia el montón de cachemira del suelo.

—¿Cómo es que no sangra?

—Yo fui un profesional, en su momento.

—Usted y Elena estaban hechos el uno para el otro, ¿sabe?

—En su momento.

Yermolov se puso de pie y se estiró atléticamente. Notó que lo miraba.

—O sea que ahora usted y sus ingeniosos amigos artistas me tienen entre la espada y el muro.

—Y la pared.

Yermolov pareció divertido.

—Es usted muy concienzuda. ¿Y piensa seguir adelante con este chantaje un tanto teatral?

—No. Pero sí les he prometido un dinero a mis artistas. Eso lo necesitaré. Y también a otra persona. Elena está al corriente. —Me apreté el puente de la nariz con dos dedos. Ya tendría tiempo más tarde de pensar en mi colosal estupidez—. Y aún hemos de deshacernos de Balensky.

—Como he dicho, ha sufrido un ataque cardíaco. Era un hombre viejo.

Yermolov deambulaba de aquí para allá, como si el hall fuese una jaula.

—Pero su gente en Moscú quería meterlo en chirona. Quiero decir, en la cárcel. No van a estar muy contentos, me temo.

—Sí, es un... inconveniente.

—Y ahí es donde entra en escena esa otra persona. Creo que le va a gustar la idea.

—¿Me va a decir cómo hay que deshacerse de un cuerpo?

—No me provoque.

Yermolov había venido esa tarde desde la pista de aterrizaje conduciendo él mismo una camioneta Audi y había recogido a Balensky en el Palace. El Caravaggio resultó útil como sudario provisional: se lo envolvimos como si fuese una capucha en torno a la cabeza y el cuello, para ocultar la herida, y luego le abrochamos y ajustamos bien el abrigo para mantenerle sujeta la cabeza. La arrugada piel de su cuello aún estaba tibia. En el maletero había espacio de sobra para el cadáver, y, después de bajarlo en el ascensor y meterlo ahí dentro, ya no tuvimos necesidad de hablar más mientras hacíamos el trayecto de vuelta a Saint Moritz, entre antiguas granjas y bloques modernos que relucían en la nieve como estalagmitas. Solo rompí el silencio para darle indicaciones hasta el albergue.

—Tendremos que cargarlo entre los dos. Ponerle los brazos sobre nuestros hombros, como si estuviese borracho.

Ya había hecho lo mismo en París, cuando me había ocupado de Leanne.

—¿Seguro que es el mejor sistema? —preguntó Yermolov.

—¿A quién detesta su gobierno más que a los disidentes?

—No la entiendo.

—A los homosexuales. —Él me miró desconcertado—. No me diga que no

sabía que Balensky era gay.

—No tenía ni idea —repuso con altivez y también, debo reconocerlo, con cierta repugnancia.

Recordé, arrepentida, todas las precauciones que había tomado siguiendo los consejos del sombrero gris de Kenia. Yo me había imaginado a Yermolov como un supermalvado omnipotente, y él ni siquiera estaba al corriente del tipo de cosas que pueden leerse en las revistas del corazón.

—Bueno, pues lo era. Espere a conocer a mi amigo Timothy y verá. Creo que sus contactos de Moscú se van a quedar muy satisfechos con usted.

La habitación de Timothy estaba en el segundo piso. Eché un vistazo rápido al vestíbulo. Cuando había dejado allí a Timothy, había observado que las escaleras quedaban a la derecha y que la recepción estaba en un cubículo situado en ángulo recto. No había clientes a la vista; solo una mujer con un grueso jersey amarillo de cuello alto, hojeando una revista tras el mostrador de recepción. La entrada quedaba directamente dentro de su campo visual. Yo tenía cargado en el móvil el mapa de una casa junto al lago que había seleccionado al azar.

—Voy a entrar a pedirle indicaciones. Cuando salgamos afuera, usted lo lleva para dentro, ¿de acuerdo?

—Perfecto.

Me acerqué al mostrador y empecé a explicar con cuatro palabras de alemán que había quedado con un amigo en el albergue y que no sabíamos cómo llegar al chalet de nuestro anfitrión. Quizás alegrándose de que la distrajera un poco de su aburrimiento, la mujer sonrió solícitamente, se inclinó sobre el mapa de mi móvil y pasó a un inglés impecable al ver que no la entendía. Luego me llevó afuera y empezó a explicarme que debía bajar por la cuesta y seguir todo derecho hasta que pasara frente al supermercado de la izquierda, desde donde ya vería el lago. Yo había apagado el móvil en el bolsillo mientras salíamos, pensando que el tiempo que tardara en encenderse una vez fuera, le proporcionaría a Yermolov el margen necesario. Las dos aguardamos tiritando en el porche hasta que la pantalla volvió a cobrar vida. La recepcionista siguió con el dedo la ruta que debía tomar.

—¡Muchísimas gracias! Voy a subir a ver si mi amigo está listo. —Atisbé los faldones del abrigo de Balensky en la escalera, oscilando como la cola de un dragón.

—No hay de qué. Encantada de ayudarla —dijo la mujer, mientras me

apresuraba a subir.

Yermolov me esperaba en el rellano del segundo piso. Incluso un viejo flacucho como Balensky debía de pesar sus sesenta kilos, pero él ni siquiera tenía una gota de sudor.

—Es aquí. —Llamé suavemente a la puerta de la número 9.

Timothy se había puesto el traje típico tirolés para su cita con Balensky. O al menos los *shorts* de cuero con tirantes bordados; la camisa parecía habersele olvidado. El pelo se lo había peinado hacia atrás con agua y le brillaba bajo la luz cobriza reflejada en los paneles de pino de las paredes. Los dos hombres se saludaron con un simple gesto.

—Póngalo en la cama.

Todos los ítems de mi lista estaban sobre la mesita de noche. Observé complacida la botella de whisky abierta y los dos vasos llenos. Timothy estaba preparado para montar un numerito clásico: el cliente se excitaba demasiado y él se veía obligado a defenderse. Examinando los objetos, Yermolov captó la idea sin necesidad de más explicaciones.

—¿Usted cómo lo sabía? —susurró.

—No lo sabía. Simple contingencia. Podría haberse tratado de usted.

Volvió a mirarme con expresión divertida.

—Está muy segura de sí misma.

—Soy concienzuda, como usted ha dicho.

—¿Yo también habría resultado ser... gay?

—La gente es una caja de sorpresas. ¿Manos a la obra?

Desenrollé la tela, dejando a la vista el cráneo de Balensky. Ahora la anémona de su herida empezaba a gotear. El cuadro ya no era más que un trapo. Prácticamente nada.

Reacomodé un poco los elementos de *atrezzo*, desechando alguno, colocando el pesado fósil de trilobites en la mesita.

—Vamos a quitarle la ropa.

Mientras nosotros lo hacíamos, Yermolov permaneció discretamente en un lado. Timothy sacó del armario una bolsa que contenía el atuendo de Balensky; dejó sus ropas dobladas sobre la única silla de la habitación: el abrigo, la chaqueta, el suéter, la camisa, los calzoncillos, los calcetines, el chaleco. (Había algo un poco insoportable en la imagen de ese chaleco.) Las

reemplazamos por las prendas negras de PVC. Igual que Yermolov, aparté la mirada cuando Timothy le desabrochó al cadáver la parte delantera de los *shorts* para ponerle un condón en la polla. Una operación que, como era de esperar, llevó su tiempo.

—¿Cuánto cobras esta noche, cariño?

—Dos mil —respondió Timothy.

Puse el dinero en el bolsillo de Balensky.

—De acuerdo. Túmbate en la cama.

Desplazamos el cuerpo de Balensky hacia la pared; Timothy se colocó boca abajo y se desabrochó los botones de ambos lados de los *shorts* tiroleses.

—Espera. ¿Has comprado el lubricante?

—Está en la bolsa.

Timothy se incorporó, cogió el frasco que le pasé, hizo lo necesario y volvió a tenderse.

—¿Alcanzas el fósil?

Lo intentó con la mano derecha, apoyándose sobre un codo, y luego con la izquierda, pero el ángulo requerido para asestar un golpe sobre la herida de Balensky era impracticable.

—¿Y si lo estuviéramos haciendo en la posición del misionero?

Con toda desenvoltura, se tumbó boca arriba, se colocó una almohada bajo la cabeza y abrió las piernas.

—No tendría dónde agarrarse. Es un viejo.

Hablábamos en francés, pero yo notaba que Yermolov seguía la conversación con un interés distante. Más allá de lo extravagante que fuera el montaje, me dio la sensación de que no era la primera vez que participaba en la simulación de una muerte.

—¿Qué tal así? —Timothy se colocó con agilidad de rodillas—. Como si él estuviera arrodillado detrás de mí. Entonces sí podría volverme, ¿no?

—Sujételo —le dije a Yermolov. Él obedeció. Eché un vistazo—. Sí. Coge el fósil, con la mano derecha. Te vuelves por debajo, él cae... A ver.

Yermolov soltó a Balensky, que cayó hacia delante. Sus nalgas flácidas y llenas de manchas sobresalían obscenamente por los *shorts* de PVC.

—Bien. Coge el cable. Un rollo en el bolsillo de su chaqueta. ¿Listo? ¿Seguro?

Timothy asintió.

—¿Preparado? Venga.

La única vez que le vi a Timothy una mueca de angustia fue en ese momento, cuando le dio a Balensky con el fósil en la nuca. Sonó un golpe sordo, como una pelota de tenis al impactar con la raqueta. Timothy tragó saliva. Dejamos que el cadáver cayera desmadejado al suelo.

—Sujeta el fósil. Así caerá de un modo más natural. Pásame el cable.

—Ya lo hago yo —dijo Yermolov—. A usted se le resistirá.

Yo creía que podría hacerlo, pero le agradecí el gesto.

—Después suba arriba directamente —le dije—. Hay una escalera de incendios en el último piso. Da al lateral del edificio, así que encontrará su coche doblando a la izquierda.

—¿Cuándo la volveré a ver? —me preguntó de pronto en ruso. Extraño momento para pedirme una cita.

—Elena me está esperando en el Palace. Quizá tardaré un rato. Habrán de aguantarse el uno al otro hasta que llegue allí.

—Por supuesto.

—Esperaré afuera.

Otra vez esperando. Rezando para que no apareciera nadie, pero era una tarde de temporada alta en Saint Moritz. Todo el mundo debía de estar saliendo después de esquiar. Tomándose un *glühwein* para entrar en calor. Me estremecí al oír pasos en la escalera. Saqué el móvil y fingí examinarlo mientras una pareja con gruesas chaquetas y pantalones de esquí de colores relucientes pasaba por el rellano hablando en alemán. Les saludé con un gesto desde el pasillo; ellos me devolvieron el saludo y siguieron bajando. «Vamos. ¿Qué están haciendo? Vamos.» Más ruido de pasos, esta vez en la habitación. Yermolov pasó junto a mí en silencio. Se había quitado los zapatos.

Abrí la puerta dando un fuerte golpe, con el móvil preparado, recordando a los curiosos que rodeaban el cuerpo de Guiche en la Île Saint-Louis. El reflejo moderno: hacer primero la foto y gritar después. Mientras entraba, pulsé en la pantalla a ciegas varias veces: una, dos, tres. Entonces miré. Timothy estaba encorvado sobre la cama, doblado sobre las rodillas como si estuviera practicando yoga. Me acerqué. Tenía la cara morada, no parecía respirar. ¿Me había engañado Yermolov? ¿Había ido hasta el final, conmigo al lado? Ay, Dios mío. Le pasé a Timothy el brazo por debajo y lo coloqué de lado. Yo estaba pisando prácticamente la espalda de Balensky. Vi que tenía el cable de estrangulamiento entre sus dedos arrugados.

—¿Timothy? Ya está. Se acabó. Vamos, respira. Respira, por favor.

Nada. El cable le había cortado la piel, y había sangre en la almohada almidonada. Sentí que me subía lentamente un acceso de pánico. El algodón de tono lechoso, el color del agua sucia de una bañera. Yo quería hundir las manos dentro, sacar fuera su rostro. Si conseguía alcanzarla, podría salvarla. «No, no es eso, no es eso. Judith. Este es Timothy.»

—Vamos, por favor.

Lo sacudí con más y más fuerza. Él tosió. «Ay, menos mal.» Resollaba, boqueaba, todavía ahogándose. Le sujeté la cabeza hasta que se le despejó la garganta. Entonces me dirigió una sonrisa preciosa e indolente.

—*Ça va?*

—*Ça va.*

—Estaremos en contacto. Para darte el dinero. Cuídate.

Sabía que no volvería a verle. Pese al afecto que tal vez sentíamos el uno por el otro, todo esto no había sido más que un negocio. Quizás era el hecho de saberlo lo que había creado la confianza necesaria para cimentar nuestra breve alianza.

Besé tiernamente sus labios carnosos, todavía cianóticos.

Y luego empecé a chillar.

Capítulo 25

Salimos esa noche de Saint Moritz. Yo había esperado hasta el último momento, hasta que oí que el recepcionista subía ruidosamente por la escalera, alertado por mis gritos horrorizados; entonces eché a correr usando la misma ruta que Yermolov. La identidad de la amiga alarmada no llegaría a conocerse. Bajé caminando al Palace, tan rebotante de adrenalina que no noté la gélida temperatura pese a que solo llevaba la elegante chaqueta de Carlotta, y me reuní con los Yermolov en la suite de Elena. Me metí directamente en el baño, cerré la puerta y me conecté con mi sombrero gris.

«Ya está. ¿Dos mil dólares para colgarlas?»

«Entendido.»

«Necesito el número de la cuenta. Tendrás que esperar hasta que pueda acceder a un portátil.»

«Eres de fiar. Lo sé.»

«Gracias. Borra la cara del chico. Espera cinco horas. Y luego difúndelas.»

«Dalo por hecho. Tú, ¿todo bien? ¿Nada de acoso ruso?»

«Nada. Gracias.»

«Ahora mando un nuevo código.»

Cuando recibí el mensaje, envié las fotos que había tomado de Balensky y Timothy *in extremis*. La versión de Timothy, así lo esperaba, sería corroborada por el guardaespaldas de Balensky; y ahora que sabía que el tipo estaba mal pagado y descontento, aún era más probable que actuara como yo tenía previsto. Timothy explicaría a las autoridades que había concertado una cita de pago con Balensky. Que Balensky había querido jugar un poco al estilo Christian Grey, que él se había dejado hasta que el cable se había tensado excesivamente y que entonces, en defensa propia, había lanzado un golpe a la desesperada para salvar su vida. Timothy pasaría unos días complicados, pero la edad de Balensky haría muy difícil presentar una

acusación de homicidio involuntario, y, por otra parte, la naturaleza del delito impediría que los parientes de Balensky montaran un escándalo, más aún dada su situación financiera. Y al final, cuando las fotos empezaran a difundirse por la Deep Web, Timothy conseguiría una buena exposición mediática. Yo había pedido que le difuminaran la cara para preservar su anonimato, pero quizá no debería haberme molestado. Ejercer la prostitución no era un impedimento para alcanzar la fama. Seguramente acabaría teniendo su propio *reality show*. Yo tenía previsto darle 500.000, lo que le proporcionaría la libertad. Era un precio razonable en principio; pero puesto que la muerte de Balensky le había resultado tan útil a Yermolov, pensé que podría conseguir que este lo aumentara.

En la habitación contigua, Elena y Yermolov parecían charlar tranquilamente en ruso. Me di una larga ducha y me envolví en un albornoz acolchado con monograma del Palace. Cuando aparecí con el pelo envuelto en una toalla, Elena corrió a abrazarme; Yermolov abrió una botella de Krug. No entendía por qué me había vuelto de golpe tan popular, pero aproveché para pedir al servicio de habitaciones unas hamburguesas dobles de queso. Las devoramos a mordiscos, con los platos en las rodillas, embadurnándonos las muñecas de aceite y mayonesa. Elena alzó su vaso, en un brindis un tanto inestable. Vi que Yermolov la miraba sin decir nada.

—¡Gracias! Hemos tenido una charla maravillosa, la primera en muchos meses, ¡y ha sido gracias a ti!

Me parecía comprensible que la oportunidad de chantajear a su marido por asesinato pudiera haberla animado, pero Elena parecía verdaderamente feliz.

—¡Ojalá hubiéramos hablado antes! —prosiguió—. ¡Todo habría resultado mucho más fácil! No hay nada que temer.

Ya me imaginaba por qué decía eso.

—Le he explicado a Elena que todo quedará arreglado como es debido —intervino Yermolov—. Que no tenía ningún motivo para preocuparse.

—Siento lo de tu Caravaggio, Elena.

—Me parece que ya no importa.

En la mirada que intercambié con su marido había tristeza, complicidad, arrepentimiento, amor. El efecto quedó arruinado, sin embargo, porque se escurrió lentamente de la silla y acabó sobre la moqueta con un trozo de

hamburguesa todavía en la mano. Una botella de vodka salió rodando de debajo del cojín que la había mantenido en una pose impecable.

Yermolov y yo nos miramos.

—Dígame que usted no ha sido.

—Dígame que no ha sido *usted*.

Le di la vuelta a Elena y ella emitió un sonoro ronquido.

—Por Dios —suspiré—. Había creído...

—Yo también.

Entonces nos echamos a reír a carcajadas. Finalmente, Yermolov me preguntó si ya estaba lista para ponerme en marcha.

—¿Para volver a casa de Carlotta? Claro. Aunque antes deberíamos meter a Elena en la cama.

—No, a casa de Carlotta, no. Yo ahora voy a mi casa de Francia. ¿O creía que iba a perderla de vista antes de que sus amiguitos artistas envíen las imágenes de su «instalación»?

—¿Y qué le hace pensar que no habrá copias del vídeo?

—Nada. Pero tampoco pretendo hacerle daño.

Su forma de decir «daño» me reveló de qué se trataba.

—No tengo nada de ropa —dije evasivamente.

—¿Está coqueteando conmigo?

—Sí.

—Entonces no necesitará ropa. ¿Lleva los documentos y demás en ese bolso?

—Sí.

—Entonces ya está. A menos que crea que a su amiga podría importarle...

Bajé la vista al cuerpo de Elena, tendido boca abajo.

—No es amiga mía. Nunca lo ha sido.

Me llevó al aeropuerto vestida solo con el albornoz, aunque esperé hasta que estuvimos en el aire para quitármelo.

Cualquier resto de solidaridad femenina que hubiera sentido desapareció cuando observé lo que Elena había hecho con la planta baja de la villa de Yermolov. En mi anterior visita hacía demasiado calor para quedarse dentro mucho tiempo, pero ahora, en pleno invierno, me hallé expuesta al espantoso despliegue de dorados que puede perpetrarse con un presupuesto ilimitado.

Dicen que has de ser un Rothschild para conseguir un verdadero «estilo Rothschild», un axioma que demostraban ampliamente los salones de Elena. Nos recibió *madame* Poulhazan, impecablemente vestida y peinada, aunque eran las cuatro de la madrugada. Su expresión no delataba nada, pero aun así capté lo que opinaba de mi albornoz. No obstante, cuando me mostró mi habitación, descubrí que estaba llena de bolsas de marca.

—Espero que la talla sea la correcta —dijo *madame*—. He tenido que adivinarla.

—Pero ¿cómo?

—El señor Yermolov me ha llamado desde el avión. Ha dicho que estaba usted... dormida. Me ha explicado que necesitaba algunas cosas, así que he hecho que abrieran algunas boutiques de Cannes y he mandado el helicóptero.

—¿En serio? Se lo agradezco mucho, pero estamos en mitad de la noche... ¿Le han abierto las boutiques a estas horas?

—No es ningún problema, ha bastado con una llamada. Confío en que lo encuentre todo satisfactorio.

Mientras me metía en la cama con un negligé Carine Gilson de seda color pistacho, pensé que más bien sí: era todo muy satisfactorio. Antes de dormirme, le mandé un mensaje a Carlotta:

«Perdona mi desaparición. Recibí una propuesta que no podía rechazar. Muchas gracias por la maravillosa estancia, y dale recuerdos a Franz. ¡Buena suerte!»

No me importaba abandonar mis prendas. Ya estaba harta de verlas.

Ella me respondió de inmediato.

«¿Quién es?»

Me la imaginé en el dormitorio de temperatura controlada de Saint Moritz, impregnado con el desagradable hedor a viejo de Franz, mirando el móvil bajo la colcha con una expresión excitada en los ojos. Titubeé un momento.

«Un ruso. No lo conoces, pero creo que lo aprobarías.»

Ella se despidió con un beso y un emoticono de un anillo de diamantes. Mi querida Carlotta.

Mucha gente confunde el sexo con el amor, lo cual no es tan dañino como confundir el amor con el entendimiento. El sexo y el entendimiento juntos,

sin embargo, son una potente combinación. A lo largo de los cinco días siguientes, Yermolov y yo nos ocupábamos por las mañanas de los negocios y pasábamos las cortas tardes de invierno en mi dormitorio. Hice que Jovana me enviara desde Belgrado por DHL las anticuadas cintas de vídeo de «Muerte de un oligarca» y Yermolov accedió a mandar un giro con la tarifa estipulada y contribuyó a pagar la interpretación de Timothy en la «solución» Balensky.

Con un portátil prestado que me proporcionó *madame* Poulhazan, comprobé mis cuentas bancarias y revisé el montón de mensajes dirigidos a mi difunta galería, respondiendo que Gentileschi había cerrado. También empecé a leer el libro de Dave. Eso cuando no estaba siguiendo la difusión *online* de la muerte espectacularmente escandalosa de Balensky. Teníamos motivos para sentirnos orgullosos del sombrero gris de Dave. Las fotos habían llegado a las redes sociales y habían sido identificadas enseguida por los siniestros grupos rusos de vigilancia antigay. Proliferaban los *hashtag*, los activistas de derechos humanos tuiteaban, la policía suiza se limitaba a declarar que estaba investigando la muerte de un hombre de 86 años. La prensa rusa explotó a fondo la historia y los diarios más conservadores añadieron editoriales grandilocuentes sobre la decadencia generalizada, que Yermolov me traducía puntualmente. El origen de las fotos se atribuyó a un reportero ruso que trabajaba clandestinamente para acabar con la corrupción, y esa versión adquirió enseguida el estatus de una verdad oficial. Timothy no me preocupaba. Me había bastado una llamada a Panamá para transferir su dinero a un fondo al que podría acceder en cuanto volviera a Francia. La clave de acceso que le escogí fue «Édouard». La cantidad la elevé a 750.000. Al final, Timothy había conseguido la llave del País de las Maravillas.

—¿Qué vas a hacer con Kazbich?

Yermolov y yo estábamos sentados sobre la cama, con el fuego encendido y los postigos abiertos. Afuera, el cielo tenía un suave tono gris paloma surcado por un repentino azul phtalo. Estábamos tomando té Lapsang y comiendo blinis con mermelada de cerezas negras. El sabor ahumado del té y la dulzura de la mermelada me traían el recuerdo de mis clases con Masha.

—Le comunicaré que el cuadro, por desgracia, quedó destruido cuando Balensky trataba de recuperarlo. Una tragedia dentro de otra tragedia. Él no sabe aún que yo sé. Está en Belgrado; no quería que huyera. Se ocuparán de él.

—¿Con eficacia?

—Por supuesto. —Me besó en la sien y recorrió con los labios mi pómulo y mi barbilla.

—¿Y Yury habrá de buscarse otro jefe?

—Quizá. ¿O me ocupo también de él?

—Siempre tan profesional. Sí. Me parece bien.

—¿Venganza?

—No. Solo justicia.

—¿Y qué hay de ti, Judith? ¿Qué piensas hacer?

—Volver a Venecia, supongo. Cuando el envío llegue de Belgrado.

No es que me atrajera demasiado volver a mi piso.

Por un momento pensé que quizá fuera a pedirme que me quedara; pero el instante se desvaneció junto con la luz azul suspendida más allá de los acantilados, y ambos dormitamos hasta que llegó la hora de vestirse y de ir a ver los cuadros. Todas las noches, antes de cenar, íbamos a la galería. Cada uno admiraba los cuadros a su manera; Yermolov escogía una pieza de su colección y se quedaba plantado delante, inmóvil, unos veinte minutos, mientras que yo me dejaba llevar, flotando como un buzo que se ha atrevido a meterse en una cueva submarina y emerge en una secreta laguna de color. No había contemplado cuadros de aquel modo desde hacía mucho tiempo: no midiendo o tasando, sopesando lo que recordaba y lo que debía saber, sino simplemente mirando, mirando con todo mi cuerpo, con los sentidos completamente permeables. Nada de lo que habíamos hecho en mi dormitorio, ni de lo que había hecho en mi vida con nadie, se acercaba siquiera a esa experiencia. La palabra adecuada es «éxtasis». Y después volvíamos, caminando de la mano por la oscuridad, hacia la casa que resplandecía ante nosotros; y mientras cenábamos, Yermolov me hablaba de los cuadros, me explicaba cómo y por qué había adquirido cada uno, me traía libros para comparar las ilustraciones y leerme pasajes en voz alta, y la mesa al final quedaba tan llena de volúmenes que dejábamos los platos en el suelo para hacer sitio.

—Yo sabía que tú lo sabías —me dijo Yermolov, durante la que resultó ser mi última noche.

—Que sabía, ¿el qué?

—Cuando me llamó Balensky (no habíamos tenido contacto desde la desaparición del cuadro) y me dijo que había hablado con Elena, que Kazbich

había recibido un mensaje y que tú ibas a presentarte en Saint Moritz con el Caravaggio... Bueno, yo entonces ya sabía que tú sabías que era una falsificación.

—¿Cómo?

—Ven aquí.

No me estrechó entre sus brazos, como esperaba. Me llevó a un pequeño cubículo bajo la escalera principal, en cuya pared triangular había una batería de pantallas. Activó la que mostraba el interior de la galería; la cámara pasaba de un ángulo a otro cada veinte segundos; los cuadros relucían un instante y desaparecían.

—Te estuve observando, la primera vez. Observé cómo mirabas los cuadros.

—¿Y?

—Ya sabes. Tu acento ruso es fatal, pero tienes buen ojo.

—Gracias.

Así que, después de todo, él había pensado que era buena.

No sentía amargura. Sexo y entendimiento. Habríamos podido llegar a algún lado con esa combinación, quizá. Alguien poco caritativo dijo que la luz sintética del amor propio compartido constituye el horizonte más estrecho del alma humana; aun así resultó agradable sentirlo, al menos por una vez.

Capítulo 26

*L*a instalación llegó a la mañana siguiente. Según lo acordado, Jovana había copiado la grabación en cintas de vídeo y me había proporcionado tres televisiones portátiles Junost *vintage* en los que poder mostrar las imágenes: la «representación» del asesinato intercalada con primeros planos de Balensky con sus *shorts* de PVC. Ni Yermolov ni yo sentimos la necesidad de ver los vídeos. Observé cómo supervisaba la hoguera para quemarlos fuera, sobre el acantilado, mientras yo preparaba el pequeño bolso con el que había viajado desde Saint Moritz. Parecía una vulgaridad quedarse las ropas, aunque lo lamenté unos momentos por una falda Fendi absolutamente preciosa: satén *duchesse* gris, reforzado con bucarán, con todo el vuelo de un diseño de los años cincuenta. Para viajar, elegí un suéter de cachemira azul marino con unos pantalones Chanel de *tweed*, unas manoletinas Ferragamo y el enorme y absurdamente inflado abrigo Dries Van Noten, de seda Mulberry, que *madame* Poulhazan había escogido para llevar sobre los vestidos de noche.

Llamé al mayordomo, un acto para el que mi educación inicial no me había preparado, y le pedí que informara al señor Yermolov de que ya estaba a punto de irme. Pedí un coche que me llevara hasta la estación de Niza, desandando el camino que había hecho unos meses atrás.

Encontré a Yermolov en su estudio. Ya casi me había acostumbrado a aquellas manos largas e inquietas, pero ahora, al detenerme en el umbral, reparé en ellas como si las viera por primera vez, retorciéndose sobre el escritorio frente al que se hallaba sentado, y me perturbaron una vez más. Quizá porque me recordaban a mí misma. La quietud era algo para lo que ya no tenía ningún talento.

—Bueno. Ha llegado la hora de irme.

Él no intentó detenerme. Me preguntó si necesitaba el avión para volver a

Venecia.

—¿Para que me estrelles en mitad de los Alpes? Gracias, pero tomaré el tren.

—Eres cruel.

—Igual que tú. Por eso nos llevamos tan bien.

—¿Puedo llamarte alguna vez? —Solo lo decía por cumplido. Nuestra extraña y deliciosa intimidad había llegado a su fin, y ambos lo sabíamos.

—No hace falta. *Proshchai*, Pavel. —Nunca lo había llamado por su nombre de pila.

—*Proschai*. —Buena suerte.

Una vez instalada en el vagón del tren para Milán, desplegué mis documentos sobre la mesa. Los de Judith y Elisabeth, y el último pasaporte que había encargado en Ámsterdam, el que me había llevado a Francia, Inglaterra y Serbia, y ahora, si los guardias fronterizos se molestaban en mirarlo, de vuelta a Italia: un pasaporte a nombre de Katherine Olivia Gable.

Observé los primeros signos familiares mientras cruzábamos la frontera italiana. En cierto modo, parecía justo estar haciendo este viaje, pues en muchos sentidos había sido el primero. Entonces deseaba muchas cosas. Dinero, sí, y libertad e independencia, pero también objetos bellos y paisajes bellos: todo para demostrarle a Rupert que no podía tratarme como a una plebeya insignificante y para demostrarme a mí misma que todos mis esfuerzos habían valido la pena. Había que reconocer que aquel viaje había contado con un plan muy coherente.

Quizá sea una sentimental, pero la verdad es que nunca se te olvida tu primer cadáver. Había dejado a James en la habitación del Hôtel du Cap, a Cameron bajo un puente de Roma, a Leanne en otra cama de otra ciudad, a Renaud... bueno, al menos todavía pensaba en él; y luego a Julien, con ese destello de sorpresa en los ojos que acaso Balensky había visto en los míos. Masha, y Balensky, y Moncada, y Édouard Guiche... «No es culpa tuya, Judith.» Estaban encendiendo las luces en los vagones, un auxiliar arrastraba torpemente por el pasillo un carrito de refrescos provisto de una campanita.

En la primavera de 1606, Caravaggio cometió un asesinato. Los cuatro años siguientes de su vida, que fueron los últimos, los pasó más o menos

huyendo. La víctima, Ranuccio da Terni, murió en una pista de tenis por un punto discutido, por una deuda de juego, en venganza por una ofensa, en un acto de defensa propia... Todo el mundo especulaba, nadie lo sabía con exactitud. Caravaggio había dado un golpe con su espada —el accesorio obligado de su dolorosa lucha para ser aceptado como un caballero— en la entrepierna de su oponente. Algunos decían que se trató de un simple gesto de desprecio que acabó mal, porque le seccionó involuntariamente la arteria femoral; otros decían que esa muerte se debía a la naturaleza de Caravaggio, que su carácter salvaje le impelía a buscar ocasiones en las que jugarse el cuello. Si lo que buscaba eran emociones, lo consiguió, pues tuvo que huir de la ciudad mientras se ponía precio a su cabeza.

El primer cuadro de ese exilio fue el retrato de una puta, una chica llamada Lena, en el papel de una Magdalena en éxtasis, pintado con los colores de la muerte: rojo, blanco y negro. La mayor parte del lienzo es pura oscuridad. La cabeza echada hacia atrás, los labios absurdamente deliciosos entreabiertos, una lágrima asomando apenas bajo el párpado como único indicio de penitencia. El cuadro encaja tan bellamente con la historia de la vida de Caravaggio que muchos espectadores se sienten predispuestos a ignorar algo evidente: que él no lo pintó. La ejecución es grosera; las sombras de la cara son una chapuza y convierten la nariz de Lena en un hocico que resulta más y más espantoso a medida que lo contemplas. La gente está tan deseosa de presenciar una historia, algo que tenga sentido, toda la violencia agónica de la técnica de Caravaggio condensada en un relato sentimental de arrepentimiento, que no percibe la endeble trivialidad del lienzo.

Lo que sí pintó Caravaggio, mientras las tropas del papa barrían los alrededores de Roma para buscarlo, fue una segunda versión de la *Cena en Emaús*. Es un cuadro encogido y desprovisto de alegría. El tabernero y su esposa están abrumados por la vejez. Jesucristo también está avejentado, tan exhausto que apenas puede alzar la mano para bendecir la mesa. La comida ha pasado de escasa a miserable: un pedazo de carne rancia y unos mendrugos secos. Es de noche en este cuadro; no hay portentos de luz entre las sombras. Si algo puede deducirse sobre el estado del pintor después de su crimen no es un pesar almibarado y atractivo. Todo el mundo en esa lúgubre mesa parece hecho polvo, simplemente. Y ahora que lo pensaba, yo también lo estaba.

Antes de llegar a la mitad de la escalera de mi piso, supe que algo me estaba aguardando. El hedor constituía una pista reveladora. Descendió desde lo alto para recibirme, como un añadido apestoso al húmedo aire veneciano que había entrado de la calle. Supongo que podría haberme dado media vuelta en ese momento, pero dominé el impulso de echar a correr. En parte porque sabía que ya era demasiado tarde; además, sentía curiosidad. Aun así, mientras arrastraba el bolso entre esa miasma hasta el último piso, se me llenaron los ojos de lágrimas. Esto era lo más parecido que había llegado a sentir como un hogar en toda mi vida.

Al encender las luces, vi el sillón y vi el cuadro. Una copia de la *Medusa* colgada sobre la cama como si hubiera estado allí siempre. Un bonito toque. Las pinturas de Caravaggio resultan crueles para las demás obras de arte: siempre son la chica más guapa de la fiesta. Basta con una sola para volver invisibles las obras maestras que la rodean. Él me estaba esperando en el sillón de terciopelo, que tenía el respaldo vuelto hacia la puerta. Con los codos de su chaqueta oscura apoyados en los reposabrazos, contemplaba el cuadro.

—Hola, extraño —dije, más para mí misma que para él.

Alvin no tenía muy buen aspecto. Seis semanas en un armario tienen ese efecto en cualquier persona. Lo había encerrado en tres bolsas, una tras otra, lo cual había mantenido a raya a los gusanos, pero la humedad siempre iba a constituir un problema en esta ciudad.

Quien lo hubiera vestido se había molestado en enjuagarlo primero: las fétidas bolsas de basura estaban estrujadas en la bañera, como una Vía Láctea negra de plástico surcada por algunos hilos blanquecinos de carne pútrida. Sus tejidos blandos se habían desintegrado en una masa blanda; el páncreas debía de haberse devorado a sí mismo, creando pústulas verde-azuladas en los trozos de carne que todavía colgaban del cartílago. Respirando por la boca, superficialmente, rodeé el sillón para mirarlo de frente. Metano y sulfuro de hidrógeno. Para algo había compartido mi apartamento en Londres con unos estudiantes de medicina. La cabeza, con el colgajo horriblemente protuberante de la lengua roja hecha jirones, estaba enganchada sobre una percha, que por debajo desplegaba con sus alambres de un modo aproximado las hombreras de la chaqueta. El resto del cuerpo estaba amontonado sobre el sillón en un pulcro amasijo, con los gastados Sebagos situados allí donde deberían haberle llegado los pies. Tenía una tarjeta prendida en la solapa con

un imperdible de mi tintorería. Me obligué a extender el brazo y a tocar el hueso viscoso, y ambos permanecemos así un momento, mirando la muerte a la cara. Cuando me agaché para coger la tarjeta, la percha se soltó bruscamente y Alvin con ella: la cabeza sin ojos rebotó sobre el sillón, cayó al suelo con un golpe sordo y rodó hasta la cama. Sentí todos estos ruidos como si sonara una sirena; y cuando al fin cesaron, la sala quedó en completo silencio. Tan silenciosa que casi oí cómo giraba en el aire el polvo de mi ausencia.

Reconocí la tarjeta. Había tenido en mis manos una idéntica en Como, donde creía haberme hecho la tonta con tanta eficiencia sobre la desaparición de Cameron Fitzpatrick. «Ispettore Romero da Silva, Guardia di Finanza», decían las letras impresas. En el dorso, en bolígrafo, había un número y un escueto mensaje en mayúsculas.

TIENE QUE LLAMARME.

Kazbich me había delatado. Kazbich se había enterado de lo de Fitzpatrick. Kazbich le había dado a Elena sin darse cuenta su disparatado plan de chantaje. Y solo había una persona a la que Kazbich podía haberle sugerido que la muerte de Fitzpatrick debía ser investigada. Da Silva. Kazbich había estado trabajando con Moncada, a quien tanto Renaud Cleret como Da Silva estaban persiguiendo en relación con las falsificaciones de la mafia. Pero ¿cómo se hallaban conectados Kazbich y Da Silva? Kazbich estaba en Belgrado; obviamente, había sido Da Silva el responsable de este retablo de recibimiento; pero ¿por qué colgar precisamente *La Medusa*? ¿Quizá una petición de Kazbich antes de morir?; ¿una venganza desde más allá de la tumba que Yermolov hubiera decidido asignarle?

«Tiene que llamarme.»

Llevaba mucho tiempo esperando este momento. Pasé por encima de Alvin y me asomé para echar un vistazo a la plaza. Ningún pelotón de policías con equipo antidisturbios. Da Silva iba a dejar que me presentara sin armar alboroto.

Me duché en mi precioso baño, acaso por última vez. Mientras me restregaba las uñas, mis dedos se cerraron sobre mis muñecas, envolviéndolas

como anguilas. Tuve que apartarlos y apretarme el cráneo con las palmas para mantenerlos quietos. Ahí me pondrían las esposas. «Ya no queda mucho.» Me vestí sin mirar a Alvin, bragas limpias de algodón, vaqueros, camiseta y sudadera. Escogí la pesada chaqueta acolchada que había comprado para la humedad de Venecia. Pensé que no me dejarían conservar la maleta, pero metí algunas cosas: el cepillo de dientes, como siempre, un desodorante, una crema hidratante. Un libro... ¿estaría permitido? Me recogí el pelo con un nudo. Me miré al espejo. «Hola, Judith.» Ya estaba todo, pues. Salí al rellano a hacer la llamada, y oí una vez el timbre del móvil, abajo en la plaza, antes de que respondiera Da Silva.

Me esperaba al pie de la escalera. Más alto de lo que yo recordaba, con el mismo físico recio y ancho de hombros. No iba con uniforme; estaba solo. La primera vez que nos habíamos visto, habría sido capaz de darle un abrazo solo por el alivio de acabar con la tensión que se había acumulado dentro de mí. Ahora mi resignación era de otro tipo. Le toqué el hombro.

—*Sono pronta.* —Estoy lista.

Él se volvió. Tenía una expresión amable en los ojos mientras me examinaba de pies a cabeza, de las zapatillas al pelo húmedo y suelto. Alcé una mano para apartármelo de la cara, pero la mano se detuvo a medio camino. Viejos hábitos.

—Estoy lista, digo.

—He pensado que quizá le gustaría ir a un lugar tranquilo. Un lugar donde poder hablar.

—¿No va a detenerme? —pregunté estúpidamente.

—No.

—Pero... —Señalé con un gesto crispado hacia arriba, hacia el piso. Había dejado la luz encendida. Alvin aguardaba tras los postigos cerrados.

—Como digo, creo que debe hablar con alguien. Conmigo.

Su chaqueta oscura se abrió. Me pareció ver una funda en su cadera, pero quizá era solo una sombra. Asentí.

—Tengo un bote esperando. Por favor, por aquí —añadió con cortesía.

En el trayecto al Arsenale, Da Silva me ofreció un cigarrillo, pero yo meneé la cabeza. Ahora no contemplaba Venecia; solo miraba mis rodillas,

apretujadas bajo mi mentón, y mis manos inquietas. El piloto me ayudó a bajar frente a las puertas de las oficinas navales, guardadas por dos enormes leones blancos, y saludó a Da Silva cuando este bajó al muelle detrás de mí, poniéndome un brazo en la espalda. Yo había pasado por allí un centenar de veces. El Arsenal era la segunda sede de las exposiciones de la Bienal, aunque ahora, en la oscuridad, parecía lo que siempre había sido en realidad, una fortaleza.

—¿Prefiere hablar en inglés o en italiano?

Nos sentamos en una pequeña oficina, profusamente iluminada, con una ventana abierta sobre el canal. Nos habíamos cruzado en la entrada con varios policías uniformados, pero Da Silva seguía actuando sin la compañía de otro agente. Sobre la mesa había dos expresos, unos vasos de plástico y una botella de agua, pero ninguna grabadora. Pensé vagamente que debía de estar empotrada en las paredes; ¿o tal vez había uno de esos espejos polarizados? Me tenía más bien sin cuidado.

—Mejor en inglés, quizá. —Estaba demasiado extenuada para pensar con la gramática formal del italiano. El café me resultó amargo en la garganta; me serví un vaso de agua y me lo bebí.

—Muy bien —dijo, todavía hablando suavemente, con un tono persuasivo—. ¿Por dónde quiere que empecemos?

Encogí las rodillas bajo mi mentón, acuclillada sobre la silla. Él aguardó.

—Fue el aceite —empecé. No reconocía el sonido de mi voz—. Puse aceite de almendras en la bañera.

Fue el aceite de almendras. Ella tenía ese olor, a almendras. Mi hermana.

Nació cuando yo tenía doce años. Mi madre le puso Katherine de nombre, por Katharine Hepburn. Nos mudamos a otro sitio después de su nacimiento. Yo tenía mi propia habitación por primera vez, y el hospital mandó a mi madre a casa con una bolsa llena de cosas, pañales desechables, biberones, muestras de leche para bebé, champú para su delicada cabeza, y el aceite de almendras para restregarle las curiosas arrugas que se le formaban en brazos y piernas después del baño. Yo creía que todos los bebés eran gordos, pero Katherine no lo era, al menos al principio. Era solo un pequeño saco de huesos, como un monito, con una piel tan fina y tensa en su barriguita redonda que veías cómo palpitaban las venas debajo. A mí me encantaban

sus manitas de rana, el roce de sus hebras de pelo en mi boca. Era mi hermana y yo iba a cuidar de ella; la llevaría al parque y le haría guirnaldas de margaritas. Le compraría un pequeño juego de té como el que salía en las historias de Milly-Molly-Mandy, con tazas de porcelana de verdad y platitos decorados. Mi madre me enseñó a cambiarle los pañales y a frotarle la espalda después de tomarse la leche. Tendida en el sofá entre nosotras mientras merendábamos, nos hacía reír con sus ojos enormes y sus dedos inquietos.

Mi madre se portó bien durante una temporada. Llevaba a Katherine a la clínica en autobús y la paseaba en el cochecito mientras iba de compras, tendida de lado con el diminuto anorak que le había comprado con el dinero del subsidio familiar. Yo sabía más o menos cómo se hacían los bebés, pero nunca pregunté quién era el papá de Katherine. Mi madre nunca hablaba de mi padre, eso no tenía ninguna importancia. Éramos nosotras tres, simplemente, y yo volvía corriendo del colegio cada día para ver a mi hermana. Cuando no hacía demasiado frío la llevaba a los columpios del patio, me la sentaba con mucho cuidado en el regazo y le iba cantando todas las canciones infantiles que recordaba de cuando era niña. Ella se reía con toda la carita contraída cuando le cantaba «Jack and Jill», columpiándola hasta lo más alto.

Y luego mi madre ya no se portó tan bien. Empezó a ir al pub otra vez, y cuando Katherine se despertaba por la noche no estaba allí para darle el biberón. A mí no me importaba. Podía hacerlo yo. Mezclaba los ingredientes con cuidado según las marcas del plástico y metía el biberón en un cuenco de agua hirviendo para calentarlo a la temperatura adecuada, echándome unas gotas en la muñeca como le había visto hacer a mi madre, igual que si fuera una enfermera; y cuando Katherine se lo tomaba y se quedaba medio adormilada, la mecía sobre mi hombro, abría la cortina de la cocina y le enseñaba las estrellas y las luces de la ciudad, y luego la metía bajo las mantas en mi cama, acurrucada como un gatito.

Empecé a preocuparme de nuevo por mi madre. Por las mañanas no se levantaba, y tenía encima ese olor, y un brillo grasiento en la piel, y toda la almohada manchada de maquillaje. Yo me plantaba al lado de la cama, con el uniforme del colegio, sujetando en brazos a Katherine. Siempre acababa perdiendo el autobús escolar porque no quería irme hasta que estuviera despierta y pudiera cuidar de ella. Empecé a pasarme por casa a la hora del

almuerzo, solo para echar un vistazo; entraba sin hacer ruido en el piso para comprobar si se oía la tele o la radio, para ver si el cochecito estaba dentro, o si mi madre se había levantado y se había llevado a Katherine a tomar el aire. Dejé de ir a clase del todo, porque mi madre apenas paraba en casa, y yo no quería dejar sola a mi hermana. Hasta que llamaron del colegio y mi madre me echó la bronca por escaquearme. Me obligaron a ir al despacho del director para explicar por qué había estado haciendo novillos, pero yo no podía decir el verdadero motivo, porque pensaba que quizá se llevarían a Katherine a un centro de menores.

—Tú eres una chica inteligente, Judith —me dijo el director—. No pierdas esta oportunidad. Podrías ir a la universidad.

No estaba furioso, sino más bien perplejo. Yo miré al suelo cuando me preguntó el motivo de mi comportamiento; me mordisqueé la coleta y adopté la actitud de las niñas de mi clase que se saltaban clases continuamente. Le dije que no lo sabía, pero que lo sentía. Él meneó la cabeza y me dijo que no volviera a hacerlo. Así que empecé otra vez a ir al colegio, por temor a que enviaran a la asistente social y se llevaran a Katherine.

Mi hermana debía de tener unos cinco meses cuando sucedió todo, porque mi madre había empezado a darle papillas en tarros de cristal. A veces yo le trituraba un plátano y se lo daba con la cuchara en la boca, esa boca tan rolliza, recogiendo los trocitos que le resbalaban por el labio y la barbilla. Ella se erguía en la silla, y se negaba a comer a menos que tuviera su propia cuchara, aunque no paraba de tirarla al suelo, o de rascarse con ella, así que costaba una eternidad alimentarla.

Ese día, cuando abrí la puerta, el piso olía a almendras dulces. Era en invierno, ya estaba oscureciendo, pero las luces no estaban encendidas. Mi madre estaba tirada en el sofá. Tenía al lado una botella de vino blanco vacía y otra mediada de ginebra. Debía de haber empezado en cuanto yo me había ido al colegio. Katherine no estaba en su cuna, en la habitación de mi madre, ni tampoco en mi cama. Se veía una raya de luz bajo la puerta del baño, pero yo no quise entrar ahí. Hice una taza de té y se la dejé a mi madre en el suelo; corrí las cortinas de la cocina. Quería que mi madre se despertara. Pero no se despertaba. Así que al final tuve que entrar en el baño.

Al principio creí que no le pasaba nada, porque estaba caliente. Pero cuando la saqué de la bañera me di cuenta de que era el calor del agua, que

estaba pegajosa y todavía tibia. Ella tenía la cara gris. Mi madre había dejado junto a la bañera la toalla amarilla con capucha, así que la envolví con ella. Su cabeza quedó apoyada en el hueco de mi cuello, como si estuviera dormida. Me acerqué al sofá y enseguida me senté a los pies de mi madre porque me fallaban las piernas.

—Mamá —dije, una y otra vez—. ¿Mamá?

Creo que ella lo supo antes de abrir los ojos. Se despertó por fin, pero permaneció un buen rato sin mirar lo que había hecho. Cuando se incorporó en el sofá, extendió los brazos hacia su bebé y apartó la toalla, porque ya sabía lo que pasaba.

—La he encontrado —susurré.

Mamá volvió a colocar la toalla tal como estaba. Se levantó, recogió su abrigo y sus botas.

—Voy a buscar ayuda —dijo, y desapareció.

Tenía su teléfono en el bolsillo del abrigo. Creí que había salido para llamar a la ambulancia, pero no volvió. Durante horas. Yo pensaba que era importante que no me moviera. Sujetaba a Katherine contra mi cuerpo, acariciándole la espalda a través de la toalla. Creía que era muy importante mantenerle la cabeza erguida, así que permanecí sentada tan inmóvil que me entraban agujetas una y otra vez. Necesitaba ir al baño, pero sabía que no debía moverme. Veía las luces de los pisos de enfrente, el parpadeo de las televisiones, la gente corriendo las cortinas. Sujeté la cabeza de Katherine firmemente y, al cabo de un rato, me convencí a mí misma de que el latido de mi corazón era el de ambas.

Mamá estaba sobria cuando volvió. Se debía haber provocado el vómito y lavado la cara. Había ido de compras, lo cual me desconcertó, y traía una bolsa con Peperami, zumo de naranja y una lata de alubias que amenazaba con reventar el plástico. La vi junto a sus vaqueros, en el vestíbulo. Estaba hablando con alguien: «Voy a calentar el hervidor». Oí la voz de Mandy, que vivía al final de la calle y a veces le teñía el pelo a mamá, mientras bailaba canciones de Radio 1 con los guantes de plástico, el frasco de Clairol y una botella de vino.

—¿Por qué estás sentada en la oscuridad, Judy? ¿Te encuentras bien? — Mi madre hablaba con un tono despreocupado y sorprendido. Yo no podía moverme. Lo intenté, pero tenía las piernas dormidas; y al levantarme por fin, sujetando bien a Katherine, di un traspié. Mamá estaba mirando en el

baño, toda preocupada. El agua ya debía de estar fría para entonces, pero aún se notaba el olor a almendras.

—¿Judy? ¿Dónde estás?

Encendió la luz de la sala de estar y sujetó la toalla.

—¿Mamá?

Mi madre gritó entonces. Pero antes me miró un momento y yo vi sus ojos. Me parezco mucho a ella, creo. Lista, rápida. No había traído a Mandy para ayudar. Había traído a un testigo.

Y luego Mandy también estaba en la sala, y también gritaba, y de repente la penumbra que había disimulado la cara muerta de mi hermana se llenó de esquirlas de luz y de ruido, la sirena de la ambulancia, los hombres con cazadora, alguien preparaba té, Mandy lloraba en un rincón.

—Vamos a levantarla.

—Venga, cielo.

—Se ha meado encima.

—Vamos. Despacio.

—Es el shock —repetía la voz de Mandy—, es el shock.

Mi madre me estrechaba entre sus brazos, pero cuando me quitaron a Katherine para poner su cuerpo en la camilla y yo empecé a ahogarme y a forcejear, ella me abrazó con más fuerza, con una fuerza con la que nunca me había abrazado, y todo su cuerpo se estremecía, aunque mantenía los brazos entrelazados en mi espalda y me estrujaba de tal forma que yo no podía hablar, no podía, tenía la cara pegada a su vientre, el vientre que había albergado a mi hermana, y ella me decía una y otra vez: «No es culpa tuya, Judith. No es culpa tuya».

Dije que no recordaba lo que había pasado. La asistente social y la mujer policía y el psicólogo me preguntaron si mi mamá había salido cuando yo había vuelto del colegio, y dije que sí. Tenía doce años, ni siquiera era ilegal. ¿Y había bañado a mi hermana? Dije que sí. Había puesto demasiado aceite en el agua, quizá me había resbalado. Dije que no recordaba nada a partir de ese momento. Había visto los suficientes culebrones de mamá para saber qué era un trauma. Tu cerebro elimina las cosas que te matarían si las recordaras. No ignoraba por qué mi madre había actuado así. A ella la habrían metido en la cárcel y yo habría acabado en un centro de menores. Y

entre todo el jaleo, las preguntas y los tests y los vecinos apostados fuera el día del funeral, y las tarjetas y los ramos, pensé varias veces que quizás había sido yo, a fin de cuentas. No había querido entrar en el baño; me había dado demasiado miedo.

—No es culpa suya —seguía repitiendo mi madre, y todo el mundo hablaba de su entereza y le preguntaba cómo lo llevaba. El ayuntamiento nos trasladó a un piso de otro polígono. Dijeron que ya no necesitábamos un baño extra, y yo tuve que cambiar de colegio. Pero el suceso había salido en el Echo y el primo de no sé quién iba a mi antiguo cole y la historia corrió de boca en boca cuando llevaba allí una semana. Los chicos empezaron a hacer la señal de la cruz cuando nos encontrábamos en el pasillo, como si yo fuese un vampiro.

El psicólogo me preguntó si había tenido celos de ella. De mi hermana, con sus ojos húmedos como flores.

Capítulo 27

—¿*E*l aceite? —Da Silva me miraba con paciencia, con curiosidad. Me di cuenta de que me había quedado callada.

—Ayúdeme, por favor —susurré—. No sé lo que quiere.

—Hace dos años, en Roma, usted mató a un hombre a quien conocía por el nombre de Cameron Fitzpatrick. ¿Lo reconoce?

—Sí.

—Luego cogió el cuadro que Fitzpatrick iba a vender y se lo vendió a otro hombre, un tal Moncada. ¿Lo reconoce también?

—Sí.

—Moncada fue asesinado poco después en París. Creo que usted estaba presente.

—Así es.

—Desde entonces, ha vivido usted bajo un... disculpe, mi inglés, ¿pseudónimo?

—En efecto.

—¿Por qué mató a Alvin Spencer?

Había ido respondiendo medio atontada, como sonámbula, pero esa pregunta me espabiló un poco. Aquello no era nada normal. ¿No debería haber alguien más presente? ¿Por qué no me había preguntado por Renaud, que al fin y al cabo era su colega, su camarada? Tenía una escena criminal perfecta, una confesión, una culpable bajo custodia. ¿Por qué no había sacado aún las esposas?

—¿Necesito un abogado? —Una idiotez aprendida en las series de policías.

—Por ahora, no. A menos que prefiera que formule una acusación. Continúe, por favor. ¿Por qué mató a Alvin Spencer?

—Alvin conocía a alguien. Alguien del pasado. Pensé que era una amenaza. Pero no pude, no fui capaz...

Mi voz se apagó. No había sido capaz de deshacerme del cuerpo, porque sabía que si lo intentaba en ese momento me vendría abajo. No podría soportarlo. De modo que pensé que esperaría, solo una semana o así, hasta que tuviera energías. Pero entonces había aparecido Elena, y habían matado a Masha, y tampoco tuve fuerzas para hacerlo. Y simplemente lo dejé ahí.

Da Silva se metió la mano en el bolsillo. Me imaginé que iba a sacar un impreso de acusación formal, que iba a leerme mis derechos; en fin, esa escena que conocemos tan bien. Pero él sacó un pañuelo de papel y me lo ofreció.

—Tome.

Tenía la cara empapada, y también el cuello de la chaqueta. No había notado las lágrimas. Me soné ruidosamente.

—He de hacerle un montón de preguntas. Podemos hablar en el coche.

—¿El coche? —Supuse que debíamos trasladarnos a Roma. Da Silva formaba parte de la división romana de la Guardia. Tal vez no podía acusarme aquí—. ¿Debo acompañarle?

—Puede venir conmigo, o la detendré ahora. Usted decide.

Dado mi estado de ánimo, me habría tumbado gustosamente en el suelo para despertar con un mono naranja. Aunque tampoco es que tuviera ningún sitio a donde ir.

—Le acompañaré.

Él rodeó la mesa y me apartó la silla con toda cortesía, como si estuviéramos cenando en un restaurante. Al inclinarse, se le volvió a abrir la chaqueta. Llevaba una pistola. Una Caracal F, para ser exactos. El arma reglamentaria de la Guardia di Finanza. También la pistola preferida de los mafiosos italianos. Unos años atrás, la policía había hecho una demostración en el club de tiro Futura, de Roma; al terminar, para vergüenza de la Guardia y escándalo del *Corriere della Sera*, la furgoneta policial que llevaba de vuelta las armas utilizadas en la demostración fue desviada de su ruta y no volvió a aparecer. La pistola de Moncada. Conocía bien su tacto, su peso. Era la misma que había desmontado en París, sin usarla. Sentí el espasmo de una oleada de adrenalina tan violenta que me tambaleé.

—¿Se encuentra mal?

—No. Estoy bien. Un poco mareada. Vamos.

Recorrí el pasillo arrastrando los pies, con la cabeza hundida en el cuello del abrigo. «No dejes que lo note.» La pregunta que yo había sepultado en

Saint Moritz se desplegó de nuevo en mi mente. ¿Cómo se había enterado Kazbich de toda la historia? Yo había creído que Kazbich y Moncada trabajaban juntos en el tráfico de arte por armas, que Kazbich le habría oído a Moncada hablar del inspector Da Silva. Pero ¿y si Moncada y da Silva estaban del mismo lado?, ¿y si Da Silva era un agente doble, un policía que trabajaba para la mafia? ¿Y si resultaba que había estado metido en el asunto desde el principio? «Genial, Judith. Otra vez te has equivocado.»

Durante todo el trayecto en bote, ya mientras Da Silva me ayudaba a subir y hasta que llegamos a San Basilio, de donde arranca la única carretera que va de Venecia a tierra firme, estuve analizando la cuestión y desmontando todas sus piezas.

¿Quién sabía que Moncada iba a estar aquella noche en la Place de l'Odéon? Yo y el propio Moncada. Renaud. Guiche. Balensky. Kazbich. Da Silva. Da Silva había ayudado a Kazbich a crear los «fantasmas». Da Silva había colgado el Caravaggio. Él. Él lo sabía.

Arte por armas. Da Silva formaba parte de la misma brigada de investigación que Renaud, la encargada de recuperar las obras de arte robadas en el sur de Italia. Una operación de la brigada había terminado con la muerte de varios de sus compañeros, que habían caído en una emboscada con una bomba. Yo había dado por supuesto que la muerte de Moncada había sido una forma de vengarse de Renaud por el asesinato de sus compañeros. Lo había conducido hasta Moncada y, sin embargo, él pensaba entregarme luego. Pero yo me había esfumado durante una temporada. Hasta que abrí Gentileschi en Venecia y ellos me localizaron.

Había enviado aquel estúpido mensaje de texto:

«¿El nombre Gentileschi te dice algo?»

Así era como Kazbich había dado con mi galería. Porque solo Da Silva conocía el significado de ese nombre. Al ver la pistola, esa misma pistola, me había quedado claro. No cabía duda: el motivo de que yo no hubiera devuelto el Caravaggio, la persona misteriosa, ese testigo que tan infructuosamente había estado buscando, era Da Silva.

En el muelle nos acompañaron a un coche, un turismo negro con chófer. Los focos entre las grúas relucían con intensidad. Vi que la matrícula era de

Roma. Da Silva me indicó que me sentara atrás, a su lado, y pulsó un botón que dividía el vehículo con una mampara de plexiglás, como en un taxi de Londres. Arrancamos y nos dirigimos por el puente hacia Mestre.

Él se arrellanó en el asiento.

—¿Cómo está su esposa? —pregunté bruscamente.

—¿Mi esposa?

—Me habló de ella cuando nos vimos en Como. Francesca.

Había sido precisamente Francesca —Franci— quien me había permitido averiguar la verdadera identidad de Renaud. La estuve espiando en Facebook, le solicité amistad y encontré fotografías de Renaud en el bautizo de su hija.

A decir verdad, Da Silva no mostró ninguna sorpresa.

—Está... muy bien, gracias. Pero, bueno. Ahora creo que debe sincerarse conmigo.

El problema de la opción más valiente es que nunca es la más divertida. Me erguí en el asiento y, lentamente, me solté el pelo, me lo arreglé sobre los hombros y me rocé los labios con un dedo. Cambié al italiano.

—No. Yo creo que es usted quien debe sincerarse conmigo.

—¿Qué quiere decir?

—¿El nombre Gentileschi le dice algo?

—Creo que es el nombre de su galería, *señorita Teerlinc*.

—Esa pregunta la formulé en otra ocasión. En un mensaje de texto enviado desde el teléfono de un hombre al que yo conocía como Renaud Cleret. Eso usted ya lo sabe. Quiero saber cómo es que Ivan Kazbich estaba enterado. Quiero saber cómo sabía usted lo que había escondido en mi piso. Quiero saber por qué no me ha detenido por asesinato. Porque creo que usted conoce las respuestas.

De acuerdo con mis cálculos, si este pequeño paseo respondía a motivos lícitos, Da Silva pensaría que me había vuelto loca y me detendría en cuanto llegáramos a donde demonios me estuviera llevando. Si era un corrupto, en cambio, podía ordenarle al gorila que parase y asesinarme en medio de la autovía. Ahora mismo, esa parecía la opción más relajante. Pero yo sabía que él no iba a hacer ninguna de las dos cosas.

Da Silva mantuvo la vista al frente.

—¿Y qué me dice de su compañero? ¿De mi amigo de París? ¿Por qué no me ha preguntado por él?

Da Silva pulsó un botón y la ventanilla descendió, dando paso a una ráfaga

helada de la noche del Véneto. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Yo se lo rechacé cuando me ofreció el paquete; detesto fumar dentro de un coche. Dio una larga calada. Una cinta de niebla ascendió desde el fondo de su garganta.

—Digamos que en ese caso usted me hizo un favor.

Me quedé un rato asimilando esa frase.

—Entonces, ¿adónde vamos?

—Ya lo verá.

Una vez en tierra firme, la *autostrada* se desplegó a través de la noche. Paramos una vez en un Autogrill, donde Da Silva me dijo que le dejara el móvil antes de entrar en el baño. Nos estiramos, fumamos y volvimos a la carretera. Cuando ya empezaba a adormilarme, observé que habíamos cruzado esa línea invisible que atraviesa toda Italia, a partir de la cual empiezan a aparecer los olivos. Luego enrollé mi chaqueta para improvisar una almohada, me acurruqué lejos de Da Silva y me dormí. Me despertó el calor de la luz del sol en los párpados, pero los mantuve cerrados, sintiendo los movimientos del coche, notando que se detenía más a menudo en algún que otro atasco. Me retorcí, entumecida, y enterré la cara en la almohada, y permanecí así hasta que redujimos la marcha y paramos.

Da Silva me tocó el hombro.

—Ya hemos llegado.

Nos bajamos, estirando los miembros. Estábamos en un pequeño muelle de hormigón. En vez del aire húmedo de Venecia, aquí soplaba una alegre brisa marina que nos lamía la cara y nos traía vaharadas a aceite de motor y a peces podridos. Detrás del muelle había un paseo marítimo de hormigón, dos palmeras patéticamente reseca y una hilera de desvencijados bloques de apartamentos, también de hormigón, con los balcones llenos de cachivaches y la pintura desconchada, entre los que se apretujaba una iglesia de estuco blanco cerrada. El chófer estaba sacando del maletero nuestras cosas; yo deambulaba a su lado sin saber qué hacer.

—Por aquí.

Al volverme hacia el pueblo, vi que estaba rodeado de áridas montañas, en una de cuyas laderas sobresalía una autopista inacabada como una muela cariada.

—¿Dónde estamos? —Alicia en el jodido País de las Maravillas, así me

sentía.

—En Calabria. Ahora le explicaré. Tomemos primero un café.

Da Silva dio indicaciones al chófer, que se puso en marcha con nuestras cosas. Seguí a Da Silva por el paseo marítimo. Un viejo nos miraba con indiferencia desde un balcón. Más allá de la primera línea, el pueblo renunciaba a todos sus esfuerzos de aparentar una alegría playera: la mayoría de las tiendas estaban vacías, aparte de un súper, un garito de tragaperras y una tienda de cigarrillos electrónicos. Había cintas rojas de espumillón colgadas entre las farolas. Entramos en un bar desierto, con la tele emitiendo un concurso a todo volumen y un olor a café, limones y alcantarilla, y ocupamos una mesa del fondo. Da Silva llamó al camarero con una seña; parecía conocerlo.

—¿Tiene hambre?

—No —respondí con grosería. Pero el camarero se acercó a la mesa y acabé pidiendo un *cappuccino*. Cuando nos quedamos solos, removí con la cucharilla la espuma.

—¿Usted lo ha sabido todo el tiempo? ¿Sabía que había sido yo, en Roma?

—No estaba del todo seguro. Su actuación fue muy eficiente. Pero luego apareció en París y... bueno, digamos que allí había un asunto muy importante en marcha. Un asunto en el que fue pillada in fraganti.

«Me había imaginado que estaba jugando a un juego con unas reglas de mi propia creación. Y me había metido en otro, en un juego iniciado mucho antes cuyas reglas ni siquiera podía discernir.»

Da Silva y Moncada. Arte por armas. Todo el tiempo.

—De modo que sí —prosiguió él con calma—, es cierto que sé algunas cosas. Pero me imagino que usted tiene muchas más que contarme. Hay tiempo de sobra.

De repente sentí que me faltaba el aire, que me ahogaba. Di un sorbo de café, pero lo escupí sobre la mesa. El camarero se volvió a mirar con irritación.

—Disculpe, necesito un poco de aire.

—Claro. Como le digo, tenemos tiempo.

Apoyada en el umbral, contemplé la calle. Pasó un grupo de niños, todos muy abrigados, aunque no hacía frío, con bolsas de la pastelería. Algunos ya habían roto los envoltorios y estaban engullendo las golosinas a dos carrillos. Mazapán: vegetales diminutos, zanahorias, berenjenas, racimos de uvas, un

panettone en miniatura con grumos de colorante. Eran dulces típicos de Navidades en el sur. Deambulé hasta el paseo, contemplé un rato el mar, pero no tenía ningún mensaje para mí. Y yo no tenía ningún lugar a donde ir.

Da Silva me esperaba frente al bar. Me tomó del brazo.

—Vamos por aquí.

Recorrimos la calle principal y dejamos el pueblo atrás. Pasaron algunos coches. Quizá sus ocupantes nos tomaban por una pareja de paseo. Al cabo de unos veinte minutos, Da Silva me llevó por un camino de tierra que descendía hacia el mar. Había bolsas de plástico y latas de refrescos entre los arbustos de ambos lados. Llegamos a una ensenada de guijarros, con más basura en el trecho donde las olas batían la orilla. El rumor del mar, sin embargo, quedaba ahogado por un zumbido de maquinaria. Había una plataforma que se adentraba en el agua, con una estructura de hormigón que tomé por una planta depuradora: de la mole achaparrada salía un tubo rojo enorme, más grueso que mi cuerpo, que se extendía sobre las olas hasta un buque cisterna anclado a cien metros de la playa. El tubo oscilaba en el mar como el tentáculo de un calamar monstruoso. Recorrí con la vista las cubiertas del barco, pero estaban tan desiertas como la playa. Da Silva me guio hasta el lado de tierra de la planta, fuera de la vista de cualquiera que estuviera a bordo y donde el zumbido de las turbinas era más fuerte. Percibí un olor a aceite y a meados y también, cuando cambió el viento, un leve aroma de almendras.

Capté la idea antes de que él sacara la Caracal.

—Bueno, le ofrezco una alternativa —empezó.

—Sí, sí. Ya he deducido que es un corrupto y que ahora va a matarme. Bonito lugar ha escogido. Cerca de sus compinches. Calabria.

—Exacto. O bien...

Yo había creído que jugaba a un juego que, al final, había resultado ser otro totalmente distinto. El problema es que a mí no me gustan las apuestas amañadas. Aunque sea una solitaria retorcida, tengo la idea de que las cosas han de ser justas. Hasta que no había visto clara la situación, había sentido una especie de aturdida indiferencia, como un eco de la lasitud que me había invadido cuando ahogué a Alvin. La pequeña y dócil Judith, paralizada por el trauma. Solo que ahora estaba cabreada. Realmente cabreada.

—Bueno, ¿qué alternativa tengo?

Di un paso atrás, hacia el borde de la plataforma. Luego otro. Él siguió mi movimiento con la pistola.

—No crea que podrá nadar —masculló—. Con la corriente de ahí fuera, aparecería mañana por la mañana en Galípoli. ¿Por qué cree que estamos aquí?

—¿Porque le falta imaginación tal vez?

—O bien lo dejamos aquí, o bien me acompaña otra vez al pueblo y analizamos si podemos trabajar juntos una temporada.

Su mano se mantenía tan firme como su voz. Era curioso: me había pasado meses pensando que alguien quería matarme, y ahora que alguien quería matarme de verdad, me sentía más bien decepcionada.

—¿Trabajar juntos? —siseé.

—Hay una cosa que quiero que haga. Y después podrá marcharse con toda libertad, Judith.

Podría haber pensado en mi hermana, o en mi madre. En todo lo que había hecho, en todo lo que había sucedido y me había traído hasta aquí, en la persona que había sido y en la persona en la que me había convertido. Pero no lo hice.

—Muy bien, adelante. Hágalo. Vamos.

Él alzó la pistola y me apuntó al corazón.

Agradecimientos

*G*racias a los Tosh, a Errikos por los sombreros, a mis increíbles editores, Joel Richardson y Tara Singh-Carlson, por su inmensa paciencia.

Querido lector,

Estoy encantada de que hayas escogido *Dómina* y espero que lo disfrutes.

Maestra introdujo el personaje de Judith Rashleigh, una joven y ambiciosa experta en arte que descubre un fraude en la casa de subastas donde trabaja. Acaban despidiéndola por ser demasiado curiosa y cuando, desesperada, acepta hacer un viaje con uno de los clientes del club en el que trabaja de azafata por las noches, descubre una forma muy diferente de realizar sus sueños... *Dómina* empieza cuando Judith ya se ha establecido profesionalmente y posee su propia galería en Venecia. Su pasado, sin embargo, está a punto de alcanzarla.

Cuando comencé la historia de Judith, me interesaba jugar con las convenciones de la novela negra y crear un tipo muy diferente de antiheroína. Quería que los lectores descubrieran que sentían simpatía por ella a pesar de su comportamiento criminal; que quedaran atrapados por el glamour y el peligro de su vida, aun reconociendo todos sus defectos. *Maestra* ha provocado reacciones muy apasionadas, tanto positivas como negativas: algunos lectores consideran que Judith es un personaje inspirador, mientras que otros, bueno, realmente la detestan. Aunque parezca extraño quizás, ambas reacciones me resultan excitantes, porque indican que los lectores se han enganchado de verdad con el libro. Me pregunto si *Dómina* modificará la visión que tienen de Judith. Al desarrollar la narración, empecé con la frase: «El final del deseo es la muerte». ¿Qué le sucede a Judith cuando realmente consigue lo que desea? Y cuando se ve obligada a protegerlo, acaso a costa de su propia vida, ¿lo sigue deseando siquiera?

Escribir *Dómina* ha sido una verdadera gozada, entre otras cosas porque he tenido que documentarme sobre temas fascinantes. Me entrevisté con piratas informáticos y con un traficante de armas auténtico, viajé a Belgrado y a Venecia, y pasé mucho tiempo con Caravaggio, uno de mis pintores

preferidos. Incluso empecé a estudiar ruso, ¡aunque reconozco que con resultados bastante patéticos! Es una historia acelerada, intensa, oscura y a veces cómica que, espero, llevará a los lectores de sorpresa en sorpresa hasta el final.

El tono de *Dómina* es muy distinto al de *Maestra*, y me encantaría conocer cuál de los dos libros prefieres, o por dónde crees que seguirá la historia en el tercer y último libro. Así que ponte en contacto conmigo: puedes enviarme un mensaje a LS.Hilton@myreadersclub.co.uk para formar parte del LS Hilton Readers Club, donde encontrarás un montón de material extra, desde documentación sobre las obras de arte hasta una guía de viaje basada en las aventuras de Judith. Bonnier Zaffre mantendrá la confidencialidad de tus datos personales y no los pasará a terceros en ningún caso. No te bombardearemos con montones de mensajes, solo nos pondremos en contacto contigo de vez en cuando para darte información sobre los libros; y puedes cancelar la suscripción cuando desees.

Espero con impaciencia recibir noticias tuyas y conocer tus impresiones sobre *Dómina*.

Con mis mejores deseos,

LISA

1. En la elitista escuela Harrow, para jóvenes de 13 a 18 años, los alumnos llevan canotier.

2. *Herse* es «rastrillo», en francés; pero se parece a *hearse*, «coche fúnebre» en inglés.

Título original: *Domina*

© 2017, L. S. Hilton

Publicado en lengua original inglesa como *Domina* por Zaffre,
un sello de Bonnier Publishing, Londres.

Publicado en España en acuerdo con International Editors'Co.
y Bonnier Publishing Fiction.

El autor hace valer sus derechos morales.

Primera edición en este formato: junio de 2017

© de la traducción: 2017, Santiago del Rey

© de esta edición: 2017, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-16867-73-8

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.